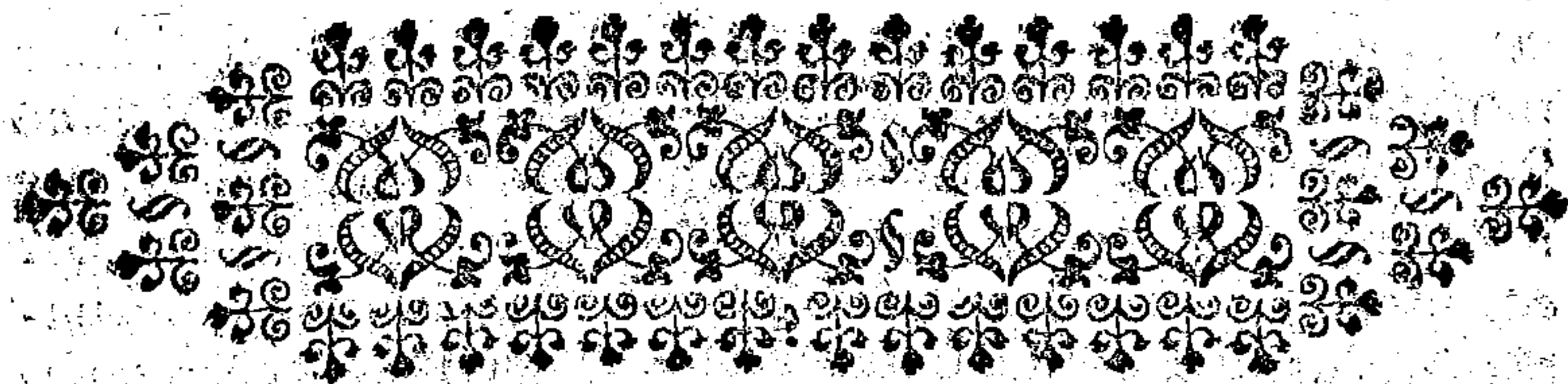




CARTA

DE EL P. MARCELINO GOZALVO,
Rector del Colegio de San Pablo de la Com-
pañia de Jesus de Granada, para los Padres
Superiores de la Provincia de
Andaluzia.

CON ALGUNAS NOTICIAS DE LAS
virtudes, y muerte del

V. P. MANUEL
PADIAL.

RELIGIOSO PROFESSO DE LA
misma Compania.



SEGUN LA EXTRAÑA CELERIDAD,
con que en alas imperceptibles volò por Grana-
da, España, Europa, y la Christiandad la noti-
cia, no sè, si fausta, ò funesta, de la preciosa muer-
te del Venerable Padre Manuel Padiàl, pareció,
estar otra vez preparados aquellos siete Angeles
pregoneros del Señor, ò para repetir los clamores de sus roncadas
Trompetas anunciadoras de plagas, ò para publicar al mundo

2.
con sonoros clarines alguna rara felicidad. Pues si el dicho tránsito de nuestro Venerable Difunto fue plaga, que nos quitó su amable trato, y vivos exemplos; tambien fue felicidad, que nos assegura su patrocinio en la Gloria, a que quiso el Señor exaltarle, como de su Bondad confio, y de que nos dió apreciables prendas, haziendose mas visible la Divina gracia en tales prodigios, y aclamaciones, que llenando de expectacion, y pasando al Orbe Christiano, avivaron mas los deseos, que ya se explicaban en ansias, por mas extensas noticias de este hombre admirable, dezian, de este Varon Justo, de este Jesuita Santo: persuadida la comun piedad, que para estas, y otras mas altas expresiones, no necesitaba en este caso ni aun de aquellas veniales licencias, que se toma, como si fuesen privilegios, que la exceptuassen de las Leyes mas sagradas.

Asseguro à V. Reverencias, me ha herido continua, y vivamente el coraçon esta piadosa comun impaciencia, que no hallando consuelo en la esperanza, de que lograria finalmente sus deseadas noticias, se hazia por instantes mas insufrible, hasta tenerlas. Pero ni lo grande de el assunto, ni lo corto de mi talento, ni lo raro de su humildad han permitido satisfaccion mas pronta à tan Religiosos deseos. Solo teniamos de su interior las noticias, que pudo colegir el discurso de aquellas tal qual palabra, ò accion, que como furtiva, pero felizmente, se escaparon del prolixo recato, con que las escondia. Despues del tiempo indispensable para la embarazosa sollicitud de recogerlas, me hallè con materia santa, y tan fecunda, que ocasionò nueva dilacion en discurrir, si se imprimiria desde luego la Historia de su vida, ò vna breve Carta circular. La comun piedad, hecha à santificar con devocion su impaciencia, no sufriria las tardanças de vna Historia, à que debia preceder informacion juridica de los favores, y prodigios, en que parece previno el Cielo, para prueba de sus heroicas virtudes, otros tantos abonados testigos, que contrarrestassen las invenciones de su humilde espiritu, peritissimo Maestro de mil artificios santos para ocultarlas. Por otra parte los estrechos limites, y severas leyes de vna Carta no parecian correspondientes à la expectacion, en que puso à todos el sublime concepto de su santidad. El conflicto de tan poderosos motivos, y las distancias de los Superiores, que debian deliberar, retardaron hasta aora la vltima resolution, que fue embiar delante vn resumen de su vida, ni ceñido à las leyes de vna Carta, ni estendido por todo el campo, de
que

3.

que es capáz vna Historia. Haziendo pues las quentas con mi poco caudal, me ceñiré à dar alguna pequeña idea de este hombre grande; pero seguro de que para ser primorosa, y aun admirable, no le haran falta los finos colores de hermosas frases, que con gallardo pincel de limado estilo la pinten.

Díxala muy en breve diziendo à V. Reverencias, que en su infancia se vieron aquellos amorosos esmeros, con que la Providencia Divina suele prevenir las Almas, que destina à cosas grandes: en su puericia crecieron los innatos candores de la inocencia con los dones infusos de la gracia: en las peligrosas tareas de sus estudios recogió su compostura aquellas largas diligencias, que la estudianta juventud quiere apropiarse à sus años, y à sus vades: en nuestro Noviciado aquellas santas imprudencias, à que llama fervores el espíritu contra las máximas de la carne, lo declararon Maestro de la Ciencia de los Santos, en que salió del siglo Discípulo tan aprovechado: en los atanes de sus Cathedras pareció solo Misionero, segun inspiraba virtudes en sus Discípulos, y solo Doctor segun los formaba Maestros. Ya Superior compitieron hermanadas la suavidad de Padre con la integridad de Juez, el zelo de la observancia con la solitud de Religiosos alivios, la seguridad de quien confía con los rezelos de quien teme. En el empleo de Operario fue infatigable en padecer, inimitable en trabajar, su zelo le apretaba el corazón, su Charidad se lo dilataba, en los Hospitales era alivio de los enfermos, para los moribundos asylo de sus confianças, en el Confessionario consuelo de atribulados, consejo de los dudosos, y fuego, que encendia las voluntades en aquel amor Divino, que lo abrasaba: en el Pulpito vn Clarín de el Cielo, cuyos ecos eran sucesos felices en la Milicia Christiana: si tocaba à embestir contra las huestes infernales, se embestia con denuedo: si à marchar por la senda estrecha de la vida, se marchaba sin pereza, y aun con velocidad se volaba: si à batir el Reyno de los Cielos, se batía hasta abrir la brecha: si à asaltarlo, se asaltaba con osadía hasta entrarlo con aquella santa violencia, que lo arrebató. Su paciencia le hizo parecer vn Job: su austeridad vn Stylita: su retiro vn Hilarion: su pobreza vn Francisco: su castidad vn Thomàs: su obediencia vn Borja, su zelo de las almas vn Xavier: su elocuencia vn Chrysostomo: su magestad vn Ambrosio: su ingenio vn Chrysologo: su espíritu vn Ferrer: y su zelo de la mayor Gloria de Dios vn Ignacio. Y finalmente el Señor por su bondad nos dió en este

Bendito Padre, como impresso para leerlo, y como de bulto para tocarlo, lo heroyco de las virtudes, lo estrecho de la Religiosa observancia, lo elevado de la contemplacion, lo puro de sus delicias, lo copioso de sus gracias, lo regalado de los favores del Niño Dios, y lo ardiente del amor Divino.

Contentárame yo por aora con este succinto epilogo, si se contentara tambien la devota curiosidad; pero esta no satisfecha con los perfiles, desea algunas pinceladas, que aunque rústicas le hagan mas visible la pintura para Gloria del que pulió su bello Original, para confusion de nuestra ribieza, y para nuestro aliento à su imitacion. Con este fin las daré, aunque reconozco, quanto me tiembla la mano. Antes debo assegurar à V. Reverencias dos cosas: vna, para que se alegren, y su gozo sea gozo lleno, que quanto dixere es aquello mismo, que le hemos oydo, visto, y tocado con nuestras manos, añadiendo otros testimonios por todas circunstancias tan fidedignos, que inducen vna moral certeza de la verdad. Otra, que no por esto pretendo mas fe, que la correspondiente à vna authoridad humana, que es dezir, falible: mientras no diere su vltima decision la Cathedra de la verdad nuestra Santa Madre Iglesia, de cuyos sentimientos no quiero, ni en vn apice apartarme.

S. I.

Su Patria.

DE dos hombres bien grandes entre los mayores es deudor à nuestra Compania à esta en todo excelente Ciudad de Granada, cuya preciosa Corona se guarnece de vna multitud de famosos hijos, que en tan altos, como diversos empleos han ennoblecido à España. Vno es el Doctor Eximio Venerable Padre Francisco Suarez, hijo legitimo de la illustre Casa de los Viscondes de Rias, Oraculo de las Cathedras, Augustino de sus Siglos, y exemplar de Religiosos, à quien la misma Sabiduria labró las borlas, y à quien desea quemar incienso la devocion. Otro es nuestro Venerable Padre Manuel Padiàl, sazonado fruto de este benigno Cielo, y floridos campos. Esta dicha Ciudad fue su Cuna, su Escuela, el Taller de sus virtudes, el Theatro de su Magisterio, el Pulpito de su Apostolica Predicacion, el campo de sus batallas, y el Capitolio, en que con tantos favores, y maravillas lo coronò aquel Señor, que así quiere exaltar à los humildes. Fuera de dos años de Noviciado

5.
en Sevilla, y pocos meses de Seminario en Carnena, todo el resto de su admirable vida se lo llevó esta gran Ciudad, que con especial privilegio exceptuada de aquella universal sentencia, *ninguno es Profeta bien recibido en su Patria*, lo amó como à su hijo, lo oyó como à su Doctor, y piadosa lo veneró como à su Profeta.

Los dichos Padres, à quienes bendixo el Cielo con este fruto de su legitimo, y santo matrimonio, fueron Don Alonso Padiàl de la Peña, à quien sirvió de vasto sepulcro el mar à la vuelta de su segundo viage à Indias con generos de este País: y Doña Francisca Ruiz de Castilla, à quien con singular ternura de la moribunda madre, y constancia del piadoso hijo alentó en la vltima enfermedad, hasta entregar à su Criador el alma adornada con la primera estola de la gracia del Bautismo, segun que con Religiosa moderacion, y confianza asseguraba el Venerable Padre, que la confesó generalmente, y por muchos años. El antiguo esplendor de estas dos illustres familias mas se conserva en los autenticos monumentos, joyas con que se enriquezen las gavetas de sus antiguas Casas, que en la pompa correspondiente à su acendrada nobleza; porque la fecundidad de las familias, y la esterilidad de los tiempos les quitaron los brillos del sobrepuesto, con que el oro haze aparecer mas colorada la sangre, quando la cubre de purpura. Tuvieron estos felizes Padres por fruto de bendicion siete hijos, y el vltimo, qual amado Benjamin, el Venerable Padre Manuel. De la severidad amable, y de los atractivos temibles, con que inspiraban à sus hijos sobre vn honrado porte la piedad Christiana, formaron vna educacion tan discreta, que oy se conserva por norma: y la bendixo el Cielo con el buen logro de sus hijos, haziendo ver la verdad de aquella sentencia: *Qui docet filium, laudabitur in illo*: como hasta oy han sido alabados Ariston en Xenophonte, Sophronisco en Socrates, Grillo en Platon, y Octavio en Augusto, y lo serán con mas gloria en los suyos estos afortunados Padres. Quatro les arrebató para si el Señor, antes que la malicia los pervirtiera: y los tres fueron tres modelos de la virtud. El mayor Don Alonso Padiàl dexó à su Colegio Real de Santa Cruz de la Fe la gloria de aver dado à la Cathedral de Almería vn Collegial sublime Theólogo, y Sacerdote de tan especial virtud, que todavia se conserva su buena memoria en el renombre de el *Canonigo santo*. Ni es inverisimil la tradicion, de que se conserva su corazon incorrupto; porque lo embalsamó la Cha-

Sus Padres.

Ecc. 30. 21.

ridad, que lo expulso hasta morir como su víctima, asistiendo à los enfermos en aquella peste, que el año de 1679. infestò à las Andaluzias. El segundo fue Don Ignacio, à quien veíamos muy continuo, y como extático en nuestra Iglesia por las noches para respirar con Dios del inexcusable comercio con los hombres: y por las madrugadas aguardando el dia, la Misa, y frequentemente la Sagrada Comunión, indispensables preven- ciones suyas para el Christiano manejo de sus negocios.

Su Naci- miento.

De tales Padres sacò el Niño Manuel con el ser tambien como infusa la piedad. Nació el Viernes Santo quinze de Abril de 1661. circunstancia, que cotejada con el suceso pareció Sagrado anuncio, de que sería vna bella Imagen viva del Cru- cificado original muerto. Pero su humildad la glossaba con satyra contra si, diciendo, que si como nació en Viernes Santo, muriese el dia de Navidad, vendria à ser desde el principio has- ta el fin de su vida vn Anri-Christo. Esta, como hereditaria, vir- tud se elevò purificada en las aguas del Bautismo el dia doze de Mayo del mismo año en la Parroquial de las Angustias, San- tuario, en que penden muy gustosos los coraçones Granadinos, como festivos tropheos de su angustiada Señora, y Madre. En- tre los blasones, que ilustran à este Oratorio de Granada, se lee con elogio bien discreto, y expresivo el de aver recebido en su pila este dichoso Infante el ser primero de la gracia. Por el dia Santo, en que nació, y como anunciando lo que avia de ser el Niño, lo llamaron MANVEL SALVADOR. Y hablando con respetosa proporcion à tan soberanos nombres, ya hemos visto en la serie de su vida ser verdad, que suelen à las vezes ve- nir bien los nombres à sus significados. Quando despues, ò los dolores de su cuerpo, ò los desamparos de su alma lo ponian en aquel potro de tormento, en que solo pudiera montar vn espi- ritu valiente como el suyo, solia respirar diciendo, que todo era correspondiente à quien nació en Viernes Santo, y se bau- tizò en Angustias.

Su Niñez.

En los inocentes candores de sus niñezes se hizieron bien perceptibles aquellos singulares desvelos, con que el Señor espe- cialmente benefico suele cuydar de los que escoge para sus deli- cias. En los margenes de aqnel braço de Xenil, que llaman la Azequia Gorda, siendo como de cinco años, se entretenia el Niño con la incauta diversion propia de aquella edad, tan apta para temer, como inadvertida para prevenir los riesgos, quan- do repentinamente se hundió en aquel sitio, que se llama *de los*

Tornos, por los muchos, con que alli se ruerce la seda, en que tan quantioso comercio ha tenido esta Ciudad. Son cada vno de ellos vna maquina tan pesada, que solo bastaria à revolverla la corpulencia de vna artificiosa rueda batida con el violento impulso de caudalosas, y precipitadas aguas. Las ruedas son siete, y sucesivamente colocadas, continuamente se mueven todas, impelida cada vna de todo el golpe de el agua. Para ahogar al Niño sobra à las aguas mucha copia: para despedazarlo sobra mucha violencia à las ruedas. Passò por las siete ruedas, nadò por todas las aguas: y los que abanzados à la salida las aumentaban con sus lagrimas, como con sus clamores el estruendo de las ruedas, aguardando recoger algunas pequeñas reliquias del que ya creian desmenuzado cadaver: vieron salir al Niño tan sano, tan sossegado, tan alegre, y risueño, que sobrecogidos de el pasmo, ninguno acertaba à preguntar lo que todos deseaban saber, como no lo destrozaron las ruedas? Como no lo sofocaron las aguas? Pero el Niño con alegre reposo, y risueña candidèz dixo: *Miren Ofendes, que ya he visto yo todas las ruedas, que vna Señora muy linda me llevó en brazos à verlas, y me ha traído hasta aqui, y yo no sé por donde se fue.* Este raro suceso entonces bien notorio, y agora bien autorizado con seguras deposiciones, nos haze creer piadosamente, que el Niño Manuel navegò las aguas en aquella incorruptible Nave, que nos trae de lejos su pan, y con este favor adoptandolo por su hijo la Princesa del Cielo, lo prefirió en esto à el Niño Moyses, que en vna embreada cestilla navegaba el Nilo mas caudaloso; pero tan sereno, que los debiles cables de vnos juncos detuvieron la pequeña barquilla, hasta que la Princesa de Egypto sacandolo de aquel parecido, pero menor riesgo, lo adoptò por hijo. De aqui començò aquel cordial obsequio, con que servia à esta gran Señora, y ternísimamente la amaba como à Madre. Aqui tambien començò el Infierno à mostrar sus infaustas conjeturas, de que en este gracioso Niño le amaba el Señor vn Capitan triunfante de su triste Imperio. Y aqui començò à hazerse mas sensible la inscrutable eleccion de este Niño para los grandes designios de su adorable Providencia.

Crecia el Niño Manuel en edad, gracia, y sabiduria. Hazíase reparar aquel amor tan lleno de respeto à sus Padres, que si no lo vieran amarlos como hijo, les pareciera que los temia como Esclavo: aquella docilidad tan varonil, que juntaba la ternura como de cera para dexarse imprimir, y la dureza como

Cent. 2. n. 22.

2. De ira.

Sus estudios
en el siglo.

Plato in Tim.

3. Epist. 21.

de bronce para retener la impresion: veíase en él aquella especie de piadosa niñez, que haze sean entretenidas las devociones. Estos santos entretenimientos eran los inocentes delahogos tan apetecidos de aquella edad. Gustaba mucho de leer, y de que lo oyessen, como si ya se anunciase Doctor. Y como si supiera aquel Arabigo proverbio, *scientia corona est pueri*, así se aplicaba él à el estudio aun mas que otros de su edad à el juego. En la Escuela reprehendia con graciosa severidad à sus pequeños Condiscipulos la traviessa inquietud compañera de los tiernos años. Pero sobre todo se hizo advertir en él la devocion, con que rezaba à la Santísima Virgen, el culto, con que la veneraba, el obsequio, con que la servia, el confiado amor, con q̃ la invocaba: efectos sin duda de su feliz adopcion. Viendo sus Padres la dicha de su hijo Manuel en aver logrado por fuerte vna alma buena, y muy capaz de su Christiana instruccion, se aplicaron à ella con mayor esmero. Sabian aquel sentimiento de Seneca: *Ita regendus est puer, ut modò frenis utamur, modò stimulis*; pero no necesitò de frenos, que lo retraxessen del mal, el que aun sin saber à dõde, corría à el bien. Usaron solo de aquellas dos blandas espuelas, el consejo, y la doctrina, para descubrirle el camino, que fue obligarle à correrlo.

Ya fazonado para otros estudios, lo embiaron al de Latinitad à las numerosas Escuelas de este Colegio, en donde siguiò sus cursos hasta concluir la Theologia. Su genio nacido para estas letras, la viveza, con que en los discursos se introducía su ingenio, la erudicion muy superior à sus años; pero muy igual à su capaz entendimiento intensamente empleado en el estudio, sin mas diversion, que la que hallaba en sus ordinarios ejercicios de piedad, le merecieron el comun credito, que lo preferia à los mas hábiles. Y quando así no lo dixessen sus Maestros, y Condiscipulos, de quienes aun viven algunos, que lo asseveran, lo vozearian sus repetidas funciones literarias, que nunca se dexaron vencer de las mas lucidas, en esta Minerva tan frecuentes. Pero aun lo distinguiò mas entre todos la venerable ancianidad de su immaculada juventud, que con sus juiziosas canas lo hizo, *bis senex juvenis*, Joven dos vezes Anciano, contrapuesto à aquellos indignos viejos dos vezes Niños, *bis pueri senes*, que han quedado por infame proverbio. Aparecia entre sus Condiscipulos vna ajustada copia del original, que nos dexò San Ambrosio en el mozo Tobias: *Qui albescebat non canis, sed meritis*, respetable, no por las canas de la cabeça, sino es por el

can,

candor de sus costumbres siempre venerables. Su compostura, en que se veía bien copiada la modestia: su apacible seriedad, que se conciliaba con el amor el respeto: los prudentes dictámenes, con que gobernaba sus acciones: el retiro de juveniles festejos, en que la del tiempo suele ser la perdida menor, aunque tan grande: el quotidiano recurso à los Templos, en que gastaba muchas horas sin parecer largas à su devocion: la frecuencia de Sacramentos, de que sacaba su espíritu aquel vigor, que aja las lozanias de la juventud: y finalmente el severo, y agradable porte de este anciano Joven se tomó tal authoridad sobre sus Condiscipulos, que todos lo amaban, todos lo temian, à vnos refrenaba la prudencia de sus consejos, à otros con sus exemplos promovía: y si la juvenil licencia se explicaba en accion, ò palabra menos compuesta, se repetía aquel nuevo language, que introduxo en sus Condiscipulos quando Joven St. Bernardino de Sena: *Tacete, Bernardinus adest*; componerle todos, dezian, que viene Padial: otras vezes al modo de Jacob, *presentem tangens, futura prospiciens*, dezian: quenta, que viene el Jesuita, como que en su presente modestia veían su futura resolución. Es verdad, que no faltò vno, ò otro de aquellos, à quienes ni la circunspeccion compone, ni los consejos repri-
men, que exercitaron bien su paciencia fahiriendolo con bur-
las tan pesadas, que causaban lastima en los otros; pero el man-
so Joven los consolaba con admirable serenidad diziendoles:
Como no se digan palabras deshonestas, lo demás por lo que à mi toca no importa; porque para defender à su Susana la castidad, no re-
paraba en sus propios oprobrios este puro Daniel. Si midiese-
mos à este Joven la duración de su vida con aquella vara, con
que media Alexandro la suya, *ego me metior non ætatis spatio, sed gloria*, no con las gyraciones del Sol, sino es con la dignidad de
los meritos, faceríamos en el mejor sentido aquel *puer centum annorum* tan mysterioso en la Escritura, y los Padres.

*D. Aug. Ser. 14
de Sanct.*

Curt. lib. 9.

S. II.

Está facil à los suyos congeturar, y de adivinar, que aquel constante tenor de vida tan arreglado no era para el mun-
do de la tierra, el siglo; sino para el Cielo de este mundo, la Re-
ligion. Aumentaronse los indicios al verlo devoto sobre lo or-
dinario, retirado de todo comercio, aun de el gustoso con
sus libros; abstraído, como quien se entrò alla dentro de si mis-

*Su vocacion
à la Compa-
ñia.*

mo. En este interior retiro consultaba ya con Dios, ya con el mundo sobre las cosas del tiempo, y de la Eternidad. Y como su vivo ingenio penetraba bien las razones, era mas recio el conflicto. Aun no bien enjutas las lagrimas de los Canonigos de Almeria por la perdida de su Compañero *el Canonigo Santo* hermano de nuestro Manuel, pusieron en este los ojos, para que ocupando su silla mitigasse su dolor, restaurasse su gozo, y le continuasse en vna viva copia el difunto exemplar de Prebendados; no dudando, que à estos parecidos hermanos concedió la gracia aquel fuero, que imprimió la naturaleza en el hijo semejante, en quien vivo resuscita el difunto Padre. No les engañaron las noticias, de que los relevantes talentos de D. Manuel Padiál seguramente lo harian en qualquier concurso muy digno de la mas acertada eleccion. Los suyos pues para embiarlo, y los Canonigos para admitirlo con mayor decòro, facilitaron el de vna Beca de este Colegio Real, que con tan ilustres hijos ha servido de tanto esplendor à la Iglesia, y à la Monarquia. No podia ocultarse à la perspicacia de Don Manuel, que este ya casi assegurado ascenso podria sin dificultad ferle proporcionado escalòn, de donde sus aplaudidas prendas lo elevassen à otros mayores. Apretaba vivamente este discurso la piedad debida à su anciana Madre pobre, y à su desamparada familia no indigna del socorro, que como en segura finca fundaban en las alegres esperanças de tan faustos principios. Por otra parte la inocencia, y santidad de sus costumbres eran aquel mysterioso camino, que por oculto lo proponia el Señor como enigma à el Santo Job, por donde se esparce à el entendimiento la luz, que le haze ver desengaños, y à la voluntad el calor, con que desea los aciertos. Esta luz le descubria, aunque del todo no acababa de verla, la vanidad de las vanidades del figlo: este calor lo enternecia con el Profeta en lastimas de aquellos, que en las delicias de la carne beben aquel vino, que les trastorna el sentido. Semejantes reflexiones fueron aquella feliz Aurora, que ni esparciendo todas las luzes del dia, ni consintiendo toda la obscuridad de la noche, anunció cercano el Sol de su vocacion, que al salir, como hallò en el virtuoso Joven todas las puertas abiertas, se le entrò hasta el coraçon. Resuelto ya à seguir mas de cerca à Jesus en su Compañia, advirtiéndole, que es bueno ocultar el Sacramento del Rey, dexò correr la persuasion comun, de que para tomar la Beca del Colegio Real, iba à graduarse con menores expensas à Ossuna,

por

por donde pasó con bien diversos designios, hasta llegar á nuestro Noviciado de San Luis de Sevilla, en donde fue recibido el día 5. de Mayo de 1681.

Luego que pisó los umbrales de aquella Escuela de virtud, esfera propia de la perfeccion Religiosa, y humilde emporio de aquel comercio con Dios, que rinde ciento por vno, al entrar en el gozo de aquel Cielo, reconoció, que aquel era el desierto en poblado, á que lo llamaba el Señor. Y como el bullicioso estrepito de los cuydados del mundo guarda en aquella Casa tan alto silencio, que solo en la duracion parece distinguirse de aquel, que se hizo en el Cielo por media hora; le fue facil perceber bien las voces de Dios, que con distincion lo llamaba por medio de vn exercicio heroyco de virtudes, y singularmente de vna inimitable austeridad, y de vna humildad profundissima, á lo mas alto de la contemplacion, donde bebiesse sin medida aquellas celestiales aguas, que despues a manera de sagrada nube avia de difundir en su Apostolica predicacion. Començò pues á subir por aquellas gradas, que dispuso en su coraçon, con tal denuedo, que en pocos dias pareció aver llegado á lo alto de la escala, donde lo aguardaba el Señor, que con singulares privilegios lo subia. Començò por muy cerca de lo ultimo de aquella regla, que nos manda buscar intensamente en el Señor nuestra mayor abnegacion, y continua mortificacion en todas las cosas posibles. Atenuando á las fuerças del cuerpo los fervores del espiritu, suele la prudencia de los Superiores poner cierto termino, y modo á los cilicios, disciplinas, ayunos, y otras austeridades; pero el espíritu de rigor contra sí, que lo movia, le hizo buscar mil pretextos, que á su fervor parecian motivos, para sacar vna larga dispensa, que le fue bien costosa. Con ella armado declaró sangrienta guerra á su carne, y la hizo como visño en los imprudentes arrojos; pero como muy veterano en las victorias, que ganó contra ella: tantas, que viendo los Superiores, que no contento con mortificar su carne se iba acercando á matarla, le recogieron en parte la dispensa para templar la furia, con que la embestia. Sus disciplinas eran tales, que así en la violencia de los golpes, como en la sangre, que derramaba, conocian todos sin poderlo remediar su recato, que era el Hermano Manuel. Sus cilicios tan continuos, como asperos, y eranlo tanto, que al moverse, á imitacion de los cordeles de San Xavier, añadian nuevo martyrio sobre el dolor de sus llagas. En los ayu-

*Su Novi-
ciado.*

nos aun fue mas extrema su austeridad. Con el bien colorado titulo de estomago debil entablò vn quotidiano ayuno de muy pocas onças de alimèto: y governandose por las glosas, con que su severo espiritu explicaba los ordenes de los Superiores, se levantaba sin comer bocado siempre, que lograba ocasion su dissimulo. Este, aunque tan santamente artificioso, no pudo en todo ocultar el rigor de sus comentarios, que notados de algunos Hermanos le ponian piadosa acusacion ante el Superior. Pero su severidad tenia prontos mil modos de obedecer, y de continuar su ayuno sin acabarse de matar. Con la licencia, que ordinariamente se dà à nuestros Novicios, salia à la porteria à comer con los pobres, y abriendo los ojos, que solo para esto parecia tenerlos, escogia por compañero de plato el que con la falsa de su inmundicia le fazonasse con mayor asco aquella infusa comida. Amargaba con azibar las bien sazoadas, y dexandolo mas comestible se alimentaba de los desperdicios: vive oy con nosotros vn Connovicio suyo, que le observaba dexarse los calcos de las naranjas, mastigando muy de espacio la cascara, como quien se saborea con aquella asperissima amargura. El poco sueño correspondiente à tanto ayuno era bien de ordinario en vn zarço: y para entretener las vigiliass de la noche le permitió el Señor aquel torcedor de los escrúpulos, que tanto le apretò toda la vida. O forçado del escrúpulo, o seguro, de que los otros dormian, se le oyeron muchas vezes ya satyricos desprecios, ya agrias reprehensiones al Demonio, ya amorosas queexas, ya confiadas suplicas al Señor. Y llevado de la vehemencia de su resolucion dezia con expresivo conato: *Aunque me hagais mil hañicos.* Y porque en el severo tribunal de su espiritu siempre era su pobre cuerpo el reo, que lo avia de pagar todo con costas, como si fuesse delito suyo la insolencia del Demonio, le hazia pagarla con golpes, con heridas, y con vigiliass, à que siempre se anticipaban sus ojos, hasta que exercitado, y oprimido con las congojas de sus batallas, desfalleciendo el espiritu, ni aun para hablar entre si le quedaba aliento. Aquel breve rato, en que ya rendido lo sugetaba el sueño, dormia conturbado, como David, por el sobresalto, en que lo tenian siempre sus temores. Este rigor de vida, que iba acabando con ella, lo hazia à todos vn espectáculo igualmente lastimoso, que admirable: tan extenuado, tan palido, tan cardeno, tan herido, tan silencioso, q̃ cerrada à sus labios la puerta de circunstancia, solo tenia licencia para abrirla la guarda doble, que avia puesto à su boca: sepultados

sus vivos ojos en la caja de sus parpados, à quienes parecia restituir de dia aquel sueño, y aun dormitacion, que les hurtaba de noche. Y porque cosas mayores nos aguardan, concluyo diciendo, que en el Hermano Manuel nos puso Dios vn bello simulacro de todas las virtudes de vn Novicio con los mas delicados apices de la perfeccion.

Hechos los votos Religiosos del Biennio, passò à nuestro Seminario de Humanidad en Carmona. Asustado el Superior al verlo en aquella, que pareciera estatua de la tifica, llamó al Medico, el que pulsandolo le recetò solo, que comiera. Aunque la receta era muy costosa, se comprò no obstante con ordenes mas explicados, que cerraban la puerta à muchas, sino à todas sus rigidas interpretaciones. Estuvo en Carmona como tres meses, y algo reparado llegó à este Colegio por Agosto de 1683. Y porq sus ya sazonados talentos pedia mas empleo, q el de Discipulo, le mandaron los Superiores concluir cò el Acto general de Theologia, que le sirvió de examé para la Profesion de quatro votos, que hizo à su tiempo el dia 8. de Septiembre de 1694. Están todavia frescas las memorias de las extraordinarias aclamaciones, que se grangeo este Acto tenido de todos por excepcion de aquella comun regla, *pluraque canis novit, quam lata inventus*; pues muy atento el H. Manuel à la observancia de su Regla, diò tal espécimen de doctrina, que elevò mucho el alto concepto, que todos avian formado de su estudiosa habilidad en las passadas experiencias de sus lustras funciones: pero con tal modestia, que hizo ver, no se avia en el entibiado el amor de las virtudes solidas, y de la vida Religiosa con el fervor de los Estudios; fríó pretexto de los tibios. Vengiendo los Superiores con sus ordenes el temor, en que lo tenia su humildad, para el Sacerdocio, fáciles de perceber, como se vistió de justicia, y santidad, aun mas que de telas, este nuevo Sacerdote para celebrar su primera Misa, en que lo avia de alimentar el Señor con el pan de lagrimas, no ya de dolor, sino es de ternura: y avia de darle la bebida de lagrimas en mensura, que se la puso el mismo Señor, para que en su devocion tuviesen termino. Desde aqui comencaron à alternar aquellas aflicciones, y confusos, de que entretexe Dios la vida de los Justos. Hasta aqui sus escrúpulos, y temores le hizieron, que fuesen de noche, y dia su alimento las lagrimas al oír la insolencia, con que insultandolo sus enemigos le preguntaban, donde estava su Dios? que en quanto à lo sensible parecia averlo desamparado. Pero

*Sus estudios
en la Compañia.*

*Nazianz. in
Carm. Nicob.*

ya desde aqui hallò consuelo à esos insultos tan insufribles à las almas, que aman de veras à Dios. Ellos cada dia con nueva mofa se lo preguntaban ; porque permitió el Señor , que los desamparos de su espíritu fuesen casi quotidianos. Pero él tambien cada dia con nuevas confianças les respondia , tener en sus manos à su Dios , que quiso fuesen tambien quotidianos los extraordinarios favores , con que lo fortalecia.

S. III.

Leccion de Latinidad.

Fue inmediatamente señalado segun nuestro religioso estilo para el humilde , y molesto magisterio de Grammatica, en que trabajò nueve años con igual provecho de esta Ciudad, que exercicio de su paciencia. Tambien en esto diré lo que vi, y le oí ; pues lo logré Maestro, no solo en la Theologia , sino es tambien en estas letras. Como lo movian con tanto impulso la gloria de Dios, su rendida obediencia , el bien publico, y el religioso honor de la Compañia tan asegurado en la buena educacion de la juventud ; no es facil dezir el empeño santo , con que, como David , convidaba à sus pequeños discipulos como à hijos , para que aprendiessen con las letras el temor de Dios. Con el amor, que à todos mostraba, consiguió de los mas dociles quanto bueno queria : pero no olvidaba , que aborrece à su hijo el Padre , que perdona al azote , quando no bastan el consejo , y el cariño. Tal vez por siniestros informes mandò castigar à vn discipulo : pero despues, entendida su inocencia, dandole vn premio de los que tanto aprecia aquella edad , en que se via absuelto de semejante pena , aunque no fuesse por semejante culpa , le pidió perdon con tan humildes muestras de charidad , que les hizo ver à todos, era cariño de Padre , el que movia su lengua al pronunciar la sentencia de el castigo. Viven oy muchos de sus discipulos , en quienes todavia resuena el eco de aquellas exhortaciones tan claras , que les hazian ver el camino de el Cielo, y tan eficazes, que les persuadian à andarlo. Y como la santidad, que veian en su Maestro, hazia, que su voz fuesse parecida à aquella , que troncha cedros de el Libano, y apaga llamas de aquel fuego , en que suele arder la juventud, se hizo notar bien, que en su tiempo fue muy extraordinario el numero de los jovenes, que pisando las vanidades, y delicias de el mundo , se abrazaron en la Religion con el improprio de la Cruz, y la mortificacion de Jesu Christo.

Conectò esta proliza tarea por la Classe de Menores. Después baxò à la de Minimos: y como su humildad jamàs perdonò à ocasion de volverse contra si, folia dezir con gracia, que à el, como à los mudachos rudos, lo avian hecho baxar à Minimos. Después passò à las de el libro tercero, quarto, y Rhetorica. Como en todas fue igual su zelo, y su Magisterio, en todas sacò discipulos igualmente aventajados en virtud, y en letras. En estas hallò tambien su humildad materia de satyras contra si: pues si yo no las sè, dezia, cómo las sabré enseñar? Este genero de erudicion mas atrevida, que útil, suele por esto mismo tener muchos, que con aplauso la oigan; pero pocos, que con fundamento la estudien. En nuestro Seminario de Carmona, donde pudiera aver promovido estas letras, fue tan corto el tiempo, como la salud, que ruvo; y à esta causa vino poco cultivado en ellas. No obstante, aunque su entendimiento poseido todo de la magestad de la Theologia, juzgaba por menos serios los divertimientos de las Musas; pero su ingenio para todo feliz, y el religioso empeño de su ciega obediencia le hizieron aplicar-se à estos estudios con tan buen logro, que salió vn consumado Maestro de hazer (si es licito hablar assi) que la cytara de Apolo sirviese bien para celebrar el soberano cetro de Jupiter. Entendió, y habló en su puridad la lengua Latina; comprendió, hasta verles toda el alma, las reglas de el Arte Poetica, y Rhetorica con sus tropos, figuras, argumentaciones, y demás polimentos del bien dezir, de que nos dexò seguras pruebas, no solo en muchos sobresalientes discipulos, sino estambien en no pocas bien limadas obras, que sin gastar papel quedaron bien impressas en la memoria de quantos logramos oirlas. En el mismo ocio de estos estudios, y la seca ocupacion de enseñarlos, se llegó el tiempo de que le mandassen leer la Philosophia en este su Colegio, para que al mismo tiempo, que con las solidez ingeniosas de sus discursos disponia à sus discipulos para mas altos, y mas sagrados estudios, promoviese con su exemplo de religiosas virtudes la juventud tan numerosa, que en él se cria. En seis continuados años leyò dos Cursos, y en el segundo tuvo por discipulos tambien à nuestros Hermanos Estudiantes. Las funciones literarias publicas, y domesticas fueron siempre muy correspondientes al extraordinario concepto, que todos tenían de su Author. En ellas parecia, que los q disputaba, segun entrosi competian, eran su humildad, y su ingenio, su modestia, y su doctrina. Tal vez en vn Acto publico, para que

fues-

*Leccion de
Philosophia.*

fuelle mas clara la victoria de vna de aquellas tentaciones, que toman ocasion de la Ciencia para hinchar, respondiendole à vn argumento, no de los que dan, que pensar, se suspendió como quien busca, y no halla la respuesta; despues habló tan poco, y tan sobre los primeros terminos, que con mirarle vnos à otros se dezian: muy profunda es la humildad, que intenta esconder tan sublime entendimiento.

*Ocasión de re-
mitir algo sus
austeridades,*

Quando leía Grammatica padeciò vn insulto epileptico, que con violentísimas convulsiones lo reduxo al lance de administrar la Extrema-Vncion. Aliviado fue convalesciendo de el accidente con la lentitud, que corresponde à su rebeldia. Duraronle por algunos años las reliquias, que ocultaba en su pecho, de vnas melancolias tan profundas, que no encontraban mas alivio, que aquel, que el V. P. les buscaba en el encierro de vn rincón retirado de todo humano comercio, en que se le iba insinuando la vocacion Divina à la soledad, en que queria Dios hablarle mas de espacio al coraçon. Para que en este tiempo moderasse algo su extremo rigor de vida, concurren estas dos causas: la prudente precaucion de Medicos, y Superiores, que, para ayudarle à convalecer, le mandaron afloxar algun tanto la cuerda al arco, que el tenia tan oprimido: y la instigacion de la misma naturaleza por algun honesto recreo en aquellos alternados tiempos, en que, retirado el humor melancolico, podia respirar algo de su opresion violenta.

En estos intervalos de sus severidades, y abstracciones se dexò ver, aunque muy recatado, aquel su genio tan precioso, que en otros passara por merito, y en el V. P. se reparaba por no tan adecuado à su severo espiritu. Se le oian con frecuencia aquellos equivocos, y chistes, cuya oportuna gracia, y pronta viveza cobran con execucion la risa, y el aplauso. Su agudeza era no punta, que hiriese à alguno, sino salado gracejo, que los divertia à todos. Sus equivocos eran vn natural mixto de tal chiste, y tal seriedad, que juntando en si quanto cabe en vn religioso recreo, nunca pudo quexarle la religiosa modestia. Quando sus compañeros lograban la honesta recreacion de campo, que la Compañia justamente concede à los que en sus santos ministerios se afanan, era el Padre Manuel quien con sus preciosas gracias los divertia, aun mas que con sus amenidades el campo: y tenían por insulto aquel afueto, à que no fazonaba el saynete de sus sales. Con este mismo gracejo impugnò en sus Cursos de Artes algunas opiniones contrarias, espe-

especialmente de cierto noble Recencior, cuyos discursos por
frecien impressos traia mas entre las manos. Y estas fueron las
culpas todas, que dieron tanta materia à su llanto, y à nues-
tro exemplo; pues aunque en esta prolixa convalecencia alter-
naron las opresiones de sus escrupulosas melancolias con algu-
na honesta recreacion, que mitigaba sus rigores, siempre fue
exemplar su Religiosa vida. No estrañaria esta como mesera
de la Escala San Anselmo, quien tambien en los Claustros
Religiosos fatigado con el peso de la naturaleza interrumpió
algo la carrera, aunque no dexò de andar à buen passo por la
senda de la vida. Ni le cogeria de nuevo à la Seraphica Madre
Santa Theresa, quien para gloria de la Divina Bondad, y
para instruirnos en tan celestial doctrina nos describe las imper-
fecciones, que quitaban lo veloz à su carrera: y tambien los
amorosos modos, con que el Señor la iba desembarazando de
aquellas distracciones, hasta reunirle à sí con mas delicada el-
trechez por medio de aquel rapido vuelo de paloma suya hasta
los agujeros de la piedra, donde comenzó aquella altísima
contemplacion, de que como à gran Doctora venera la Iglesia.

Quiso ya el Señor volver à estrechar mas, y mas consigo
al V. Padre. Para esto le hizo advertir con mayor viveza, que
para correr por el arduo camino de la heroyca Santidad, à que
lo llamaba, convenia aligerarse del peso de aquellas gracias, à
que ya el mismo Padre llamaba *pesadas, y mohosas*. Començò
convirtiendo contra sí en preciosas fatyras aquellas sales, que
él ya tenia por insulsezes. Y porque no sirviessen de sinfavor
las escritas, las borrò de quantos cartapacios pudo hallar suyos,
ò de sus Discipulos, quienes dicen, lo hizo por su propia ma-
no para asegurarse mas. Y bien lo apoyan los mismos rasgos de
el que hasta en sus borrones fue primoroso. Y pareciendole
corra esta diligencia, es fama constante, que en Carra al men-
cionado Author llena de humildes expresiones pidió perdon
de ynos acumenes, que mas fueron preciosos, que ofensivos.
En su vltimo Curso de Artes començaron à ser mas profundas,
y casi continuas las melancolias, de que solo respiraba con el
total retiro de criaturas, y en él con lagrimas, con discipli-
nas, con ayunos, y otros rigores, que ya eran mas frequentes,
y severos, derramaba su coraçon en tristes ayes, y clamorosas
suplicas al Cielo, que causaban compassiva devocion en los que
tal vez pudieron desde afuera perceberlas. No despreciò el Se-
ñor este coraçon contrito, y humillado: antes sirviendose de la

oportunidad de su retiro, se le infinuò tan vivamente la Divina gracia, que le penetrò todos los senos del coraçon. Desde aquí fueron creciendo los fervores de su espíritu, y explicandose cada dia mas, y mas en el exercicio de virtudes hasta aquel excelso grado, à que no alcanza nuestra admiracion; porque como cada dia era el mas liberal para con Dios, cada dia era Dios mas liberal para con él.

*Ministerio de
este Colegio.*

Claro està, que no se negaba al trabajo el que negandose à sí mismo, y cargandose la Cruz queria seguir muy de cerca al que faltaba como Gigante para correr su camino. Pero el fuerte lance de verse obligado por la Obediencia à ser Ministro de este Colegio, empleo, sobre que carga buena parte de el gran peso de su gobierno, le hizo exclamar con intimo dolor, que la tribulacion, y la angustia lo hallaron, aunque escondido en la soledad de su rincón. Espantabalo la timidez de su delicada conciencia, que con solo el escrúpulo de imperfeccion se sobrecogia. Al considerar sobre sí la observancia, que tanta perfeccion incluye, de vna Comunidad, que aunque tan Religiosa, se compone regularmente de 120. de los nuestros, se comprimia hasta desfallecer su espíritu; porque su empeño, en quanto tomaba à su cargo, y su zelo, que no acertaba à tener por leve lo que tenia por falta, le hazian creer, que su gobierno mas seria prolixo para mortificar, que discreto para promover à los Subditos. Resonaban en sus oydos las voces, y en su coraçon los ecos del Apostol, que manda à los Padres, no provoquen à ira à sus hijos con immoderados zelos: pero advertia tambien, que las perezosas omisiones, y ciertas humanas condescendencias lo harian Reo de aquellas negligencias, y aun desordenes, en que vienen à caer los que desprecian las faltas por pequeñas. Descubriòle el Señor estas razones con otra practica luz muy superior à la grande, de que era capáz su ingenio: y agitado de sus remores, con Religiosa indiferencia aplicò todas las veras de su eficacia para librarse de el cargo. No siendo oydas sus suplicas, huvo de baxar la cabeça al yugo, y dar principio à su oficio el año de 1698. que ya era el vltimo de los seis, en que leyò Filosofia.

Convencido de que no se huviera Moyfes conciliado tanta authoridad con su Pueblo, si no lo vieran despedir de sí tantos rayos: y de que quita la eficacia à su zelo el Superior, que no lo arma con la practica de lo que ordena, començò por sí mismo su oficio, de cuya authoridad se valiò para hazer mas

rigidas sus austeridades, y de mayor parcimonia sus ayunos, aunque ya antes parecian incompatibles con la vida. No hiziera falta la charidad, con que algunos avisaron à los Superiores, para que moderassen esta abstinencia, que ya parecia exorbitante; porque su color palido, sus carnes consumidas, y sus fuerças extenuadas eran la delacion mas segura. Pero los Santos artificios de su humildad daban tales coloridos à sus pretextos de estomago debil, hastio à la comida, daño, que le causaba, con muchas rendidas suplicas, que añadia, que los Superiores se sentian obligados à dexar correr sus ayunos, persuadidos al principio, que aquellas eran justas causas, y despues, que era especialissima vocacion Divina. Muchos con la compasion de sola su vista, lo instabã para que con vna xicara de chocolate reparasse algo las fuerças: pero su espiritu de rigor siempre tenia prontos varios sentidos, y esugios, con que ni faltaba à la verdad, ni del todo la dezia. Vnas vezes era su respuesta: *ahora estuviera esso por hazer: otras, bonico soy yo para hazerme de rogar, si nó lo huviera tomado: otras, ya oy me ha convidado otro Padre; otro dia podrá V. Reverencia exercitar su charidad.* Y à este tenor nunca faltaba à su abstinencia metal para fundir prontas respuestas en el vasto molde de su pulido ingenio. Y porque sospechosos ya de sus escusas lo estrechaban preguntandole, si lo avia tomado aquel dia, hallò muy à la mano el modo, que le sirviò mucho tiempo para escaparse de este aprieto. Por las mañanas antes de salir de su aposento tomaba en la mano vn medio bollo, y à el sentirse estrechar con la pregunta respondia, *si Padre, ya lo he tomado.* Solian replicarle, que esso feria ayer, y respondia, *oy, Padre, oy lo he tomado, y es bueno: que no me descuydo yo en cuydar de mi.* Y con estos santos engaños, en que caian los otros, continuaba el Padre sus ayunos. Al passo de estos corrian tambien las demás austeridades: el violento estruendo de sus azotes, aunque à deshoras, vencia à sus ardides por ocultarlos. El rigor de sus cilicios se dexaba ver en lo encorvado del cuerpo, y desigual de sus passos. Y para ser en todo superior vigilante, ya en este tiempo eran sus ojos centinelas de aquellas nocturnas vigiliã, en que el sueño como à escondidas se compensaba algun breve espacio del mucho, que le quitaba su contemplacion, en que respiraba el V. P. de los afanes del dia.

Se perficionò tanto en la observancia de las Reglas, que parecia vn vivo Sumario de nuestras Constituciones. Algunas vezes para conyencer à alguno de algun defecto solia tomar el

Librico de nuestras Reglas, en que le leía la decission de la causa: pero se tenia por diligencia escusada, porque en su tenor de vida se veian bien impressos los muchos, y delicados apices de perfeccion, que en ellas se nos prescriben. Pudiera servir de especimen para las otras el ver como observaba la que nos manda varrer nuestras camaras à lo menoscada tercer dia. La Regla misma permite, que à juicio de los Superiores puedan ser ayudados los que por ocupacion de mayor importancia lo necesitan. Jamás quiso ganar esta Indulgencia: siempre, y en todo se sirvió por sí mismo. Varria, y alfeaba con tal esmero su aposento, como si fuese la empresa de su vnica atencion. Vilo vn dia tan afanado en el prolixo, y humilde ministerio, de que quedasse como bruñido aquel rincón, donde avia recogido la basura, que me obligò à dezirle, que para qué era tanto empeño, porque ni vna pajilla, ni vn polvillo se quedasse? A que con su humilde, y graciosa prontitud respondió: *por ver si puedo acabarme de recoger bien à mi mismo*: notandose de distraido, y teniendose por basura conforme al espiritu de aquel, que à sí mismo, y à todas las cosas reputaba por estiercol por ganar à Christo.

Con este atildado porte de vida diò à su voz de Superior aquella voz de virtud, à que no es facil resistirse. Y como en la severa exaccion, conque queria cobrar de todos la debida observancia, se veia claro, no tener mas interès, que el logro de promover en la virtud, acababa de hazer como imposible la resistencia à su zelo, à que daba nuevos realces de eficacia aquel visible amor, conque atendia al religioso alivio de los suyos, en cuya consolacion hallaba él tambien con el Apostol su consuelo. A la recreacion de el campo iba con nuestros Hermanos estudiantes tan placentero, y los alentaba à la honesta diversion de el animo, como si fuera otro hombre, y no aquel, que solo en la soledad, y los suspiros se recreaba. Con los enfermos era tan de Madre el amor, conque atendia à su curacion, à su regalo, y à su consuelo, que se viò, como resucitada en el V. Padre la compasión de el que enfermaba con la enfermedad de los suyos. La santidad de su vida, las entrañas de Padre, conque trataba à todos, y el desvelo por sus alivios obligaron no solo à venerar, sino à amar la severidad de su zelo, aun quando se explicaba en algun castigo: porque estaban todos muy ciertos, que solo se daba en su tribunal la sentencia, quando su conciencia à grandes voces la pedia, y no encontraba conque acallarla su co-

coraçon compassivo. Con esto ya dixe los aumentos, y perfeccion, que debió à su zelo la observancia.

Hallabase esta muy gustosa con su Samuel, que tan fielmente ministraba en la casa de el Señor. Hallabase el Padre Rector igualmente satisfecho con su ministro el Padre Manuel, al modo que Eliseo con el suyo Giezi; porque tenia à quien confiar seguramente gran parte de su gobierno. Pero à el V. P. los poderosos motivos, que al principio tanto lo contristaron, se le hazian en la experiencia cada dia mas sensibles: y con ellos ardian mas sus deseos del retiro, à que lo arrastraban su interior padecer estrecho amigo de la soledad, y las ansias de tratar mas quieta, y estrechamente con su amado Señor, que cada dia lo combatia con amor mas tierno à la bodega de aquellos vinos, en q̃ con sobria destemplança se beben juiziosas embriaguezes. Renovò, y apretò sus instancias, hasta q̃ hincado de rodillas à los pies del Padre Provincial con vna llorosa confesion de su ineptitud le pidió la absolucion de vn oficio, en que el juzgaba hazerle tan culpable. Solo consiguió vnas buenas esperanças, que se frustraron despues; porque entendidas de el P. Rector, clamò este, que al quitarle su Ministro seria consecuencia forzosa quitarle tambien su Rectorado. Con que hubo de continuar en el Ministerio hasta algun tiempo de su Letura de Theologia, de que à caso no ay exemplar.

§. III.

Solo vn orden muy expreso del Superior pudiera aver conseguido, que el humildissimo espiritu de este gran Siervo de Dios subiesse al lustroso honor, con que reciben à sus Maestros las Cathedras de Theologia de este Colegio siempre bien authorizadas. No le pareció à su humilde ingenio difícil (aunque se engañò) extinguir en sí aquel esplendor, que pudieran darle las Cathedras: y por esso no lo tuvo por demasiado precio, y mas quando no le era posible hallar otro, para rescatarle del Ministerio, y comprar tambien mas soledad, y mas tiempo de tratar con Dios. Subió pues à su Cathedra, y en poco tiempo la hizo con su habilidad, y doctrina como aquella fuerte Torre coronada de valuartes, prevenida de mil escudos para rebatir, y de mil finas armas para acometer en las lides escolasticas, en que mas suele volar el polvo, que correr la sangre. Començo, y debiera no aver acabado sus Leturas; porque segu-

*Su Letura de
Theologia.*

guramente le dió el Cielo con liberalidad no común todos aquellos talentos, que forman vn Doctór en todo grande. Fue-
 lo tanto el V. P. Padiál, que aunque se afanó siempre en apa-
 garlos, ellos por sí se encendian para lucir sobre el candelero, y
 tan leños estuvo de salir en esto con su empeño su humildad,
 que ni aun pudo embarazar, fuese tenido de todos por vno de
 los grandes Maestros, que ha dado nuestra Provincia siempre
 fecunda Madre de tan felizes, y cultivados ingenios. Si bien
 qualquier objecto, que se vnió á su capacissima potencia inte-
 lectiva pareció el connatural á su genio, segun la felicidad, con
 que concebía, y daba á luz los mas bellos partos de toda su fe-
 cundidad: todavia su esfera mas propia fueron las dos Theo-
 logias Escolastica, y Expõsitiva, que hallaron en su entendi-
 miento capacidad correspondiente á su vasta extension, y futi-
 lissimo ingenio, que se penetrasse hasta encontrar en sus mayo-
 res dificultades aquellos vltimos retretes reservados á vna subli-
 me perspicacia. A sus escritos escolasticos hizo tan coordina-
 dos su methodo, su distincion tan comprehensibles, su claridad
 tan faciles, su solidéz tan incontrastables, su energia tan per-
 suasibles, y sobre todo su ingenio tan abançados á lo vltimo de
 las dificultades, que todos los pretendian, como que en ellos
 llevaban asegurado el Discipulo su Magisterio, el Opositor sus
 premios, y el Maestro todos sus lauros. Y aunque no desagra-
 dára á su ingenio aquella especie de artificiosos discursos pare-
 cidos á los que nota el Nacianceno, *parum quid differre à fabulis*,
 en que es mas facil encontrar los aplausos, que la verdad: pero
 su juicio tan valiente, que dominó su rarissimo ingenio, le
 hizo, que, como si estuviera siempre oyendo lo de el Apostol,
depositum custodi, devitans profanas vocum novitates, siempre esco-
 giesse aquellas sentencias, que son parto no del ingenio, sino es de
 la doctrina, que es el deposito, de que lo avian hecho no Author, sino
 Guarda. Las opiniones, que encontraba mas fundadas en la Sa-
 grada Escritura, Concilios, y Padres eran el campo llano, donde
 su juicio soltaba las riendas á su ingenio, y las ilustraba con tan
 peregrina novedad, que lograban de todos vna admiracion pa-
 recida á la que le hizo exclamar á Tertuliano, *ò Christum in novis
 veterem!* Porque no se hallaba en sus ingeniosas novedades, sino
 es las antiguas sentencias bien defendidas.

Sus funciones eran las que corresponden á este ingenio,
 y á estos estudios. El sossegado Magisterio, con que en la Ca-
 thedra respondia, era igual á la acrimonia, con que replicaba.

No

1. Ad Thim. 6.
 20. Vinc. Liria.
 monit. 1. c. 27.

4. In Marc. 21.

No avia estudiada destreza, que bastasse à divertir, ó detener, para que no llegasse à herir la punta de la especie, en que insistia. Y si estas prendas le conciliaron tantos aplausos, que volaron mas en su seguimiento, que lo que él corria por huirlos, no sabré yo dezir quanta veneracion le aumentaba ver, que en las practicas de la Theologia Mystica excedia sin comparacion à las especulaciones de la Escolastica. Su raro ingenio, y doctrina, su rostro palido, y penitente, su connaturalizada Angelica modestia, el retiro dentro de si mismo, como quien buscaba la sombra contra el ardor del argumento, obligaron à muchos à dezir, que en este bendito Padre lograron ver nuestros ojos algo de lo que oíamos de otros siglos, quando en las Cathedras, y Theatros se dexaban ver vn Angel Doctor, y vn Doctor Seraphin. No obstante para acrisolar su paciencia permitió el Señor, que tal vez aviendo llegado su replica hasta apretar mucho vn nudo bien difícil, se le respondia con palabras tan de fuego, que cumplieron muy bien el oficio de crisól. Pero el V. P. como mudo, que no abre su boca, ni tiene en ella redarguciones de aquella especie, insistia en la suya con humilde, pero tan viva eficacia, que cada proposicion era vn torno, que daba otra vuelta al nudo. Vno de los Maestros de el Theatro viendo, que se desataban oprobrios, y no se desataba el nudo, edificado, y compadecido de el paciente, y humilde Jesuita, haziendose primero oir, hizo despues ver, que la sustancia, y modo de aquel argumento pedian solucion de otra sustancia, y de otro modo.

Menos violento se hallaba el V. P. en estas tareas Theologicas, que en la aridez de la Philosophia, y embarazos de Ministro; pues, aunque no encontraba todo aquel bien ocupado ocio, que buscaba para tratar con Dios: todavia la materia misma de tan Sagrados estudios lo era tambien de su contemplacion ya por este tiempo bien alta. Ayudabale mucho la leccion continua de Escritura, y Santos Padres, de que estava su entendimiento riquissimo, y no menos tierna, y regalada su voluntad: porque, aunque le era forçoso leer como quien estudia, pero tambien estudiaba como quien contempla: de que nos dexaban sin duda las suspensiones, los extases, los languores, en que frequentemente lo cogiamos, ya al beber en estas puras fuentes, ya al derramar por el cañon de la pluma lo que bebía. Pero como es tan difícil, que no se arrime aun à los religiosos coraçones algo de este pegajoso polvo Escolastico, y aunque

que él tenia buen cuydado de sacudirlo ; eran cada dia mas vivas sus ansias por mas soledad , y mas retiro. Con este espíritu, pero no cō estas expresiones (sospechando no seria oydo de los Superiores de acá) escribió à N. M. R. P. General , que por Dios lo aliviase de estas tareas ; *porque yo, dezia , no soy para ellas, y necesito de tiempo para disponerme à una buena muerte.* Nuestro Padre instruido ya de su contemplativo espíritu bien percibió el alma de aquellas dos clausulas : y así para dar al V. P. algun consuelo , y no quitar de el todo à esta Escuela tal Maestro de perfeccion, mandò su Paternidad , se le aliviase de la Cathedra de Prima , en que ya estava ; pero se quedasse por Prefecto de los Estudios Mayores , en que durò hasta acabar su Rectorado. Mas deseaba , pero no logró poco ; porque sobre el mayor desembarazo de sus designios, hallò su humildad la oportuna ocasion de intentar persuadir à quantos por mas sencillos sospechaba mas capaces de creerlo (que eran pocos , y de ellos ninguno de hecho lo creía) que le avian quitado la Cathedra por incapaz para ella. Y previniendo el argumento , que le podian hazer , añadia , que los Superiores con su charidad , porque no perdieffe del todo la honra lo avian hecho Prefecto , en que era menos difícil dissimular mas su incapacidad. Què mas prueba, añadia , sino que à tan poco tiempo de Prima me la quiten ?

Tanto empeño por dexar las Cathedras , para disponerse à una buena muerte pudiera tener visos de no tan ajustada vida, si la santidad de el V. P. fuera capaz de ocultarse , ni aun à los topes del espíritu. El severissimo rigor de todo genero de austeridades avia ya llegado en este tiempo à parecer increíble. Aumentaba quantas humillaciones podia. Era frequente el salir por las calles, ya recogiendo basura en una bestia , ya limosna en vn esporton para Carceles , y Hospitales. Leyò la Materia de Voto , y como sus Commaestros conocian su genio humilde, y salado le dezian , que era *Maestro devoto* : y su pronta respuesta era : junto no, dividido tengo el voto de ser Maestro, no el ser Maestro de el Voto. Insinuando , que se avian engañado los que le dieron el voto para leer , y que, aunque tenia deseo de cumplir en el empleo de Maestro , no sabia. Despues leyendo la *de Merito* dezia : aqui si , que es verdaderissima la junta *Maestro demerito*. En su observancia no avia mas diferencia, que ser cada dia mas fina. Volviendo de Conclusiones con vno de nuestros Hermanos Estudiantes , le pidió este lo llevasse de

passo

passo à ver la Custodia con el Señor, que estaba en la Cathedral en la Solemnidad del Corpus, que trae tantos forasteros. Pero el Santo Padre le respondió, no tenía licencia. Llegando à Casa le dixo, se aguardasse vn poco en la Porteria: despues bolvió el Padre diciendole: Hermano, para pedir licencia he buscado al Padre Rector, y al Padre Ministro: à ninguno he podido hallar: no quiere Dios, que lo vea, vamosos à nuestros aposentos. No se juzgó escusado con la Cathedra de los otros ministerios de nuestro Instituto, y aunque quisiera, no lo dexara vna multitud hambrienta de parvulos, que lo forçaban à partirles el pan. Su expedicion para todos, y su infatigable zelo por la salud de las Almas le hazian exercitarlos todos, como si cada especie de ellos estuviera sola à su cuidado. Como para los Sermones (en que ya tenía entablado, no avian de ser los de aquel genero de empeño, cuyo solo auditorio basta para el aplauso) le bastaban pocas horas, y à las vezes, ni aun vna ruvo de prevencion, eran bastantemente muchos los que predicaba. La asistencia al Confessionario, à enfermos, à moribundos, à Carceles, à Hospitales, à consolar afligidos, à resolver casos, à responder à consultas parecia del todo incompatible con el puntual Magisterio, con que llenaba las funciones todas de su Cathedra. Pero su habilidad pronta para todo, su enemistad declarada al ocio, sus casi continuas vigiliass, y su admirable abstinencia, que le redimia todo el tiempo de las coeccioness, le lo daban muy cumplido, y le sobraban muchas horas para su amado retiro, en que gozar à solas de su Dios.

Pues con demonstracion sensible de que el ardor de los estudios no es contrario al del amor de Dios; ardia en él con tanta violencia, que sin poderlas reprimir, se hazian ver en los prodigiosos efectos, que suelen, sus llamaradas, de que dare por prueba algunas chispas, dexando por ahora entre cenizas mayores asquas. Vn dia como à las nueve oyò vno de los Nuestros en el aposento del V. P. tan continuados suspiros, que rezelando algun repentino accidente se entrò hasta su retrete, donde lo hallò casi en el suelo caydo. Oyò, que algunas mal pronunciadas ternezas eran toda, y sola la interrupcion de los sollozos. Por observando más de cerca, que suspiraba no como Axa de Caleb por conseguir de su Padre el riego para sus tierras en agua viva, es como quien se anega en aquellas aguas vivas, que son la vida eterna: temiendo no lo ahogasse la vida que quedaba bastantes señas lo interior, y extenuado

Indic. I. 15.

26.
 de los suspiros, llegóse para socorrerlo: hallólo abrazado de un Crucifijo, su rostro sobre la herida de el Costado, y de aquel Sacro Madero tan estrechamente asido, que pudo leer bien claro: estoy clavado en la Cruz con Christo: no temas mi muerte, vivo estoy; pero ya no yo, sino Christo vive en mí. Finalmente, como quien despierta, volvió en sí, y se retiró el Sacerdote por no aumentarle el rubor, que vió en su rostro encendido. Después quando se encontraban, baxaba el V. P. los ojos como avergonçado de aquel delito. Siempre fue difícil responder à su argumento, y divertirlo imposible. Pero tal vez nuestros Hermanos Estudiantes hallaron modo fácil de conseguir ambas cosas. En viendose estrechados con el argumento, buscando oportunidad, introducian al resumir los terminos, *summa bonitas, incomprehensibilis Charitas*; y sin ser menester, que le hablasse su amado, para que el alma se le derritiesse, con solo mentárselo, tenían pronta la solución; porque arrebatado el V. P. à su Summo Bien, y à su incomprehensible Amor, caía enfermo de él, y todo paraba en escusarse el Padre con sus flacos, y con su debil cabeça, que eran sus ordinarios pretextos.

§. IV.

Su Rectorado de
 este Colegio.

Estoy tan seguro de la rica tela, y preciosa guarnición para el vestido de su Rectorado, que ni le temo al mal corte, ni a la peor costura del Sastre. Bien rara sería, y acaso sin compañera, aquella navegacion tan feliz, que aun logrando el Mar pacífico, y favorables los vientos, no necesitasse à las veces de firmeza en el Navio, y destreza en el Piloto, ya para huir ocultos escollos, ya para vencer imprevistas olas, ó repentinas rafagas. Hazia el V. P. la de sus Cathedras con bastante serenidad; porque el Espíritu Santo su Piloto con el apacible viento, que sabe, iba conduciendo con felicidad su fuerte Nave entre las olas, y bancos, que suelen no ser muy raros en las Escuelas, al puerto de su destino, una heroyca, y contemplativa Santidad. Y quando el V. P. cada dia mas deseoso de verse libre de estos rielgos se juzgaba ya en el puerto de su buena esperanza, donde libre de esos sustos pudiesse emplear sus caudales, comerciando unas veces con Dios en la contemplacion, otras con los proximos en aquellos ministerios mas inmediatos à la eterna salud; se halló repentinamente en el golfo mas amargo, y combatido de los mas contrarios vientos, y furiosas olas, que padeció en

toda su vida, aunque fueron tales, y tantas. N. M. R. P. General, para que sus ricos talentos tuvieran mas generos, y mas preciosos, en que negociar, le mando gobernar este Colegio. En proponer por el oficio echaron todo el resto su humildad, y su eficacia: pero no fue oydo. Aqui si, que no sabré yo decir à V. Reverencias las amarguras de su humilidissimo coracon. Si solo al considerarse Ministro lo dexò tan sin aliento el espanto de su timidissima conciencia con la imagen de su total ineptitud, que le pintò su humildad con artificio tan prodigioso, que el tocarla con sus mismas manos le servia solo para tener por verdades mas firmes las ilusiones de su perspectiva; que haria al considerarse Rector? Yo Rector? dezia: podranse hallar terminos de mayor contradiccion? Yo zelador de la observancia, que estoy atado con las maromas de mis pecados? Yo prudente en el gobierno, quando soy vn temerario? Yo Padre de mis Hermanos, quando mi soberbia me querrà hazer Señor? Yo para cumplir en las ocasiones de urbanidad siendo vn jumento? Y despues de varias contraposiciones muy familiares à la eloquencia de su humildad, resumia: yo Rector de Granada? Se podrá pensar chimera mas ridicula? Lo dezia tan de coracon, que se dexaba este ver asomandose en lagrimas por los ojos. Al consolarlo algunos Padres con ser esta la voluntad de Dios, tambien, dezia, ay en Dios voluntad permissiva. A la instancia, de que N. Padre lo mandaba, respondia: N. Padre como verdaderos le han dicho verdad, pero como hombres se han engañado, y no le han dicho la verdad, que ay en mí de vna total ineptitud. Finalmente vno de sus Conmaestros hombre de mucha prudencia, y espiritu, à quien el V. P. avia confiado toda la direccion del suyo, lo estrechò mostrandole, que el alegar segunda vez su insuficiencia solo servia de confirmar mas à nuestro Padre en la aptitud, en que ya estava su Paternidad impresionado. Y concluyendo ser esta la voluntad de Dios, que debia venerar, y amar, le hizo tomar sobre sus hombros la cruz de su Rectorado el dia 23. de Abril de 1708. Y aunque ya su perspicaz espiritu avia previsto, quan pesada le avia de ser, quiso el Señor fortalecerlo con el escudo de la presciencia, que le dio en vna vision al principio de su empleo, y en carta à su Director la refiere el mismo Padre de esta suerte: Muy frecuentemente me acuerdo, que despues de aver entrado en este oficio, diciendo vn dia Misa en la Capilla de la Sacristia, me vino en la imagin de Maria Santissima, que està en aquel

28.
„ Tabernaculo al pie de la Cruz de su Hijo, vi, que tenia entre
„ las manos vna Cruz como de vna tercia, ò media vara, y que
„ era tan negra como vn carbòn. Causòme novedad, y dudaba,
„ quien avria puesto entre las manos de la Imagen aquella
„ Cruz, que nunca avia tenido. Pero bolviendo à mirar, ya no
„ parecia. Se me quedò muy impressa esta Cruz, que vi con los
„ ojos de el cuerpo. El Señor, que por su Bondad lo hizo en el
„ amor tan semejante à su Apostol Pedro, y en el zelo al vaso de
„ eleccion, à quien confiò la predicacion de el Evangelio, quiso
„ tambien, como à ellos, con particular vision prevenirlo para
„ las tribulaciones, que le aguardaban. En el mismo peso de la
„ Cruz descubriò la levedad, y en la obscuridad la luz; pues ve-
„ nia por las manos purissimas de su especial Madre, y Directora;
„ lo que siempre le sirviò de singular consuelo.

Como estava el V. P. tan persuadido, que al compàs de
los Cherubines se mueven las ruedas de la Carroza, aunque
cortado à la medida de San Athanasio, *vita iubeat, ut lingua
persuadeat*, para persuadir con su lengua lo que mandaba con su
vida, estava bien prevenido de eficacia; todavia juzgò, que
aviendo de aparecer *forma factus gregis ex animo*, como dechado
de vna Comunidad por todos titulos respetable, debia ante to-
do aplicarse à ir delante en la observancia. Yo no sabré expli-
car la pureza de los nuevos rayos, con que brillò esta hacha, ya
antes tan luciente, luego que apareciò sobre el Candelero para
alumbrar à quantos estabamos en esta casa. Solo sabré dezir à
V. Reverencias, que lo assombroso, y en gran parte inimitable
de su vida hasta este empleo, pudiera parecer tibieza à vista de
los intensissimos fervores, con que aora crecia en si, y nos fo-
mentaba à todos. Dividian el dia en quatro partes compitien-
do cada qual sobre llevarse la mayor, la distribucion comun,
la especial de su oficio, los Ministerios, que su zelo añadia, y la
que Dios queria para si en la contemplacion. A las funciones
de Comunidad tiraba de todos su puntual prevencion à ellas, y
nunca hallò causa para dispensarse à si, el que sin grande ave-
riguacion la hallaba para dispensar à otros. Iba al Refectorio
como todos; pero à estar en el como ninguno. Servianos de raro
consuelo, y edificacion ver à nuestro Santo Rector frecuente-
mente atrodillado à besar los pies de sus Subditos, y como su
debilidad le ayudaba poco, y sus cilicios le estorvaban mucho,
causaba compasiva ternura el trabajo, que le costaba esta fun-
cion. Sentaba en el suelo à no comer; porque ya estabamos

todos en la dispensa de su aprobada especial vocación. Y era vn admirable espectáculo verlo muchas vezes, ò arrebatado con la leccion de la Mesa, ò herido con alguna de aquellas volantes flechas, que improvísamente solia dispararle el Amor Divino. Tal vez al irse à levantar se caía: y con su ordinario disimulo se sentaba, como que se le avia olvidado vn palillo de vizaiga, con que se quedaba limpiando, como si huviera de qué. Y quando no podia ocultar el efecto, se acogia à ocultar la causa: no eran menester, dezia, ni flatos, ni tan ruin cabeça para ser yo mas que inutil. No solo quando le tocaba por su turno, sino otras muchas vezes, fregaba todos los platos: y ya la experiencia de sus manos quemadas obligò à templarle el agua contra el ardor, con que la pedia hirviendo con el pretexto de hazer mas limpio el fregado.

Las obligaciones de su oficio en la parte del dia, que les tocaba, quedaban plenamente satisfechas. No hubo menester sobreponerse como vestido las entrañas de misericordia; porque nacieron, y crecieron con él: y se dilataban en los espacios de su charidad para abraçarlos à todos en las entrañas de Jesu-Christo. Parecía olvidado de su zelo, segun era su quotidiana instancia la sollicitud de los alivios, y asistencias en ropa, vivienda, comida, y demás consuelos, que caben en la Religiosa observancia. El se embriagaba en aquella bodega de charidad, à que lo introduxo el Rey: y nosotros *exultabimus, & letabimur memores vberum tuorum*, nos alegrabamos de ver, que de allí salia como vna amante Madre bien proveida de leche, y de suavidad, con que acariciara à sus hijos, que no avian menester dezirle, *verbera Patris habes, ubera Matris habes*, que, si como Padre los corregia, tambien como Madre los recreasse. Tal vez mortificò à vn Hermano, porque juzgò estudiaba fuera de tiempo; pero sabiendo despues no ser assi, le pidió perdon con tal agrado, y sentimiento, que hubo menester el Hermano consolarlo. Quiso otro cò mas fervor, que prudencia, imitar su inimitable ayuno. Alabòle el Padre Rector su aliento, y advirtiòle de su arrojò: mandòle expressamente comer lo regular; porque en esto de el comer, le dixo, quando Dios no haze la costa, es menester aliento proporcionado al vivir, y à las fuerzas para trabajar. En que insinuò, que si Dios no la hiziera en el V. P. ni trabajar pudiera, ni aun vivir con lo que comia. Y cierto, que, si su humildad supiera darse à algun partido, pudiera añadirle con el Apòstol *Idolæ, que no solo tu, sino es todos seais, como yo,*
except-

exceptis vinculis meis, menos en los rigores, que ellos son para mi solo, y para vosotros los alivios. Con los enfermos era no solo Madre, sino Medico, enfermero, y criado. Y aunque dentro, y fuera sabian todos, que con nada lo avian de regalar, todavia solia aparecerse algun regalillo para sus enfermos, porque venia para el V. Padre.

Al mismo tiempo lo consumia el zelo de la observancia: y como era ardentissimo à los apices de perfeccion, ni aun el mas leve desviado contra las reglas se ocultaba à su advertencia. Juzgabase, como Superior, reo de culpa grave por la tolerancia en los Subditos de defectos aunque leves: y como estos son tan compañeros de la fragilidad humana en los muchos, y menudos puntos, que contienen nuestras Reglas, era su afligido coracon vn campo de batalla, en que con furia, y estrago se embestian de vna parte su natural amor, que siendo por si suavissimo, enternecido mas en las entrañas de la misericordia de aquel, que en ellas nos visitò desde lo alto, parecia amor sin termino, y sin modo. De otra parte los temores de su delicadissima conciencia, que lo queria hazer reo de humanas condescendencias hijas de la prudencia de la carne, eran agudos estímulos, que vivamente lo herian, para que corriese al remedio. Esta interior turbacion salia tambien à su semblante, y como lo indeciso de la victoria lo traia triste, y pensativo, hazia, que à las vezes, no siendolo, pareciesse mas severo, que suave. Començaba la correccion por el aviso, passaba al consejo, añaia la reprehension, avivabala con acrimonia, que abochornasse, y si finalmente era necesario llegar al castigo, aunque fuese corto, se ponía à imitaciõ del Señor *opertus quasi pallio zeli*, todo cubierto de zelo como vna capa, que escondia toda la suavidad de su coracon. Pero como era capa por defuera, facilmente se la quitaba para cubrir defectos leves la charidad, que sabe cubrir multitud de pecados. Este interior combate de su blandura, y su zelo fue el mayor peso, y obicuridad, que le significò el Señor en aquella Cruz negra. Fluctuaba entre los terminos de severidad, y blandura desleando encontrar aquel punto del medio, en que consiste el de gobernar. En el tribunal de su conciencia, siempre mas que severo contra si, lo acusaba su humildad, ya de hombre prudente de este mundo, que por agradar à los hombres no es siervo de Jesu Christo, ya de indiscreto zeloso *non secundum scientiam*: y como esta humildad llegò à cobrar tanta eficacia, que efectivamente le persuadia quanto contra el intentaba,

ba, intentandolo todo, le hazia de hecho creer ambos estremos, q. como dos fieros aspides, le despedazabá el coraçó. Permitia el Señor este engaño de su humildad por prueba de su paciencia. Pero la realidad era, que todos amaban su zelo, como hijo de sola su Santidad: y todos respetaban su blandura como tan subordinada à su zelo. Para promover la observancia se valia este como de poderosos medios de las platicas, y conferencias espirituales, que alternadas entre si nos hazia cada quinze dias segun nuestro estilo. Aqui con vna fuerça de espiritu tal, que excedia mucho, y no era poco, à lo ingenioso de sus discursos, y especioso de sus reparos, nos imprimia vnos dictámenes de altissima perfeccion con vnas palabras à manera de las de Dios tan vehementeméte encendidas, que era consecuencia amarlos. Con su santa vida, y este amoroso, pero eficaz zelo mereció ver su Colegio bien colmado en lo espiritual, y temporal de muy especiales bendiciones de el Señor en vn extraordinario exercicio de virtudes, y considerable aumento en sus caudales, despues de proveida su Comunidad, è individuos con abundancia, que parecia prodiga, y no era, sino que su generoso coraçon le hazia llegar hasta el confin de la religiosa liberalidad: sin saltarle para muchas obras materiales, que hizo de mucha importancia, y gasto. Si bien otras mas magnificas, de que fue Operario, me llaman ya la atencion.

Pues como si no tuviera mas oficio, assi se afanaba en los Ministerios. Retirado del Confessionario de Mugeres, dexando algunas pocas por mas necesitadas, se vino al de hombres al pario; en que quanto aumentò la fatiga, tanto facilitò el estar mas à la vista de su rebaño. Enfermos, Moribundos, Carceles, y Plazas, todos cobraban largas cantidades de su zelo; porque de todos se tenia por deudor. Mas de vn año, siendo Rector, predicò todos los Domingos en el Sagrario de la Cathedral, y algunos Jubileos del mes en Casa: y tal vez dos Sermones en vna misma tarde. Como su predicacion era tan vehemente, que si otro abriendo su boca atraia el espiritu, el V. P. parecia, que al abrir la suya lo exhalaba todo; le instò el Padre Ministro, para que tomasse algun alimento, pues se le avia passado el dia con solo vn bien corto desayuno, la mañana toda en el Confessionario, y la tarde en dos Sermones. A que respondió: yo, Padre, me siento con tanto vigor, que pudiera predicar otros dos. Quando Dios dà fuerças, no es menester mendigar las de el alimento. Si yo estuviera necesitado, buen cuydado tuviera
yo

yo de mi. Por aliviarlo algo le mandaron los Superiores dexar los del Sagrario: pero como no le mandaron dexar los de Casa, los continuò. Y para suplir aquellos se valiò de vna humilísimá invencion, que, aunque tan repetida del Padre, siempre lo hazia admirable espectáculo. Señalaba vn H. Estudiante para platicar en las Plazas: iba el V. Rector con él, haziale subir á vn poyo, y el Padre con vna campanilla iba por la Plaza juntandole el Auditorio: como era tan conocido de todos, venian muy gustosos á oír á vn Santo eloquentísimo. Pero aunque no oían, veían vn Sermón suyo de los mas persuasivos; porque poniéndose á los pies del Hermano, y haziendo silencio al modo que el Señor San Pedro con la mano, el V. P. con los ojos clavados en el suelo, perseveraba inmóvil, hasta que acabando se venian, dexandolos á todos pasmados. Haziale á el hermano irse á su aposento, y el V. Rector como su compañero lo iba á servir en lo que necesitaba. Vno de sus mayores Sacrificios eran las visitas tan muchas, como inescusables por su empleo, ya para negocios de el Colegio, ya por debida urbanidad; en que era puntualísimo: y sin poder contenerse, se le oía á el hazerlas ofrecer á Dios aquella su gran repugnancia.

Dilatáronse los espacios de su charidad á mas que los Ministerios, aunque tantos, del espíritu. Como á todas sus heroicas virtudes descubria el Señor espaciosos campos, se lo ofreció bien proporcionado á su liberalidad, prenda no inferior á alguna de las singulares del V. P. Tito, que exclamaba, *ò amici, diem perdidí*, quando su imperial erario no se derramaba en dones; bien pudo excederle en lo magnífico de ellos; pero no lo igualò en la benefica generosidad del ánimo. El año de 9. castigò Dios, *ò exercitò* á las Andaluzias con aquella hambre, cuyos estragos superiores al olvido no necesitan de recuerdo, que renueva mas el dolor. Començò el trigo á 60. reales, y subió hasta 90. y 100. la hanega. Mandò el compasivo, y liberal Rector á su Ministro, á sus Procuradores, á sus Portereros, y á los que tenia en las Heredades del campo, que ningun pobre se fuese de nuestras puertas sin socorro bastante á su necesidad. Fácil es de percibir, quan presto correria la noticia de este orden entre los pobres, y quan presto correrian estos, y quantos serian en Ciudad tan populosa, á instar por la execucion del orden. Añadianse familias honradas, y Comunidades pobres, á quienes se llevaba á cargas el pan. Contaronse por millares los ducados, que en solo pan, y no en solo él vive el hombre, se gastaron para socor-

332

remediamentos; pero nunca satisfecha su liberalidad siempre
hambrienta de mayores socorros. Su asistencia en todo con su Comunidad, su zelo de Pre-
lado para proveerlo todo, sus ministerios, que bastaran à ocu-
par muchos capaces sugeros, las particulares consultas, que las
hizo continuas la fama de su santidad, y doctrina, el Santo
Oficio, que como à su Calificador plenamente le confiaba las
mas arduas: globo es de empeños, à que pudiera condenar por
ladron del tiempo su fatigado espiritu, si no le huviera dado el
Señor vna como llave maestra para entrar se, quando queria, al
gabinete de la contemplacion: y aun quando mas ocupado se
lo solia llevar el Señor mismo. En las funciones mismas de Co-
munidad eran frequentes sus raptos, languores, y deliquios: en
ellos lo soliamos coger por los quartos: con ellos nos imprimia
mas las plasticas, y puntos de meditacion, que nos daba: en su
aposento le obligaban muchas vezes à interrumpir el despacho.
El Padre, que era su Ministro, asegura, que casi siempre, que lo
hallaba solo, lo hallaba con Dios. Luego echaba mano su hu-
mildad de sus flatos, y su ruin cabeza: y para hazer lo mas ve-
rissimil tomaba alguna cosilla calera, que huviesse oydo ser con-
tra los flatos, ò para confortar la cabeza. Quando avia de plati-
car à la Comunidad, ya se sabia, que la mayor parte de su estu-
dio era con Dios. Avia de platicarnos vna vispera de la Purifi-
cacion, y poco antes del medio dia llegò con priessa vn Padre à
su aposento: hallando entre abierta la puerta, llamó al Padre
Rector: entrò insistiendole en llamarlo, hasta que salió de su re-
trete, como Moyses del monte, despidiendo rayos de fuego por
su rostro, y dexandose caer sobre vna silla dixo con voz vehe-
mente *sentendecibles los favores de Maria Santissima*. No entendió el
Padre: si hablaba de los favores que esta Señora recibió de Dios,
ò de los que el V. P. recibia de la Señora. Pero en ambos senti-
dos es decible la proposicion: El Padre compungido se volvió
con Dios à su aposento, y el extatico Rector con su Madre al
monasterio. Como regularmente entre dia no eran posibles mas que
estos traguitos, como de quien prueba, y su coracon saboreado
andaba satisface de aquellas delicias, que lo dexaban mas
hambriento, suspiraba porque llegasse la noche. En quatro vi-
gilia la dividian las amarguras de su conciencia con raros ge-
neros de matrydio aconuénada: los azotes, que no encontran-
do yugales le herian los huesos: las ternuras de los estrechos abra-

E

abra-

abrazos con su Dios: y el sueño, que à fuerza de violentas porras sacaba algun breve espacio, y aun esse no raras vezes se lo quitaba la vigilancia de Pastor dando alguna vuelta al aprisco para asegurar mas su ganado. Nos parecia estar viendo en el lo que de si afirmaba David: *In die tribulationis mee Deum exquisivi manibus meis nocte contra eum*. Como los temores de su Alma, ya de demasiada blandura en condescendencias, ya de nimias severidades en el zelo, le formaron de su Rectorado vn insufrible dia de tribulación por creer, que avia perdido à su Amado, se le exhalaba el Alma en suspiros como de viuda tortolilla, que llora su soledad. Y buscandolo con indecibles ansias, para gemir con mas libertad à voces, hecho como Pelicano del desierto, y solitario por los desvanes de la casa se escondia para pagar à su oficio en crueles golpes las dendas, de que su humildad lo juzgaba acreedor. Allí despues de aver vuelto sus manos contra si mismo, por ver, si compadecido se dexaba hallar, las volvia tambien confiadamente contra el Señor en amorosas quejas: *à facie iræ indignationis tuæ; quia elevans allisti me*, de la severidad, con que lo avia tratado. Para que, Señor, le dezia, me elevaste sobre mis Hermanos, sabiendo que yo como tan miserable avia de caer de lo alto, y estrellarme en la dureza de mi temerario zelo, ó ahogarme en la demasiada blandura de la prudencia de la carne?

Sino lo hallò la que estando se en su lecho lo buscaba, el V.P. que lo buscaba de otra suerte, con suerte mas feliz lo hallaba: *Et non sum deceptus*. Toda esta tormenta paraba por lo comun en la dulcissima serenidad de su vnitivo amor, que estrechandolo con su Amado le hazia gustar con sossegada suavidad de aquel torrente de deleytes, y dulçuras, que tiene el Señor para los que le aman. Y si algunas noches las gastaba enteras en buscarlo, otras se le iban enteras en gozarlo. Mirando al Cielo sentia su Alma vn regalo interior tan grande, que sin poderlo contener se salia al rostro, alegrandose tambien la carne: por esto para respirar en sus congoxas le era frequente levantar los ojos al Cielo, como para mostrarles el camino ya à los suspiros, ya à las ansias, que embiaba por mensageros de su amor. Vnas vezes se quedaba absorto en aquel afecto de nuestro Padre San Ignacio, *heu quàm sordet terra, cum cælum aspicio*! y volviendose à mirar la tierra, con el gesto mismo del semblante explicaba el horror, que le causaba su fealdad. Otras admirado de lo magnifico, y primoroso de aquel Palacio exclamaba con Baruch,

33.

O Israel, quam magna est domus Dei? Otras subiendose sobre el Cielo
 lo gritaba con David para ser oydo, *ad te levavi oculos meos, qui
 habitas in celis*: la tierra me causa balsea: mis ansias no se facian
 con los Cielos: à ti, Señor, y Amado de mi alma, à ti, que ha-
 bitas en ellos, se me van los ojos, y tras ellos se le iba el coraçon.
 Con este espíritu se assomò à la ventana de su aposento vni mo-
 cho en tiempo de examen de conciencia quando ya tenía reco-
 gidas las llaves, y dadas las demás providencias: atrebatado de
 alguno de estos sus ordinarios afectos se quedó extático hasta la
 madrugada, en que hallándolo con calentura, y tan debil, que
 le fue necesario rendirse, vino el Medico, y aunque le pareció
 constipacion; pero como las causas, y efectos de sus accidentes
 eran de ordinario muy sobre las reglas Medicas, sospechando
 algo estrecho al V. P. la conciencia, para que dixesse la causa
 por no errar la cura. A que respondió, como ando cansadillo,
 y todo en mi es brutalidad, me assomé anoche à aquella venta-
 na, y como vn jumento me quedé allí hasta esta madrugada,
 que me balle así. Sabiamos todos, que ni en ganna de plumas
 pudiéramos dormir, ni aun la mitad de aquel tiempo, y así nos fue
 fácil entender de qué jumento hablaba, y de qué sueño, que
 pudo cogerlo en pie por tantas horas. Conoció el origen de su
 debilidad, y calentura, fue fácil la curacion. No quiero por
 ser con otros semejantes sueños de su Rectorado dispartar mas
 nuestra admiracion: descanse, si pudiere, vn poco hasta despues.
Et non estis intolerabiles fatigas de su gobierno, que le ha-
zian la vida con el Profeta, que su coraçon estava contur-
badísimo, que padecía angustias de muerte, y entre sus continuos
clamores, como que pedia alas como de paloma para huir de las
ocupaciones de Superior, y volar al retiro de su descanso, se lle-
gó finalmente el día 3. de Mayo de 1711. día faustissimo de su
desposorio, y de la alegría de su coraçon. No fue mas festivo pa-
ra el eniel Pharaon àquel, en que con vn regío, pero sangriento,
quhubo celebró sus mal empleados años: ni para Salomon
quando se dexò ver por Jerusalem coronado por su Ma-
estad, quando se desposó: ni para David àquel, en que tro-
pezó con el yugo de los grillos, con que le amenazaba Absa-
lon, quando se libró de la soledad los tumultos de Jerusalem,
quando se libró del desierto de Jerichò, que lo fue para el V. P.
 este,

su vida de Ope-
ratio.

36.
 este, en que trocando el peso de Superior por la deseada solici-
 tud de Operario dixo con bastante propiedad, *ecce elongavi su-
 giens, & mansi in solitudine*. Iba dando à todos la noticia, y pi-
 diendo los parabienes para si, y dandolos à todos, de que ya sa-
 lian de vn Prefecto, que bastantemente los ha molido, dezia, y
 de vn Rector tan tibio, tan imprudente, y tan pesado. Se dexò
 tanto de Cathedras, y Gobierno, que parecia no aver jamás sa-
 ludado aquellas, segun mostraba desconocerlas, ni manejado
 este, segun se abstraio de todo, consiguiendo sus humildes inf-
 rancias, que ni aun Consultor lo hiziesen. Y todo fue verda-
 deramente huyendo; pues no con mas desatino se acoge el chi-
 cueto à los brazos de su Madre, quando huye de quien lo es-
 panta, que se acogió el V.P. à los de su Amado Señor, sobre-
 cogido de los horrorosos temores, con que lo tenia espantado.
 fu conciencia en el formidable empleo de Superior. Fuelle
 à la soledad diziendo con veras, *& mansi in solitudine*; pues ad-
 virtiendo el nuevo Rector lo oportuno, que seria para los desig-
 nios del V.P., le señaló despues vn aposento tan distante de to-
 do comercio aun de los Nuestros, como cercano à vna Tribu-
 na, y sola la distancia de tres passos dividia las puertas. En el
 logró la inmediacion, que deseaba, al Señor Sacramentado,
 cuya sola memoria le llevaba toda el Alma, y alli frequentissi-
 mamente extatico cobraba en tiernas delicias las amargas
 passadas. En el grande Arsenio rezelofo de la muerte, que le
 machinaba Arcadio, no hizo mas viva impresion para huirse
 à los desiertos de Egypto aquella voz, *fuge tumultus, & salutem
 assequeris*, que en el V.P. la que lo llamaba à la soledad del cora-
 çon. Sabia bien, que si à esta los comercios Apostolicos sirven
 de fecundas aguas, que la hazen deliciosa, y de suaves fragran-
 cias, que haziendola como Jardin del Señor, la hazen tambien
 mas abetecible para el descanso: pero los tratos invtiles con las
 criaturas son como cierzos, que la esterilizan, y espinas, que la
 hazen horrorosa con las malezas. Por esso entablò en su apo-
 sento vn comercio tan retirado, y vn retiro tan franco à los Mi-
 nisterios, que le llamaban comunmente el Jesuita Anachoreta;
 porque supo poner en medio del trafago, y delicias de la Ciudad
 la quietud, y rigores de las Thebaydas. Como Anachoreta hizo,
 que corriese entre todos, aun sus mas parientes, y amigos aquella
 salutacion, con que recibió Arsenio à dos Personages, que lo visi-
 taban: *Nè velitis amplius eò venire, ubi esse Arsenium audieritis*. O!
 no me repliqueis, les dezia este grande Anachoreta; *quia non pos-
 sum*

Metaph. die
 . Julij.

sum me dividere Deo, & hominibus. Pero el V.P. debió, y supo dividirse sin separarse. Y así como Jesuita les decía, que era deudor à todos; y que por su parte estaba pronto à evangelizar, y nada mas. Con tal constancia entabló este su Apostolico desierto, que ya sabíamos todos dentro, y fuera, que nadie lo avia de bulcar para negocios temporales; porque estaba tan negado à ellos, como pronto para los ministerios de predicar, confesar, ayudar à bien morir, alentar à la virtud, desatar dudas de conciencia, y quanto fuesse evangelizar. No sabré como empezar la vida activa, y contemplativa, que hizo en este afanado ocio de su solitaria Compañia. Con tanta intimidad estrechó à Maria, y Martha, que pudieran tenerse por vna. Parecia vn San Pablo ya Seraphin extatico en el Cielo aprendiendo lo que no es licito al hombre hablar, ya Clarin Apostolico en el Pulpito empeñado en persuadirlo al Pueblo; ya rebofando aquellas dulçuras, que no caben en el coraçon humano, y ya sudando mas que todos en los afanes de sus ministeros.

Y para singularizar algo, si lo miramos como contemplativo Anachoreta, sus austeridades passaron mas allá de la admiracion: sus cilicios vnos le agoviaban el cuerpo, otros le estorvaban el passo: el efecto de aquellos atribuía à vejez, el de estos à reumatismo, que ya lo molestaba. Sus disciplinas lo desangraban. Su comida llegó à ser casi ninguna, y essa no ya insulsa, sino es tan asquerosa, que hazia apetecible el ayuno. Su corto sueño era ya aquel, en que con mas silencio tiene el coraçon sus vigiliass. Las avenidas de suavidades en la contemplacion solo se interrumpian con aquellas batallas de afuera, que le daban los Demonios, y aquellos temores de adentro, que combatian su conciencia. En lo demás eran tan caudalosas, que inundaban los ministerios mismos. Muchas vezes predicando era arrebatado ya en aquellas ternuras tan violentas, que no se dexaban reprimir: ya en raptos tan inflamado el rostro, que parecia subirse al Cielo en la Carroza de Elias: ya en languores, y deliquios tan profundos, que pudiera juzgarse aversele repentinamente arrancado el coraçon. Otras vezes absolviendo à los Penitentes llegando al acto de contricion en aquellas sus proprias palabras, *porque te amo, porque te amo, Bondad incomprehensible, Charidad infinita*, se lo llevaba el Amor, y quando volvia despues de vn quarto, ò media hora, avia menester informarse del estado de la confesion: hallaba à su Penitente tan pasinado, como compungido, y mejor preparado para ser absuelto.

Si lo miramos como Jesuita, su observancia llegó à los mas fútiles primores de la perfeccion: y sus ministerios à vna eficacia propriamente celestial. En las funciones de Comunidad con su prontitud nos llamaba, y con su devocion nos enternecia à todos. En estos vltimos años le apretò el reumatismo en piernas, y pies tanto, que ni andar podia, ni arrodillarse. Erán tan agudos los dolores, que repetidas vezes en el mismo sufrir se desmayò su raro valor: y à los Medicos parecia extraño, no sucediesse mas vezes, atendida la debilidad del Padre, lo acre del humor, y lo delicado de la parte, lo mas sensitivo de las articulaciones. No obstante para nada admitia dispensa, ni ayuda. Era vn espectáculo verdaderamente agradable à Dios, tierno à los Angeles, admirable, y compassivo à los hombres verlo en las funciones de Comunidad, quando no podia arrodillarse con los demás, retirarse al vltimo rincón con el espiritu de aquel, que estando en pie desde lexos, y sin atreverse à alzar los ojos hiriendo su pecho dezia: *Propitius esto mihi peccatori*, como no rara vez se le oyò. Tal vez acabandose de rendir las pocas fuerças à las violencias del dolor, trocando el modo del martyrio, se dexaba caer al suelo buscando à aquel Señor, à quien con ternura dezia: *Quarens me sedisti lassus*. De esta suerte arrastrando varria su aposento, aseaba sus trastillos todos, iba con vn candil à la dispensa por azeyte, ganando al andar tan mucho Cielo, como poca tierra; pues el pie izquierdo lo adelantaba bien poco, y con el derecho no podia mas, que igualar al otro. Muchas vezes era tan aguda la punçada del humor, que le hazia dar vn quexido tan penetrante, como extraño à su constantissimo sufrimiento. Y si lo oia alguno, solia sonriyendose dezirle, qué hemos de hazer? Misèria mia, poco mal, y bien quexado. Era puntualissimo en aquellas religiosas visitas, con que la charidad corteja à los huéspedes, consuela à los enfermos, y se complace en las especiales funciones de sus Hermanos: en ellas ya tenia la pacífica possession del vltimo lugar. Reparòse mucho la pronta noticia, que allà en su rincón tenia, de quien venia huésped, quien caia enfermo, y quien tenia funcion, en vn Colegio tan dilatado, y de tantos sugetos, à quienes suelen ocultarse por mucho tiempo estas cosas. Quien se las dixesse, nunca se averiguò: y siempre pareció mysteriosa tan puntual noticia, en quien tan abstraído vivia.

No obstante esta vehemencia de dolores, era del todo indispensable la Missa, y gastando en ella lo menos casi vna hora,

ya veces dolor y conda violencia, que al humor añadia à tiempos la descomplança de los freios, difícil seria encontrar dolor semejante al suyo. Pero se templaba con las delicias de su sacrificio de Gaidemco; que así lo llamaba. Quando le fue de el todo imposible el dèzir la, quexandose con humilde resignacion dezia, *hostiam, & oblationem nolui*, aunque tan de tu agrado, por no ver la indignidad, con que yo la ofrecia. Pero indefectiblemente todos los dias baxaba hecho vn varon de dolores à oír Missas, y comulgar: y porque sospechò, embarazaba en la puerta de la Sacristia, se saliò à vn lado del Presbyterio con vn banquillo sin respaldar: y aunque era à las madrugadas, venian muchas Personas de piedad, y distincion por venerar aquel retrato de los dolores, de la penitencia, de la modestia, y de la devocion. Llegaba à comulgar cayendose en pie, con vn extraño temblor mas hijo de la reverencia, que de la debilidad, trocada en llamas la palidèz de su venerable rostro, bañados en lagrimas los ojos, inclinado el cuerpo, como quien queria meter en el abysmo de la humildad toda el Alma, hiriendose el pecho con el visible impulso de todo su fervor, y pronunciando aquellas palabras, *Domine non sum dignus*, con todo su espiritu, y el de ellas, y como si con los ojos corporales viera la gloria de aquella incomprehensible Magestad, que habita luzes inaccesibles, se llegaba à tomar la sagrada Forma de la mano temerosa del Sacerdote, que avia menester espacio para repararse del temblor, que le infundia el ternissimo respeto de aquel simulacro de devocion, y santidad, en que muchos podemos hablar de experiencia.

La piedad de algunos robò sin pensarlo à los otros este raro objeto de edificacion. Las diligencias siempre sin efecto por eternarlo avian sido iguales à los grandes deseos de muchos. Ahora pareciò, que el mucho tiempo, que el V.P. se estaba en su banquillo fixos los ojos en el suelo, ò en el Tabernaculo, daria oportunidad para la copia. Y porque su perspicacia ya en esta parte hostigada no lo atormentasse con alguna nueva sospecha, se discursiò, viniessen vnas sobrinas del V.P. y de buena habilidad para sacar el retrato: las quales puestas en el sitio donde se componerle otras, tapadas con su manto, debaxo de el comenzaron à formar en barro vn modelo con tal disimulo, que ni las que estaban alli cerca lo advirtieron, y con intento de volver varios dias hasta darle su perfeccion. Pero aunque el V.P. nadie miraba, y aunque mirasse, no pudiera conocerlas,

y aunque las conociese, no debiera estrañarlas por ser frecuentes en nuestra Iglesia: no obstante, el suceso fue, que desde aquel dia nunca mas volvió à salir al Presbyterio: se quedaba en vn lado de la puerta, donde ni avia luz, ni era posible verlo desde fuera. Así les frustrò el designio, y à todos la esperanza de esse consuelo.

Ya oygo à la comun compasion preguntar, donde estaba la charidad, y prudencia de los Superiores; pues como si su fortaleza fuera de piedra, ò su carne de bronce, así lo permitian andar sin poder moverse con tan insufribles dolores, à que aun la piedra, y el bronce se rindieran. Pregunta, que pudiera entenderse à la permission de sus extremos ayunos, y demás rigores. No espero dar respuesta, que satisfaga, sino es, ò à los que vimos, y tocamos la humildissima eficacia de sus razones, y suplicas; ò à los que sin verla, perciben el alina de aquella sentencia del Señor, *Spiritus ubi vult spirat*. No manda nuestro Instituto estas vltimas severidades, que en la ordinaria providencia deben presumirse incompatibles con los arduos ministerios del bien de las Almas, à que para mayor gloria de Dios destina à sus hijos. Pero caben muy bien en la prodigiosa capacidad, y alteza de esse Instituto, que si no se reconoce obligado à criarlas como à hijas, tampoco à repelerlas como estrañas. Quantos Superiores tuvo el V. P. todos se empeñaron por su oficio en moderarle sus rigores; porque no sirviessen de estorvo à las empresas mas altas en la conversion, y en los progresos de tantas almas, que con sus fervorosos ministerios los lograban visibles en la virtud, y la perfeccion Christiana.

No obstante todos desistieron de su empeño convencidos à que para este caso se dictò aquel prudente dictamen, à cuya canonizacion conspiraron los Santos Padres: *His, qui moventur per instinctum Divinum, non expedit consiliari secundum rationem humanam*, pues al oir sus humildes suplicas, que se hazian mas irresistibles por los motivos, con que reducía sus rigores à cierto grado de necesidad, que se comprobò con extraordinarios sucesos, no les quedaba duda à los Superiores, que era especial instincto del Espíritu Santo, que inspira donde, quando, y como quiere. Y hablando de la presente materia de sus dolores, estaba el V. P. persuadido à que el Señor oyò finalmente lo que por muchos años, y con vivas ansias le avia pedido, que lo hiciesse participe de su santissima Pasion. Sufrió sus dolores, hasta que el Superior le obligò à la cura, que aunque muy estudiada, y pro-

prolixa, fue sin efecto, como ya el V.P. lo avia insinuado con alguna accion, ò media palabra, que le sacò à su recato alguna improvisa oportunidad, que ocurría. Apretandole el Superior, para que se estuviese en la cama, ò à lo menos en su aposento, pues parecia temeridad querer seguir à los otros, respondia, Padre, ya hemos hecho aun mas que lo que se debe por sanar: Dios no quiere dar acierto: quiere pues, que yo padezca esto poquillo, ya que no hago nada. Este no es mal de muerte, añadia, y para mi es mucho mas tolerable algun dolor al andar, que estarme en la cama, ò en el aposento. Las entrañables veras, con que lo dezia, y rendimiento, con que suplicaba por la Passion de Jesu Christo, que lo dexassen, obligaba à dexarlo en aquella cruz, en que lo enclavaba el Señor, y no ponerle otra, que se la hazia sin comparacion mas pesada su humildad; porque era visible à todos serle vn tormento insufrible verse obligado à ser servido de otros, ò imaginar, que les daba algun trabajo. Para sufrir esto no le dexò paciencia su humilidísimo espíritu.

De sus ministerios, especialmente antes que lo postrasse del todo la enfermedad, nada quisiera dezir; porque todo será mucho menos, q̃ lo que fue. Si entre las faenas de las Cathedras llenandolas cō tanto colmo, si entre los diversos cuydados de Superior entregados à su zelo fuerō sus ministerios tantos, y tã maravillosos, què seria aora, que se miraba deudor à solos ellos? Y si lo buscaban tantos, aun quando lo suponian legitimamente ocupado en Cathedras, y Gobierno, què seria aora, quando todos se tenian por justos acreedores à todos sus talentos, y espíritu? Y mas con la experiencia cada dia mas acreditada de que en el V.P. hallaban prudente resolucion en sus dudas, acertado consejo para sus resoluciones, consuelo en sus fatigas, seguridad en sus temores, salud en sus enfermedades, el pecador alientos para romper sus cadenas, el justo constancia para adelantar sus virtudes, el santo nuevas luzes para ver, y brios para subir à mayor perfeccion. Bien distante de quien pondera asseguro à V. Reverencias, que tenia en el Padre Padiàl su verdad bien cumplida lo que de los Apostoles dixo San Marcos: *Et convenit iterum turba ita, ut non possent neque panem manducare.* Y aun siendo tan raras las vezes, y tan poco el pan, que tomaba, ni aun para esso le dexaban tiempo. Si yo pudiera aqui sacar la suma siquiera de sus Sermones, exortaciones, confesiones, consultas, enfermos, y moribundos, à que asistió; estoy cierto, que al ver

tal numero junto avia de parecer inverisimil aun à los mismos, que lo vieron, aunque no se hizielle reflexion al modo serio, espacioso, y devoto, con que lo hazia. Y porque los de fuera no se llevassen todo, sacaban los Nuestros buena parte, y mayor los enfermos, que todos lograban el consuelo de recebir de su mano los Santos Sacramentos: y à todos quantos murieron asistiò alentandolos, y enterneciendo à quantos lo oían. Algunos ratos se iba à otros negocios; pero sin susto del moribundo, que antes se asseguraba de aquel tiempo mas de vida, mientras volvía el V. P. porque ya era observacion comun en toda la Ciudad, que moribundo, à quien començò à asistir, aunque varias vezes lo dexasse, nunca murió sin tenerlo à su cabecera. Piadosa persuasion bien comprobada con muchos, y raros successos. Vno de ellos fue en vna de las casas de la primera distincion de esta Ciudad. Cayò enferma la Señora, y agravandose llamaron al Padre Padiàl: quien aviendola consolado se despidiò. Pero con la devota confiança, que à todos hazia creer tenían prendas de su eterna felicidad en la presencia del V. P. en aquella hora, le instaron, que se quedasse. A que respondiò: forçoso me es entrar esta noche en exercicios. Pues, Padre, replicaron, segun la enfermedad corre, en pocas horas llegará à su vltimo termino, y el de los exercicios son ocho dias. No es razon muera esta Señora con esse desconuelo. Confio en Dios, respondiò el Padre, que no harè falta en los ocho dias, y se cumplirá à la Señora enferma su desseo. El siguiente à los ocho se agravò tanto, que volvieron con priesa à llamar al Padre, à quien encontraron en el camino, que ya iba à cumplir su promessa, y asistiò à la Señora hasta morir. A otra con enfermedad igualmente peligrosa, que dilatarada, visitaba algunas vezes el V. P. para confortarla en su largo padecer. Vna tarde ya cerca de la noche se entrò diziendo: esta noche me tendrá osted por su huésped. Agradeciòlo la Señora, y aunque no avia en la casa temor de cercana muerte, los assaltò à todos con las palabras de el V. P. y de hecho aquella noche entregò el Alma à su Criador.

El illustrissimo Señor D. Rodrigo Marin, y Rubio, Obispo de Jaen, promoviendo aquel su vigilante zelo, que tanto lo empeña en cuydar de su rebaño, dandole por si mismo, y buscandole por quantos medios puede, ya Mañines de ley, que se lo defiendan, ya amenos prados, en que engorde, y se recree; ordenò, que el V. P. fuesse à hazer mission à Jaen, y la hizo tan

fervorosa, que, como su Ilustrissima en carta fuya assevera, fue copiosissimo el fruto, que hizo con doctrina, y exemplo, y costò mucha dificultad el que tomasse diariamente el alimento precioso. Algunos años despues viviendo yo en aquella Capital encontrè todavia no chispas, sino asquas, y no convertidas en yelos como aquellas del tiempo de Nehemias, sino estan vivas, que sin consentir cenizas, que las amortiguassen, à qualquier ligero soplo echaban llamas. Hallè muy frescos los sentimientos Christianos, que imprimiò en sus oyentes: repetianme estos con notable admiracion aquellos lugares de la Sagrada Escritura, en que hizo mas fuerça como aquel, *hodie si vocem eius audieritis, &c.* y singularmente aquel Sermon, en que por despedida les dexò en prendas de su amor, y zelo los motivos para la perseverancia. Consoiraron à tan Christianas impresiones la persuasión de su eloquencia, la fuerça de su espiritu, lo preocupados que todos estavan de su santidad, y el aspecto de hombre penitente, contemplativo, y Apostolico; pues sobre su exemplar vida lo veian frequentemente arrebatarse en el Confessorio, y Pulpito, como lo viò el dicho Ilustrissimo Señor en la Parrochial del Señor San Ildefonso. En esta ocasion logró ver, y adorar el Divino Rostro del Salvador, prenda de tanta gloria para aquella Santa Iglesia tan ennoblecida por ella en todo el orbe Christiano. Luego que corridos los velos de aquel Sanctum Sanctorum se dexò ver aquella hermosissima fealdad, y obscurecido resplandor de la gloria, clavando sus ojos en aquel amorosissimo, y amabilissimo horror, leyò en caracteres distintos lo que estaba escrito, *no le ha quedado facion, ni belleza al mas hermoso de los hombres.* Al instante la vista de el que no tenia aspecto le arrebatò toda el Alma, y fue preciso sostenerlo, hasta que algo recobrado acercandose pudo adorar con ternura de quien siente, y con atencion de quien ama observar aquella milagrosa Efigie. Despues preguntado acá, que le avia parecido, se explicó así: Yo, Padres, antes que viesse aquel Divino Rostro padecia las dudas, y temores, que naturalmente se tienen de si seria, ò no, aquel el Rostro mismo, que dexò estampado en el lienço de aquella piadosa muger el Redemptor del mundo al tiempo de su sagrada Passion. Pero luego que lo vi, se me acabaron todas las dudas, y temores. Porque aquellos hermosissimos ojos, aquella magestad de aquel Divino Rostro, que al mismo tiempo infunde notable ternura, summo respeto, y afecto tan singular, que se lleva el coraçon, no dexan razon de dudar. Y así yo he quedado sin duda de que aquel

„santo, y venerabilissimo Rostro es el mismo, que estampò Jesu-
 „Christo nuestro Salvador. Lleno de esta seguridad repartia
 „acà las Veronicas, que le dieron, encargando con notable cona-
 „to su devocion. Y para entrañarla mas repetia: ha! si V. Re-
 „verencias vieran aquella afeada hermosura, que tanto ena-
 „mora, y aquella humillada Magestad venerabilissima! El
 „que lo viò, diò este testimonio: y yo sè, que lo tengan por ver-
 „dadero quantos trataron al V. P. tan ageno de ponderaciones,
 „como cauto en sus palabras.

Quando se agravò tanto su enfermedad, que ya ni le eran
 posibles, ni se le permitian ministerios, solia la devocion de
 muchos siempre sedienta por beber mas de su espiritu buscarle
 algun coche para llevarlo à predicar, ò à moribundos. Y como
 ya se sabia, que nunca de su voluntad entraba en el alegando,
 que se le andaba su ruin cabeça, era menester mandarselo, y pa-
 ra hazerle mas sabrosa la obediencia se le dezia, que peor era
 no hazer nada, y comer el pan de valde, que era el pensamien-
 to, que mucho lo affigia. Al entrar sonriyendose como quien
 haze burla de si mismo dezia: valgame Dios, que son menester
 quatro bestias para tirar de vna? Tan pesada es ella! Y quando
 ya ni aun esto podia, lo congoxaba tanto el pensar, que no ayu-
 daba à sus Hermanos, que viniendo repetidas vezes à mi apolen-
 to, yo, Padre, dezia, ya veo, que soy mas que invtil; porque soy
 estorvofo. Pero si V. Reverencia juzgare, que soy para algo,
 aqui estoy. Era preciso por no desconsolarlo mas entretenerlo
 con que comiesse, y en reparando las fuerças se le daria, que ha-
 zer. Comer? Replicaba, si no trabajo? Reparar las fuerças?
 Las del espiritu son las que me faltan; pero esas quando las re-
 cobrarè yo? Al encontrarme por los quartos mirando, enco-
 giendo los hombros, y moviendo los labios con ademàn de quien
 desprecia su invtilidad dezia, pero no obstante: *ecce ego mitte me.*
 Finalmente apretado mas de su congoxa, porque no hazia nada,
 me apretò à mi tambien diziendome, si à V. Reverencia le pa-
 rece, mandemelo, que la obediencia haze milagros, y yo espero
 en Dios, me darà fuerças. La veneracion, con que todos oíamos
 sus palabras, me hizo tener por prudente lo que de su yo parecia
 temerario. Le encargué algunas Platicas de Comunidad por el
 consuelo, que todos teniamos en oirlo, y que predicasse los Do-
 mingos en la Iglesia sentado en vn banquillo, al principio junto
 al Altar mayor, porque anduviesse menos; pero despues en el
 Pulpito, porque luego que corriò la voz de que el V. P. predica-
 ba,

ba, se llenò tanto la Iglesia, que se quejó el Auditorio de que ni lo veían, ni lo oían bien, sino es en el Pulpito. Salía por esta Iglesia tan consumido, que ya poco sitio hallaba donde ponerse la palidez: tan debil, que solo parecia vivo en aquel tardo movimiento, que mal le permitia el doloroso peso del humor. Sentado en su banquillo comenzaba, y à breverato ya no cabia en el Pulpito: con tan veloz impulso se movia à las acciones, que mandaba su fervor, que parecia tirado de el viento, y era el del Espiritu Santo, que baxando sobre él con la vehemencia, que sabe, lo levantaba del banquillo, y con él se levantaban hasta las losas del Templo, y se estremecian sus columnas con la fuerza de su espiritu. El Auditorio ya abraçaba con resolucion sus dictámenes, ya explicaba en lagrimas su ternura; pero sin estorvarse su admiracion, que les hazia preguntarse: es este el que subia al Pulpito medio muerto? Y aunque pudiera quitarle la frecuencia de ver cumplido en el V.P. lo que à Saul profetizó Samuel, que se arrojaria sobre él mudandolo en otro hombre el Espiritu del Señor, que no solo sabe hazer de malos buenos, sino es tambien de debiles robustos; no obstante siempre los admiraba. Tan visible era, y tan prodigiosa aquella gran mutacion de la diestra del Excelso!

Era ya entrado el año de 23. quando la enfermedad con mayor actiunonia, y la naturaleza con mayor debilidad ofrecieron copiosa materia à sus virtudes, y singularmente à su heroica paciencia bien probada hasta el dia 28. de Abril de 725. en que murió. No me aliento à entrar en este punto de tan sensible dolor, si no me entretengo antes en buscar à sus virtudes algun medio termino en este tosco lienço, que ofreci à V. Reverencias. Todas ellas con santa emulacion compitieron para hazer primoroso el Original; pero muy especialmente su mortificación diò tan valientes pinceladas, su humildad echò vnas sombras tan relevantes, y su amor Divino tirò vnos rasgos tan tiernos, que quanto me hazen imposible la copia, tanto disculpan lo mal parecido de estos borrones.

S. VI.

Siendo las prendas naturales como el fondo, sobre que echò la Divina gracia el precioso bordado de virtudes, y favores, con que ennoblecì el Señor à este su Siervo, quisiera antes descubrir el fondo, para que luciese mas el bordado. Tenia el V. R. sus talentos como escondidos en la obscura pro-

Sus talentos naturales.

fundidad de la zanja, en que los queria ocultar su humilde espíritu. Solo se escapò, aunque contra su voluntad, su entendimiento, que logrando fueros de Sol, ni hubo zanja, que bastasse à enterrarlo, ni sombra para obiscurarlo. Es verdad, que siempre procurò eclipsarlo; pero en aquellos estudiados eclipses se hizieron mas visibles sus rayos. La moderada licencia, que concediò à su vivo genio para convalecer de la larga enfermedad, que ya dixe, y el rigor, con que antes, y despues lo reprimiò, fueron como dos luzes, con que pudiessemos ver sus escondidos talentos.

Dotò el Cielo à este grande hombre con vn alma capacissima de las mayores emprellas, y à el mismo tiempo atentissima à sus mas menudas circunstancias. De lo primero se sirviò la gracia para engolfarlo en vn Oceano continuamente combatido de contrarios vientos, por donde queria sacarlo à el Puerto de vna extraordinaria, y favorecida santidad. De lo segundo se sirviò para empeñarlo en los mas delicados primores de la perfeccion. La seriedad de su espíritu era proporcionado asiento à toda la circunspección: y à el mismo tiempo pudo sentarse con ella todo el gracejo, de que es capaz la decencia. De lo primero se sirviò la gracia para aquella magestad de su porte, y acciones, que infundia veneracion: y de lo segundo para aquella salada afabilidad, con que hazia sabrosa la virtud, y para las preciosas satyras, con que se burlaba de si mismo. Su entendimiento fue tan profundo, que cabia en el quanto estudiaba, aunque era tanto: su ingenio tan sutil, que promovia con delicado, y visible exceso quanto estudiaba: y su docilidad le hazia dexarse llevar tan facil, y firmemente de la razon, que segun se le descubrian los motivos, ya parecia inflexible, ya inconstante. Las tres prendas sirvieron à la Divina gracia para infundirle aquellas vivissimas luzes, con que conocia sus verdades, y para aquellas agudas reflexiones, que tenian à su docilidad como aprisionada con las suaves cadenas de la verdad conocida. De aqui aquella firmeza en sus dictamenes tan constante, que nunca supo ceder, sino es à algun nuevo motivo, que preponderasse. Pero si lo descubria, era tan pronto en seguirlo, que pudiera parecer inmutable à quien no supiesse el dominio, con que la verdad mandaba sobre su docil entendimiento. El juicio, con que reglaba en la practica sus acciones, las hizo à todas tan serias, que aun las proprias de su festivo genio no dexaron de ser graves. La prudencia, con que prevenia inconvenien-

nientes, era tan prèspicaz, que descubria hasta los mas leves aca-
 sos sugetos à la providencia humana: y este era el origen de
 aquella cordura, que lo detenia en interior consulta antes de re-
 solver: y de aqui salian aquellos cuerdos dictámenes, à que to-
 dos vinculabamos el acierto. La verdad, y sinceridad parecian
 en el V.P. connaturales pasiones esentas de su albedrio; y sin
 ofenderlas en nada tenia prontos su ingenio mil medios para
 ocultar, quando convenia, sus designios aun à los mas lince-
 ojos empeñados en hallarlos. De que se sirviò la gracia para
 aquellas santas invenciones tan graciosas, como eficaces para
 disfrazar sus virtudes, y favores, haziendoles aparecer, quando
 no podia ocultarlas, vestidastan à la moda de cosas indiferen-
 tes, ò vulgares, que caíamos todos en el piadoso engaño hasta
 que rotos con el tiempo los vestidos postizos, se veian desnudas
 las verdades. De su tenaz memoria pudiera assegurar, que lo
 que assiò vna vez, no lo soltò jamàs: y assi los motivos, que vna
 vez le descubriò la gracia, fueron siempre agudos estímulos,
 que lo hazian correr el camino de la perfeccion.

Si su entendimiento fue siempre prisionero de la verdad,
 su voluntad fue cautiva tan fiel de su entendimiento, que era
 prontissima en pagar con vna ciega obediencia el tributo debi-
 do à el imperio de sus dictámenes. Era amorosa, compasiva, y
 suave en tanto grado, que si por algun superior motivo se lo
 permitia su dueño el entendimiento, se assomaba por los ojos
 tan tierna, y por la boca tan dulce, que veíamos todos quan
 costoso le era aquel su retiro, y despego de todas las criaturas.
 Por esto, siendo en grado superior suave, parecia à las vezes,
 què declinaba en rigido; porque mientras el entendimiento le
 mandaba huir del objecto, era constantissima la fuga. Si bien à
 el sentir su contrario imperio, se dexaba arrastrar de todo el pe-
 so de su amor. Era de vn coraçon tan noble en sus afectos, que
 no sabia abatirlos à objectos menos hidalgos: tan honrado, que
 parecia regla de el pundonor: tan agradecido à los beneficios,
 que para sentirse obligar poca diferencia encontraba entre la
 gratitud, y la justicia. Aqui hallò la Divina gracia talentos pa-
 ra negociar mucho en el seguro trato de su compaña, de que
 saliò tan ganancioso el V.P. en aquel odio continuo, è impla-
 cable hasta la abominacion del mal: y en aquel constante, y tier-
 no amor hasta las delicias en el bien. Veo en este gran cumulo
 de talentos tal, ò qual, que pudiera parecer contrario à los desig-
 nios de la gracia; pero el magisterio de esta sabe hazerlos oca-
 sion

cion de mas gloriosa victoria, mudandoles el objeto, y dexandoles mas vivo el conato: como lo hizo en la docilidad de Abraham, en la suavidad de Moyſes, en la generosidad de David, en la compaſſion de Jeremias, en la ſencillez de los Apoftoles, en el zelo de Saulo, en el amor de Magdalena, en la oficioſidad de Martha, y en el ardor militar de Ignacio.

*Epist. 57. ad
Endox.*

A el paſſo, que el natural genio de el Artifice ſymboliza mas con el arte, ſalen mas eminentes ſus obras: maxima, que moviò à los Athenienſes (en eſto tan celebrados del Naciaceno) à eſtablecer por ley, que para el feliz logro de ſus publicas artes ſe les buſcaſſe à ſus chicuelos el genio, y ſe lo hallaban à el verlos elegir entre muchos obvios inſtrumentos aquel, con que mas ſe deleytaban. En eſta guſtoſa eleccion, que en aquella edad mas es hija de la naturaleza, que del albedrio, deſcubrian, ſeria facil à el Arte elevar à el que ya encontraba ſubiendo à lo eminente de ſus Artificios, ſin perder tiempo en vencer repugnancias. Tambien la Divina gracia, ſi bien no ſugeta à eſtas leyes, fuele ſeguir aquel rumbo, à que ve inclinada la naturaleza: y encontrando la del Padre Manuel nacida para dexarſe elevar à los delicados primores de ſus mas heroicas obras, ya ſe ve, quan felices ſerian los ſuceſſos de eſte Artifice tan inspirado de la gracia en lo mas fino del Arte de el bien vivir. No deſconfio moſtrarlo, ſi tomando algun vtil divertido ocio, diremos algun paſſeo, aunque corto, por el huerto de ſu dichosa alma, tan hermoſo con la fragrante amenidad de ſus virtudes, y gracias, que ſin dificultad haze numero entre los amenos Jardines de aquel Amado de las almas puras, que ſe apacienta entre flores. Aſi como à quien paſſea vno de eſtos, por mas que vaya con animo de obſervar ſolo las calidades del ſitio, las invenciones del Arte, y los trabajos del Jardinero, no por eſto dexa de notar de paſſo ſus hermoſuras, y percebir ſus fragrancias: antes bien llevado de la oportunidad miſma aqui delgaja vna ramilla, alli corta vna flor, y allà coge alguna fruta: aſi me ha ſucedido à mi con ſus virtudes por mas que he venido corriendo por el fertil terreno de ſu vida, por el orden de ſus acciones, y por ſus trabajos para el cultivo. Pero aora à imitacion de la que convidaba à ſu Amado Señor, debo yo convidar à V. Reverencias para que entrando mas de eſpacio, y con mayor atencion en eſte dichoso huerto ſuyo, cuyas flores tambien ſon frutos de honor nueſtro, y de honeſtidad ſuya, ſe diviertan con las amenidades, ſe recreen con los olores, y ſe alimenten con las frutas de ſus virtudes, y favores.

S. VII.

LA Escritura Santa, que haze de las flores vn bello symbolo para las virtudes, hizo à el Señor San Bernardo dezir, que estas tienen su olor en la fama, y su color en la conciencia, *odorem in fama, colorem in conscientia*. El color (dize el Santo) se lo dà la bondad misma de la obra, y la intencion del coraçon. El olor lo deben à el exemplo de modestia, y de virtud. El justo es vna azuzena en sí candida, para el proximo fragante; porque à el proximo debemos fama, à nosotros conciencia. Segun esto antes de oler las fragancias, que difundidas en exemplos le ganaron la publica voz, y fama de Santo, obseruaremos el finotinte de su conciencia, en que tomaron sus virtudes tan subidos colores, que las hizieron extraordinariamente admirables. Y siendo la conciencia *titulus Religionis, ager benedictionis, hortus deliciarum*, en la del V.P. verèmos la executoria de sus Religiosas virtudes, y vn fertil terreno hecho con las bendiciones del Señor huerto de celestiales delicias. Tres cosas debo observar en su conciencia: su pureza, su delicadeza, y su intencion. Con esto escusando la molestia de repetirla, dexaré dicha de vna vez la elevada perfeccion, con que exercitò las virtudes, de que iré hablando.

No creerè aver dicho mucho, diziendo, fue su conciencia mas pura, que el cristal. Era especialmente humilde, y devoto el conato, con que dezia aquellas palabras, *cor mundum crea in me, Deus*, pidiendo à el Señor, le diese aquella pureza, que haze à el coraçon objecto digno de aquellos ojos, que no pueden ver la maldad. El odio de abominacion, con que se apartaba de qualquier culpa, y aun muy leve imperfeccion, nos harà ver como en vn espejo, quan terso estuvo el de su conciencia. En Carta à vn Confessor suyo le dize: *Deseo intolerablemente unir me con lazo tan estrecho à aquel unico centro de mi coraçon, que nunca mas tenga peligro de darle vn minimo disgusto*. El temor de ofender à su Amado era vna de las agudas puntas, con que lo herian sus vehementes ansias por morirle. Y con vna especie de amor, y de temor pocas vezes oydo, à el ver, que no se le concedia la muerte, solia dezir, que escogiera hasta el fin del mundo estar en el Purgatorio por la seguridad, que allí tenia de no ofender à su Dios. Fatigado con tentaciones aun de cosas bien ligeras, se le oia, allà à sus solas, dezir à voces, que se traian el coraçon hazia fuera, para que lo viessemos: *esso no: morir mil vezes antes, que desagradarlo vna; antes que*

La pureza de su delicada conciencia.

Ser. 71. in Cant.

D. Bern. de inuiter. dom. c. 23.

cometer la mas minima ofensa: à mi Querido, à mi Amado, à mi Esposa en nada, en nada desagradar. Tales eran sus ansias por ofrecer à el Esposo su alma sin mancha de culpa, sin rugas de vejez, y sin la mas leve imperfeccion.

Daba con las obras pruebas relevantes de la verdad de sus palabras; pues los primores de aquella delicadeza, con que se angustiaba en la solitud, de que su alma fuese santa, è immaculada, pudieran parecer nimiedades à quien no sabe entender, que manda el Señor guardar con demasia sus Preceptos. A manera de vna gran culpa lo atormentaba el escrupulo, de que avia gastado vn palillo entero de viznaga, pareciendole, que para limpiarse los dientes bastaria el medio. Y cierto, que para lo que comia, aun el medio sobraba. Este temor de exceso contra la pobreza lo obligò à ir guardando el palillo, hasta que del todo se gastasse. Gran fabula debe de ser aquella, de q el Amor es ciego: el Divino es tan lince, que descubre vn grande objecto, en lo que es imperceptible, à quien no sabe amar tanto. Los que aman con fineza à Dios perciben bien el grande espíritu, que se oculta en el pequenuelo cuerpo de estas menudencias, que à los tibios parecen ociosidades. Estaba aquella naturaleza tan rendida à la enfermedad, que ni aun podia moverse de vn lado à otro, y tan acobardada con la vehemencia del dolor, que à solo el ademàn de arrimarle la ropa se estremecia, y aun sin querer buscaba el corto descanso de algun agudo quexido, que le soltaba de la estrecha prision, en que los tenia su invicta paciencia. Y no obstante con escrupulosa delicadeza, sin bastarle sus estudios, ni acabarse de quietar con el dictamen del Confessor, pedia à el Padre Rector licencia, ò que le dispensasse, ò commutasse para su seguridad los ayunos, el Oficio Divino, la Missa, y cosas semejantes. Reconvenido con su total imposibilidad, respondia, que lo dexassen probar, si podia, ò no; pero que *sin esta experiencia, como podia el por sí certificarse, de que no podia*. Lo congoxaban tanto estos temores, que era necesario ir frequentemente à consolarlo, asegurandole, que en esto estaba muy lexos de culpa. Vna noche à el beber agua se le ofreciò, si se ahogaria: despues pensò, si el beber con aquella duda seria pecado: y como si lo fuese, así lo atormentò aquella vana sombra de culpa, que haziendole mas obscura la noche, le hizo tambien passarla embuelto en amarguras, que le dieron gran materia para vn heroyco exercicio de virtudes, hasta que à la mañana consultados con estraña confusion sus miedos, se le obligò à comulgar.

A este amoroso temor de no desagradar à su Esposo debimos el bien raro exemplo, que confirmando lo que todos veíamos, asegura vn Connovicio suyo, que lo tratò con intimidad muchos años, y lo confessò algunos, y es, que aviendolo observado bien, nunca le notò quebrantar, ni la mas minima de nuestras Reglas. V. Reverencias, que saben bien ser tantas, y de tan sublime perfeccion, sabrán tambien concebir mejor, que quanto yo pueda explicar, quanta sería la de este gran Siervo de el Señor. Y no sé, si es todavia mas admirable el esmero, con que las observaba. Era este tal (para hablar de alguna) en la que nos manda tener cuidado con la limpieza en nosotros mismos, y en todas las cosas, que pudiera parecer afectada prolixidad à quien no supiese, que la mente misma de las Reglas era el alma de sus acciones. Su pobre vestido solo tenia de viejo lo raído, y remendado: en lo limpio siempre era nuevo. Con solo vn trapo desechado por viejo limpiaba los trastillos de su aposento: y los tenia tan aseados, que parecian bruñidos, y con vn lustre tan especial, que algunos, ya con piedad mucha, lo tenían por mysterioso. Siendo Rector le notò vno por chança, que no estaba tan aseado, como solia, el candil. Al punto se puso à fregarlo, y sonriendose dezia, *aver, si aora se rien de mi candil*. Aunque su estudio era tanto, parecia no abrir vn libro, segun los tenia todos en su lugar, adonde los volvía cerrados à el acabar su actual estudio. Y en vna palabra, su aposento à manera de Oratorio (y lo era para el V.P.) causaba devocion à todos con el asseo de su pobreza. Con este espiritu celebraba mucho, y repetia lo que se dize de los paños, con que la Santissima Virgen vestia à el Niño, que eran viles, y pobres; *pero aseados, y limpios*. El delicado primor, con que observaba esta Regla, dará alguna idea de la perfeccion, con que guardaba las otras. No usaba licencias generales: las pedia quotidianamente, aun para cosas bien menudas, como para que le cortassen vna pluma, quando ya le temblaban las manos. Y muchas vezes haziendole sus escrúpulos dudar de la licencia, que se le acababa de dar, volvía à pedirla, por parecerle, que contravenia à la Regla. Diciendole, que si no la tenia ya? Respondia: *Padre, V. Reverencia perdone por amor de Dios, que tengo esta cabeça tan loca, y esta memoria tan perdida, que para nada tengo sentido, sino para ser molesto*. Y no era, sino q̃ el puro, y delicado amor al Esposo de su alma le hazia ser como aquella, *omnia tuta timens*, q̃ aun en la mayor seguridad lo sobresaltaba el temor, no aquel bastardo, cō

In Prefat. lib.
ad Monim.

que no se aviene la charidad; sino es (para explicarme cō S. Fulgencio) aquel temor casto, *qui etiam illa, quæ tuta sunt, metuit... non formidine criminis, sed robore puritatis*, que de la seguridad misma se rezela, no tanto por el miedo, de que ay culpa, quanto por la valentia de la pureza.

D. Cyril. in Le-
vit. fin.

Como el amor es vn afecto tan lleno en si, y que llena tanto de congoxosa sollicitud, no se quietaba la del V. P. con tan cuydadofo desvelo por mantener à su Esposo mas limpia la hermosura de su alma; antes bien con ojos como de paloma, que à el mismo beber las aguas, *umbra in aquis inspecta*, en ellas como en vn espejo observa sobrefaltada aun vna ligera sombra del peligro mas distante: assi el Padre no contento con la media hora, que todos tenemos de examen de conciencia, vn quarto à el medio dia, y otro à la noche, extendia el suyo por todo el, y como à el vivo ingenio de su delicada charidad nada se ocultaba, à el ver en el puro cristal de su conciencia alguna de aquellas fugitivas sombrillas, que suelen causar los vapores, aun los mas sutiles, que vuelan como exalados de la fragilidad humana, de que ni aun el Justo se libra, no es decible la turbacion, en que se ponía su afligido espiritu en todas sus cosas siempre atonito: la piedad misma lo sobrecogia con el miedo de que alguna salpicada gotilla de agua remitiesse el fervor de su charidad, ò algun vaporcillo desinandado empañasse el cristal de su conciencia. Este singular desvelo por la pureza de su alma junto con los ansiosos clamores, que, como David, embiaba à el Cielo, para q̄ lavádolo en sus celestiales aguas quedasse mas blá- co, que la nieve, no desmerecieron aquel raro favor, de que hablandole vna, ò dos vezes vn Crucifixo, como lo desheaba David, *audisti meo dabis gaudium*, tuviesen sus oydos el indecible gozo, que passò à ocupar su coraçon, de assegurarle el Señor cō voz clara, que *todas sus faltas le avian sido perdonadas: petit, aures suas recreari, audita concessione venia*. No obstante permitia el Cielo, que amortiguada esta especie, se avivasse la de sus filiales temores para mas probado exercicio de su amor. Era tan agudo el sentimiento de estos miedos, que quando con alguna mayor confianza respiraba algo su ahogado coraçon, le oíamos: *ay Padre mio! dolores inferni circumdederunt me, me atormentan como dolores de Infierno estos temores de si disgusto à el Señor*. Y aunque en la critica severidad, con que escudriñaba su conciencia, podia dezir con el Apostol, que nada encontraba, en que le desagradasse; pero no por esso se tenia por justo. Que sè yo, dezia, si en el

abyss

Le Blanc. ibi
Art. 3.

abyfino de mi miseria se esconden à el abyfino de mi ceguedad algunas culpas, que estèn patentes à el abyfino de tu luz, y te desagraden? Yo, Señor, me acojo à el abyfino de tu misericordia. Con este casto temor, que *hoc solum veretur, nè sponsum possit amittere*, quisiera verse en vn estado, en que ni aun el poder le quedasse para perder à su Amado Esposo. Pero como no le era concedido, para assegurarle quanto le fuesse posible, y para lavar mas, y mas su conciencia, se confessaba indefectiblemente todos los dias, y no pocos dos vezes, y algunas tres. La materia de sus confesiones se reducía à vnas vanas escrupulosas dudas sobre levísimas imperfecciones. Pero aun admiraba mas aquel dolor, con que las confessaba, tan intenso, y tan tierno, que sin poderlo estorvar su natural entereza, le sacaba de el alma las lagrimas, y de los sentidos el alma, dexandolo muchas vezes ya languido como cayendose, ya extatico como elevádose: y para acabar la confesion era necessario aguardar, que se reparasse.

Si esta pureza tan delicada de su alma era mas que admirable, ya no sè como llamarla à el verla tan elevada con la rectissima intencion, parto proprio de aquel espiritu recto, que pedía el Profeta. Ni aun para respirar le permitia mas motivo, que aquel suyo; *à mi Querido, à mi Esposo en nada, en nada desagradar*. No es tan fiel para buscar el Norte la aguja bien preparada, quanto su espiritu recto para seguir en todo la voluntad Divina. Tal vez preguntado de vn sugeto de su confianza se explicó assi: como vn jumento es llevado del diestro, assi yo me dexo llevar, y soy llevado de la voluntad de Dios. Su natural genio, à quien la rara viveza de su entendimiento abultaba tanto aun aquellas menudencias para otros invisibles, algo le sirvió en esta parte, pero no lo necesitaba mucho; porque si ay vidrios de tan artificiosa invencion, que mirado por vno algun bultillo despreciable por pequeño, parece extremadamente grande, y mirado por dos à manera de monstruo horroriza, tambien la fina charidad, y ardiente amor de Dios, primorosos Artifices de mas sagradas invenciones, hazian, que mirando el V. P. qualquier faltilla aun la mas ligera por el motivo proprio de la virtud, à que se opone, la viesse tan demasadamente grande, que, como si lo fuesse, la huía: pero mirandola tambien por aquel otro mas delicado, y mas vniversal motivo de todo su vivir, *à mi Querido, à mi Esposo en nada, en nada desagradar*, se le descubria vn monstruo tan horrible, que temblando todo de miedo,

*D. Amb. Serm.
11. in Psalm.
118.*

y poseído de un sagrado horror, buscaba atonito donde assegu-
 rarle de tan formidable peligro ya inminente, como su humil-
 dad le persuadía. Pero como en esta vida no encontraba segu-
 ridad, ardian en mas activas llamaradas sus deseos de morirle,
aunque estuviese, dezia, hasta el fin del mundo en el Purgatorio; por-
 que la fineza de su charidad le hazia menos insufribles aquellas
 tan insufribles penas, que el intolerable tormento de vivir entre
 los riesgos de dar algun disgusto, y los temores, de si lo daba *à su*
Querido, à su Esposo. Este fue aquel mysterioso principio, que hizo
 à el V.P. experimentar en si, lo que todos en su porte observa-
 bamos, y es, que no sabia como entender, fuese leve, la que en-
 tendia ser falta. El grandioso peso de este principio le hizo, que
 aquel gastado palillo de viznaga, de que ya hablé, le exprimiese
 el coraçon en angustias, como si fuese la mas violenta viga de
 un lagar.

Si en este vniversal tinte tan refinado de su conciencia tu-
 vieron sus virtudes por tantos años tan sossegada infusion, quien
 ha de estrañar ya, que sacassen tan hermosos, como varios los
 colores, y tan subidos, que llegassen à ser muy eminentes. Yo
 de mi puedo asseguar aver quedado tan teñido, que ya no tan-
 to tendré por admirable, quanto por correspondiente aquel
 candor, con que la azuzena de su castidad ofusca la vista, aquel car-
 deno, con que el lirio de su penitencia aflombra, aquel car-
 mesi, con que la rosa de su charidad arde: y lo mismo me suce-
 derà con las demàs virtudes suyas siempre, que me acordare de
 esta oficina de su conciencia, en que tomaron el tinte, *colorem in*
conscientia.

S. VIII.

En Pobreza.

Quien con tan pura delicadeza guardaba las otras reglas,
 por ventura no tan sustanciales, como se esmeraria en la
 que nos manda amar la pobreza como à Madre? Amòla como
 verdadero hijo tanto, que el advertir, que sobre la Regla lo es-
 trechaba el voto, le servia solo para sentirse con nuevo, y ma-
 yor titulo obligado: en lo demàs el voto nada tuviera, que co-
 brar de su pobreza, segun la copiosa observancia, con que pa-
 gaba à la Regla quanto le debia. Era palmar demonstracion de
 quan persuadido estaba, segun lo manda nuestra Regla, à que
 era para él lo peor de casa, ver el gustoso empeño, con que lo
 escogia. En su aposento por no aver mas, que los trastos muy
 precisos, aun para ellos fue necesario muchas vezes mandarfe-
 lo.

10. Y de ellos vnos bien pobres, y otros tan viejos, como que solian ser los ya desechados; pero tan limpios, que causaba devocion su aseada pobreza. Pareciendole superfluo, llevó à el Superior vn Diurno, de que usaba. Mandaronle los Superiores recibir, y guardar la Venera de Calificador del Santo Oficio (de que no he podido averiguar, si alguna vez se la puso) pero luego que le empezaron sus males, se la llevó à el Superior, diciéndole, que pues no podia ya servirle, cesò el fin de guardarla en su aposento. Dieronle vn reloxo de arena para arreglar sus distribuciones, y dos años antes de morir lo llevó à el Superior, diciéndole, que ya no tenia mas distribucion, que la de ser embarazoso à la Comunidad, y molestissimo à los Enfermeros. Si le daban algun dulce, se lo daba à los Enfermos: y si quando estaba enfermo se lo daban, despues de muchas instancias, mostrando su agradecimiento, lo probaba, y despues hazia, que lo diesen à otros enfermos. Vna cuchara, que le servia para sus sopas, y gaspacho, era vna pastoril tan basta, que parecia vn pedacillo de tabla, y tan vieja, que ni aun su grande aseo pudo hazerle disimular lo entrapado. Pudiera esta su cuchara ser el molde, por donde se huviessen cortado los demás trastos de su aposento.

En su Persona jamás tuvo otra ropa, que la comun: y essa tan pobre, que algunas vezes no bastaban sus remiendos à cubrir de el todo sus carnes, que es con lo que se contentaba el Apostol. Persuadido el V. P. à la verdad de aquel Proverbio Arabigo, *quolibet calceo calceatur nudipes*, para que qualquier mal vestido le viniesse bien, se imaginaba como el pobre mas desnudo. Y quando le instaban, con que ya parecia indecente aquella ropa, respondia: como cubra las carnes, y esté limpia, està decente: en lo demás, o! à quantos pobres fuera ropa muy grata, y supieran por ella ser agradecidos à Dios, y à los hombres! Sentimientos muy hijos de aquel espiritu de pobreza, à quien la pobreza de espiritu hizo deleytarse en lo vltimo de la mendigues. Sus medias, que eran siempre de estameña, llegaban à estar tan gastadas, que con los mismos remiendos se rompian. La dureza por las muchas costuras de sus zapatos, aunque tan anchos, era vna nueva invencion de cilicios para los pies. A estas medias, y à estos zapatos nada debia la demás ropa, de que usaba. Vna de las ricas alhajas, que nos quedaron de su espolio, fue vna caxilla desquadrada, en que estaban los instrumentos de remendar su ropa, que lo hazia el V. P. con notable destreza:

*Apud Cornu
Prov. 27. 7.*

y para ello solo se servia de hilo ; porque la seda (dezia) es muy blanda , y se esconde , y no se puede reconocer bien , si van , ò no , iguales los puntos. Quando le mandaban ponerse alguna prenda nueva , era de tanta edificacion , como gusto , oir las razones , que alegaba su pobreza , para no admitirla : si era sombrero , dezia , que le lastimaba su mala cabeza : si manteo , que se le trababan con él los pies : si sobrerropa , que le pesaba mucho : si forana , que le encendia las espaldas : si jubon , que no le dexaba mover los brazos : si camisa , que estaban mas blandas las viejas : si calçones , que lo lastimaban las costuras nuevas : si medias , que le picaban las piernas : si zapatos , que le hazian mucho ruido , y no lo dexaban andar. Y como la veneracion , que todos le teniamos , daba otra nueva eficacia à las irresistibles suplicas , con que apoyaba sus razones , las mas vezes era forçoso ceder à tan piadosas instancias. Por tener el manteo tan gastado , que se abria con solo su proprio peso , aunque tan poco por estar tan raído , bien que no poco aumentado con los remiendos , mandò el Superior , que le llevassen otro viejo , porque lo admitiessse , pero decente. Resistióse à el Hermano Roperio , quien para obligarlo le dixo , que el Padre Rector se lo avia mandado traer. Pues, Hermano (replicò el V.P.) ya ha cumplido con la Santa Obediencia en traerlo , vuelvafelo à llevar ; pues su Reverencia solo le mandò traerlo , y no le mandò dexarlo. Acudiò el Hermano à el Padre Rector , para que fuesse à mandarselo tomar : pero el Padre Rector ya experimentado le dixo , si yo voy , tambien à mi me ha de convencer. Digale à el Padre , que yo le ordeno , le dè aquel , y se quede con esse para su uso. Obedeciò à el instante : pero despues intentò , aunque sin efecto , con el Padre Rector la restitucion de su manteo.

En sus enfermedades prevenia à el Medico , y Enfermeros , para que no se recetasse cosa de precio : se informaba con gran cuydado de las recetas , y quando hallò alguna de tres , ò quatro reales , se lamentaba , de que se hiziesen tan exorbitantes gastos por vn jumento del todo inutil , dezia , y estorvofo. Supo , que se avia comprado para el Padre vna libra de nieve , y lleno de confusion , y sentimiento exclamò : valgame Dios ! y què cinco maravedis tan mal empleados ! Acudia con frecuencia à el Superior , para que se remediassen estos desordenes contra la santa Pobreza. Pero no hallando en el Superior el despacho , que deseaba , se acogia à sus ordinarios pretextos , que con los medicamentos se le estragaba el estomago , se le encendia la sangre ,
aumen-

57.
aumentándolos con suplicas hasta sacar la condescendencia. Tal vez, que lo hallaba el Medico extraordinariamente debil, le obligaba, à que, dexado su regular alimento extraño, tomase unas sopas del caldo comun de carne: solia el Enfermero mezclarle ya alguna yema, ya algun poquillo de pisto para confortarlo; pero luego que el V. P. lo reconoció, no pasó mas bocado. Era indecible su congoxa, quando se hazia para él algo especial, que no fuesse para la Comunidad. Y para cerrar del todo esta puerta, se cerró de el todo en no tomarlo. Quanto con mayor severidad se armaba el Superior para mandárselo, con tanto mas rendidas suplicas el V. P. lo vencia. Era esto en tanto grado, que viendolo fuera de lo ordinario debil, y delgado, lo obligó el Superior, à que dixesse, lo que tomaria con menor repugnancia. Dixo, que vna tostada frita en azeyte: y en esto quedaron. Pero el Enfermero, porque fuesse mas alimentosa, la friyó en manteca. Reconociólo à el probarla, y le dixo: Hermano, lo que el Padre Rector mandó no fue esto, ni para esto tengo yo licencia. No se pudo conseguir, que la comiesse. Pero consiguió el Padre con estas enterezas lo que su pobreza deseaba, que nada se gastasse con él: y ya estaban todos en que, para q tal vez tomasse algo, avia de ser lo del comun. Quien así se trataba enfermo, y ya cercano à la muerte, qué havia quando se trataba como sano? Su espíritu de pobreza le hizo tenerse, y portarle como el mas mendigo. Su pan ordinario eran aquellas cortezas, ó pedazos, que sobraban à otros, aunque fuesen los mozos de cocina. Y no raras vezes, que pudo, pareciendole superfluo este gasto, comia de las mismas migajas, que se recogen de las mesas: en que con el espíritu de pobreza iria tambien el de aquella humildad, que dezia, que tambien los cachorrillos comen de las migajas, que se caen de la mesa de su Señor. Recogia aquellas frutillas desechadas, las hojas de lechuga perdidas, y hasta en el modo de buscarlas queria parecerse à los mendigos. Para poder dezir con mas propiedad lo del Profeta, *yo soy mendigo, y pobre*, algunas vezes, que olvidados los Oficiales, se avian ya recogido, iba el V. P. de puerta en puerta, como quien iba pidiendo de limosna aquel triste alimento aun mas escaso, que pobre, buscando à alguno de ellos, que se lo diese.

Antes de acabar quifiera dar à el discurso algun principio, de donde infera lo que yo nunca sabré dezir. Siempre que en su aposento de noche no necesitaba de luz para lo que avia de

hazer, ò padecer, y siempre que salia de él, apagaba su candil, aunque por averse de volver muy en breve, huviesse muy en breve de volverlo à encender. Quando estudiaba, ardia con vna luz tan escasa, que bastasse solo à distinguir con trabajo las letras: y si entraba alguien à algun negocio, pareciendole ociosa tanta luz, la hazia arder en obsequio de la santa Pobreza; pues llegando como à arizarla, la disminuia, dexando solo la que basta para distinguir los bultos. Guardaba su gazpacho en vn pucherillo cascado, desportillado, y tan denegrado, como ya desechado de vno de los pobres, à quienes se dà limosna: vino vn dia à el Superior muy sobresaltado de vno de aquellos vanos temores, dudando, si abria, ò no, pedido licencia para vsar aquella alhaja tan preciosa, que pudiera gozar fueros de singular entre las mas pulidas, con que se adorna la misma Pobreza. Pocos dias antes de su muerte le dixe de parte de su Reverencia el Padre Provincial, que deseaba se aguardasse à morir despues de aver llegado à la visita; porque deseaba hallarse à el espolio. El aguardarme (respondiò) no està en mi mano, ni me siento con valor para pedir à Dios mas vida. Espolio? dixo, y levantando à el Cielo los ojos se le bañaron en lagrimas, que avivaban aquel fuego, que ya comenzaba à dexarse ver por sus mexillas: *bendito sea el Señor, nada, Padre Rector, nada tengo, ni quiero, nada, nada.* Enternecidos todos con sus lagrimas, y como ofuscados con el incendio de su rostro, nos retiramos, para que cumpliendose tambien en este sentido lo del Profeta, *tibi derelictus est pauper*, gozasse à sus solas del Reyno de los Cielos, que acá poseen los pobres de espiritu, de cuyos opulentos thesoros sacò la naturaleza para socorro de vn honesto passar aquella bien considerable porcion, *is dives, qui cupiditatum pauper*. Nada, nada tenia, ni queria; porque hasta de sus pensamientos, y deseos se enagenò por el amor de aquel, que siendo tan rico, como Dios, se hizo por nosotros tan pobre, que nos diò por divisa para conocerlo vnos pobres paños, que lo embolvian, y vn rustico pesebre, que le servia de cuna, por no tener mas blanda almohada, donde reclinar su cabeça. Ternissimo pensamiento, con que casi hasta lo summo se enriquecia su estremada pobreza.

Alguna perfeccion pudiera acaso faltarle à tanta pobreza, si no tuviera en su mano el estar no solo proveído, sino sobrado de todo. Y era assi, que fuera de muchos devotos, que le instaban, porque admitiesse largos socorros, que con liberalidad le da-

*Demotrat. apud
Corn. Prov. 22.*

daban: bastaria solo el Ilustrissimo Señor Don Martin de Ascargorta Arçobispo de Granada, de cuyo aprecio, y amor à el V.P. hablaré despues. Pero el Padre Padial tomò vna posesion tan pacifica de su rica pobreza, que ya nadie se atrevia à inquietarla; porque sentò por cierto, y lo era, que le sobraba todo. Este pues gran Prelado superior à toda alabanza, por no perder ya el tiempo, de cuyo logro fue zelosissimo, en intentar con el V.P. que se dexasse socorrer con alguna limosna, mandò, le diessen quantiosas meladas, para que, pues nada queria para si, las repartiessen segùn el orden de la charidad para socorro de pobres. Bien seguro estaba su Ilustrissima, que en las manos de el V.P. estaban bien los thesoros de los pobres: y por esso solia dezir, que ninguna limosna daba con tanta satisfaccion de su conciencia, como la que iba por mano de *mi Santo Padre Padial*, que assi lo llamaba este exemplar Arçobispo. Entendiò su Ilustrissima, que aunque entre los muchos Parientes de el V.P. avia no pocos tan pobres, como honrados, no obstante sus limosnas no se estendian à ellos, ò porque la inclinacion de la carne no le inclinasse tambien el afecto, ò porque juzgaba à los otros mas necesitados. Con esta noticia diò su Ilustrissima nuevo orden, para que se diessen buenas cantidades à otro Padre, por cuya mano se diese la limosna à los que por Parientes del V.P. tenian sobre su honrada pobreza nuevo titulo para el socorro.

S. VIII.

Para dezir quan intacta, y pura conservò à su Señor la Azuleña de la Castidad, que le tenia ofrecida, bastara dezir la cerca, y contracerca de espinas, los fosos, y los vallados, que le puso para su defensa. Aspirò con tales veras à *imitar en ella la puridad Angelica con la limpieza del cuerpo, y mente*, que lo mas arduo de sus mas señaladas virtudes fue efecto de su castissimo amor à la pureza. Bien persuadido, que para gozar en el desierto de este mundo las fragancias de esta flor, *hic advena, ibi incol*, es necessario cortarla del Jardin del Cielo, hizo de su coracon vn altar bien parecido al que reconociò San Geronimo en la castissima Virgen Demetriades, *ut de altari transfirerem ad altare*, en el qual quemado con lo encendido de sus deseos el Thimiam de sus oraciones, subiesen allà, como las de los Santos, en fragancias tan suaves à Dios, que se dignasse compensarlas con las de la castidad. *Ay! Señor*, le oiamos dezir, y predicar

Su castidad;

*D. Amb. 1. de
Virg. Epist. 8.*

con entrañable conato, que ni a y castidad, si no viene de ti, ni esta se
gura, si tu no la guardas. Y porque tenia muy entendido para si,
y predicaba con pasmosa eficacia para precaver errores, que el
estilo de su providencia es darla, y conseruirla segun la medida
de nuestra cooperacion, nunca acertare a dezir la resolucio-
n tan constante, con que eligio quantos medios le propuso la Di-
vina gracia para lograr mas puro el candor de esta Azuzena.
Esta lo hizo vn santo, pero terrible verdugo de su cuerpo, tan
atado con cilicios, tan desangrado con azotes, tan retirado a la
soledad de su rincón, y tan martirizado con vna prodigiosa va-
riedad de durissimos tormentos, como quien sabia, que aquella
Alba, con que adornaron a Samuel, *ut novae pudicitiae minoribus
splenderet*, no huviera llegado a ser tan candida, si no huviera
sido el lino arrancado, cozido, quebrantado, azotado, sacudi-
do, rastillado, y torcido: *Et pluribus alijs subiceretur cruciatibus.*

D. Greg. in 1.
Reg. 2. 18.

Abul. apud
Medoz. 1. Reg.
1. 2.

Laert. lib. 6.

Div. Chrysol.
serm. 143.

El vigor, con que se mantuvo siempre aquella siempre flo-
rida vara de su Castidad sin mendigar permanencias de la mys-
teriosa de Aaron, *perperno vivens, & florens*, fueron aquellos ayu-
nos pasmosos, e indispensables, que marchitaron sus carnes has-
ta pegarle a los huesos aquella porcion de su piel, que pudo li-
brarse de los golpes de sus disciplinas, y puntas de sus cilicios.
La Magia infernal, con que la inmunda Circe transformaba en
inmundos Animales, como ella, aquellos hombres bestias, *quo-
rum Deum venter est*, infames esclavos de el vientre, tragadora
Charibdis de la vida racional, como la llamo Diogenes, no pu-
do estender su eficacia al abstinente Vlises: y la admirable abs-
tinencia del V.P. alimentada de sus propias carnes hasta consu-
mir las le hizo viviren carne, *prater carnem*, tan essento de sus
brutales insultos, que parecia transformado en aquel genero de
pureza, q tiene por naturaleza el Angel. Y no obstante, quando
alguno movido de compassiō lo recovenia cō el lastimoso estado,
a que tenia reducido su seco, y herido cuerpo, entonces mostrá-
do con los ademanes del rostro el desprecio, y asco, con que lo
miraba, respondia: *Ha! Padre, si yo lo hiziera, como lo conozco; que
es una fiera tan furiosa, que no es de las que se han de tratar con pan, y
palo, sino es con muchos palos, y ningun pan: y aun assi suele querer ti-
rar cozes.*

Bien persuadido, a q basta para ajar esta tierna flor aun aquel
delicado contacto tan inocente, como officioso, con que la pura
abejilla se llega a sacarle la miel, no es decible el desvelo, con
que ni aun volar la consentia en sus contornos. Fue tan singu-
lar

far en el V.P. esta precaucion de las ocasiones, que estoy cierto,
 no prefiriera à ella el Señor San Bernardino la que observò en
 la casta Tortola, que en tiempo de su viudez, ni aun para llorar
 su soledad se fienta entre los halagueños riesgos de la frondosi-
 dad de los ramos, *ut tu discas voluptatum virentia velut virulenta*
vitare. Aunque à el passo, que su comercio en el Cielo, estaban
 en el suelo sus ojos: pero quando le era preciso hablar con al-
 guna muger, parecia tener cosidos los parpados. Y como si es-
 tuviera oyendo à el Espiritu Santo, *averte faciem tuam à muliere*
compta, no contento con cerrar los ojos, volvía el rostro, y cuer-
 po hazia vn lado. Pero la piedad de el sexo mas atenta à su de-
 vocion, que à temer ella riesgos, con aquella confiada sinceri-
 dad de quien queria beber las palabras de vida, que salian de su
 boca, le iban buscando el rostro à el passo, que el V.P. lo iba
 volviendo: y solia suceder, que en vn estrecho circulo diessen
 muchas vueltas, el vno por estar à el pacto de pureza, que te-
 nia hecho con sus ojos: y la otra por gozar mas de cerca la
 doctrina del Cielo, que iba buscando, como si dixerá, *in circuitu*
non veritas tua. Aunque se resistia à la veneracion, con que todos
 à el encontrarlo, sin reparar, fuesse en la calle, se querian arro-
 dillar à besarle la mano; pero del todo la negaba à la devocion
 de las mugeres diziendo, que besassen à el Crucifixo los Sagra-
 dos pies. En vna ocasion, q no pudo negarla à vn hombre, quiso
 vna muger hazer à la virtud el mismo obsequio; pero retirán-
 dola el V.P. con notable ligereza, exclamò ella con voces de
 affigida: *Pues qué? No soy yo tambien Christiana por la gracia de*
Dios? Hizo al V.P. tanta gracia su devota sencillez, que son-
 riendose dixo, *aunque su piedad la engaña, porque no me conoce, pero*
qué hemos de hazer? Y cubriendose con el manteo la mano, la
 dexò besarla. En otra ocasion al curarle las llagas de los pies el
 Hermano Enfermero con inculpable descuydo subió la ropa al-
 go mas de aquel limite estrecho, que le tenia señalado la cautela
 de su modestia. Sobresaltòse el V.P. y con ademán de indigna-
 do lo mirò con vna magestad tan severa, que assegura el Her-
 mano, se turbò todo, y quedò bien advertido para siempre. De
 estar muchos meses acostado de espaldas se le hizo vna llaga
 cerca de la cintura: callò, hasta que la sangre lo dixo, y solo se
 pudo recabar, que preparando los parches el Cirujano, el mis-
 mo V.P. se la curasse.

serm. 59. in
 Cant.

Pero para dezir todo lo que es preciso callar, si ha de te-
 ner termino esta materia, solo dirè, que siendo la predicacion,

*Modulp. 13. in
Levit. 4.*

como aquellas Fuentes del Levitico, y Rio del Parayso, *qui sor-
des abluere potest, contrahere non potest*, cuyas claras aguas no se en-
turbian, ni aun con la corrupcion de los cadaveres, antes lavan-
dolos, ellas tambien se purifican mas, no obstante observando à
la letra la maxima del Apostol tan digna de los Santos, *fornica-
tio, & omnis immunditia nec nominetur in vobis*, ni aun predicando
nombraba el vicio contrario. Cosa verdaderamente admirable,
y de todos observada en vn Hombre Apostolico, cuyo castissi-
mo espiritu encendido en amor de esta celestial virtud parecia
en aquellos Pulpitos vn furioso con el zelo de el Señor, que sol-
tando las presas al Rio de su Christiana eloquencia, corria con-
tra el vicio contrario con inyectivas tan vehementes, tan acres,
è impetuosas, que parecia querer con otro diluvio lavar al mun-
do de su inmundicia: ò con otra tempestad de fuego purificar-
lo de esta escoria, como à Sodoma, y sus Comarcas. Pero sin
tomar en su boca el nombre, que tambien le parecia abomina-
ble por la abominacion, con que aborrecia este vicio, expresa-
ba con clara distincion quantos sentimientos le fugeria contra
el su Angelica Castidad. Y si es indicio de su pureza esta sagra-
da furia, con que se arrojaba desde el Pulpito contra este vicio,
ya como precipitado torrente para arrollarlo, ya como rayo
desprendido de la nube para consumirlo: no es menor prueba
la mansa serenidad, con que corrian las aguas de su eloquencia
à regar la florida vara de la Castidad, y el viento fresco del Es-
piritu Santo, con que le hazia esparcir sus gratos olores. Sin
duda se alegraria mucho el Señor San Bernardo de oir, y ver
comprobada en el V.P. la verdad de aquel su ingenioso, y tier-
no comento: *vox turturis predicatio castitatis*; pues, como casta
Tortola, empleaba lo mas suave de su voz en aficionar, y atraer
las almas à la celestial hermosura de esta virtud. Sonò en nuestra
dichosa tierra la voz de esta castissima Tortola, y con ella apa-
recieron tambien tantas flores de Virginidad, y Castidad, que
hizieron à nuestra tierra vn jardin. Porque no se llevassen el
lauro de vnica aquellas palomas, de que habla San Basilio, que
preparadas por los Cazadores con ciertas fragancias, se atraian,
hasta entrarlas en la red, à las otras, que encontraban; conce-
diò el Señor à la voz de esta casta Tortola tan dulce eficacia pa-
ra esparcir los atractivos olores de esta flor, que arrastradas de
su celestial suavidad se venian, como à vandadas, las palomas.
Fuéron muchissimas las almas, que sacò de la hediondez de este
vicio, muchas las que al verlo, y oirlo aprendieron à recrearse
con

*Serm. 59. in
Sant.*

Epist. 175.

con los olores de esta virtud: y no pocas las que enamoradas de ella ofrecieron à Dios su virginidad: *sonuit vox, splenduit flos*. Dexando otros para otro lugar diré aora solo el caso, que firmado de su mano depone de sí cierto Religioso. Hallabale extremamente afligido con tentaciones contra esta virtud tan vehementes, y porfiadas, que solian dexarlo como absorto, y fuera de sí. Continuaba el enemigo sus baterias con furia tan pertinaz, que el afligido Joven aflustado con la inminencia del ultimo riesgo buscaba con las veras de quien se teme el asalto socorro para rebatirlo, y guardar al Señor la fortaleza de su alma. Levantando sus ojos à aquellos montes, de donde ha de venir el auxilio, eran continuos sus clamores à Dios, à la purissima Virgen, y otros Santos de su devocion, à quienes hizo varias novenas, y otros obsequios. Pero nada bastaba; porque parece, que ria el Señor, que de esta victoria se le colgasse el trofeo à su castissimo Siervo Manuel. En vna ocasion fuertemente combatido renovaba con mayores ansias delante del Santissimo, y la Virgen sus clamores, y alli mismo se sintió tan perturbado en el alma, y tan inquieto en el cuerpo, que con extraordinario desconuelo mirando, sin saber como, al Sepulcro del V.P. se le ofreció à pedir à Dios por sus meritos este favor: *apenas hizo esta suplica* (dize de su letra) *quando se me apaciguò el movimiento, que entonces padecia: y desde entonces no solo no he sentido guerra especial, antes si una maravillosa paz, y serenidad.*

Aunque lo hasta aqui dicho prueba tanto: bien se yo, que es poco para lo mucho, que inferirán las almas versadas en materias de espiritu al hazer reflexion sobre el esmero, con que aplicò los medios, que son el especifico cultivo, y regalo, con que se cria, y perficiona esta flor. Vn Hombre, à quien su estremo rigor, y ayuno dexò tan en los huesos, que no parecia tener carne, que le pudiesse insultar, y la que le quedò estaba tan castigada, que ni aun para quejarse tenia aliento: tan retirado aun de las sombras del peligro, que hasta de la misma seguridad se recataba: tan humilde, tan lexos de hazerse insolente con tan continuas experimentales victorias, que de ellas mismas se atemorizaba, y, no menos que Josaphat, al ver todo el poder de la Syria armado contra sí, *timore perterritus totum se contulit ad rogandum Dominum*: assi el viendo contra sí todo el poder del Inferno, sumergido en la nada de su propria flaqueza, todo se volvia al Señor diciendole con assombro, *vide humilitatem meam, & eripe me*, jaculatoria muy familiar à sus temores. Vn Hombre tan

D. Ambrosio
10. Epist. 80.

Serm. 64. ex
parv.

De Virg. sub
fen.

S. Chrysol. Serm.
143.

S. Bern. serm.
83. in Cant.

jurado enemigo del ocio, quanto el ocio lo es de la Castidad, tan afanado en ministerios de la Gloria de Dios, y en vna perpetua predicacion Apostolica: tan anegado en leccion de la Sagrada Escritura, aquel pozo de aguas tan puras, que son fertilissimo riego de esta planta: tan continuo jardinero de este Paraiso de deleytes, como la llamò San Bernardo, à cuya vista es el mundo vn asqueroso lago de corrupcion: tan cebado en este panal de miel, que haziendo amarguissimas todas las delicias de la carne, haze exclamar con astio de ellas, *quàm dulcia faucibus meis eloquia tua!* y sobre todo vn Hombre tan extatico en la contemplacion del summo Bien, tan acrysolado en el puro fuego del amor Divino, tan embriagado de aquel vino, que haze virgenes, tan regalado con las delicias del Cielo. Vn Hombre pues de este caracter, no saltaràn practicos en el espiritu, que si no lo juzgaren Angel, juzguen à lo menos, que puede hazer numero entre los Elias, los Eliseos, y los Juanes, à quienes San Chrysostomo solo pospone à los Angeles en la fragilidad de la naturaleza: y aun esto no se, como lo interpretara el que quiere, sea mas plausible juntar con esta humana fragilidad la Angelica gloria de esta virtud, que tenerla por naturaleza. Y para assegurar la legitima ilacion de esta Angelical gloria adquirida en el V.P. bastaria oirle ya en sus Sermones, ya en los deliquios de su charidad, aquellos coloquios tan llenos de amorosissimas ternezas con la incomprehenfible hermosura de la summa Bondad, que hazian visible la pureza de su alma, en que parecia no caber ya las llamas de aquel casto amor, que tanto purifica el Espiritu. Este amor à la pureza lo decretia tanto en aquellos dulcissimos coloquios con su Madre Virgen llamandola, *Madre purissima, Madre castissima, hermosissima Madre de el Amor hermoso, bellissima criatura, hermosura amabilissima, belleza de los Angeles, fragrantissima, y candidissima Azuzena, soberano hechizo de las almas puras.* Con otros mil afectos, en que se le salia el alma, y en que varias vezes lo vimos fuera de si, ya totalmente arrebatado con la vehemencia del afecto, ya como dementado con la tanta embriaguez de aquel amor tan casto, *qui ubi venerit, ceteros in se traducit amores, et captivat affectus.*

S. X.

su Obediencia.

EN el Altar de sus Sacrificios no podia faltar el holocausto de la Obediencia, en que todo el hombre, como hostia viva,

va, se ofrece à Dios en olor de suavidad. Reconociòlo sin duda por muy especial hijo suyo el que dexò la Obediencia por carácter propio, que señalasse à los hijos verdaderos de la Compañia. Quedan ya insinuados, aunque esparcidos, tantos, y tan raros exemplos de esta virtud, que, à no ser ella en el V.P. muy admirable, ya, sin ser superfluo, no huviera mas, que dezir. Llegò à lo supremo del infimo grado de esta virtud, que consiste en la execucion pronta, y perfecta de lo que se manda. La exacta observancia de todas nuestras reglas, aun de aquellas, que por la delicada fineza de su perfeccion, suelen no dexarse siempre ver aun de los mas observantes, era en el V.P. vna exquisita vara de oloroso humo, en que se exhalaban las suavidades de el aromatico holocausto, que ofrecia al Cielo su Obediencia. Y como ellas nos prohiben muy ordinarias, y ligeras acciones, fino es con licencia del Superior, edificaba à todos, y compungia ver à vn hombre de su carácter, y de sus años pedir tantas licencias, que parecia no atender à otra cosa, y para cosas tan menudas, que, si no las abultàra tanto el motivo de su obediencia, parecian imperceptibles aun à los que frequentan la Escuela del espiritu. Tal vez yendo (como solia) à pedir consejo en vna de aquellas sus escrupulosas dudas, que aun siendo sobre muy ligeros objetos eran vn fuerte crisol del oro de su charidad, no se atreviò à passar el umbral de la puerta, porque no avia hallado Superior, à quien pedir licencia para entrar, no obstante, que la tenia general para buscar esse alivio en estas consultas. Necesitò por vn breve tiempo de vna de las escaleras de madera, que sirven en la Libreria, y no se atreviò à usar de ella hasta ir à pedir licencia al Padre Prefecto de la Libreria, que era vn Discipulo suyo. Dirè en este genero quanto callo, con dezir, que explicabamos algo de nuestra admiracion, y su obediencia diziendo: *quando acabará de llegar el caso, en que el Padre Padiál pida licencia para respirar?* Al oir la campanilla, que llama à las distribuciones, observaba tan literalmente la regla, que nos manda dexar la letra comenzada, que efectivamente así le cogiò el toque, y así dexò varias vezes la letra. Si estaba tratando algun negocio, aunque fuesse con persona de especial respeto, nunca le sirviò para tomarse licencia el pretexto de la urbanidad: antes con bien urbana atencion pedia tan cortès la licencia para acudir à lo que con la campanilla se le mandaba, que muy lexos de mostrarse ofendidos, salian gustosamente edificados de la religiosa obediencia de el V.P.

Moral. 35. 10.

Necesitaban los Superiores de estudiar el modo de ordenarle algo; porque él, como aquel verdadero obediente, à quien celebra San Gregorio, *gladio præcepti se immolat*, ni necesitaba de mas Abrahan, que el Superior, ni de mas cuchillo, que el precepto, para hazer de sí vn entero sacrificio.

In Psalm. 118.
Serna. 13.

Segun lo que amaba quanto le era mandado, que es el segundo grado de la obediencia, pudiera dezir à los Superiores lo que el Profeta à Dios, *levavi manus meas ad mandata tua, quæ dilexi*, pues este amor à los Superiores, à sus ordenes, y el mismo obedecerlos le hizo tan pronta, tan cumplida, y tan gustosa su obediencia, que parecía ella la prueba de aquel comento de S. Ambrosio: *Legem diligebat, ut legem libenter impleret*. Le oíamos explicar este su amor à la obediencia diziendo: *Què mayor gusto puede aver en esta vida, que saber uno, està haziendo la voluntad de Dios en lo que manda la Santa Obediencia? Para mi es este vn singular consuelo aun en mis mayores tribulaciones*. Y cierto, que con mayor viveza nos lo dezia aquella sensible alegría, y gozo, con que se entregaba todo à quanto se le ordenaba. Gaiò gran parte de su vida en ministerios bien humildes, è igualmente molestos: pero su amor à la obediencia se los hazia honorificos, y suaves. En la continuada alternacion de terribles desamparos, y regalados favores del Cielo, que como dos bien batidas alas servian al espíritu de este gran Siervo de Dios para subir volando hazia la cumbre de la santidad, era muy frequente el mandarle varios de nuestros ministerios. Y quien sabrà resolver, quando le eran mas molestos estos exteriores empleos? si quando anegado en amarguras lo ahogaban las desolaciones? ò quando inundado en dulzuras lo regalaban las delicias? No es mas violento à la desamparada Tortolilla trocar en suaves canciones los tristes gemidos por su viudèz, que al V.P. aver de consolar à los otros, quando aun su grande coraçon era pequeño para el insufrible tormento de sus intimos desamparos. Sin embargo, como era verdad, *que amaba la ley para cumplir con gusto la ley*, le endulzaba tanto esta amargura el sabor de esta obediencia, que, como si oyera la voz de Dios, que lo llamaba con las voces, que al alma santa, assi tambien, como ella, se levantaba, y rodeando plazas, y calles, solia en los mismos ministerios encontrar al Amado de su alma, que en el retiro mismo se le ausentò. Parecia esmerarse el Señor en premiarle tan heroyca obediencia; pues se observò, que sus mas celebres raptos en Sermones, y otros ministerios fueron en la ocasion misma, en que avian precedido estos desam-

desamparos. Por el contrario otras vezes, quando gozaba las más intimas vniones de su violenta charidad, le dezia la obediencia lo que al Alma su Esposo Dios: presto, presto, ven *ad animarum lucra*, à sudar en el trabajo de ganar almas à Dios. Quando el chicuelo hambriento sepa soltar sin violêtarle el pecho, con que acariciandolo lo regala su Madre, entonces no será molesto al Alma sentirse arrancar del castísimo regazo de su Esposo Dios. Si bien esta molestia queda admirablemente suavizada al oir la voz de Dios, que, como agudamente notò San Bernardo, no le manda *ir*, sino es *venir*; porque el dexar el ocio santo de la contemplacion, en que està con Dios, es para hallarlo de otro modo en el trabajo de ganarle almas. Y por esso, *sumpto contemplationis gustu, valentiùs ad conquirenda lucra solita alacritate recurrit*, al salir de su retrete à los ministerios, aunque parecia arrancar sele el coraçon de su centro, se dexaba ver con vn semblante tan alegre, como de quien no dexaba, sino estrocaba el bien ocupado ocio de su privada contemplacion por el gustosísimo afan *acquirendi Deo, qui eum similiter diligant*, de ganarle à Dios almas, que lo acompañen en amarle.

En sus enfermedades tan penosas el orden de solo el Medico, ò el Enfermero, à quienes la regla nos manda tambien obedecer, bastaba, para que repetidas vezes tomasse cosas de alimento bien repugnantes à su paladar, y estomago. En varias ocasiones, que le dezia el Enfermero, tomasse vna cucharada de aquellas insulsas sopas, la tomaba, aun previendo, que se avia de escaldar la lengua, como de hecho muchas vezes se le hizieron llagas en la boca. Bolviendo el Enfermero à darle otra, alegaba para alentar al V.P. que era preciso comer: à que respondió con graciosa serenidad, *pero como no es preciso quemarse, aguardaba, que se templassen un poco*. Vn poquillo de quello era el mayor regalo de su comida: pero, como alimento tan extraño, y aun opuesto à sus accidentes, le dixo el Medico, que no lo comiesse. *No lo bolverè à tomar*, respondió el obediente Padre, y así lo cumplió el tiempo, que le quedó de vida. Por esta misma obediencia tomó medicamentos tan contrarios à sus accidentes, que le ocasionaron otros más gravosos. Ya la experiencia se los avia enseñado; pero como la complicacion de enfermedades no permitia el regular curso de vna misma curacion, dexaba obrar à los Medicos, y solo trataba de obedecer. Algunas vezes le assaltaban los temores de sus escrúpulos; pero como se trataba de materia contraria à su cuerpo, facilmente los deponia; porque

S. Bernard.
Serm. 57. in
Cant.

D. Bernard. in
Cant. 58.

con intenso estudio, y repetidas consultas tenia muy averiguado hasta donde se extendia la obligacion de mirar por la salud, y vida: punto, en que se gobernaba por aquellos principios, que siendo por vna parte firmes, clasicos, y no repugnantes à la Ley, eran por otra parte los mas favorables à sus ansias por morirle, ò por padecer viviendo. Estos principios, cuya espaciosa esfera se dilatava mucho con la firme persuasion, en que lo tenia su humildad, de que su vida no era vtil, sino estorvosa, y dañosa, le daban aquellas licencias para tratar à su vida, como quien dessea, que se acabe sin ser el V.P. el homicida. Y ciertamente lo que le observabamos, y tal vez le oiamos, nos hazia ver, que debian contarse entre los mas heroycos actos de su obediencia aquellos, con que se reducía à reparar su salud, ò mantener la vida. Bien cierto estoy, que fue extremadamente fino aquel amor à la obediencia, que pudo contener, aunque tan poco, sus ardientes deseos de morirle.

Ni su pronta execucion huviera sido tan exacta sin el imperio de este amor à la obediencia, ni huviera sido tan constante este amor sin vn juicio pleno, y practico, que le assegurasse ser mas conforme à razon quanto el Superior ordena, ò à lo que se inclina, que es el supremo grado de obediencia. Con oydos, y sin ojos en vn modo semejante à el que se suele tener en cosas de Fè, creía, que la voz del Superior era la de Dios: à el oir à su Señor, que hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz dezia, *mis ovejas oyen mi voz*, no necesitò del comento de San Basilio, que añadió, *non disputant, hoc est, non sunt inobedientes*; porque persuadido à que disputar lo que se manda, y ser inobediente es lo mismo, en oyendo la voz de Dios, que resonaba, ò en la regla, ò el orden, ò en la voluntad del Superior, à el instante respondia, como el Novicio Samuel, *ecce ego, quia vocasti me*, con vna rara sencillez, que se hazia mas admirable en la viveza de su ingenio, cuya perspicacia pasó en puntos de obediencia à vna ceguedad tan prodigiosa, que, aunque oyese encontradas voces, como Samuel, ni aun veía los motivos por mas claros, que fuesen, para dudar. Con menos parece, que se contentò San Gregorio para tener por perfecta la obediencia del mismo Samuel, que obedeciò à la voz contra la voz; *quia nescit indicare quisquis perfectè didicerit obedire*. Llegò esta ceguedad à grado tan sublime, que nada se le ofrecia en contra por mas que pareciesse, ò importuno, ò extraordinario el orden del Superior. Y el que en esta materia se hizo tan ignorante para ser

Elomil. 28.

Sa-

Sabio, era igualmente ingenioso en hallar prontas razones para defender quanto la obediencia ordenaba. Sucedió algunas vezes llegarle algun orden del Superior; pero tan trocado en las palabras de quien lo intimaba, que parecia extravagante: y aunque ya se sabia, que ni en burlas, ni en veras nada se podia dezir en su presencia contra los ordenes de el Superior, no obstante por oír como discurria vna obediencia por otra parte tan ciega, solian algunos buscando ocasion mostrar deseo de saber, qué razon podria aver para semejante orden. Era rato de igual gusto, que edificacion, ver aquel ingenio, que apretado con la dificultad de la especie de dissonancia, que traía en su misma frente el alterado orden, se exprimía à sí mismo hasta sacar congruencias, que lo hazian parecer racional. Si el amor gran Maestro de transfigurar semblantes sabe hazer, que à la Madre parezca hermosa la fealdad misma de su querido hijuelo: tambien hazia, que à el V.P. pareciesse prudente la misma dissonancia aprehendida en el orden, que él tanto amaba.

En solas dos cosas, que por otra parte fueron la mas fina prueba de su heroyca obediencia, se le reconoció aquel genero de repugnancia, para la qual la obediencia misma, bien que despues de muy rogada, dà finalmente gustosa su licencia. Vna fue el ser Superior. Este mandato lo contristó sobre manera, y, para que se lo dispensassen, se valiò de quantos medios supo discurrir su ingenio capaces de contenerse en los terminos de vna religiosa resignacion. Quando estuvieren entre sí reñidas la obediencia, y la humildad, entonces podrá dezirse, que esta resignada renitencia à la Superioridad no eleva à mas alto grado la rendida ceguedad de la obediencia; porque, si intimamente se mira, como ay creer en la esperança contra la esperança, tambien ay querer en la obediencia contra la misma obediencia; pues todo viene à terminarse en que no quiere mandar, porque quiere obedecer. Nunca será verisimil, que no cupiesen en la mas ciega obediencia aquellos tan repetidos, como resignados esfuerzos, con que el humilde Moyfes alegaba à el Señor sus razones, *quis sum ego, ut vadam ad Pharaonem, &c.* por librarse del formidable cargo de ser Dios de Faraon, y Superior de Israel, como se le mandaba. Obediencia, à que no negaria el Doctor Maximo aquel escogido elogio, con que hermosamente llamó, *egregiè pudore decoratam*, à la rendida, con que se resistia Jeremias, *quia puer ego sum*, à la Dignidad de Profeta. La otra cosa, en que la obediencia le permitiò vna santa, y constante

repugnancia, fue en quanto miraba à el cuydado de su cuerpo: Ya insinuè, que todos los Superiores, pareciendole à cada vno, que el lo avia de conseguir, intentaron moderar sus extremos rigores singularmente en la abstinencia; pero encontraban en sus instantes suplicas vn genero de eficacia tan persuasiva, y en su misma abstinencia vna especie de vigorosas fuerças tan estrañas à lo natural, que no dudaron ser Dios, quien dexandolo andar con passo tan lento hazia el alivio de su cuerpo, le hazia correr hazia el rigor, siguiendo los passos de Samuel, que corria llamado de Dios para salir del descanso de su lecho, pero andaba con lentitud mandado del hombre bolver à el mismo descanso, como observan los Interpretes. No obstante muchas vezes hizo en obsequio de la obediencia heroycos sacrificios de su entablada severidad, y aun temiendo, que le quitassen la salud, como de hecho algunas vezes amenazaron à quitarle la vida con los estraños accidentes, que se le ocasionaron de comer algo estraño, ò mas de lo que solia. Y esto sirviò de nuevo motivo à los Superiores para dexarlo correr por donde Dios lo llevaba: y al V. P. para dezir con gracia à los Superiores: *si V. Reverencia quiere, que coma otra cosa, ò mas, mandele à el estomago, que lo admita: que à mi muy bien me sabe.* Y finalmente la eficacia de sus suplicas reverentes à la obediencia lograba de la misma obediencia para sus austeridades aquella licencia, que aun tomandola con mas animosidad el Señor San Pedro, *non lavabis mihi pedes in aeternum*, le adquiriò el glorioso renombre, con que lo llamò San Cyrilo Alexandrino ensalzando su obediencia, *reverenter inobediens*.

S. XI.

*Su admirable
rigor de vida.*

Pienso, que ni la mas severa mortificacion podrá ya con razon gloriarse, de que como peregrina de el mundo tiene puesta su habitacion fuera de el mundo allà en los desiertos de Egipto, en las soledades de la Thebayda, en las cimas, y entrañas del Sinay: pues este austerissimo Penitente la hizo morar entre las delicias de las Ciudades, y muy satisfecha con los reales de aquellas victorias, à que por ventura no daba oportunidad aquel destierro, en donde, por estar mas distantes los contrarios, pudiera no ser tan dificil el resistirlos, ni tan glorioso el vencerlos. Con este espiritu de rigor se fue à aquella soledad, que el se edificò en la misma Compania, en que pudo hazer, que los Pablos, Pacomios, y Estevanes viesse renovados entre los mis-

*Mendoza I.
Reg. 3. I.*

*Apud Mendoza
suprà.*

misimos enemigos, que con sola su vista doblan las fuerzas, aquellos triumphos, cuyos famosos tropheos dexaron ellos colgados à la eternidad en las breñas de sus desiertos, en las cimas de sus montes, y en las cuevas de sus peñascos. Aqui vieran vn hombre, que estampando sus pies en lo mas arduo de aquellas pisadas, se mantenía con poquísimo alimento no solo vil, sino asqueroso: tan mal pagador à la naturaleza, que passando las noches en continuas vigiliyas, salía de la executiva deuda de el sueño dándole muy pocos quartos de hora, y no pocas vezes falsos, para ella. Vieran vn hombre, que se ponía por vestido el cilicio, que se rasgaba con abrojos sus carnes, que en los ardores del Estio se refrigeraba con fuego, que en las inclemencias de el Invierno eran los yelos su abrigo, y que enjugaba con nuevos afanes los copiosos sudores de su continuo trabajo. Vieran vn hombre, que à el oír por vna parte à el Apostol dezir, que la carne mueve guerra contra el espiritu, y por otra à el Señor, que no vino à poner paz en essa guerra, sino à dar armas à los suyos para la victoria, se declarò practico enemigo tan santamente furioso contra su cuerpo, que no contento con quanto se le mandò contra el, hizo tambien quanto se le permitiò para rendirlo, y huviera sin duda passado, si le fuera licito, à matarlo. Estos pasmosos esfuerzos de su espiritu contra su carne eran muy correspondientes à aquellas luzes, con que el Señor misericordiosamente le descubrió la desenfrenada tiranía de la carne contra el espiritu. Ya en sus conversaciones privadas, ya en los fervores de sus Sermones le oíamos exclamar vivísimamente con aquellos sentimientos de San Bernardo, *quàm domesticus hostis! quàm perniciosus lucta! quàm continuum bellum!* ò vil! ò traydor enemigo! dezia; con nosotros nace como tierno cachorrillo halagueño: con nosotros crece, y con el los rugidos de fiero Leon, que horroitan, y las garras, que despedazan: con nuestro mismo sueño se repara el, con nuestro descanso se recobra, se alimenta de nuestra sangre, se sirve de nuestras fuerzas, se haze insolente con nuestras mismas armas: y tan porfiado en las batallas, que ni aun vencido admite treguas. O infelicissima condicion nuestra! *hostem hunc crudelissimum nec fugere possumus, nec fugare:* si tratas con las gentes, alli està el con mil lazos para sus enredos: si huyes à los desiertos, no dudará vestirse de Hermitaño por perderre: si à la celda, alli se oculta para lograr su traycion. Siempre no solo se và contigo, sino es que tu lo llevas, siendo vn perfido, que con sus gustos atormenta, y con sus delicias mata.

So-

Serm. 3. in
fragm.

Sobre todo no podia, ni aun pensar sin summa congoja, que *hostem hunc ipsi cogimur sustentare*: puede imaginarse mayor desdicha? dezia; que me vea yo obligado à sustentar à este traydor mi cuerpo, que vive con mi muerte, se alegra con mis lagrimas, y que entre mis mismas cenizas esconde su infernal fuego para consumirme? Que me vea yo obligado à conservarle la vida à esta fiera, que con su respiracion apesta, y con su vista como de basilisco mata, y como vn pestilente contagio todo lo corrompe? Si quiero levantar mi coraçon à el Cielo, èl con su peso lo abruma: si quiero embiar allà mis deseos, como con cadenas me los amarra: si quiero clamar à Dios, me turba: si quiero llorar mis pecados, me divierte: si quiero castigarlo, me engaña con mil alhagos, para que lo dexe: què he de hazer con este traydor enemigo, furioso en sus assaltos, molesto en sus porfias, astuto en sus ardidés, que ni puedo apartarme de èl, ni puedo apartarlo de mi?

Con estos vivissimos sentimientos exclamaba con el Apostol: quien me librará de el cuerpo de esta muerte? Pero viendo, que no podia librarse, y que era necesario ir siempre cargado con èl, resolvió con asombrosa constancia aligerarlo tanto, que su carga no sugentase à su espiritu. Para esto le cargò à èl la mortificacion de Jesu Christo. Y pues yo (dezia) me veo obligado à llevar siempre, y en todo lugar sobre mi à este traydor, lleve èl siempre, y en todo lugar sobre si la mortificacion de Jesu Christo, *q es longa, & viva mors*, larga, y viva muerte; para que viviendo muerto no tuviesse brios de vivo, ni tuviesse vigor para matar el que escafamente lo tenia para vivir. Certifico à V. Reverencias sin passar los limites de vna pura narracion, que con este santo corage reduxo su cuerpo à vna vida tan muerta, que no pensaba en desear demasias el que casi no tenia aliento para sentir el verse tan sin compasion maltratado. Tal vez le oimos explicarse con esta, y semejantes expresiones: *El jumento atravonado, que solo trata de encogerse, para que no le alcancen tan recios los palos, no trata por entonces de tirar cozes à su amo*. Y à este proposito celebraba mucho la gracia del Señor San Francisco, que llamaba à su cuerpo *el hermano asno*. Y aunque su rara humildad (à quien jamàs pidió licencia, ni ella se la dió para hablar de si mismo, sino es despreciandose) le hazia hablar con esta abstraccion; pero bien veíamos todos, que èl era el que trataba à su marchito, y herido cuerpo con mucho mas rigor, que à vn jumento atravonado, y apaleado; pues lo puso con sus severidades,

Corn. 2. Co-
rinth. 4. 10.

des, y santas iras en tales terminos, que no pareció temerario à los hombres de mas juicio, contando entre ellos Medicos bien expertos, persuadirse, que, atendidas todas las circunstancias, era fuera de lo natural su vivir. Algo es preciso individuar, ya que su humildad escondió lo mas.

Jorán à el ver turbada su Corte con el sitio tan apretado, con que Benadad Rey de la Syria la puso en la yltima miseria, en que las madres se comian à sus hijuelos, vistió su carne de cilicio: el perseguido David à el sentir las molestias, con que lo fatigaban sus enemigos animados de Saul, se vestia de cilicio, y humillaba con el ayuno las altanerias de su carne. Pero el V.P. para tener à este enemigo tan sin fuerças, que ni aun pensasse el asedio, y tan acobardado, que antes tratasse de huir, que de asaltar, andaba siempre cargado de cilicios, de los quales vno era al talle de jubon, otro vna cruz de agudas puntas, y otros de varias figuras tan horrorosas à la carne, como agradables à su espiritu; que con ellos tenia tan en prisiones al jumento de su cuerpo, que podía mal moverse, y tan cargado, que le obligaba à agoviarle. Aunque nunca le faltaban pretextos, à que atribuir lo que no era posible ocultar, pero sin ser necesarios los lastimosos indicios, que dexaban sus llagas en su pobre ropa, muy bien veíamos todos, que las asperas travas de sus cilicios eran la causa de aquella tarda violencia de sus movimientos. No eran mas suaves las disciplinas, con que apaleaba al jumento, como el V.P. lo llamaba. Sobre ser de hierro, y con muchos ramales, las tenia sembradas de abrojos, y otras puntas de fuerte, que sin mucho estruendo hazian grande estrago: y con esto consiguió, que no fuesen sonadas sus disciplinas, como à los principios lo fueron por lo ruidoso de los golpes. Con ellas se azotaba todos los dias, y creció el rigor hasta tres vezes cada dia, por tanto tiempo, y tan sin lastima de su carne, que ya por el dolor de los golpes, ya por la sangre, que derramaba, solia desmayarse: y lo ordinario era quedar tan sin fuerças, como si lo estuviera. Quando lo encontraba alguno hecho lastimosa víctima de tan cruento sacrificio, luego se escondia entre el confuso significado de aquellas sus truncadas voces, *estos flatos, esta ruin cabeça, &c.*

Fueron casi continuas sus vigiliass ya como necessarias por su abstinencia. Quando dormia como vna hora, y media interrumpida con los pesados sustos de quien teme, y las quietas zozobras de quien ama, le parecia vn grande exceso, y trataba

presto de reformarlo. Para este corto sueño, que la naturaleza se tomaba, cierta, de que el Padre nunca se lo diera, muy poco le servia su pobre cama; pues de ordinario no le consentia mas, que ò el desnudo suelo, ò vn duro banquillo, ò vna dissimulada tabla muy angosta, mejor para dar tormento, que descanso. Sus manos hinchadas, y llagadas con los destemplados frios del Invierno causaban compasivo horror; pero el V.P. tenia muy pronto el remedio, de que usaba con gran frecuencia; que era bañarlas muy de espacio en agua casi elada, en que con el mismo regalo se bañaba el rostro. Para abrigo de lo restante del cuerpo usaba el Invierno la ropa del Verano, y tan rayda, que apenas bastaba à cubrir la desnudez. La compassion de verlo como erizado, y elado obligò à hazerle, que se pusiese vn solideo: apenas se lo puso, quando se lo quitò diziendo, que *cabeça loca no quiere toca*. El Verano con el pretexto de que tenia las manos llagadas, solia sacar de vna caldera agua tan hirviendo, que aumentaba nuevas llagas: pero en advirtiendolo, que ya seria reparable, para curarse las llagas con cauterios las aplicaba à vna plancha de hierro, que sirve en el fogar de recoger las llamas, y quando alguien podia verlo, hazia como quien và à tomar vn plato, en que solian dexarle, ò vnas yervas, ò vnas sopillas à su modo. Estaba el plato de ordinario tan quemando, que en vna ocasion quiso vno con religiosa vrbánidad prevenir à el Padre dandole el plato, pero lo sintiò tan ardiente, que con licencia de su cortesía lo dexò caer, instando à el V.P. que no lo tomalle hasta traer alguna defensa contra aquel ardor. Pero el V.P. tomandolo con gran sosiego en las dos manos, y aplicandolo muy de espacio à los labios para tomar algun sorbillo de aquel caldo, ò agua hirviendo, sonriendose dezia: *pues digo, si yo me quemara, lo avia de tomar*? Si bien las ampollas, y llagas de sus manos, y boca lo dezian mas claro. Ordinariamente tenia la lengua, y paladar tan quemado, que saltandole la natural temperie para el sabor no se lo tomaba à la comida: pero esto acaso pudiera servirle, para que no le fuesse tan molesta la defabrida, de que se alimentaba. Sufrió los vehementes dolores de vna apostema causada de la acrimonia de el reumatismo, hasta que rebentandose por si misma, se puso con la falta de curacion tan destemplada, y horrorosa, que le hizo escrupulizar por el temor de mortificacion en la parte, ò corrupcion en los huesos. Descubriose à vn Medico muy confidente hijo espiritual suyo, y obligandolo à el silencio le dixo: *declareme osted, si ay riesgo, que*

en conciencia me obligue à la cura: pero, si no ay mas consecuencia, que mi padecer, esso no importa. Si se sentaba, apretaba contra el asiento el cilicio: si arrimaba la espalda, le clavaba las puntas: si enfermo estaba en la cama, tenia en vago vna pierna: quando esta ya se le caia, ponía en vago la cabeça, y como esto era visible, lo reducía à conveniencia, porque el calor de la almohada lo molestaba. Con la pasmosa mortificación, que de lo dicho puede colegirse, tenia su cuerpo, à imitación del Apostol, tan castigado, que no pensaba mucho en dar heridas à el alma, quando tenía tanto, que padecer, y hazer en dolerse, y curarse de las suyas: tan reducido à vna sugesion de esclavo, que ya no dudaría San Basilio entregarle las riendas de sus sentidos, que como indomitos Cavallos tiran con gran ligereza el Carro, aunque tan pesado, de nuestro cuerpo, en que el pobre espiritu se ve obligado à caminar con el susto de tan continuos precipicios: à el verlos ya tan domados, y obedientes à el freno, poco tendría, que temer, *ne mens velut auriga ab equis contumacibus rapiatur.*

*Homil. de le-
gēd. Gent. Lib.*

Como à este furioso bruto el cansancio, que mas lo rinde, la herida, que mas lo defangra, y el freno, que mas lo sugera, es quitarle las fuerzas con el ayuno; porque mientras tiene brios, aun cansado se levanta, herido tira cozes, y el freno suele quebrarlo: pero en saltandole las fuerzas, dezia, poco cuesta el sujetarlo: por esso donde el V.P. mostro con mayor ardimiento aquellas sagradas iras, en que se encendia contra este domestico enemigo, fueron sus inimitables ayunos, con que le puso en la extrema debilidad. Quando le dezian, que mirasse algo por si, si quiera para vivir, solia responder à modo de vencedor, que insulta, y se alegra con los despojos: *hà vil! hà traydor! no Padre, yo estoy bueno, y fuerte.* Estabalo sin duda su espiritu, quanto estaba debilitada su carne. Otras vezes respondia con sus santos dissimulos: *ò Padre! que es indecible, lo que yo me cuido.* Y tal vez, que le replicaron, que claro està ser indecible lo que no ay: el V.P. sonriendose, de que lo avian entendido, se reparaba con otra santa equivocacion diziendo: *que no Padre, yo soy un jumento incapaz de estos mysterios, que V. Reverencias quieren hallar en mis rusticas palabras.* Su especial espiritu de abstinencia se reconociò desde la entrada en su Noviciado: fuese perficionando cada dia mas, y mas, y mientras mas le iba el Señor dando à gustar las suavidades del espiritu, le causaban mayores vascas las de la carne. En materia de alimento fue continuada su reforma hasta no tomar mas que aquel, que le iban mostrando las continuas expe-

riencias, ser absolutamente necesario para no quitarse la vida. Muchos años antes de morir era su regular alimento en las 24. horas del dia cosa como de dos, ò tres onças. Pero acaso lo sustancioso, y sazonado podria suplir por lo escaso de su alimento? Esto es lo que parece aun todavia mas affombroso. Esta cortissima cantidad era algun pedacillo de pan ya desechado de otros; porque ya no se podia tratar de partirselo de vn pan entero: vnos casquillos de nuez, ò passas, ò algun poquillo de queso, ò quatro, ò cinco azeytunas, ò vnas desabridas sopas, ò algunas mal sazonadas yervas, sino es las muchas vezes, que las tomaba con toda, y sola la fazon de el agua, en que se cocian. Estas rusticas, è insulsas comidas tal vez eran tan sabrosas à sus continuadas hambres, que no lo serian mas al Rey Artaxerxes fugitivo aquellos higos secos, y pan de cevada, que supliendo las faltas de sus robadas acemilas le hizieron con su regalado sabor exclaimar: *Dij boni! eiusmodi voluptatis haftenus inexpertus fui!* Y para todo hallaba congruencias. *El pan duro*, dezia, *se esponja mejor*. Con passas, y nuezes mucho se esponjaria. *Las nuezes son digestivas*. Pero de què lo avian de ser? *Las passas enjugan los humores*. Como si no estuviera bien seco. *El queso es alimentoso*. Y esso era de lo que el huia. *Las azeytunas sientan la comida*. Como era tanta, necesitaria de essa ayuda. *Las lechugas refrescan*. Pero las tomaba tan hirviendo, que lo quemaban. Estos eran los regalos, y las abundancias de aquellos dias, en que no se aylinaba, antes se trataba de reparar las fuerças para no caerse muerto.

Plut. in Reg.
Apoph.

Tanta esplendidez de mesa era precisso moderarla assi en la cantidad, como en la calidad, y se moderaba con gran frecuencia. El excesso de el regalo se reformaba assi: en vn plato fucio hazia con aquellos mendruguillos, *que se esponjan bien*, vnas sopas, cuyo aderezo no era agua pura, sino del fregado, ò aquella, en que se avian lavado las manos, ò enjuagado la boca otros. Y este era el condimèto por cierto muy proporcionado à su assea-do genio: *y estas sopas*, dezia, *son muy lindas para abrigar el estomago*. Otras vezes hazia vn gazpacho en todo, y por todo muy hermano de aquellas sopas, de que se distinguia en ser fria el agua: y este gazpacho era *muy lindo para refrescar*. Otras vezes baxaba à deshoras à la cocina, y de aquel gazpacho, que bolvia de sobras del Refectorio, y lo amontonaban en vn perol para los pobres de la puerta, se proveia de viveres en aquel su desportillado pucherillo hasta el Jueves en la noche, que bolvia à la

la misma provision hasta el Domingo. Con lo ardiente de los calores del Verano se secaba, se azedaba, se corrompia, y apelmazaba, quanto se dexa entender. Y de aquella pella de manjar, que acaso no la quisieran los perros, iba sacando los primeros dias en vna escudilla, que podia servir de cobertera à su puchero, y despues cortaba vna como rebanadilla de aquel azedo pelmazo. Otras vezes, recogida ya la Comunidad, baxaba à la cocina, y con su candil en la mano buscaba por aquellos rincones, si les avia sobrado à los mozos algo, que no fuesse carne, como alguna correcilla de pan, ò enfalada. Pero, ò porque le parecian mucho regalo aquellas sobras, ò porque no encontraba otra cosa, por suponer los Oficiales, que ya el V.P. tendria su provision; porque muchas vezes los asseguraba con sus mysteriosas frases, *bien pueden los Hermanos descuydar, que yo ya tengo lo que he menester*: quando esto sucedia, se tomaban otras providencias, que se vieron en repetidas ocasiones (de que infirieron mayor frecuencia los que con santa curiosidad algunas vezes lo azecharon) y eran estas: se iba debaxo de vna mesa, en donde se arrojan los desechos del Refectorio despues de averles entrefacado quanto puede servir para el pobre mas mendigo, y en aquel monton de basura, que primero sirve de que los gatos lo escarben, y despues de que los cerdos lo hozen, buscaba algunas hojillas de legumbres, ò alguna frutilla escondida, ò otra cosa de este jaez. Este era el pienso (para hablar en su language) que se le hazia tomar al jumento con las vascas, q̄ se dexan colegir de su delicado estomago, y natural asseo. Pero andaba siempre el pobre jumentillo tan hambriento, que se hazia muy verisimil lo que el V.P. solia dezir en defenja de sus comidas no ya insulsas, sino es amargas, y asquerosas: *V. Reverencias piensan, que yo me mortifico en esto: pues asseguro, que muy bien me sabe*. Creible es; porque *anima esuriens etiam amarum pro dulci sumet*: de sus hambres hazia vn sazonado aderezo para estas amargas comidas con otro espiritu, que el de Socrates, quando preguntado, que hazia passeandose tan tarde, y sin cenar, respondiò: *paro condimentum in cœnam*, estoy dando tiempo, à que la hambre me fazione la cena.

Y porque los excessos en la cantidad ya dicha no dexassen al jumento en estado de tirar cozes, ò al enemigo con insolencia para atreversele, tenian su reforma de esta suerte: en Quaresma, Adviento, Temporas, y Vigilias no hazia mas que la vna de aquellas dos tan pareas comidas, que solia. En las Visperas de Apof-

Apóstoles, y otros muchos Santos de la especial devoción no comia bocado. En las de las Fiestas del Señor, de la Santísima Virgen, y de Nuestros Santos se le passaban ya dos, ya tres dias sin otra comida, que la del vivifico Pan del Cielo. A estos dias se añadian los muchos, en que se hazian experiencias para observar, quanto tiempo podria dexar del todo la comida sin marse. En vn hombre por otra parte tan gastado en continuados estudios, tan afaado en trabajosos ministerios, tan oprimido con molestissimas vigilijs, tan castigado, y aun de la grado con los rigores de su austeridad, tan consumido con los fervores de su extático amor, y tan debilitado con su perpetua abstinencia, qué estragos no causarian los ayunos de tantos dias, que componen tan gran parte del año, en que ni vna ligera refeccion se concedia à tan descaecida naturaleza? En estos mismos dias era mas estrecho su encierro, y lo que faltaba de alimento, se suplia con mas disciplinas, mas cilicios, mas vigilijs, y otros rigores, que se templaban en las suavidades de su contemplacion. Para dissimular la extrema severidad de estos ayunos se solia llevar (y entonces con gran cuydado, de que lo viesse) algunas passas, ò nuezes, que se quedaban intactas. Pero al dexarse ver despues qualquiera pudiera dezir lo que el otro, *valtus loquitur quodcumque negas*. Erizado el pelo, el rostro palido, sumidos los ojos, caydos los parpados, afilada la nariz, los labios cardenos, todo temblando, y con aquel floxo movimiento, como de quien se cae, edificandonos, y enterneciendonos à todos, no nos dexaba valor para mirar aquel lastimoso objecto tan contrario al otro Gloton delicioso, contra quien dezia compadecido por otro termino Pythagoras, *heus! miser, non desinis continuo duriores tibi carcerem preparare*; pues el V. P. tenia la carcel de su cuerpo tan rota, que pudiera huirse por muchos portillos el Alma: y el edificio todo tan cascado, que en la inminente ruyna de la clausura se dexaba ver cercana la libertad de su affligido espiritu preso. Quando en vna de estas (soliamos dezir) se nos ha de quedar muerto sin saberlo nadie? Despues se sossega con estos temores con la bien fundada persuasion, que era Dios quien lo guardaba. De estas sangrientas batallas salia su triunfante espiritu tan fantamente encarnizado contra el enemigo su cuerpo, y como tan insolente con las victorias, que, aunque el pobre cuerpo, ya mas que rendido, pedia, no fueros de prisionero, sino es siquiera la vida para servir de esclavo, jamás se la concedió à el, sino es à solo Dios, que se lo mandaba. Bien cierto estoy, que

Senec. in Herc.
Act. 2.

D. Basil. homil.
de legend. Gen.
ail. lib.

que, si le preguntaran lo que à S. Dorotheo, por què queria matar à su cuerpo? responderia al punto lo que el Santo: *quia & ipsum occidit me*. Al sentirse ya en el vltimo estrecho de la obligacion de alimentarse algo, ciertamente le sucedia lo que al Santo Job: *antequam comedam, suspiro*. La irresistible vehemencia de sus afectos tomándose la licencia antes pedida, y siempre negada por su humildad, le hazia tal vez explicarse con medias palabras, cuyo sentido perficionaban los suspiros: *Es posible, Señor, que me mandes no acabar con un enemigo, que quiere acabar conmigo! que me mandes pensar à un bruto, que quiere despeñarme! apuntalar esta carcel, cuya prision me retarda el verte! vivir con un traydor, cuyos halagos quieren apartarme de amarte!* De aqui el aver de tomar alguna refeccion le era à las vezes mucho mas intolerable, que el ayuno mismo; porque ò las avenidas de la dulzura de la gracia, ò quando estas se detenian, lo poderoso de estos motivos rociaban à puñados el acibar sobre aquellas insulas viandas. Y esta era la causa, de que aun en las hambres pudiesse muchas vezes dezir, como le oyimos, que era notable la repugnancia, que sentia à la comida. Si bien se le observò, que esto solia dezirlo, quando la comida era menos mala.

Lo que he dicho del extremo rigor, y fantas iras de este valiente espiritu contra su enemigo el cuerpo podrá acaso parecer algo. Pero asseguro à V. Reverencias, y no me engaño, que es bien poco respecto de lo que qualquier razonable capacidad puede inferir de aquel pasmoso principio, que inviolablemente observò: *no he de dar alivio alguno chico, ni grande à mi cuerpo, sino aquel, à que me obligare la conciencia: le he de hazer toda aquella violencia, que me permitiere el no ser injusto homicida de mi mismo*. Es verdad, que ni lo hemos hallado escrito, ni se lo oyimos perfectamente pronunciado; porque su humildad (iba à dezir, demasiada) se opuso à todo. Pero se nos quedò bien impresso en ciertas medias clausulas, que se acababan de llenar con ciertas acciones mas expresivas, que las palabras, que faltaban. Muy bien penetran V. Reverencias las consecuencias tan muchas, tan grandes, tan pequeñas, tan admirables, tan horrorosas, que para todo, y para siempre se contienen en aquel principio tan ancho, y tan estrecho. Puestas todas inviolablemente las sacò en la practica tanto, que ni el mas mezquino fue tan cuydoso para refarcirse en los gastos ordinarios de los que acaso hizo en algun convite, quanto lo fue el V.P. en pagar luego con doblados ayunos, y rigores alguna inexcusable condescendencia à las

Div. Bernard.
Serm. 30. in
Cantic.

Apud Corn. 1.
Corinth. 9. fin.

De Elia, & ie-
junio cap. 2.

las charitativas instancias, de que tomasse algun corto alivio. Mas bien creyera yo sobrarle mucho, que faltarle algo à este tenor de vida para aquel celebrado martyrio, *horrore mitius, diuturnitate molestius*; pues juntò con los horrores la longitud. Y ya desde aora nos sirve de prevencion para no estrañar despues los muchos, y raros prodigios, con que ya ha comenzado el Señor à honrar à este su mortificado Siervo; pues segun oportunamente observaron los que en el Prado espiritual escogieron las mejores flores, la gloria de los milagros, con que Dios ilustra à sus Siervos, es como sombra, que sigue à la mortificacion, y austeridad de la vida. Y hablando de los rigores en la abstinencia, à ellos atribuye San Ambrosio los prodigios, con que admirò al mundo Elias: su ayuno serenò el Cielo, su ayuno lo desatò en lluvias, su ayuno resucitò al Hijo de la Viuda, su ayuno hizo, que lloviese fuego, su ayuno, mas que los cavallos del carro, lo arrebatò à Dios, su ayuno dividiò las aguas de el Jordàn dando suelo firme à sus pies.

Hasta aqui el sacrificio de animales, que se degollaban en el Altar exterior de el Atrio. Queda el de Thimiana, que se ofrecia en el Altar interior del Templo de Salomòn. No dudare dezir lo que à vista de tanta severidad parece mucho; pero ello es mucha verdad: esto es, que la interior mortificacion de sus pasiones fue en grado muy superior à la externa de sus sentidos. La exterior es aquel Sacrificio, en que algo reserva para sí el oferente: pero la interior es el holocausto, en que todo el coraçon se ofrece à Dios. Esta interior abnegacion es la general virtud, que pelea contra la concupiscencia de la carne, que con el amor proprio haze, que le siga el espiritu aun gimiendo, como seguia llorando Phatriel à su robada Michol. Esta es aquella valiente, y vniversal resolucion, que haze à los que son de Christo crucificar la concupiscencia de la naturaleza viciada con los malos habitos, y movimientos de las pasiones. Y ella es la circuncision *cordis in spiritu*, que, ya que no pueda sacar la raiz de la concupiscencia, no la dexebrotar aquellos viciosos retoños aun levemente opuestos al amor Divino. Para contraer algo esta materia tan abstracta, *tria in anima circumcidenda sunt, rationalis, irascibilis, concupiscibilis*. Ni aun las racionales operaciones se libran de la tyrania de la carne. Pero el V. P. como si le huviera quitado à Josué aquellos afilados cuchillos, que le mandò Dios hazer para esta segunda circuncision del coraçon en espiritu, se armò con ellos para liberrar su espiritu. Porque su

Ad Rom. 2. 19.

Albert. Mag.
in Luc. 2.

su natural suavidad lo inclinaba al trato afable con las criaturas, no solo entablò el retiro ya dicho, sino es que aun en lo preciso solia mostrarse tan serio, que infundia vn respetoso miedo. Ni aun en las mas racionales operaciones de estudios, de leccion, de contemplacion, de ministerios consentia el mas leve desorden de la propria voluntad, ò inclinacion. En sintiendo algun movimiento de el amor proprio, aunque fuese para imitar à Maria, quando era tiempo de trabajar con Marta, al punto publicandose aquel vando contra el amor proprio, *a voluntate tua avertere*, tocaba al arma, y jugando aquella espada, que traxo Christo Señor N. para armar à los suyos, y que, como de dos filos, penetra tambien hasta dividir el alma del espiritu, con vn prontissimo ardimiento embestia, como si tuviera, que hazer grandes divisiones entre la parte inferior del alma, y la superior del espiritu. Pero el hecho era, que su espiritu estaba tan superior, que no consentia liga alguna con la parte animal del alma, y sus enemigos los vicios, y las pasiones, que en ella residen, estaban tan acobardados, que con solo saber eran sentidos, se ponian en precipitada fuga. Todo aquel ardimiento en embestir, y aquel jugar de la espada eran efectos de el ardiente amor de Dios. No pudo el V.P. ocultarnos, que por la Divina Bondad se hallò en aquellos dos estados, que distinguiò San Agustin: *non concupiscere, omnino perfecti est: non ire post concupiscentias, luctatoris*. Por muchos años fue su afligido coraçon la palestra de aquella porfiada lucha, en que la concupiscencia con sus pasiones embestian à su fatigado espiritu con tan desesperada furia, que, aun victorioso el V.P. no daban oydos à aquella cortès proposicion de treguas, *dexadme, que viene la Aurora*: antes haziendose por su desesperacion mas insolentes, aun quando mas vencidas, lo obligaban à retirarse à su fuerte Torre de David la Santissima Virgen, que era el mas frequentado asylo en sus retiradas, à cobrar nuevas fuerças para nuevas luchas: de que ya quedan bastantes pruebas. Y este es aquel honroso estado de luchador valiente, y victorioso. En el nos puso à la vista vna fiel copia de aquel pasmoso original San Geronimo, quien en los desiertos de la Syria quemado, elado, desvelado, herido, palido, consumido, con sola la piel sobre los huesos, que apenas se juntaban vnos con otros segun estaban descoyuntados del castigo. Y en el cuerpo frio, y la carne muerta antes de la muerte solo vivian los incendios del apetito, que, como si lo sacàran de si mismo, y de la Syria, le hazian parecer presente à las pro-

*Apud. Hug.
Card. in Eccl.
18. 30.*

vocativas danças, theatros, y delicias de Roma: hasta que el Señor por su Bondad apagò aquellos incendios, que en los mismos nervios, y carne seca prendian, y le diò tal paz, que le parecia hallarse entre los coros de los Angeles. Tambien parece, que aun en esta vida quiso el Señor dar al V.P. alguna parte del premio de sus vencidas batallas: pues sus pasiones en tan continuadas luchas llegaron à cobrar tanto miedo à su victorioso espiritu, que, quando se dexaban ver en su presencia, mas era como feudatarios, que venian à reconocer el dominio, que como vassallos rebeldes, que hazian guerra à su Principe. Este es aquel alto estado de perfectos, en el qual, aunque no està muerta la concupiscencia, està tan mortificada, que con admirable facilidad la obliga el espiritu à obedecerle, comenzando ya à gozar buena porcion de aquella abundante paz, que tiene Dios para los que aman su Ley. En este estado lo vimos los muchos años del vltimo tercio de su vida. La soberbia estaba tan sepultada en lo profundo de su humildad, que tal vez se le oyò, y continuamente veíamos en su porte estos humildes sentimientos: Muy lexos estará de vanagloria el que hiziere vna mediana reflexion sobre su nada. Yo estoy lexissimos de tener, porque tenerla; porque Dios ha tenido cuydado de hazerme en lo natural tan inutil, y yo de hazerme en lo espiritual tan abominable, que me sobran los motivos para despreciarme, y aborrecerme.

La irascible se amansò tanto en su constante paciencia, que ya ni aun con recato se assomaba à su ordinario balcón el rostro, ni aun con vn leve indicio de enojo, ò sentimiento, y ni aun en aquellos casos repentinos, en que como à traycion suelen lograr la suya las pasiones. Y ciertamente se le ofrecieron tançes adversissimos, en que sin duda aun la mas heroyca paciencia le huviera dado permisso para alguna racional quexa. Pero no diò otra, que tales prendas de agradecimiento, y amor, que alguno se sintiò obligado à dezir, *es este Padre insensible?* En los intolerables dolores de su enfermedad todos andabamos affigidos, y turbados; pero parecia averse venido à el V.P. toda aquella tranquilidad, con que el mandato de su Señor sossega los vientos, y los mares. La concupiscible quedò tan como apagada en su austeridad, que muy lexos de arrojar las llamas, que suele, parecia estar embuelta en frias cenizas. Como si lo animasse aquel espiritu, con que vivia San Bernardo, *omnia, que cupiscens amat, crux mihi sunt*, así le servia ya de cruz quanto pudiese.

diera serle deleytable. Las alabaças proprias, aquellas Syrenas, à cuyo Magico encanto para no quedar, como los suyos, preso el cauto Ulises, hubo de taparle los oydos, para el V.P. quando las oía, eran realmente molestísimas, y ninguno se atrevia à alabarle nada, no solo por el temor de la seria repulsa, sino es, porque se sabia, que era con efecto mortificarlo. Estas gloriosas victorias, con que reduxo sus pasiones à vna obediente sugesion, se hizieron mas perceptibles en las especies de combates, que tuvo en los vltimos años; pues, como si ya no fuera su lucha contra la carne, y la sangre, sino es contra los Principes, y Potestades de las tinieblas, así le oíamos voces, y acciones, que demostraban la corporal presencia de los Demonios, los quales viendo en el V.P. tan rendidas à su espíritu las pasiones, que son como las tropas abançadas de la vanguardia infernal, con que los malignos nos embisten, desconfiando ya de ellas, trataron de hazerle la guerra por sí mismos. Y así en este tiempo todos sus combates fueron en pensamientos de vicios espirituales sugeridos con la sutileza de su maligna astucia. Pero su conciencia por el fino amor à su Dios delicadísima sobrefaltada con estos pensamientos, aunque involuntarios, se ponía al punto en arma. Todo se reducía à si pensó, ò no, alguna blasfemia, ò algo contra la Fè: si sabia, ò no, la Doctrina Christiana; temor, con que lo vi yo fatigadísimo. Y como si su espíritu estuviera ya abstraído de la carne, así lo combatían con solos aquellos pensamientos, que pudieran servir de sugestion à qualquier puro espíritu pecable.

Los continuados triunfos, con que su dichoso espíritu llegó à ser tan señor de la carne, y sus pasiones, en nada lo aseguraron, en nada lo hizieron remisso: antes las mismas victorias parecían ocasionarle nuevos sustos para nuevas prevenciones, y cautelas, como quien temia mas traydor as embestidas. Hasta morir cada dia fue mas solícita su vigilancia por mantener à sus contrarios en la sugesion debida: cada dia dió nuevos temples, y nuevos filos à aquel cuchillo, con que circuncidaba su corazón en espíritu: cada dia rebatió con mas eficaz prontitud aun el mas floxo pensamiento de aquellos, que à manera de exhalacion, aunque amortiguada, descubren algún objecto menos digno: cada dia soltó mas avenidas de eladas aguas, para que no se levantasen aquellas llamas, con que el amor proprio quiere abraçar el espíritu: cada dia fueron mayores sus austeridades, mas severos sus ayunos hasta à aquel grado superior à la ad-

In Cant. 58.

miracion, que mantuvo constantissimo aun entre las justas causas de alguna dispensa, que traen consigo las debilidades, y fatigas de quien agoniza. Tan visible le hizo el Señor aquella verdad, para la qual pedia à los suyos Fè el Señor San Bernardo: creedme, dezia, las pasiones cortadas retoñan, las ahuyentadas buelven, y las ya apagadas se encienden de nuevo.

S. XII.

su humildad.

*Div. Chrysof.
Homil. 15. in
Matth.*

*Div. Bonavent.
Serm. de vno Co-
fess.*

Tomando trochas, aunque con trabajo, por acortar el camino, que hubiera sido demasiadamente largo, llegamos ya finalmente al profundo, y delicioso valle de su humildad, tan defendido de huracanes, que solo se perciben en él aquellos apacibles vientos, con que se alegran, y rien las plantas: en donde se sienta el Sol con tan beneficos rayos, que olvidado de ofender, no haze mas, que fomentar: à donde corren todas las aguas; pero tan bien repartidas, que no inundan, sino es fertilizan el valle. No dudaba, que así fuese, pues con tanta especialidad queria aquella Divina Flor del campo, y Azuzena de los valles escoger este, para que en él se gozasse mas su hermosura, y se esparciesen mas sus fragancias, y tambien, porque se avian de criar en él, hasta lograr su perfeccion, las flores de sus virtudes, que fuera de el fertil valle de la humildad, *statim defluunt*, ò no se criaran, ò se marchitan presto; porque à estos humildes valles es à donde embia Dios las fuentes de sus aguas vivas. Pero, aunque con su amenidad nos combida, lo miro allà tan profundo, que tiemblo de entrar en él. Antes de baxar à este abismo, quisiera aqui à su vista, como Abraham à la de el valle Mambre, edificarle al Señor vn Altar, en que ofrecerle el sacrificio de nuestro dolor, que ya no tiene mas remedio, que el justo desahogo de amorosas quejas contra su humildad. Otros, como humildes Arboles de el Jardin de la Iglesia, aun quando quieren esconder sus flores, y frutas, se dexan ver mas agraciadas entre aquellas mismas hojas, que con sus sombras las ocultan. Pero el V.P. con vn prolixo desvelo, porque no se le exhalassen los aromaticos espíritus de sus virtudes, *si aperta teneantur*, tapò tanto el vaso, en que los guardaba, que solo pudimos lograr aquellos, que, ò al recogerlos, ò al taparlos, se exhalaron. Esta como avarienta humildad le hizo, que nos escondiesse quanto pudo, y pudo muchissimo, no solo los actos de sus virtudes, y los favores del Señor, sino es tambien aquellos dicta.

dictámenes, y sentimientos de espíritu, cuyas expresiones fuele no prohibir del todo la humildad aun à aquellos mayores Santos, que se professan sus mas severos Discipulos. Pero el V.P. absorto todo en su propria miseria, y convencido à que en lo natural era *un jumento*, y en lo espiritual *una abominacion*, esto solo, y siempre sabia dezir de si. Y si tal vez, ò con la natural inadvertencia, que fuele ocasionar la confiança, ò con algun sobrenatural impulso apuntò à dezir alguno de estos sentimientos, estubo prontissima su humildad para recogerlo, si era capaz, ò para glossarlo contra si con las preciosas sales, con que dexaba tan sazónada la glossa, que sin repugnancia la passaban los que no tenian experiencia para distinguir estos sabores. Y assi solo sabemos de su espíritu lo que se dexa colegir de su prodigioso porte de vida, y lo que nos descubrió algun natural descuydo, ò algun sobrenatural favor. Tan cerrado tenia el vaso de estos espirituales aromas, que, ni aun quãdo se quebrò con su muerte, pudimos recoger nada; porque, aunque es verdad, que al romperse, se llenò toda la Casa, y la Ciudad de vn nuevo olor; no obstante, corriendo todos tras la suavidad de sus vnguentos, no pudimos encontrar mas, que lo que ya he dicho, que era lo poco, que no se pudo despegar de los cascos. Acudí luego à sus papeles para seguir, si encontraba el rastro de su espíritu; pero despues de registrarlos todos, no pude hallar de este genero mas, que vna tirilla de vn sobrescrito, que tenia en el Breviario, en que los actos de Fè, Esperança, Contricion, y Charidad estaban escritos de su linda letra; pero tan confusa con los borrones, y reclamos de sus escrúpulos, que parecian cifra para la memoria. Como su retentiva fue en lo natural tan feliz, y la Divina gracia para sus designios le diò tan nuevos realçes, de sola ella se fiaba su humildad, y en sola ella fielmente escribia, y leía à sus solas, y despacio todos los dictámenes, maximas, motivos, y movimientos, que podian promover su espíritu. Y si acaso con la seguridad de poderlo ocultar, fiò algo de esto al papel, buen cuydado tendria de entregarlo al fuego, para que se lo guardasse, como lo ruvo de recoger, y ocultar todos los horrorosos instrumentos de su mortificación, luego que se reconociò del todo impedido.

Que el V.P. nada de su interior espíritu nos quisiessse dar en vida, ni dexar en muerte, ya pudieramos llevarlo en paciencia; pero no la ay, para que la santa avaricia de su humildad llegasse hasta quitarnos lo que nos daba otro, y con intencion de

de enriquecernos con mas. Vno de los mas confidentes Confes-
sores, que tuvo el V.P. y que lo confesò ocho años continuos,
que duraron hasta los principios de su Rectorado, hombre de
gran prudencia, y espiritu, viendo, que el V.P. estaba tan lle-
no de Dios, tratò de ir apuntando para comun vtilidad quanto
por si observò en las virtudes, y gracias, que enriquecian aque-
lla dichosa Alma, y tambien quanto pudo recoger de los otros
Directores de el V.P. Aqui teniamos por su orden la especial
vocacion Divina à vna heroyca santidad: los amorosos esme-
ros, con que lo arraxò, lo promovió, lo perficionò, y lo elevò à
aquella estrechissima vnion con Dios, por cuyo medio lo hizo
un spiritu consigo. Nos gozabamos de que con esta oculta dili-
gencia avia burlado la nimia sollicitud de su ocultadora humil-
dad. Pero esta logró la ocasion mas oportuna à sus deseos. Mu-
rió el Confessor, siendo el V.P. Rector, quien, como tal, yendo
à reconocer los papeles del difunto muy apreciables por su sin-
gular habilidad, estudio, y erudicion, viò entre ellos aquel qua-
derno, cuyo titulo lo turbò mas, que si el mas soberbio leyera el
de sus mayores infamias. Lleno de vna santa ira contra su Au-
thor por otra parte tan venerado, y amado del V.P. como si le
hubiera quitado à San Paulino aquel espiritu, que no le con-
sentia leer sus alabanzas, *quin Authorem ipsum ut deceptum verbis
castiget*, así indignado con aquel enojo, con que sin alterarse se
conmueve la humilde mansedumbre de coraçon, se rebolió
contra el difunto Auther: *despacio estaba el Padre, pues perdía el
tiempo en esto: que entretenimiento tan escusado!* Allí sin detencion
alguna en deliberar se hizo Juez, que lo sentenciò al fuego, y
verdugo, que executasse la sentencia. Partió con él derecha-
mente al fogar, y con sus mismas manos lo quemò. Al verlo ar-
der se le trocò el passado bochorno en delahogo humilde, y el
enojo en alegría semejante à la del Eximio Doctor el V.P. Fran-
cisco Suarez, quando con la noticia, de que por sentencia publi-
ca se avia quemado en la plaza de Londres su tomo de la defen-
sa de la Fè, tuvo tal gozo, que le puso por lema su santa invi-
dia, *sine me liber ibis in ignem: Hei mihi quò Domino non licet ire tuo!*
Para que todo el cartapacio quedasse reducido à cenizas, el
mismo V.P. lo meneaba entre el fuego, y al verlo levantar lla-
mas sonriendose con el logro de sus deseos repetia: *si por cierto,
despacio estaba nuestro Padre.* Pero su humildad roda embebida en
mirar, y gozar aquel lastimoso sacrificio, no advertia, que, co-
mo en el de Manue, al levantarse la llama al Cielo, *Angelus Do-*
mini

*Penneq. p. 2.
Isag. cap. 18.
v. 12.*

mini pariter in flamma ascendit, aunque pretendia quedarse enterado en aquella ceniza, que finalmente fue vna relevante prueba de su humildad; no obstante, al levantarse las llamas, tambien el Padre Manuel se levantaba igualmente al Cielo. Logró no obstante, que nos aya costado vn prolixo trabajo, y extraordinaria sollicitud el hallar aquellas migajas, que no se pudo rragar su humildad siempre hambrienta, y aquellas gotillas de agua, que se resudaban del valle de su humildad. Si bien la mesa de virtudes, que puso à su espiritu, fue tan esplendida, y las gracias, con que el Señor la fazonò, fueron tantas, que pueden criarse muy lucidos los que, como cachorrillos, quisieren alimentarse de las migajas de esta mesa: y las aguas de vida corrieron tan copiosas à este valle, que aun solas las remanientes bastan para la fecundidad de quantos supieren llevarlas al huerto de su alma. Nunca sabré yo explicar lo q̄ facilmente percebimos quantos tratamos al V.P. esto es, que el mas convincente argumento de lo heroyco de sus virtudes, y elevado de sus gracias es, que no cupieron en el abisno de su humildad, sino es que, como no rebofando, se dexò ver algo de ellas; porque dentro, y fuera de casa es segura persuasion, que à vista de su humildad, como que desaparecian las demás virtudes, no solo por lo que las ocultaba, sino por lo que parecia excederlas, quizás porque se hizo ella mas visible en los mismos actos de disfrazar las demás. Vengo pues à dar alguna mas individual noticia.

Si me permitiera el tiempo ir baxando, aunque fue ^{condenado} corriendo, por los doze grados, que señalan à esta virtud los Doctores, especialmente el Melifluo, y el Angelico, cierto estoy, que allà en lo mas profundo de el vltimo aviamos de encontrar al V.P. bien exaltado. Se despreciò à si mismo tanto, que se tuvo en lo natural por vn bruto, y en lo espiritual por mas abominable, que Judas. Desconfiò tanto de si, que los temores de caer fueron el martyrio, à que lo destinò el Cielo. Se tuvo, no ya por el infimo de todos, sino es por totalmente inutil, y nada. Se juzgò tan indigno de los Divinos dones, que se pasaba de que no lo huviesse ya Dios condenado. Tan leños estuvo de desear sus alabanças, que en nada estudiò mas, que en ocultar quanto pudiera servir à su propria estimacion. Deseò con tales veras ser despreciado, que el tambien iba gozoso, quando lograba el serlo. Con tal gusto descubria sus faltas, que, aun mas que estas en la lengua, se manifestaba aquel en el semblante. Tan plenamente se rindiò à la Divina voluntad en todo, que el

tam-

tambien pudo dezir, que su Alma estaba sujeta à Dios. Tanto se humillò à toda humana criatura por Dios, que aun à la mas despreciable obedecia, como à Superior. Solicitò con tal conato los mas abatidos empleos, que parecia tener en ellos su gloria. No solo se juzgò inutil para todo, sino estorvoso, y aun pernicioso en todo, y para todos. No solo guardò vn profundissimo silencio en las ocasiones de confusion propria; sino es, que con aquella especie de serenidad, que parece propria de el Cielo, alegaba nuevas razones contra si. Y este es el supremo grado, que señalan estos Santos. Para que lo viessemos en el, permitió el Señor, ò dispuso vno de aquellos lances, que son la mas segura prueba de los suyos. En el se sintió el V. P. bien herido en lo mas vivo del punto, y de la honra: y esto sin poderlo ya nadie remediar, no obstante, que à todos constaba de su total inocencia. A todos nos tenia contristados la tierna compasion de verlo padecer en punto tan sensible, y tan sin culpa. Solo el V. P. con vna alegre mansedumbre hermana de aquella humildad de coraçon, de que el Señor se hizo nuestro especial Maestro, no solo no se mostrò resentido, ni en queixa, ni en excusa, ni en satisfaccion, sino es que con celestial serenidad, y con semblante de quien se hallaba muy favorecido, alegaba varias razones, unas para confirmarlo indispensable de la accion, que ocasionò su quebranto: otras para probarse culpado, y que la mortificacion debiera aver sido derechamente contra el. Lo primero era muy cierto. Lo segundo era vn testimonio falso, y verdadero, que solo pudiera darlo vna humildad como la suya: falso, porque à todos era notoria su inocencia, y aun su sanridad en el lance mismo: verdadero, porque la grande humildad tiene vnos ojos por vna parte tan ciegos, que no ven bondad alguna propria, y por otra tan lynces, que entre la mayor santidad humana descubren faltas, que acusar. Admirò tanto à todos ver esta zarça tan embestida de el fuego, y sin quemarse; à esta nave con tan violèto huracán romper las aguas tan serena, que el Superior mediato, quien se hallò à la sazón presente, observando la alegre serenidad, con que pasó por el fuego, y por el agua, dixo: *no he menester yo mas prueba para venerar por Santo al Padre Padiàl.* Pero no siendome licito discurrir por todos, me detendré en el primero, *quo homo ex verissima sui cognitione sibi vilescit*, que, segun San Laurencio Justiniano, es toda la essencial sustancia de esta virtud, à que se consiguen los demás grados à modo de accidentes sensibles, que la demuestran,

tran, y de donde vãn brotando, como de la fuente los arroyos, y del arbol los frutos.

De aquella clara luz, con que le descubrió el Señor los dos abismos de la propia nada, y de la propia culpa, nacia aquellos inexplicables afectos de desprecio de sí, y de sus cosas, de aborrecimiento propio, de temores de su salvacion, de tenerse por digno de mil infiernos, y aun muchas vezes de admiracion, de que ya Dios no lo huviese condenado. Aun los mayores Santos solian en su misma nada, y miseria reconocer los talentos, y las gracias, de que eran deudores à Dios, no para envanecerse, sino para confundirse mas, y ser mas agradecidos: pero el V.P. sumergido en estos dos abismos, ni veia los preciosos talentos de naturaleza, ni las singulares gracias, con que lo adornò el Cielo. La crueldad se labrò, y puso à Neròn aquellos celebrados antojos, con que templando à la naturaleza su nativo horror, se recreaba con la misma inhumanidad; porque le hazian ver incendios de los Martyres como amenos prados, sus desgarrados nervios como verdes plantas, sus heridas como flores, y su sangre como risueñas aguas, que corrian à regarlos. Pero al V.P. le labrò, y puso otros su humildad bien contrarios; pues viendo todos con admiracion en él la capacidad de su entendimiento, la viveza de su ingenio, la solidez de su discurso, la oportunidad de su extensa erudicion, la preciosidad de sus dichos, y sus escogidos talentos para los ministerios; solo el V.P. mirandose por los antojos de su humildad veia en sí vna rusticidad, è incapacidad de jurento, vna molestissima insulsez de vn hombre pesadissimo, vna total ignorancia en todo, y vna perfecta ineptitud para todo, que solian ser los terminos, con que se explicaba. Añadiré à los que ya he dicho algunos indicios de estos profundos sentimientos de su humildad. El dolor grande, que sentia, por no lograr el salir de Granada huyendo de los aplausos, que aqui tenia, lo templaba diziendo: pero vn hombre totalmente inutil, y estorvoso à donde avia de ir, que no lo fuesse mucho mas; porque aqui, dezia, finalmente en vn Colegio de tantos juguetos voy passando con algun dissimulo, como vn quarto falso en vna esportilla de cien reales, que entre pocos no passara: assi passo yo entre tantos, aunque soy tan falso. Assi sentia de sí este hombre enriquecido de la naturaleza con tan finos talentos, y que pareció escogido de la gracia entre millares. De quietes, assuetos al campo, y semejantes recreaciones se avia totalmente retirado no solo por no darse este alivio, sino es por la

humilde persuasión, con que al reconvenirlo respondia : *Padre, à què he de ir? Si soy un jumento tan bruto, que ni se hablar, ni se me ofrece, de què, y tan pesado, que soy intolerable. À què he de ir? à mortificar à mis Hermanos con mi insulsa pesadez?* Este era aquel, cuyos donosísimos chistes eran la gustosa recreacion religiosa de los otros, y de que hizo à Dios vn agradable sacrificio de alabanza. Leyendo en vna ocasion el Catalogo de los sugetos de nuestra Provincia, llegó à leer su nombre, y haziendo antes vn vivísimo ademán de desprecio, se suspendió vn poco, y luego dixo: *lo mismo, que si huviera muerto; pero no, que muerto estuviera en un rincón de la sepultura, y aora està sirviendo de estorvo à los demás.* Este era aquel Samuel, que valia por muchísimos para servir en el Templo: este aquel Elias preferido à todos en zelar la honra Divina: y este aquel David computado por diez mil en su importancia para el Reyno. Preguntaba frecuentemente, como se hazian los actos de Fè, Esperança, y Charidad; porque su humilde espiritu le persuadió, que no sabia darles, ni sus motivos, ni su extension. A vna de estas preguntas le respondió vno con otra, *tu es Magister in Israel, & hac ignoras?* O! Padre (respondió) *pues si yo fuera capaz de ser discipulo, que me faltaba?* Pero soy un jumento. Otra de las muchas vezes, que preguntaba sobre dudillas, que solo lo parecian à su delicada conciencia, le dixo otro: *pues V. Reverencia, que ha estudiado, y leído tanta Theologia no sabe esto?* Respondió al instante: *ay verà V. Reverencia lo que yo he aprovechado con tanto estudio.* Padre, *si soy un bruto solo bueno para acerrear, y tirar cozes.* Este era aquel capacísimo ingenio tan lleno de sagrada erudicion, que el llamarle Arca de el Testamento fuera bien acomodado elogio. Llenabase de mayor confusion, y estrañeza, quando otros lo consultaban. Entonces mas encogido, y sumergido en su nada solia responder: *dexeme osted por Dios, que no se, que hazer, ni que dezir:* otras vezes dezia, *pues no ay sugetos, que saben resolver, y dirigir esso?* Yo soy un bozal ignorantísimo. Y las veras de su coraçon se comprobaban con sus lagrimas no faciles, pero si fieles testigos. Si finalmente era forçado à responder, solia añadir: *aunque à mi me parezca esto, osted no haga caso, sino es suponga, que lo dize un ignorante bozal.* Y este es aquel, cuyas respuestas se recebían con aquel genero de veneracion, que al oír el Oraculo de Joseph obligò à Pharaón à dezir: *numquid invenire poterimus talem virum, qui spiritu Dei plenus sit?*

Esta misma persuasión le hazia, que al salir de predicar, sa-
 lie-

liesse nõ raras vezes diziendo : *si ponem alli una bestia, y un jumento, què ha de hazer sino es rebuznar?* Este jumento es aquel noble cavallo Andaluz, que pudiera ser compañero de aquel blanco de Patmos, en que al romper los sellos de su cerrado libro montò el Cordero para publicar sus mysterios al mundo, aviendole antes puesto el jaez, que previo David, *iustitia, & iudicium preparatio sedis tuae*. Si al encontrarlo, quando acabando de predicar hũa à esconderse, queria alguno alabarle el Sermon, al instante lo interrumpia diziendo, *si, si; bravamente lo hago, berrear, y gritar; en esso ninguno me iguala*. En estas retiradas vna de sus acogidas era la cavalleriza entre las mismas bestias, y viendose tal vez cogido entre ellas, se disculpaba assi: *un jumento sudado del trabajo, aunque inutil, donde mejor que aqui en su sitio à lo abrigado? Este calor es saludable para enjugar el sudor*. Assi se trataba con el espiritu del famoso Abad, que se dezia à si mismo: *tu, & asinus unum estote*; para que la bendicion de Jacob no se limitasse à solo su hijo, *Isachar asinus fortis*, en la austeridad, trabajo, paciencia, mansedumbre, y humildad. No sè, si se halla palabra de desprecio, que no se la aplicasse à si, y con tales veras, y eficacia, que logro creyessen algo, los que por no averlo tratado mucho, estaban poco advertidos en esto. Era edificativa diversion oirlo empenado en persuadir con toda su natural eloquencia animada de su humilde espiritu, que el era un trasto inutil de aquellos, que se arrinconan en los delvanes: *y no fuera esso lo peor (añadia) sino es que soy trasto estorvoso, y dañoso*. Expresiones, que frequentemente interrumpidas con intimos suspiros, y à las vezes con lagrimas, igualmente nos enternecian, que admiraban de ver claramente, quan persuadido estaba à lo mismo, que en vano pretendia persuadirnos. Este inutil es aquel fidelissimo Siervo, que no solo hazia quanto le mandaba su Señor, sino es quanto juzgaba ser de su agrado.

Efecto de este desprecio de si era la continua humillacion, en que gustaba emplearse. En viendolo extraordinariamente alegre, ya discurriamos, que ò lo estaban, ò se estaba humillando. Por si mismo hazia quanto era necessario en su aposento, y Persona, y si alguno queria ayudarle, al punto lo detenia con estraneza parecida à la de San Pedro, *tu mihi? Jesus! El Hermano, y à mi?* Ya tenia la executoria de possession (que la de propiedad nunca pudo lograr) que siempre, y en todo lo que fuese, ò pareciesse honra, avia de ser el vltimo, y en lo que fuese humillacion el primero: y con tal empeño, que no avia resis-

*Bestero in vitis
Patrum, lib. 5.
cap. 15.*

22.
tencia. Solicitaba el fregar con frecuencia, y ayudaba en sus
oficios à los mozos de cocina. Vn dia estando moliendo en el
almirèz no sè que, lo quiso vno aliviar, al punto le dixo, *no, no,
que esto de majar lo hago yo con eminencia.* Pero para què es de-
tenerme en singularizar acciones, si no puedo contar todas las
de su vida? Dirè vna, que sirva de ideas para todas. Siendo
Rector encontrò en la calle vno de los muchos, que ocupa esta
Ciudad en recoger basura. Por aversele caído la carga, estaba
tan ciego de colera, que con el tiempo, y trabajo, que empleò
en recoger gente con sus clamorosas iras, votos, y maldiciones,
le huviera sobrado mucho para aver vuelto à recoger su carga.
Procurò el V.P. templar su enojo al desbocado rustico, y qui-
tar à los circunstantes el escandalo. Pero advirtiendole, que
mientras durasse la ocasion de sus iras, no estaria capáz, el que
por si no lo era mucho, de dar oydos à la razon, quitandole su
manteo, le dixo al compañero: *Hermano, este nos servirá de es-
puerta para bolverle à hazer la carga.* Rebeca se quitò su palio, ò
manto para taparse por no ser vista. Elias se quitò su capa para
dividir con ella las aguas del Jordàn. Ruth la suya para recoger
harina, de que alimentarse. El embiado de Eliseo tendiò la suya
para llenarla de yervas, de que hazer algun potage. Los Israe-
litas las suyas para recoger la masa, que avia de servirles de
Viatico. Gedeon la suya para recoger las joyas del despojo de
los Madianitas. Pero no encuentro, quien aya tendido la suya
para hazer à vn maldiciente basurero su carga. Compuso el
V.P. el seron sobre la bestia, y recogiendo ya con la azada, ya
con las manos la basura en su manteo la iba cargando con agíl
destreza. Emmudeciò el furioso, asombraronse todos: al prin-
cipio atonitos con el pasmo, despues recobrados, y officiosos se
avanzaron à ayudarle. Arrojàse al suelo aquel infeliz, y afor-
runado hombre à pedir perdon, y besar la mano al V.P. quien
facudiendo su manteo, se despidiò cortesmente de los que aun
les parecia dudar lo mismo, que avian visto, y yo no dudo, que
su humilde espiritu le hazia creer, que se cargaba à si mismo,
quando cargaba la bestia, como le avia persuadido, que el re-
coger la basura era recogerse à si: pensamiento tan vivamente
impresso en su animo, que viendolo en medio de vn quarto co-
mo absorto, y metido allà dentro de si mismo, le preguntò vno,
si le avia sucedido algo? *Estoy* (respondiò) *pasado de ver un alma
capáz de ver à Dios metida en este monton de basura.* De estos humil-
des empleos se preciaba tanto, que reconociendo, que cierta
Per-

Persona de authoridad le gastaba algun tiempo con visitas superfluas, (y acaso no le desagradaria le fuese familiar el comercio para otros tan deseado de vn hombre tã venerable) previno el Padre al Portero, que, si lo buscasse D.N. dixesse: *osted perdone, que el Padre ha ido à fregar, y no puede venir.* Así abatía su vuelo à tan humildes presas esta caudalosa Aguila hecha à remontarse por las Cathedras, y Pulpitos, y aun hasta poner su nido en lo mas arduo de la contemplacion. El Señor San Gregorio mas admiraba à David *saltantem, quàm pignantem*, baylando delante del Arca, que desbaratando exercitos: y yo no sè, si me admiran mas las alas, que lo remontan, ò las que lo abaten. Lo que sè es, que el V.P. como buen Discipulo de S. Dorotheo, hazia summo aprecio de estos baxos exercicios; porque sabia, que la vanidad, que suele cercar à los tronos, tiene su preservativo en los grilletes; como lo tiene en la pesada lentitud de vn maltratado jumento la soberbia, q̃ inspiran à su ginete las fogosas generosidades de vn cavallo amaestrado: y por esso Platòn apenas subido en vno se desinontò diziendo, *vereor, nè equino fastu contaminer.*

Serm. 26

Apud Cornel.
Apocalyp. 6. 29

Quien así se sepultaba en el abismo de su nada, como se hundiria en el mas profundo de la propria fragilidad, y miseria? No hallaba palabras, aunque su ingeniosa humildad le ofrecia todas las mas expresivas, que alcançassen à lo malo, que de si queria explicar. Se llamaba *criatura vilissima, rebelissima, ingratisima, hombre abominable, y peor, que el mismo Demonio.* Ya se sabe, que la humildad tiene vnas metaphysicas muy practicas para dezir todo esto sin saltar à la verdad. Se convenia como con el mas poderoso argumento de la incomprehensible Bondad de Dios, ver, que lo sufria à él. Se pasmaba, de que no se hundiese la casa donde estaba, de que no se abriese la tierra, y se lo tragasse el Infierno, de que no lo desterrasen del mundo como publica, y vniversal causa de los males, que se padecian en él. Quando sucedia alguna desgracia, solia dezir, *harta misericordia de Dios es, que estando yo aqui no sea mayor.* Quando apuradas todas las palabras de desprecio proprio, no encontraba otras, ponía con tal gesto el semblante, que como con vna viva pintura adelantaba mucho las expresiones de quanto acababa de dezir. Esto con sentiemiētos tan hijos de la humildad de coraçon, *qua quis se veraciter contemnit*, que no nos dexaba duda, de que quando la lengua las pronunciaba, era todo el coraçon, quien las sugeria. Y así lo veíamos vnas vezes, que como ayrado contra si se le encendia el rostro, y se retiraba diziendo, *ha! vil, abominable criatura.*

tura. Otras encogido, y anónadado con la voz baxa, y como desmayada dezia, *Dios tenga misericordia de mi.* Otras como enternecido con la Bondad de Dios se le bañaban en lagrimas los ojos, y admirado dezia, *que sufra Dios, sin averlo quebrado ya, este vaso de abominacion!* Pero segun la regla del Señor San Agustín, *qui sibi vilis videtur, ante Deum pulcher est*, cierto es, que aquella alma, que al V.P. parecia tan fea, era para Dios muy hermosa, y agraciada, y la que à él parecia tan abominable, era vn tierno objecto de las complacencias del Esposo Dios.

Esta firme persuasion de ser tan ingrato, y abominable, que efectos no causaria en aquella bendita Alma de confusion, de desconfiança de si mismo, y de remorsos de perder à su Amado? No se le podía pedir sin confundirlo, que encomendasse à Dios algun negocio; porque se pintaba tan abominable, que quien no lo conociera, se moveria de compassion à pedir à Dios misericordia para él. Visitandolo en su vltima enfermedad vn gran Maestro, y aun todavia mas V. Religioso, su grande amigo, le pidió este lo encomendasse à Dios: yo? (respondió el Padre) *que soy una bestia, vn bruto bozal*, y solia añadir, *y no es esso lo peor, sino es que soy peor, que Judas.* Esto segundo jamás lo persuadiria; pero lo primero, en que tanto siempre insistió, si lo creiamos en el sentido de aquella alegoria, *sicut asinus pretiosas, & odoríferas reportans*, que, aunque iba cargado de las preciosas joyas, y fragrances aromas de sus raras talentos, y heroicas virtudes, como si fuera vn jumento, ni conocia su precio, ni lo recreaba su olor. Solian encargarnos, pidiéssenos al Padre, que encomendasse à Dios algo, pero nuestra comun escusa era la mortificacion, que le causaba el dezirselo. Y quando finalmente era forçado à responder algo dezia: *yo lo haré à mi modo segun lo que yo soy: y Dios hará todo lo contrario, sirviendo à mi.* Las veras de este sentimiento eran visibiles à los que lo oíamos clamar ordinariamente à todos, porque pidiessen à Dios por él. Sus cartas ordinariamente las concluía, *V. Reverencia por amor de Dios me encomiende muchissimo à su Magestad, mire, que lo necesito summamente, que estoy perdido, y en la extrema necesidad.* Con los que hablaba ponderabamos su miseria, y solia concluir, que pidiessen à Dios, *tenga misericordia de este abominable pecador.* Y como le veíamos el coraçon en el conato de las palabras, las veras de aquellos sentimientos en la inmutacion del semblante, y algunas vezes la contristacion en las lagrimas, nos llenaba de tierna confusion tanto mas pasmosa, quanto veíamos, que su bendita Alma estaba tan llena de Dios, quan-

quanto la juzgaba el indigna. Quando los humildes pensamientos de su perdición, que tan vivamente lo herian, daban alguna tregua, se explicaba con algunos en estos terminos: quando leo las vidas de los Santos, me confundo: aseguro à V. Reverencia, que nada me aprovecho. Yo no llevo traza de salvarme con ventajas: si llego à ser el menor en el Cielo, y logro un gradito de gloria, me vendrà muy ancho. Y con profundissima energia repetia, me vendrà muy ancho, si, Padre mio, me vendrà muy ancho. Si yo me huviera muerto, quando Novicio, ò quando Maestro de Minimos, entonces iba menos mal; pero ahora: y proseguia la clausula con acciones muy expresivas del ruin estado, en que se juzgaba. Diciendole vno, que tomaria ser el menor de los Bienaventurados: replicò el V. P. no ay que tratar de esso, si por ventura yo me salvo (ya veo, que llevo mala traza de ello; pero confio en Dios, y en la Santissima Virgen) esse lugar menor es el mio. Vn enfermo con la experiencia del instantaneo alivio, que sentia en sus vehementes dolores, quando el Padre le dezia vn Evangelio, se lo pidiò en vna ocasion, à que respondiò, si, el Evangelio es muy bueno; pero yo muy malo: y aun las aguas puras se enturbian, si passan por vn muladar. Si el Hermano me conociera, me hiziera la cruz; porque soy peor, que el mismo Demonio. Y aseguró el enfermo, que al dezir estas palabras se le bañaron al V. P. en lagrimas los ojos. En otra ocasion fatigado de sus dolores pidiò al Enfermero, le llamasse al V. P. el Enfermero se olvidò; pero el V. P. se vino, y le dixo desde la puerta: Hermano, vengo à dezirle, que soy vn muladar hediondo, y assi no haga caso de mi para nada bueno. No obstante clamò el enfermo, y con el Evangelio logró el alivio de su dolor. Aunque no quiero emprender el apurar sus arenas à las playas, no debo omitir lo que diariamente le oiamos, y veiamos en la Letania mayor de los Santos, que se dize en Comunidad todos los dias. En llegando à aquel verso de las Preces, *ego verò egenus, & pauper sum*, era tal la fuerça de su humilde espiritu, que sin poderlo dissimular, avivando con extraordinario vigor la voz, encogiendo los hombros, y agoviando el cuerpo con el peso de su confusion, pronunciaba aquellas palabras con tal vehemencia, que hecho vna viva imagen del que dezia, *ego vir videns paupertatem meam*, nos parecia oirle dezir: yo, Señor, yo soy esse pobre, muy pobre necesitado, y extremamente necesitado, que como hambriento, y desnudo mendigo llego à la puerta de tu misericordia à pedirte vna limosna por amor de tu Bondad. Aquel Señor, cuyos ojos miran al pobre (porque la humildad es aquel grato color, que se los

lleva) como miraria à este pobre necesitado? A quien miraria, si no mirara à este pobreçillo, tan humilde, y humillado en espíritu, y que se estremecía de sus adorables juizios?

Vno de los admirables efectos de su humildad fue este temor de desagradar al Señor: él fue la cruz, en que vivió, y murió enclavado, y el fuego, que purificó su amor. La viveza, con que se le descubrieron los tres motivos de este amor, la fragilidad propia, los peligros de esta vida, y los profundissimos juizios de Dios, le hazia andar tan anonadado, que nos hazia sensible el temor, y temblor, con que trabajaba en el negocio de su salud. Quando miraba la fragilidad humana, que por sí misma se cae, nunca le parecía estar, sino caerse: al ver, que en sí misma tiene la raíz de su perdicion, dezia temblando, *perditio tua*, y para explicar el alma de la sentencia añadia, *ex te*. Quando advertia su instabilidad, no la comparaba a la caña; porque le parecía mucha firmeza: ni al polvo, porque finalmente ha menester viento, que lo mueva: sino al átomo, que casi por sí mismo se muda en el ayre sin más consistencia, que su continua mudança. Se le doblaban estos temores con la multitud, y el poder de los enenigos, que estan conjurados à batir esta flaqueza: tantos lazos, como tiende el mundo, tantos incentivos, que provocan à caer en ellos. Y aun se estremecía mas al pensar, que no sabe el hombre, si es digno de amor, ò de odio. Si al vaso de eleccion (dezia) no le remordia la conciencia, y no por esso se daba por seguro, que será yo *homuncio vilis, & ridiculus*, hombreçillo vil, ridiculo, y vaso de abominacion? Aqui se quisiera entrar al fondo mismo del coraçon; pero como no le era posible registrarlo todo (disponiendolo así el Señor, que quiere tenernos siempre humillados) lo sobrecogia el miedo de lo que podría ocultarse en lo que no alcançaba à còprehender. Glossaba con pàsmo lo del Santo Job, *etiam si habuero quidpiam iustum, non respondebo ei, sed meum Iudicem deprecabor*: si este Justo no se atrevia à responder por sí à Dios, sino que declinando la jurisdiccion de Juez, imploraba la misericordia de Padre: que haré yo pobre pecador? *meum Iudicem deprecabor*. Pero por todas partes estoy cercado de angustias; porque sé, que le estoy dando justissimas causas para no oirme. Sobre todo se ahogaba su coraçon al inculcar aquella sentencia, *iudicia Dei abyssus multa*. Parecia, que aquel Señor, que para exaltarle à tan especiales favores, lo disponia por medio de vna profundissima humildad, le avia hecho ver, quanto es capaz aca vn hombre mortal, el adora-

able

nable abyfmo de fus juizios. Y de aqui, aunque à las vezes Dios, que confuela à los humildes, lo confolò dandole interiores prendas, y tal vez aun fenfibles, de que eftaba en fu gracia; pero no le dexaba gozar de eftè confoelo aquel viviffimo penfamiento: que por fu foberano dominio, è inefcrutable providencia puede juftiffimamente à todos, y fuele à algunos, dexandoles la comun gracia, irles retirando aquellas especiales, con que efectivamente llegan al puerto de la falvacion los que embarcados en la segura nave de fu efpecial beneficencia navegan el golfo de eftè mundo. Al confiderar, que para efta igualmente jufta, que fevera providencia, alguna vez baftan leves culpas, y aun ciertas negligencias, con que malogramos las infpiraciones Divinas, que nos llaman à la perfeccion, como fe tenia por pecador abominable, ingratiſſimo, y rebeldiſſimo à fus infpiraciones, no hallo, con que explicar el reverente horror, que lo ocupaba, y el filial temor, que hafta anonadarlo, lo encogia. Si cayeron tantos (dezia) que parecian averle levantado hafta poner fu nido en el Cielo miſmo, què ferà de mi miserable pecador, que fiempre he andado arrastrando por la tierra? Eftos humildes fentimientos lo ponian aun en lo exterior tan humillado, que nos hazia viſible vna cabal practica de aquel precepto del Señor San Pedro, *humiliamini ſub potenti manu Dei*.

El que formàre alguna idèa, aunque no ajustada, de aquel puriſſimo amor, que como olvidado de fu ternura, con eftos miedos, como con vn violento torcedor, exprimia fu coraçon hafta hazerle dezir con el Profeta, *aruit cor meum*, y al miſmo tiempo lo abraſaba en anſias de *agradar en todo à fu amado Dios*, podrà formar tambien algun concepto del inſufrible martyrio, en que lo ponian eftos temores. La experiencia nos enſeñò à concebir algo de eftè fu tormento; pero caſi nada ſabrè explicar de lo que pudimos concebir. Eſte penſamiento como violentando fu natural tan ſufrido, tan callado, y tan interior, le hazia prorrumpir en varias ſentencias ſagradas, con que reſpiraba algo: ay Padre (dezia) *cor meum dereliquit me: ò ſe me ahogò, ò ſe me huyò el coraçon, y ya no tengo aliento*. Otras vezes, *angustia ſunt mihi undique*, por todas partes me aprieran mortales anguſtias. Otras, *dolores inferni circumdederunt me*, ſegun la violencia, con que me despedazan lo mas intimo del coraçon eſtas anguſtias, parece, que ſon las del Inferno. Buscando algun confoelo ſe ſolia ir à algunos de los Nueſtros, para que alentaffen fu coraçon, que ya le parecia desfallecer. Padre, dezia, què ferà

de este miserable pecador? avrá remedio para mi? ya sè, que lo ay: pero, y si mi perversa voluntad no vïa bien de èl? me querà dar la perseverancia final aquel Señor, à quien he sido tan ingrato? avrá misericordia para mi? perderé à la summa Bondad? Solian interrumpirlo las lagrimas, que se affomaban à sus ojos, y levantandolos al Cielo, *sicut pullus hirundinis, sic clamabo*, con la voz desmayada dezia, *Dios tenga misericordia de mi*. Los que esto oïamos, reprimiendo, quanto le podian, las lagrimas, y el impulso de arrojarlos à sus pies para besárselos, procurabamos imitando al Angel confortarlo en aquella mortal agonía. Pero su humildad tenia puesta à su dichosa Alma en aquel estado, *renuit consolari*, capáz de poco consuelo: y así à quantas razones se le dezian (que ya las tenia bien pensadas, y que siempre avian de ser de parte de la Bondad Divina, y nunca de parte suya) respondia como quien quiere respirar, y se lo embaraza la congoxa: *Si, Padre, ya veo todo esso: pero los juizios de Dios son profundissimos, y yo le doy justissimas causas, para que no quiera usar conmigo de su gran misericordia*. No obstante se alentaba maravillosamente su esperança repitiendo, *homines, & iumenta salvabis*: pareciendole, que no avria jumento, en cuya salvacion se mostrassen mas los tesoros de la Divina Bondad, que en salvarlo à èl en todos los sentidos gran jumento, dezia, y con vehementes afectos repetia, *si, Señor, homines, & iumenta salvabis*. Este espiritu le hazia, que al consolarlo en sus dolores vn sugeto de mucha authoridad, y su gran devoto, con que queria Dios darle aqui el Purgatorio: respondió el V.P. *ò! Señor, Purgatorio? pues què mas pudiera yo dessear? Porque aun entre aquellas penas està el alma segura de que en nada desagrada à Dios*.

Pero aquel Dios de la esperança, *ponens in thesauris abyssos*, que pone en los tesoros de su riqueza estos abyssos de humildad, y tambien en estos abyssos aquellos tesoros, acudia con el oportuno consuelo. Entre estos desamparos tan vtils à su espiritu, se iba el V.P. à su Dios, y con aquel santo atrevimiento del Profeta, *memor esto verbi tui, in quo mihi spem dedisti*, le convenia con la palabra dada de que le estaban perdonados sus pecados. Alli aquel mismo Señor, que para humillarlo le descubria tanto los juizios de su justicia, le descubria tambien para consolarlo los de su misericordia, y alentado dezia al Señor con el mismo Profeta, *memor fui iudicorum tuorum, & consolatus sum*. Si tu misericordia se derramò sobre Adan, sobre David, sobre Pedro, sobre la Magdalena, y otros muchos pecadores,

la

la contendrás en tu ira, para que no me alcance à mi? Por aqui començaban los favores, con que lo consolaba el Señor. Si Esther, aquella Reyna tan humilde, que pudo dezirle à Dios, *quòd abominer signum superbia*, que abominaba aun la señal de la soberbia, cayendo desmayada *nimio timore*, con el asombro, que le causò la indignacion, y terribles decretos de Assuero, logró, que, convertida en blandura la severidad, le sirviessen de lecho para reparar su desmayo los brazos de el Rey su Esposo: tambien esta dichosa Alma tan humilde, que llegaba hasta faltarle el aliento por el profundo respeto à los adorables decretos de Dios, lograba en su contemplacion los amorosos abrazos de su Divino Esposo, con que todo se le convertia en dulçuras. Si bien como el Señor, *sic exaltat humiles, ut non faciat superbos*, exalta à los suyos no para hazerlos soberbios, sino mas humildes; estas dignaciones Divinas de tal suerte lo consolaban, que salia de ellas mas confuso. Le observamos, que despues de extatico en su oracion talia tan encogido, como que estaba viendo su nada: otras vezes como quien busca, donde esconderse por si pudiera, como solia dezir, *huir de si mismo*: otras, acusando tanto su ingratitud, que prorrumpia contra si, *ha vil! ha infame!* otras, mostrando en lo palido, y triste de el semblante, y en el caimientto de todo el hombre extraordinarias congoxas, dezia clausulas truncadas, de que colegiamos la violencia, con que le torcia el coraçon aquel su inconsolable pensamiento: si queria el Señor pagarle en esta vida con estos consuelos su exterior apariencia de Religion. No se lo oimos en estos terminos; porque para ellos era necessario confessar algun especial favor. Pero le oimos varias vezes inculcar con asombro aquella verdad, que le agrada à Dios tanto la virtud, que aun à los impios suele premiar en esta vida ciertas acciones solo, porque se parecen en algo à la virtud. Y como por otra parte se tenia por hypocrita, y que era *como la campana, que toca à Missa, y no la oye*: facilmente nos persuadiamos, que las aflicciones, que à sus favores se seguian, eran hijas de aquellos miedos. Qué especie de martyrio causaria este temor en vn Alma, à quien tambien martyrizaba el amor con intolerables ansias de amar mas, y mas à quien temia perder? Este humilde temor lo hizo vna perfecta copia de aquel bienaventurado hombre, *qui semper est pavidus, nè offendat Deum*. Lo hizo temer, *cum arriserit gratia*, aun en las mayores suavidades de la Divina gracia, por si vlabá mal de ella. Lo hizo temer, *cum abierit*, en sus desamparos, por si tuvo

Div. Aug. in
Psal. 112.

Prov. 38. 14.
Vatab.

Div. Bernard.
serm. 54. in
Cant.

la culpa de su retiro, y por si en su ausencia ofenderia à su Amado. Le hizo temer, *cum denuò revertetur*, quando bolvia la consolacion Divina, por si la recebia en vano. Sol debió de ser su humildad; pues pudo ocultarle tanto las estrellas de sus virtudes. Gran Sacerdotisa debió de ser; pues reduciendo à polvo los aromas de sus virtudes las quemò todas al Altissimo en olor de su vida. Pero como este temor, y temblor era aquel filial, con que nos manda el Señor, que obrèmos nuestra salud, aunque le quitaba el aliento al cuerpo; porque la veneracion à los Divinos juizios enclavaba con este temor sus carnes; pero no le quitaba sus brios à el espiritu: antes era vno de aquellos dos pies, temor, y amor, con que el Alma corre por el camino de los mandamientos Divinos, y vna de aquellas dos alas, con que vuela à la soledad. De aqui nos era muy facil el conozer, quando le apretaban mas los remores en sus desamparos; porque entonces era mas exacta su observancia, mas severos sus rigores, y mas dilatada su oracion, y mas clamorosa al Dios de toda consolacion. Y assi avia de ser, siendo estos miedos hijos de la humildad, que no es pusilanime, sino magnanima, que quanto desconfia de si, tanto espera en el Omnipotente, no diciendole, *yo irè*, sino es con Isaías, *aquí estoy, embíame tu*. Y este es el principio, de que el mas humilde sea mas capáz de empresas grandes de la gloria de Dios.

Para ver, quan perfectamente se despreciò hasta abominar de si, no aviamos menester tanto los que tuvimos la dicha de assomarnos por el brocal de este pozo, en que lo hundió su humildad. Pero para los que no lo vieron darè todavia mas indicios. Bien sè, que seràn cuerdas tan cortas, que ninguna baste à sonarlo; pero vnidas vnas à otras mucha profundidad alcanzan, y mas arguyen. Alentando en el Confessionario à vna de sus Penitentes à amar à Dios, se quedò vn gran rato extatico, como solia: bolviendo en si, el primer impulso fue el de su humildad, y como olvidado de lo que antes trataba, solo se acordò del exemplo de aquel Señor, que por aver sido visto de sus Discipulos transfigurado, les mandò expressamente, que à nadie lo dixessen: *mire osted* (le dixo) *que le mando expressamente, que no diga nada*. Y para assegurarle mas le preguntò, si lo avia entendido bien? Notable arresto de su humildad en emprender, y notable eficacia en conseguir, que se revistiese tanto de Superior, que *expressamente manda*, el que tan sugeto vivió à toda humana criatura. Pero no dixo en vano San Bernardo, *hoc solo super-*

perbus, quòd laudes contemnat, solo fue sobervio en despreciar sus alabanças, y aun en estorvarlas por no oirlas, ni aun para despreciarlas. Como el quererlo honrar era hazerle huir, tratò de retirarle de vn Convento muy observante de Religiosas de esta Ciudad, en donde confesaba à algunas; porque observò en todas la religiosa veneracion, con que lo trataban. Y porque ni aun memoria quedasse de el (como si fuera posible) à vna, que tenia algunos papeles suyos ordenò, que los quemasse, y le diesse aviso de averlo executado. Con repugnante obediencia los quemò, y dandole aviso de que ya estaban todos quemados, le dixo el V.P. *en quemando quatro, que estan en tal sitio, lo estaràn todos*. Oyòlo con pasmo la Religiosa; porque ni ella se acordaba, ni jamàs avia dicho à nadie donde los tenia; pero alli los hallò, y aunque violenta obedeciò. Con el desconuelo, que solo sabe quien de esso tiene experiencia, por averle faltado su Confessor tan de su confiança clamaba à Dios, porque se bolviessse. En vna ocasion allà à sus solas llevada de sus deseos, como si tuviera presente al V.P. le dezia, *Padre mio, no me desampare usted*; y assegura, que oyò con los oydos de el cuerpo clara, y distintamente la misma voz del V.P. que le dixo, *valgate Dios, no me quebrante mas: no he dicho, que no conviene?* sin aver mas razon de no convenir, que el grande aprecio, con que veneraban su santidad. Por devocion de vna enferma, que lo pidiò, le llevó el enfermero vn vaso de agua para embiar à la enferma la que quedasse, despues de aver bebido el V.P. y aunque otras vezes sin reparo se la dexaba en el vaso, esta, por mas que hizo con disimulo el enfermero, no pudo conseguir, que lo dexasse tomar el vaso, hasta que el mismo Padre la derramò. El arcaduz, por donde aora entendiò el mysterio de el agua, no debiò de estar corriente en otras ocasiones, en que otros enfermos lograron con este consuelo el alivio de sus males. Como estaba tan persuadido à que era no solo inutil, sino es molesto, pedia à sus Confesores le perdonassen lo que los mortificaba. Y à la correspondiente respuesta del Confessor replicaba el V.P. *ya veo la charidad de V. Reverencia; pero tambien veo lo molesto, y pesado, que soy*. Y de hecho mudaba à temporadas los Confesores por dos motivos, que hallò su humildad: vno, por no abusar de la charidad de los Padres, antes valiendome de ella (dezia) quiero repartir esta insufrible carga, ya que permite Dios, que yo no sirva de otra cosa. Otro, porque à imitacion de Santa Clara, ya que no podia conseguir de el Confessor, que lo tuviesse por

criatura abominable, *adeò hac re affligebatur, ut saepe confessorios eam ob causam mutaverit*, mudaba de Confessor por si encontraba alguno capaz de imprimirle sus humildes sentimientos. Aunque esto no era facil, encontró no obstante vno tan sencillo, que le pareció al V.P. podria deslumbrarlo con aquellos santos artificios, que ya para los demás no le servian: imitando tambien en esto à N. P. S. Ignacio, que porque el Padre Diego de Eguia, aun despues de severamente castigado, no cessaba de publicar su santidad, no confesò mas con él. Los señores Inquisidores, quanto deseaban el acierto, tanto lo desearon por su Calificador: y como esto no era tratable con el V.P. se tratò hasta concluirlo con otro de los Nuestros. La primer noticia, que el Padre tuvo se la diò el Titulo con vn orden del Superior, para que sirviessè à Dios, y al publico en lo que el Santo Tribunal le mandasse. La extrañeza, la congoxa de su espíritu, los dictérios, y mosas de sí mismo bastantemente se dexan ya perceber. Como su predicacion fue tanta, el aplauso tan extraordinario, y el fruto tan copioso, le mandaron los Superiores disponer para la Imprenta sus papeles. Este fue vno de los mas estrechos lances, en que se viò su humildad: *mis Sermones*, dezia, *que no son sino unas rusticas conversas, à la Imprenta?* Porque yo ni se idear, ni discurrir, ni pulir nada: me he reducido à ir alli, quando me lo mandan, à berrear, y dar gritazos, y esto querian, que se imprimiera? El Padre Provincial no debe de averme oydo: oygame su Reverencia, y si quiera por el decoro de la Provincia, ni aun pensará en esso. La eficacia de su humildad supo alegar tambien, que era menester tanto trabajo para disponerlos, que no le seria posible con sus achaques, añadiendo lo inutil, y aun ridiculo (dezia) de sus cosas, que los Superiores por no acabarlo de ahogar huvieron de desistir. Lo cierto era, que, aun vencida esta dificultad, quedaba la de ser necesario hazerlo casi todo de nuevo; porque casi todo estaba en apuntamientos tan concillos, que no se entendia, tan borrados, que no se podia leer, y tan divididos en papelillos de sobrescritos, que no se podia coordinar. Así despreciaba lo que todos teniamos por vn tesoro.

A esta humildad sirvió fielmente su ingenio, *ut detur parvulis astutia*, para que se viesse ser verdad, que los humildes son sagradamente astutos. Fuele el V.P. tanto para ocultar sus cosas, que pudiera aversele dicho à él, *tu tantum providus astus*, que le llevaban toda su prudencia las santas cautelas, con que escondia

dia sus talentos, y sus gracias. No sé de esto dezir mas, que preguntar con Salomon, *astutias illius quis agnovit?* Quien pudo jamás comprehender la varia multitud de postizos trages, que tenia siempre à la mano su ingenio para disfrazar quanto pudiera servir à su estimacion? Quando el lance le cogia de repente, alli en vn instante le cortaba su vestido tan ajustado, y lo surcia con tal arte, que aun à los mas advertidos pudiera dezirles con el Apostol, *cum essem astutus, dolo vos cepi*, que era tan prudentemente astuto, que con sus piadosos engaños nos burlaba à todos. Si bien la larga experiencia nos avia ya enseñado à distinguir los significados de estas divisas. Como ya he dicho algo de su vida, me ha sido forçoso dezir mucho de esta materia: pero siendo este su mas proprio lugar, colgaré aqui como en el mostrador vno, ò otro de estos trages, que indique la destreza de el Maestro, y provision de la tienda. Cercano ya à la muerte, quando *pro magno haberi solent verba novissima Parentis ituri ad sepulchrum*, quando tanto mas se imprimen, quanto mas se aprecian aquellas ultimas palabras, que suelen venerar los hijos, como oraculos, en sus Padres, le pidió vno, que lo alentasse, y lo enseñasse à meditar, y orar. A que respondió el V. P. *qué he de dezir yo, que en letras, y virtud siempre he sido vn aguachirle: busque V. Reverencia primero quien me enseñe à mi.* Y como quien se lamenta de su tibieza añadió: *esso de meditar es para mi como cosa, que no entiendo: al principio estaba menos olvidado; pero ya ha muchos años, que no trato de esso, pida V. Reverencia à Dios, que me perdone.* Qualquiera no practico en conocerlo se engañara con la verdad misma; pues lo era, que començo meditando; pero ya avia muchos años, que no trataba de esso; porque lo avia Dios subido à vna altissima contemplacion. Algunas vezes en sus enfermedades avia passado la noche, oyendolo algunos desde afuera, en mil tiernos coloquios, suspiros de amor, y canciones de melodia por acá no usada. Preguntandole por la mañana el Medico, cómo avia passado la noche? respondia al instante, *no he dormido mucho, pero he tenido muy buena noche.* El Medico concibió, que avia dormido poco, pero que la vigilia avia sido sin fatiga, y con descanso, que era lo que bastaba para dirigir la curacion. Pero los que ya le entendiamos el language, entendimos la verdad; pues lo era, que *no avia dormido mucho*, aunque no huviesse dormido nada: y que *avia tenido muy buena noche*; pues la gastó en regalarle, y descansar con su Amado. Otras vezes dando otro sentido à la palabra, al informarse el Medico respondia,

dia, si, señor, muy bien he dormido, y con sosiego, y descanso: porque aviendole pasado la noche en alta contemplacion, hablaba en aquella viurpacion viada, en que dezia el Señor, que no despertallen al alma, hasta que ella quisiese. Y el Medico lo entendia *de dormitione somni*, del sueño corporal.

A este mismo entrañable deseo de sus desprecios consagrò su humildad aquella gracia, que parecia naturalmente derramada en sus labios para equívocos, y prontitudes preciosas de vn salado inocente gracejo. Dandoles vn nuevo, y no violento sentido à aquellas palabras del Apostol, *sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere*, tenia vnas respuestas tan graciosas, y vnas vivezas tan saladas para sus desprecios, que à vn mismo tiempo con su humildad edificaba, con su ingeniosidad entretenia, y con su sal hazia sabrosa la virtud. Pusieronle en vna ocasion vna escudilla muy llena de farro, y al verla, à vn gran jumento (dixo) *vn gran pienso, este es mi natural alimento*. Pues, Padre, le dixeron, comina V. Reverencia, que tambien comen los jumentos. A que replicò prontamente, *los que sirven de llevar la carga; pero yo soy vn jumento, que solo sirve de carga*. Dandole no sè que dulcecillo lo destinò luego para vn enteruno. Instaronle à que fiquiera lo probasse, y respondió, *pues si no es la miel, como sera la azucar para la boca del asno?* Otra vez le instaban sobre lo mismo alegandole, que era pobre, y que los pobres han de tomar lo que les dan. Respondiò al instante, *yo pobre? soy rico, y mas que rico; porque soy borrico, y vn gran borrico*. Dixo, ser mas que rico; porque borrico tiene mas terras. Admirando algunos los vivos pensamientos de sus Sermones, si V. Reverencia estan jumento, como dize, como piensa estas cosas? à que respondió, *yo pienso, pobre de mi? à mi me piensan*, y por ello tiro tantas cozes, y acerreo tanto. Como aun las calles le servian de Oratorio para su contemplacion, en vna lo derribò vno de aquellos frequentes languores de su violento amor. Violo caído vn Maestro grave de vna Religiosa Familia, el qual, ò compadecido, ò obsequioso daba voces diziendo: *Señores, traygan presto una silla para llevar à este Santo Padre*, y como su charitativa compalsion no lo dexaba sossegar, repetia, *venga presto essa silla*, recobróse algo el V. P. y al eco de aquellas voces estorçandose à levantarse cayendo, lo agradeciò, como pudo, y se huyò diziendo: *silla para mi? para mi albarda, no silla*. Y repetia por el camino, que à hombres de razon se les ofrezca tal? *silla, silla? albarda, y muy albarda*. Al
oir,

oir, ò leer su nombre, solia poner con tal gesto el semblante, que era vna viva expresion de aquel desprecio, con que San Paulino, ni aun para encomendarlo à Dios, queria, que lo nombrassen; porque no le irritasse Dios al oir su nombre, & *pronuntiantis labia inquinantur*. Vn aficionado suyo lo hizo retratar. Quien se lo dixesse al V. P. no se supo; pero si, que como el mismo San Paulino se indignò contra San Severo, porque solicitò vn retrato suyo, diciendo de el, *quòd sana mente deiectus sit*, que si avia perdido el juicio? assi el V. P. indignado al encontrar aquel su devoto le dixo con severo ceño: *ha hecho ostend una gran cosa: yo tambien he visto retratado à Judas, y aun al Demonio, y se fue*. Siendo Rector preguntò à vn enfermo, como se hallaba? respondió, *Padre, la cabeça tengo mala*. Y al punto el V. P. y la *tendra, mientras yo fuere Rector*. Esculandose vno de no averlo visitado mas, estado enfermo, ando (dixo) *tan ocupado, q no puedo ver à V. Reverencia*, y el V. P. prontamete, *siendo yo tal, tiene V. Reverencia razon en no poderme ver*. Aunque ya le sabia, que ni comia carne, ni pescado, no obstante oyendo la campanilla, para que acudiesen todos al Medico à reconocer, si alguno tenia necesidad de carne la Quaresma, acudiò el V. P. y con vn gesto despreciador de si mismo respondió à la pregunta del Medico: *yo ni carne, ni pescado*. En vno de sus deliquios le instaban, que tomasse algun alimento, alegandole, que tenia *debil naturaleza*. A que respondió, *si, Padre, yo tengo naturaleza de vil*. Acababa de predicar con el fervor, que solia, y le dixerón, que *por el ayre se cubriesse la cabeça con vn canto del manceo*. Y el V. P. al instante: *mejor fuera, que en el ayre me la descubrieran con vn canto de ladrillo*. Entrò en vn Convento de Religiosas Descalças à confessar vna enferma, y era Quaresma. Vna de las Madres llevada de su devocion se arrojò à quererle besar los pies: pero el Padre con la misma prontitud, con que se retirò, le dixo, *Madre, que haze V. Reverencia, pies de puerco, y en Quaresma?* Pero estas preciosas satyras contra si no tienen mas termino, que el que nunca se le hallò ni al abyssmo de su humildad, ni à la prontitud de su ingenio. Y assi sin ponerfelo me es preciso salir ya de esta materia, à que serviràn de fin, aunque no lo son, dos breves reflexiones.

Vna, su empeño, que ya parecia porfia, sobre que todos aviamos de creer lo que el creia de si, como si su humildad huviera tambien de desvanecer nuestras evidencias. Solo conseguia, que lo viessemos en aquel heroyco grado, que señalò San Bernardo, *vilis vult reputari, non humilis predicari*. Otra, creia-

O

las

Super Missus est.

46. in Cant.

*San Ambros. 2.
de Virg.*

las cosas, que contra sí le dezia su humildad, con vna fè tan de bulto, que hazia visible demonstracion de quan bien se componen las teoricas de la humildad con aquella practica tan dificil de entender, que estando tan adornado de talentos, de virtudes, y de gracias, sin duda, y con verdad se juzgaba vn jumento, y vna abominable criatura. En prueba de esta mysteriosa fè, con que cautivaba su entendimiento en obsequio de su humildad, ya he dicho algo, y aun me queda lo que no es menos. Vno de sus Confesores afirma, que en muchos años, que lo confesò no tuvo mas, que vno, ò dos pensamientos de complacencia, y tan remissos, que no merecen llamarse tentacion. Los que entienden de espiritu, entienden con San Bernardo, que es grande, y rara *humilitas honorata*, vna humildad por vna parte tan profunda, y por otra tan exaltada. Vn hombre, cuyos lustrosos empleos lo hizieron tan plaufible, buscado por Maestro, venerado por Oraculo, reverenciado por Santo, à quien aun en las calles se arrodillaban, cuyas cosas buscaban por reliquias, y no obstante tan humilde, que muy lexos de derribarlo, ni aun le tocaba el viento de la vanidad. Sin duda afirmaria San Bernardo, que este exaltado humilde era aquella *rara ave en la tierra*, de que se pasinaba el Santo. La cauta abejilla, en sintiendo el viento, se carga con alguna piedrezuela, *ne leve alarum remigium precipitent flabra ventorum*, para que la furia de los vientos no la arroje precipitando el debil remo de sus alas: y el V. P. como Ave muy rara, para estar mas seguro, se cargò tanto del peso de su confusion, que muy lexos de volar entre los huracanes de la vanagloria, se hundiò allà en vna profundidad, à donde esos vientos, ò no llegan, ò llegan ya tan cansados, que casi no se perciben. Si la Divina gracia tampoco admite vacuo en su orden, quanta, y quan impetuosa baxaria à llenar esta capacissima Alma, à quien su humildad dexò tan vacia de sí mismo? Y si quanto mas con la humildad se inclina el alma, tanto mas bebe de la Fuente de aguas vivas, quanto beberia la que tanto, y siempre estuvo inclinada? Dios lo sabe: èl lo quiso negar todo: y nosotros pudimos entenderle algo.

§. XIII.

*En familiar, y
favorecido tra-
to con Dios.*

AL descubrir la cerca de aquel Paraíso, à donde parece, quiso el Señor arrebatat tambien al V. P. aun viviendo: al llegar à las faldas del monte de Dios Oreb, à cuyas cumbres tam-
bien

bien parece , que quiso subirlo : y al tocar à la puerta de aquel *Sancta Sanctorum*, à donde, como à su gavinete, lo llamó el Señor, y aun pareció, que como suele à los Siervos de mayor confianza, le dió aquella llave dorada, que lo abre, para que se entrasse, quando quisiese: al ver, digo, tantas finezas de Dios con este tierno Amante suyo en languores, deliquios, raptos, revelaciones, y maravillas, me hallara sin duda mas poseído de el miedo, que hasta aqui. Pero, por no tener que quitarlo, me lo impidieron de el todo las heroicas virtudes, que dexo dichas, con que lo disponia el Señor para la alta contemplacion, en que se avivaron hasta el grado, que solo su Magestad sabe las llamas de su charidad, y amor. Mientras Moyses tuvo su tienda en medio de los Reales, trató con Dios poco, y de passo, como iuelendos, que no se conocen: pero, luego que sacandola del bullicio del exercito, se retiró *extra castra procul*, de el comercio de los hombres, *le hablaba Dios cara à cara*, como suele vn amigo à otro. Para tratarlo assi llamó Dios à este su Siervo à la retirada soledad, que ya vimos. A vn hombre de coraçon tan puro, como ya dixe, quien estrañara, se le concediesse, si no ver à Dios, y vivir, à lo menos entender de Dios viviendo lo que es capaz el que vive? Aquel Señor, que puso la mesa de sus dulçuras para el pobre, como no lo sentaria à gozar de sus abundancias, siendo tan pobre de espiritu? Con qué gusto acompañaria en este combite à vn Alma tan casta aquel puro Esposo, que se apacienta entre azúzenas? Si à la exacta obediencia de Moyses se siguieron los favores, de que solo fueron testigos Dios, el, y la cumbre de el Sinai; por qué no avia de seguirse mucho de esto à la ciega obediencia de tan rendido siervo de el mismo Señor? Si la sabiduria no se halla en la tierra de los que viven en delicias; por qué no se avia de hallar en la del que vivió crucificado? Por qué no avian de ser los consuelos al passo de los dolores del corazon? El que le ayudó à romper el saco de su cuerpo con rigores; por qué no avia de cercarlo de alegria? No lo dudó aquel tan práctico, como teorico, Maestro de esta ciencia, *veram mortificationem sequitur illuminatio, & deinde unio Divina*. Vn espiritu tan humillado debaxo de la poderosa mano de Dios, como no avia de ser exaltado con sus visitas? Como no avia de beber de aquellas dulçuras, que preparó Dios para los que le temen, vn Alma, que con tan fino amor remblaba de los juizios Divinos? Al que assi se sentó en el ultimo lugar, como no avian de mandar subir como amigo en aquel combite, en que beben

*Blos. epist. ad
Florent. §.4. n.
22.*

D. Bernard. de
vit. solit. coll.
22.

Su Oracion.

108.

hasta embriagarse los mas amados? No lo dudò el Doctor, q̃ be-
biò tanto de estas dulçuras, *infra se descendunt, vnde ascendunt supra se*. No estrañará pues los ternísimos favores de Dios á este su
siervo, el que al leerlo tuviere á la vista sus heroycas virtudes,
Si no es ya, que se quiera estrañar sea Dios tan liberal con vn
siervo, que tanto lo fue con su Señor. Entramos á vn campo di-
latadísimo, procuraré correrlo por sendas, que lo acorten, y
hagan, quanto pueda ser, comprehensible.

Su Oracion vocal, ni ella se separaba, ni sabré yo dividirla
de la mental; porque era muy parecida á la de Moyses, que casi
siempre, que se ponía á hablar con Dios, hablaba tambien Dios
con él. Començaba la lengua, continuaba el corazon, y se pa-
raba el alma con Dios para acabarla. Era esto tan frequente en
el V. P. como notorio á todos; porque su humildad, aunque
tan fuerte, hubo de confesarse rendida á su amor de Dios, que
todo lo vence. De su oracion compuesta de vocal, y mental pu-
diera dezirse, lo que de la de David, *oratio mea in sinu meo conver-*
tetur, salía de su pecho, y á su pecho se bolvia, y rebolvía á todas
partes, y todos tiempos. Y con otro sentido tambien verdadero
en su pecho se convertia vna en otra, la vocal en suspensiones, y
raptos, y la mental en dulces suspiros, y tiernos coloquios.

El Oficio Divino era vno de los principales empleos de
esta oracion: en él gastaba mas de dos horas, si no era quando
las dilatava la mayor frecuencia de suspensiones. La reveren-
cia, devoción, y atencion, con que lo rezaba, no se contenta-
rian con menos tiempo, aunque iba con gran cuydado de no
interrumpirlo, ni aun para estar con Dios de otra suerte; pero
como su corazon estaba á manera de bien refinada polvora, con
qualquier chispa se encendia, y despidiendo el Oficio Divino
tantas centellas, no le era facil impedir el incendio. No pocas
vezes se quedaba suspenso, otras como hablando de otra mane-
ra con Dios: y aunque en todo el Oficio encontraba motivos
para estos extraordinarios efectos, singularmente lo movian
aquellas sentencias, que miran á la Divina Bondad, á su amabi-
lidad, al amor, que nos tiene, y le debemos: y tambien las que
tocaban el prodigioso abyfmo de sus juizios. Su estudio en las
Rubricas para ordenar bien el rezo, lo hizo Maestro en ellas;
pero su humilde deseo de acertar lo traía hecho discipulo, que
frequentemente preguntaba, y en su Breviario tenia muchos
papelillos, que le servian de registros, con varias notas de aque-
llas cosas menudas, y no tan ordinarias. Vna de sus mas tiernas
ora-

oraciones era el Rosario de la Santísima Virgen, que rezò todos los dias hasta aquel mismo de la noche, en que murió. El amor de hijo, con que veneraba à esta gran Señora, le hazia regalarle tanto con sus saluciones, y con los Mysterios de la Humanidad de el Señor, que todo el largo tiempo del Rosario lo era de dulcíssimas ternuras con la Madre, y con el Hijo. Las saluciones Angelicas à la madrugada, al medio dia, y al anocheecer le eran otras tantas ocasiones de regalados afectos con la Señora: y enternecido ya su corazon con saludar à la Madre, se acabò de derretir muchas vezes con los Mysterios de Dios Niño su Hijo. Rezaba otras muchas devociones, y se aumentaban con la que tenia à muchos Santos: y singularmente gustaba de los Plalmos, en cuya varia profundidad, y ternura de afectos hallaban los suyos agudos estímulos para moverse. Quando lo encontrabamos por los quartos en aquella humilde compostura, y devota modestia, ya como connaturalizadas al V.P. casi siempre iba rezando, ò en vna oracion tan interior, que esso mismo era tambien visible. Las imagenes, que encontraba, especialmente de el Señor, de la Cruz, ò de la Virgen, le hazian prolongar su oracion con nuevos, y mas fervorosos afectos. Y para dezirlo todo, si atendemos à su oracion, parecia cumplir à la letra lo del Apostol, *orad sin intermission.*

Logrò la entereza de su humildad, que nadie se atreviese à pedirle sus oraciones, sino es con vn reverente temor; pero no pudo estorvar la persuasion, de que quantos se las pedian, atribuyessen à ellas los felices successos de sus negocios, ò espirituales, ò temporales. Fundabase este comun concepto no solo en la venerada santidad del Padre, sino en los singulares casos, que todos tenian por efectos de su oracion. En lo que resta de su vida, ayre de tocar algunos; pero no debo aqui omitirlos todos. A vno de nuestros enfermos, assaltò vn profundo letargo no previsto de el Medico, que por esso no le avia ordenado los Sacramentos. Nuestro comun desconsuelo fue, el que se dexa entender, y el de el V.P. sobre todos. Visitòlo, y despues de alguna suspension, y sus ordinarias miradas à alguna imagen, se fue à vna tribuna, donde estuvo largo rato, y mientras allà levantaba al Cielo las manos, sin mas medicamentos, cessò acà la furia de el accidente, y dexandole la razon libre de el todo por algunas horas recibió muy preparado, y con igual consuelo suyo, y de todos los Santos Sacramentos. Bolvió el letargo, y tras el la muerte. A otro de los Nuestros, que en vna enfermedad de

muer-

muerte pidió al V. P. que estaba enfermo, sus oraciones, embió la salud instantanea con este charitativo recaudo, *que sentia su mal, q̄ le desseaba mucho alivio, y q̄ esperasse en Dios la salud.* Acaño fue mas admirable otro suceso con el mismo: llegó en vna enfermedad à aquel vltimo estado, en que apurada quanta medicina supo el Medico, como el mismo lo afirmó, y tan sin efecto, que despidiendose dixo, no tenia ya, que hazer, que lo ayudassen à bien morir; se lo dexò agonizando. Seria esto como à las nueve de la mañana, sentia mucho esta muerte por justas causas el V. P. Fue, y vino muchas vezes de el aposento del enfermo à vna tribuna, mostrando en el sosiego de esta inquietud el cuytado, con que andaba. Gastò en esto como hasta la vna de el dia, en que instantaneamente el enfermo reconociò vn grande alivio, que prosiguiò tan veloz, y felizmente, que à las tres de la misma tarde, hora, en que vino el Medico (por no aver oydo doblar, como el dixo) lo hallò, y lo declaró ya sano. Supo lo que avia sucedido, y dixo: *sola la medicina de el Padre pudo hazer este milagro.* Prosiguiò sano, y en pocos dias, ya fuerte, se levantò. Ayudò el V. P. à bien morir, hasta embiarlo con Dios, à vn Sacerdote de los Nuestrs. La noche de aquel dia mismo viendo al V. P. como asustado, le dixo vno de los Nuestrs, si se le avia aparecido el difunto? *Por donde* (respondiò) *lo ha sabido V. R.* Con esta ocasion le instò, y el V. P. le dixo, que estando en la tribuna viò tres vezes vna sombra, que lo asustò: y que preguntando quien era, ò que queria, respondiò, *es N. que pide Missas.* El V. P. acudiò al P. Rector, quien sin explicar para què, pidió à la Comunidad sufragios, y el V. P. tomó muy à su cargo el socorro de aquella dichosa alma. Passados dos, ò tres dias, yendo de madrugada el V. P. à dezir Missa, poco antes de la Sacristia viò vna luz, que le alumbraba, y oyò vna voz clara, que tres vezes le repitiò, *Dios te lo pague,* y desapareciò todo.

Su Cõtemplaciõ.

Vno de los mas raros favores, que de la Bondad Divina recibió fue la facil entrada al regalado combite de la contemplacion, en donde su alma, como esposa charissima, se embriagaba en esta vida con los destellos de aquel torrente de deleytes, que tiene Dios preparado en la otra para los que lo aman. Si à otra concediò el Señor, que en este descansado sueño gozasse de su intima vnion, sin que nadie se lo embarazasse, hasta que ella quisiessse: al V. P. pareciò averse concedido tambien entrar se à dormir siempre, que quisiessse, segun la facilidad, con que su bendita Alma en todos tiempos, y de todas las cosas hazia escalòn pa-
ra

ra elevarse estrivando en los brazos de su Amado. El mismo hablar, el comer, las desolaciones mismas eran como vna puerta patente, por donde se entraba à este descanso; pues haziendole exclamation ya como quien se ahoga, ya como quien se quexa, ya como quien ansia por verlo, tras la exclamation se le iba à Dios el alma. De aqui no pueden contarse las horas, que gastaba en este mysterioso sueño; porque de la noche él se llevaba la mayor parte: el resto se repartia entre sus penitencias, sus aflicciones, y su corporal sueño, en que tambien velaba. De el dia estaban destinadas para la contemplacion todas las horas, que le dexaban los ministerios, la oracion vocal, estudios precisos, è indispensables ocupaciones. Pero como todas estas mismas cosas le servian de eficaz oportunidad para irse à Dios, parecia tener siempre su conversacion en el Cielo.

Ni fueron inferiores las gracias, que recibió allà dentro en la estrecha vnion de el amor Divino. Su altissima contemplacion llegó à los quatro grados, los summos, à que con Richardo reducen los Doctores mysticos la admirable variedad de sobrenaturales efectos propios de la *charidad violenta*. Hemos visto, y verèmos mas su *charidad vulnerante*, que es el primero; pues penetrando lo mas intimo de su corazon con la tierna, aguda, y encendida flecha de el Amor Divino, ardia en ansias de su Amado, y sin poder dissimular sus llamaradas, se hazian sensibles en profundos sollozos, dilatados suspiros, como de quien se ahoga, sin desear, ni acordarse de otra cosa, que de el Amado de su alma. Se percebian tambien en lo palido, y consumpto del rostro, y otras vezes en lo inflamado de él: efectos todos de el vehemente dolor de aquella herida. A esta profunda herida se sigue el amor, que liga, y es el segundo grado; porque, como los vehementes dolores de ella, arrebatando à sí toda la atencion, ni dexan pensar otra cosa, que à sí mismos, ni desear otra, que su remedio, el V. P. con el vivo dolor de su herida estaba, como con vna cadena tan ligado à su Dios, vnico remedio de su dulce tormento, q̄ arrebatada toda su atencion à este summo Bien, en él solo pensaba, à él solo queria, por él solo suspiraba, y todo lo demás le enfadaba, si lo advertia; porque muy bien hallado con esta prision de sus afectos en los vinculos de la charidad, ni queria, ni le agradaba, ni apenas podia pensar, ni querer otra cosa, que al vnico remedio de su profunda herida, y dolorosas ansias. No solo despierto, pero aun dormido, velaba su coraçon en los apacibles sueños, en que le habla, en que lo oye, y en que se de-

leyta

*De S. Victorē
tract. de 7. itin.
etern. d. 5. ar-
tic. 2.*

leyra con su trato, como el que amarrado à vna cuerda, ni despierto, ni dormido se aparta de aquel sitio: y no son menos fuertes las cuerdas de la charidad. Pudiera por el libre albedrio apartarse; pero la vehemencia de el amor, ni sabia, ni queria; antes sola la memoria de esta separacion le era intolerable martyrio. Y de aqui aquella intrepida violencia, con que rebatia, ò ahogaba quantos pensamientos, y aun respiraciones, pudiesen, no ya romper, pero aun afloxar estas dulces prisiones, que eran la deseada libertad de su espiritu. Al summo gozo de esta estrecha prision se seguia aquel ternissimo amor, que es el tercer grado, y que haze dezir, *amore languco*, estoy enfermo de amor. Este le causaba aquellos languores, desmayos, y deliquios, que no solo le hazian asquerosas todas las cosas de acá, sino es que lo dexaban inhabil para ellas. Era tan vehemente, que con frecuencia causaba tambien en su cuerpo estos desmayos; porque absorbio todo su espiritu en el sabrosissimo amor de el summo Bien: no le quedaba vigor para las operaciones de el cuerpo; y llegaba à ser tan sensible, que consumiendole muchos espíritus vitales, quedaba tan debilitado, que se caia sin batarle, ni las grandes precauciones, de que usaba para evitar estos sensibles efectos, ni lo que se esforçaba à encubrir los que no podia evitar. Pero entonces estaba mas vigoroso para Dios, segun lo de el Apostol, *cum infirmor, tunc potens sum*, que en su misma enfermedad se sentia mas fuerte; porque el amor de Jesu Christo aprieta para servirlo, y amarlo mas. Y si la dulce violencia de este vehemente amor llega à las vezes hasta quitar la vida, como se cree de el Seraphico Padre San Francisco, de la Seraphica Madre Santa Theresa, de Nuestro B. Estanislao Kostka, y de otros; tambien creemos piadosamente de el V. P. que su amor à Dios fue el Sacerdote, que lo hizo feliz victima en las aras de la charidad. Ardia esta à las vezes con tan activas llamas, que llegando al quarto, y supremo grado, podia dezir con el Profeta, *defecit in salutare tuum anima mea*, que su alma no solo estaba inhabil para todo lo que no es Dios, como en el grado antecedente, sino que causando aquel mystico defecto, que fuele, parecia aversele apartado de el cuerpo, y averlo desamparado su corazon para irse à vivir con su Amado. Estos son aquellos raptos, y extasis, que San Dyonisio tiene por proprio, y vltimo efecto del amor Divino, *est enim extasis faciens amor Divinus*. Esta es aquella soledad de mundo, de cuerpo, de sentidos, y aun de sí misma, en que descansa el Alma, quando concediendole el Señor aque-

aquellas alas , como de paloma , que ella desea , le haze volar huyendo de todo para hablarle al corazon. Aqui, donde se celebra aquel purissimo dei posorio del Alma con Dios, y que solo en el Cielo se consume , y que eleva al Alma à vna Angelica castidad , y que es el supremo efecto de la dignacion Divina en esta vida. Aqui la mas estrecha vnion Divina , aqui las mas amorosas locuciones , aqui las mayores confianças , aqui los mas puros abrazos, aqui aquellas fantasmalezas , y como arrevimientos de el Alma con Dios ; porque, como lo experimentaran enternecido de amor , le parece , como que se separò de la magestad , à que no quiere advertir , porque lo quiere abrazar, *maiestati oculos claudit, aperit voluptati*. Y aunque advierta à tanta magestad , *amor dignitatis nescius reverentiam nescit* , su amor mismo, que no entiende de magestades , la haze en esto dichosa rustica, que por corteses reverencias ofrece tiernas confianças, y fantasmalezas. Todo lo hemos observado en el V. P. y ya se irà haziendo mas patente. Aunque las luzes , que el Señor le comunicò para revelaciones , y profecias , fueron tan grandes, que pudieran dar à su contemplacion el renombre de *Cherubica*; pero sobrefalieron tanto las ternuras , y finezas de su amor , que debe llamarse *Seraphica*.

Como hubiera rebatido los assaltos de tanto enemigo sin la defensa de la que es muro incontestable? Como saliendo al campo hubiera logrado tantos triumphos sin las victoriosas armas, de que hallò tan prevenida esta torre? Por donde hubiera bebido su bendita Alma las aguas de vida en tanta copia, si no se hubiera acercado tanto à esta crystalina Fuente sellada la Santissima Virgen? Como hubiera llegado à tan alta contemplacion sin subir por esta Escala? Y como, finalmente, hubiera entrado al còbite de las queridas esposas, si no fuera por esta Puerta de el Cielo? Por ella se entraba el V. P. à aquel Cielo, de que gozan acà las Almas santas; porque mirandola siempre no sola, sino es con su Santissimo Hijo, origen de toda la inmensidad de sus gracias, facilmente se subia por el arroyo à la Fuente , y embarcandose en este Rio se hallaba presto en el Mar. Llamabala ya su Señora, ya su Abogada , ya su refugio, ya su consuelo, ya su Madre, ya sus amores. Pero sus mas frequentes ternezas con Maria Santissima eran las jaculatorias , que la explican Madre de Dios, no solo porque en estas concebía mas vivamente las soberanas excelencias de esta Señora , *que ni aun ella misma puede explicar* , sino es , porque le servian mas para irse desde la Madre al

D. Aug. in Manual. 20.

Devocion à la Santissima Virgen , y favores de esta Señora.

D. Aug. super Magnif.

Hijo, desde el Trono al Rey, y desde el Tabernaculo à Dios. Llamabala hermosissima Aurora, que viene anunciando al Sol: señal grande de el Cielo, Muger vestida de el Sol: Sol, donde puso Dios su Tabernaculo: vara, de donde nace la flor: ralamo, de donde sale el Esposo. Pero sobre todo se recreaba su Alma diziendole, *Madre de el Amor hermoso*. Esta tan tierna expresion era en el V. P. muy frequente, y casi siempre con tal vehemencia, que, ò le arrebatava el alma, ò hazia caer al cuerpo, ò le inflamaba el rostro, ò lo arrojaba à darle muchos osculos en sus sagrados pies tan divinamente calçados, como de Hija de el Principe, de quien era Madre. Por esta misma razon, como si fuesse el, à quien se dixo, *surge, & accipe Puerum cum Maria Matre eius*, assi andaba cargado de estampas, ò lienços, en que se dexasse ver la Madre con el Niño. Sin poderse contener dezia à quien se hallasse presente, *mire osted, que hermosa! que bella! que Cielo este! no ha hecho Dios pura criatura tan linda*, y otras mil cosas, con que se encendia su amor, y avivaba la piedad en todos. Tenia vn lienço, en que estaba pintada la Santissima Madre adorando al Niño en la cuna: este fue su inseparable compañero por muchos años, lo tenia en su alcoba, ò retrete, y aun solia llevarselo à la Enfermeria. Los coloquios, y afectos, que le dezia, y los favores, que de esta Señora recibió, fueron tantos, que venciendo sus desvelos por ocultar, bastantes llegamos à entender. Pero bien poco respecto de lo que allà à sus solas passaba. Este lienço, que se guarda en la alcoba, donde el V. P. murió, como prenda de tanto precio, lo dexò por muchas partes señalado con las tiernas lagrimas, y osculos, que daba al Niño, à la cuna, y à la Madre en sus sagrados pies. Y quando no podia, se los embiaba desde su lecho con sus ya dichas jaculatorias, singularmente aquella, *Madre de el Amor hermoso*.

Este castissimo amor à la Santissima Virgen explicado en afectos tan puros, no parò en puros afectos, passò à efectos bien extraordinarios de culto, de veneracion, y obsequios à esta gran Reyna, que son la segura prueba de el verdadero amor. Las vísperas de sus Fiestas comenzaban para el V. P. dos, ò tres dias antes, en que aumentando rigores, ayunos, vigiliass, y retiros, que solian tener Octavas, se preparaba para la fiesta, en que con gran frecuencia lograba singulares favores de la Señora, à quien obsequiaba con vna confiança tan de hijo, que no fue mayor la de Barac en Debora, quando le dixo, *si tu vienes conmigo, yo iré con mis tropas à embestir el exercito contrario*, aunque manda-

do por el famoso Syfara; pero, si no quieres venir conmigo, ni yo me atreveré à acometerle. Esta Señora era su fiel compañera en las batallas con el Demonio, y explicaba su confianza diziendo con seguridad, de quien ya veía la victoria, *in manu mulieris trahetur Syfara*. Este era su consuelo en sus delamparos, en que se alentaba llamandola con notable ternura, *consolatrix afflictorum*, y por aqui comenzaba à respirar. Como los Egypcios para explicar, que ya Jupiter no solo avia mitigado sus iras, sino es, que lo tenían como rendido, pintaban vn rayo sobre vn blando lecho, mucho mejor el V. P. quando lo conturbaban los temores de la indignacion Divina, luego buscaba el consuelo confiando à Dios en el blando talamo de el vientre virginal de Maria, de donde salió, no como Dios de los Exercitos, que dispara rayos, y vibra lanças, sino como Esposo de las almas, que à manera de cautivo reparte favores por su rescate. En hablando de esta gran Madre de misericordia, parecia averse transformado en San Bernardo, quando dezia, *certè, Domina, cum te aspicio, nil nisi misericordiam cerno*, pues hablaba de ella con la confianza de quien nada veía, sino es misericordia. Este pensamiento de que era Madre de Dios le hazia dezir con confiada admiracion, *como es possible, que niegue Dios algo à su Madre!* y con estraña dulçura ponderaba lo que Adonias dixo à Bethsabè, *neque enim negare sibi quidquam potest*, pide à tu hijo por mi, pues él nada te puede negar. Y si los reostenian cierto su perdón en el ruego de Olympia madre de Alexandro, que dezia, *vna Matris lacryma multas delebit epistolas*, que vna sola lagrima de su madre bastaria para borrar muchas sentencias de muerte: el V. P. con mucha mas fundada confianza esperaba todo su bien por medio de esta gran Madre del Eterno Hijo. Este espiritu le lugeria aquel expresivo conato, con que alentando en quantos lo oían la confianza, reperia muchas vezes aquel piadosísimo sentimiento de S. Bernardo, *hec peccatorum scala, hec mea maxima fiducia, hec tota ratio spei meae*, esta es la escala de los pecadores para el Cielo, esta mi mayor confianza, esta toda la razon de esperar. Y repetia recreandose su alma, *hec tota ratio spei meae*. Y bolviendo à hablar de el Santo, dezia: si yo supiera dezirlo con aquel espiritu! Aquella leche lo enterneció tanto en amor de esta Señora, y este amor le descubrió el profundo, y verdadero sentido, en que nos dexó esta sentencia de tanto consuelo. El gozo, que en esto sentia, lo llevaba con gran requencia à muchas imagenes de la Virgen, y allí despues de varios coloquios se quedaba clavado,

*Pistor in Matr.
admir. conc. 8.
p. 2.*

*Serm. de Nativ.
Virg.*

los ojos en la imagen , como quien mira sin ver , tan ininoble , como quien vive sin alma , y a las vezes tan inflamado , como quien arde , y no se quema. Las que fuera de su aposento le servian de más frecuente ocasion para estos filiales afectos , eran las dos bellas , y devotas Imagenes , que se veneran , vna de la Soledad en vna Capilla de nuestra Iglesia , y otra con el Niño en los brazos en la escalera de este Colegio.

Esta escala , en que descansò Dios , era el recreo de este afligido Jacob : esta la Aurora , que le daba aliento en sus luchas para no soltar à Dios hasta sacarle sus bendiciones : esta la vara , que endulçada en el Divino Panal regalando à este Jonatas aclarò tanto su vista , que pareciò averle convertido en luminosa hacha aquella lucerna de la Fè , que en este caliginoso valle nos muestra , como entre sombras , el camino. Y como Jonatas arrebatado con la dulçura deseaba , que *huviesse comido todo el Pueblo* ; así el V. P. deseoso de que todos gustassen las dulçuras de esta vara , vno de los principales obsequios fue el conato , con que solicitò inspirar à todos el aprecio , la devocion , y el amor à la Santissima Virgen. Este era bien ordinario objecto de sus cõversaciones , *¡mire osted (dezia) que bella ! no la ama osted muchissimo ? Mire , que Sol nació de esta Aurora ! que Flor de esta Vara ! que Miel salió de este Panal ! y que Esposo de este Thalamo !* y arrebatado de su amor , le era forçoso acudir al pretexto de sus flatos , y debil cabeza. Otras vezes arrojandose à besarle sus pies , dezia , *¡amela osted muchissimo , mire , que es la Escala para subir à Dios ; mire , que es la Puerta de el Cielo ; mire , que es el refugio de los pecadores ; mire , que es la Madre de el Amor hermoso ,* y añadia otras mil ternezas , que se entraban hasta el corazon de quantos lo oían. Los que deseaban caminar al Cielo dirigidos por el V. P. ya sabian , que vno de sus sustanciales passos avia de ser la solida , y cordial devocion à la Virgen. Pero donde este zelo parecia mas de el Cielo , era en sus Sermones. Verdaderamente era admirable la transformacion , que se veía , de vn espiritu de severidad , en vn espiritu de dulçuras , quando predicaba de la Virgen. Avisabanse de ello (que era lo mismo , que atraerse) vnos à otros , y todos venian ansiosos à oír derretido en suavidades vn hombre , cuya natural blandura parecia averse convertido en sequedad à fuerça de sus rigores , y retiros. Tres eran las principales cabezas , à que comunmente reducía estos Sermones ; las excelencias de esta Señora para el aprecio , y amor ; su misericordia para el recurso ; y el modo de obsequiarla como hijos , para lograr sus protecciones de Madre. Para lo

pri-

primero alegaba aquellos lugares, que la predicán Madre de Dios, *de ella nació Jhesus, parió a su Hijo primogenito*, y à este tenor otros, en que palinado de tanta dignidad, se desahogaban sus afectos con aquellos lugares, que la elogian: bendito (exclamaba) el vientre, que te llevó, y los pechos, que te alimentaron: tu eres la gloria de Jerusalem, tu la alegría de Israel, tu la honra de nuestro linage. Y aqui solia enfermar de amor. Para lo segundo insistia en los que la predicán Madre, y Abogada nuestra: le era muy familiar, *el que te hallare, hallará la vida, y conseguirá de el Señor su salvacion*, y lo dezia con tal confianza, como quien tiene ya segura la dicha. Para ambos asuntos glossaba ya el *Ave Maria*, y ya la *Salve* con vnos conceptos tan delicados, con vnos sentimientos tan profundos, con vnos afectos tan encendidos, y con vnas ternezas tan amorosas, que tan facil nos era ver en ellos vn extraordinario espiritu de Dios, como será difícil à los que no lo oyeron formar algun mediano concepto de tan fervorosa devocion. La materia de el tercer asunto solia ser vn sabroso mixto de agrio, y dulce, sacado de lo que la misma Virgen respondió al que viviendo mal la saludò, pidiendole, *monstra te esse Matrem*, y oyò por respuesta, *monstra te esse filium*. Al dezir, *muestra, que eres nuestra Madre*, se derretia en dulçuras, y gozos; pero al dezir lo segundo, *muestra, que tu eres mi hijo*, se desataba en hieles contra los que quieren tenerla por Madre, siendo hijos de el Demonio por la culpa. Y como concebía con tal viveza la repugnancia especial de el vicio de la deshonestidad contra su *Madre purissima, y castissima, y Madre del Amor hermoso*, singularmente contra este vicio disparaba rayos, y derramaba diluvios de eloquentissima acrimonia, hasta avergonçar con la dissonancia de los extremos, *Maria Madre, hijo impuro*. De esta fuerte entre los Sermones de mission los de la Virgen solian ser los mas ardientes.

Claro està, que la que ama à los que la aman, y haze bienaventurados à los que velan à sus puertas, avia de hazer singulares favores à quien la amaba con singulares obsequios. Por tal, ò qual, que no pudo ocultarnos, se podrá sacar lo que en su retiro seria. Estando enfermo, y comiendo, como, y lo que solia, clavò los ojos en su lienço, y el Niño. Era grande su cuidado de no mirarlo con atencion quando avia gente, por la experiencia, de que tras los ojos se le iba el alma. Pero esta fue vna de las ocasiones, en que no pudo reprimir sus afectos. Quedòse por espacio de media hora en aquel silencio de el Cielo sin
mas

mas movimiento, ni en sus abiertos ojos, como de quien piensa, ni en su violentado cuerpo, como de quien sentido se quiere ir, sino el lento de sus labios, con que dezia, *Amores mios*: por aqui començò, y tal qual vez, con voz desmayada, repetia, *Amores mios*. Entraron, y salieron algunos admirados de ver vna estatua viva. Buelto en si, quiso el Enfermero, q se continuasse la no bien començada comida. Pero para deslumbrarlo le respondiò, *pues, Hermano, le parece, que el comer es facil a vno, luego que sale de un recio flato? Si Dios quiere, que yo padézca estos accidentes, qué hemos de hazer?* y en esto parò la comida. En otra ocasion tambien enfermo, arrebatado de estos sus *Amores*, hablando à grandes voces con el Enfermero, y descubriendo el pecho, como San Xavier, y otros Santos, le dezia: *Hermano, tome este corazon, y pongaselo à aquella Señora, que lo queme, que lo abraze, que lo consuma, que no lo puedo sufrir en mi. Echeme, por Dios, un cantaro de agua de nieve en este pecho, que se me quema.* Y repetia, *tome, tome, pongaselo alli.* Assi durò mucho tiempo mezclando varios coloquios, hasta que bolviendo en si se empeñò en persuadirle, que tenia obligacion à callar, diciendole: *Pues, Hermano, no ve, que, si se sabe, me tendrán por loco, y ya no harán caso de mi para nada? y mas, que ya se sabe, que de la locura no se suele sanar bien. Por amor de Dios, que mire por su conciencia, y por mi credito.* Pero el Enfermero ya avia oydo, que *omnis amans est amens*, y entendió el language de el que tanto deseaba ser tenido, y estimado por loco, no dando el ocasion alguna de ello. Otra vez, tambien enfermo, lo hallaron assi en la figura de el semblante, como en lo violento de la respiracion, que parecia agonizar. Acudiò con otros el P. Rector; pero hallandole en la mano vna Imagen de la Concepcion (cuya Octava era) se quietaron todos seguros, de que aquella enfermedad no era para morir, sino es para manifestar la gloria de Dios.

En sus enfermedades supimos algo mas de estos sus racionales delirios; porque la precisa asistencia, quanto quitaba al V.P. la oportunidad de esconder, tanto nos la daba de obliervar. Pero lo que en sus retiros padeciò de estos vitales accidentes fue tanto, que tambien lo cogimos en algunos. Visitando à vn enfermo, persuadido à que se moria, por vn conjunto de muchos males, se lo assegurò assi al V. P. pidiendole su ayuda para morir bien. Tenia à la cabezera vna Imagen de la Virgen, en que clavò los ojos el V. P. y despues de vn gran rato de suspension le asseverò, que no avia de morir. Y assi fue, porque sanò bien presto. Recogida ya la Comunidad vna noche vispera de la

Concepcion, aunque encerrado en su retiro, se le oyò, que por espacio de media hora hablaba, como quien enojado reprehende. Siguiòse vna suspension de algun tiempo, y luego se le oia dezir con voz tan clara, como tierna, hablando con sus dos Amores: *Esposa mia, Madre mia, vida de mi Alma, por quien vivo, y por quien muero, Madre del Amor hermoso, toma este coracon, ponsele ai à tu Santissimo Hijo, que lo purifique, lo queme, y lo abraze, que suyo es.* Bolvia luego otra suspension, y despues dezia: *Niño de mis ojos, enamorado de mi Alma, Bondad summa, Charidad immensa, centro unico de mis deseos, Amor mio, te amo, te amo, te amo, Bondad incomprehensible: ò quien muriera de amarte! me quemo, me abrazo: Madre mia, ponsele ai, que lo acabe de consumir.* Interrumpiendo de quando en quando estos afectos con aquellas suspensiones, que eran como el rocio, con que ardia mas la fragua, repetia sus ternezas con otras tan varias, como dulces expreisiones. Siguiòse à todo esto la suavidad de muchas canciones de Psalmos, Antiphonas, y Hymnos, con vna melodia tan no usada acá, que no se dudò ser de el Cielo. A esta musica se siguieron otra vez las ternuras con mil osculos al Niño. Esparciòse vn olor tan suave, que ni se parecia al ambar, ni à los aromas, ni à las flores de acá: solo se percebia el extraño deleyte de el olfato, sin hallarle comparacion. Era todo tan sensible, que se oia, y olia desde vn aposento no muy cercano al de el V. P. Quiso vn sugero acercarse para gozar mas esta principiada gloria; pero, *se me herizaron* (dize) *los cabellos, empezè à temblar todo, y lleno de vn reverencial temor me bolvi à mi aposento, y muy en breve me quedè dormido.* Profeguiria el V. P. en aquel su sueño, que sin dexarlo dormir, le hazia tener muy buenas noches. Estas mismas ternuras, y canciones se oyeron, y se percibieron las mismas fragancias otra noche vispera de San Francisco Xavier. Que en el silencio de la noche, y soledad de su retiro le diese su humildad licencia para desahogar sus afectos, ò se la tomasse su violento amor, no seria tan extraño, como el verse obligado à estas ternuras, aun en medio del dia, y publicidad de los Pulpitos. Los que entendieron algo de su humildissimo recato, saben inferir bien quanta fue la dulce violencia de aquel amor, à que hubo de rendirse su humildad. Baste por ahora referir la que padeciò predicando en la Iglesia de el Religiosissimo Convento de Madres Agustinas Descalças de la calle de Gracia. Predicò vn dia de la Assuncion con la devocion, y espiritu, que solia. Al acabar se derritiò su Alma en ternissimos coloquios con su Madre del Amor hermoso, que se

le iba al Cielo, y ya fuera de sí queria salirse de el Pulpito el cuerpo, y de el cuerpo el Alma para seguirla. Con esta vehemencia començò à dezirle, *hermosissima Reyna, Santissima Señora, belleza del Cielo, encanto de amor, amor de mi Alma, alma de mi vida, como te vas, y me dexas aqui?* Aqui se cayò en el Pulpito, donde estuvo como desmayado hasta acabada la Misa, que lo llevaron à la Sacristia, en donde se le oia de quando en quando: *ay Señora, que me has muerto! que me has atravesado el coraçon! que empuzaste, y no acabaste!* Quando iba bolviendo, vn Capellan de el Illustrissimo Señor Alcantara para obligarlo à tomar vn vizcocho, dezia, no querrà ello el Padre Maestro por ser cosa tan corta: haga osted, que se trayga otra cosa decente. Entonces sonriyendose dixo, ello es, osted ha dado en el punto. Y esforçandose para irse, al levantarse se bolviò à sus afectos, *ay Madre del Amor hermoso!* cayò en el suelo, donde por mucho tiempo se le oian los ya dichos afectos mal pronunciados, y con interrupciones. Finalmente recobrado se vino, y por algunos dias se le oia repetir, *Virgen Santissima, como os aveis ido, y no me aveis llevado? Ya que començasteis, por què no acabasteis?* Por algunas semanas le durò el andar mas absorto, que lo ordinario. Y aunque sus deseos de morir se eran tan grandes, desde este suceso fueron vehementissimos.

Su amor à Christo Crucificado, y favores de este Señor.

Quien tan abrasado se sentia con los ardores de el Sol, ya se ve, con que gusto se sentaria al pie de aquel Arbol Divino, cuya apacible sombra al passo que es refrigerio del ardor, causa mas dulces incendios. Sentòse el V.P. à la abrasadora sombra, y templado incendio de este Arbol, que por tanto tiempo avia sido el blanco de sus deseos. A imitacion de el Alma santa avia deseado, le descubriessse las sombras, en donde al medio dia apacienta, y recrea à sus ovejas: avia deseado aquel Divino Desposorio, de que fuesen indicio sus castissimos osculos, y avialo combidado alegandole, para que quisiessse venir, que *nuestro lecho està lleno de flores*: tal le parecia la Cruz, en donde estaba su Amado. Y yo tengo por muy cierto, se le cumplieron sus deseos con Jesus Crucificado, mysterioso Esposo de sangre, y que à imitaciòn de aquella misma feliz Alma pudo dezirle la del V.P. *ya me sentè à descansar en la sombra de aquel, que tanto avia deseado.*

Desde sus primeros años sobresaliò en el V.P. esta devocion: con ellos creciò ella, y con ella la ternura, y el amor hasta clavar se con el Señor en la Cruz. El Viernes fue siempre santo para el V.P. en el era mucho mas intenso el exercicio de virtudes:

Judes: desde la Dominica de Passion comenzaban los santos excessos de rigores, y ayunos tales, que, quando llegaba el Sabado Santo, parecia necessario, que resucitasse con Christo, si avia de vivir: era esto en tal grado, que por vna parte sus austeridades, vigiliass, y ayunos, por otra la vehemencia de sus afectos en la dulce contemplacion de tan dolorosos mysterios nos hazian temer su muerte, si bien por tal causa apetecible. Era esta muy frequente, y regalada materia de su alta contemplacion; porque en ella veia aquella nimia charidad, con que amò Dios à los hombres. Por esto le era muy sabroso aquel lugar, *sic Deus dilexit mundum*, y al mostrar, ò hablar de su Amor crucificado ya à solas, ya en conversaciones, ya en el Pulpito, repetia con ardientes ansias, *assi amò Dios à los hombres! assi los amò! assi! assi!* Y como el amor, con que queria pagar el amor, de quien lo amò assi, no era esteril, era palinosa la vehemencia, con que se dezia à si mismo, y à los otros en sus Sermones, *fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est*, vive conforme à aquel exemplar de Santos, que te ha sido mostrado en el Calvario. La fuerça de espiritu, la celestial eloquencia, y los dulces coloquios, con que glossaba varios lugares sagrados, no dexaban duda, de quan derretida salia su Alma de la contemplacion de estos mysterios, ni se le podian oir sin vna especial compuncion, y aliento à la virtud, como, aun callando todos, solian dezirlo las lagrimas de algunos, que corrian con aquella recatada serenidad de quien quisiera no exponerlas à la vista. Le era familiar, como tierna, la repeticion de aquellos afectos, *querens me sedisti lassus, redemisti crucem passus*, y elevando con rara ternura la voz repetia varias vezes, *tantus labor non sit casus*. Con espiritu del Cielo para alentar su esperança, y la de todos glossaba con entrañable gozo, *qui Mariam absolvesti, & latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti*. Otras vezes acogiendo à su dolorosissima Madre, le dezia, *eia, Mater Fons amoris, me sentire vim doloris fac, ut tecum lugeam*, y expresando mas sus ansias repetia muchas vezes, *fac, fac, ut ardeat cor meum*, y aqui se solia inmutar tanto, que nos parecia visible el incendio de su amor. Pero aun parecian mas vehementes sus ansias de ponerse con su Amado en la Cruz, y assi le dezia con inexplicable conato: *sancta Mater, istud agas, Crucifixo fige plagas cordi meo valide*, esto has de hazer, Señora, fixa en mi coraçon, y tambien en mi cuerpo las llagas de el Crucificado, *domine ego vixero*, porque no quiero vivir sino es crucificado con el. Aumentaba sus ternuras diciendole: mi

Aunado es blanco, y rubio, y todo amabilísimo: quanto en el vea, respira su inmenso amor: me provocan à amarlo aquella cabeça inclinada, aquellas manos estendidas, y aquel costado abierto: ha! cruel lança! à estos lugares añadia vnas paraphrasticas exposiciones tan amorosas, que aun despues al leer los lugares se renovaban los afectos, que inspiraba al dezirlas. En vn Sermón, entre otros, de Passion pintò al vivo los dolores de los azotes, de las espinas, y singularmente de la crucifixion, en que hizo vna visible expresion de aquel Dios Hombre delicadísimo, estrivando todo su natural peso en los tres clavos, que pareciò rebentar de dolor el auditorio: algunos se salieron por no poder ya sufrirlo: otros salian diziendo, *no ay valor para oír à este hombre, y mas quando predica de este punto*. El de quando en quando respiraba ya callado, ya derritiendose en coloquios de amor. Finalmente las confiadas instancias, con que pidiò al Señor, y à su dolorosa Madre, lo hiziesse partícipe de su Passion, consiguieron, segun el efecto, que lo oyese el Señor, y todos estamos persuadidos, que su intolerable interior padecer, y sus dolorosísimas enfermedades fueron singular favor del que quiso hazerlo compañero de sus passiones; porque quiso tambien hazerlo de sus consolaciones.

Y como no avia de ser así? el celestial leño de la Cruz como no avia de endulzarle sus amarguras mas, que à las saladas aguas de Mara aquel, que mostrò Dios à Moyses? El que tan de espacio se sentò à la sombra de este fértil Arbol, como no avia de comer sus frutas con el regalo de la que dezia, *que eran dulces à su paladar?* y el que con tal denuedo subió por el áspero tronco de esta palma, como no avia de coger en sus cogollos los frutos? Los favores, que este Señor le hizo, fueron de amor tan tierno, como se verá por vno, ò otro, que ya refiero. Este amor à su crucificado Señor fue el que acabò de correr el velo, para que viessemos el significado de aquellas sus escusas, *estos flatos, esta ruin cabeça*, con que por mucho tiempo escondió aun aquellos pocos favores del Cielo, que no pudo de el todo ocultar. Era ya como la media noche, y aun no avia parecido el V.P. à tomar el alimento, que solia. Atendiendo su Confesor, à quien acompañaba otro, lo oyeron en su aposento con tiernos coloquios al Crucifixo, entròse diziendole, *ea, Padre, basta ya de reñuras, y vamos à otra cosa*, à que respondiò, *Padre, dexemelo V. Reverencia gozar*. Pero, quitandole por fuerza el Crucifixo, salió como loco, y como quien se queja, se fue à la Virgen

gen de la escalera. Siguiéronlo, para que tomasse algun alimento. Pero, como si volara, se fue à vna Tribuna, en donde con la libertad de solo interrumpia sus coloquios con profundissimos suspiros. *Hasta aqui* (dixo el Confessor) *ha podido ocultar; pero ya superabundat gaudio.* Caminando al patibulo vn Reo le iba el V.P. auxiliando con coloquios à vn Crucifixo tan fervorosos, que todo el Pueblo se compungia, y mas al verle sus ojos ya tan tiernos, y su rostro tan encendido, como que anunciaba ya cercana aquella herida de la charidad, que derribándolo hizo, que lo retirassen à vn portal, en donde estuvo por espacio de dos horas, como quien muere con vida, como quien vela con sueño, y como quien en sueños dize con mal pronunciadas vazes lo que el coraçon sentia. En otra ocasion estando enfermo preguntò à vn sugeto, si amaba mucho à Dios? respondió este, *yo Padre, no sè mas, que acogerme à la llaga del costado de N. Redemptor.* Al oir esto diò el V.P. vn profundo suspiro, y se quedó extatico. Durò así algunas horas: vino el Medico, turbóse al verlo, y mas al reconocerlo sin pulsos. Contaronle el suceso, y dixo, que aquel mal no tenia mas curacion, que la del Cielo. En este estado perseverò hasta el dia siguiente por la mañana, en que buelto en si, y reconociendo la hora, y dia, en que se hallaba, se acogió à su ordinario dissimulo, de que *no avia dormido mucho, pero avia tenido muy buena noche.* Este, y otros tiros, que por su costado abierto le disparò el Amor Divino, le hazian llamar à la herida del costado *boca de fuego.* Vn Viernes Santo en la noche, haziendo vna de sus reças disciplinas, cayó no tanto del violento impulso de los golpes, quanto de la herida de la charidad. Ordenò el Padre Rector, se quedasse alli vn Hermano: luego que el V.P. pudo entenderlo, instò lo dexassen solo alegando, que ya estaba mejor de su flato. Prevaleció el orden del Superior: dissimuló el V.P. quanto pudo; pero no pudo tanto, que no reconociesse el Hermano, bolvia à enfermar de aquella amable dolencia, hasta que, siendole forçoso resollar por la herida de su coraçon, le dixo: *Hermano, me dà palabra de guardar secreto?* y ofreciendola el Hermano, le dixo: *deme acá por amor de Dios aquel Crucifixo, que rebiento de amor de mi Amor crucificado.* Y porque sus descoyuntadas manos no podian sostenerlo, reclinándolo entre su pecho, y sus braços, como su amado hazecico de myrra, començo con afectuosissimos coloquios, ya de compassion por verlo así, ya de asombro por tanto amor, ya de amor à quien tanto lo amaba, ya de esperança en

tanta bondad, ya de sagradas furias contra quien lo ofende, ya de excomuniones, y censuras contra quien no lo ama. Hasta que, rendido ya su espíritu á las violencias de su charidad, le iba faltando la voz, y con ella debil, y tarda dezia: *vida de mi alma, Alma de mi vida, Alma, y vida de mi vida, y alma: ay Amado! dexame recostado en tu costado, donde veo lo que te he costado.* Suspendiale por largos espacios, y bolvian sus ternuras hasta bolverse á quedar en el costado, y en estas alternadas suspensiones, y ternezas se pasó la noche. En vna ocasion iba á confesar vn enfermo, y al ver sobre la mesa vn Crucifixo, se quedó mirandolo, aunque sin verlo, por mas de vna hora en pie, è inmovible. Al bolver en sí començò á pasearse muy de espacio, como quien và registrando las pinturas, y dezia, *bueno est á esto, muy buenas cosas ay aqui.*

Aun queda aquel especialissimo favor del mas tierno desposorio de su Alma con su crucificado Esposo de sangre. Vn sugeto, á quien el V. P. confesaba, de especial virtud, de quien hizo gran confianza, y que le tenia ofrecido el secreto, oyò, y viò algunas de las cosas especiales de el V. P. Por guardar el ofrecido secreto, y porque no quedassen olvidadas, escribió de su mano las que pudo, y cerradas las sobreescribió al Padre Rector, que fuese en la muerte del V. P. porque juzgò, que ya entonces no debia obligarle el secreto, y con esto previno lo que temia, y sucedió, que fue morir antes, que el V. P. El sugeto fue tratado con intimidad de varias personas, cuyo autorizado dicho nos asegura, que se le debe entera fè. Entre las cosas, que le oyò, vna fue, que estandose alentando á amar á Dios, dixo el V. P. *yo sè de un sugeto, que por mucho tiempo avia deseado oscular á Christo crucificado en su Divina boca, y no se atrevió, hasta que finalmente consiguió licencia para hazerlo vn dia de la Octava del Corpus.* Y añadió, que desde entonces usaba el oscularlo en su Divina boca con frecuencia; pero con mayor respeto. Seria todo aquel, que permite la licencia de vn Alma ya desposada con aquel Señor, á quien desde entonces trataba como á su Amado. Asegura el sugeto en su papel, que quedó con entera certeza de que era el mismo V. P. Y lo confirman los extraordinarios excessos de amor, que se le observaron en vna Octava del Corpus. Tenia el V. P. con sus lagrimas, y osculos bien señalados en pies, y manos los Crucifixos, que le servian para estos afectos, y de que nos han quedado dos. Hasta aqui solo pedia al Amado aquel osculo de dulce amargura, en que postrado á sus sa-
gra-

grados ples los besaba, y los regaba con sus lagrimas, con aquella tanta porfia de San Bernardo, *nec inde surgas, prius quam audias, remittuntur tibi peccata tua*, sin cessar de besarlos, hasta que oyò, que le avian sido perdonadas sus culpas. *Inde proficere poteris ad osculum manuum*, despues subiò à besarle sus iagradas manos con el arduo osculo de vn perseverante exercicio de heroicas virtudes, que lo disponian para la sublime perfeccion, à que lo llamaba el Señor, osculandolo tambien *per igneas inspirationes*. Ya en este estado le diò aquel santo atrevimiento, *tum deum forsitan audebis ad ipsum os gloria*, para el osculo de su Divina boca, que es aquella estrechissima vnion de esposa, *quod sola, raraque experitur perfectio*, que logra sola vna rara perfeccion, quando el Señor por su sola bondad quiere elevarla à la sublime contemplacion de amor, de admirables afectos, y efectos de revelaciones, apariciones, suspensiones, extasis, jubilos, y raptos, como todo por su orden lo vimos practico en el V.P.

Su amor à Dios
Niño, y favores
de este Señor.

A la deseada sombra de este Arbol de la Cruz avia comido su dichosa Alma de sus regalados frutos hasta aquella saciedad, que dà mas hambre. Seguiafe la correspondiente bebida. Para esta inmediatamente, como al Alma santa, *introduxit me in cellam vinariam*, la introduxo su Divino Esposo à aquella bodega de sus vinos tan generosos, que con solo el olor perfectamente embriagan. Y si San Bernardo con el dulce ingenio, que suele, pensò, que el publicar el Alma santa averla entrado su Esposo en la bodega, fue, para que nadie estrañasse las cuerdas locuras, que hazia, como ebria, *amore, non vino, nisi quod amor vinum est*, de amor, no de vino, sino es ya, que el amor sea vino para estos efectos: yo tambien, para que ninguno estrañe las santas locuras del V.P. como ebrio de amor, quiero publicar, que lo entrò el Señor en la bodega de sus vinos el ternissimo Mysterio de su Encarnacion. Su amor al Niño Jesus fue tan ardiente, que lo quemaba, tan tierno, que lo derreteria, tan excesivo, que vnass vezes lo traia como loco, otras lo derribaba con sus improvisas, y violentas heridas. Fue sin duda de lo mas raro, que se lee en las Historias.

Serm. 49. in
Cant.

Puente Cantic.
2. 4. exhort.
31. & Cornel.
ibidem.

El Adviento era para el V.P. tiempo de mayores austeridades, ayunos, y retiro. Con el rezo de este tiempo se avivaban sus ansias hasta rendirlo. Al passo, que se iba acercando el alegrissimo dia del Nacimiento, iba ardiendo à mas visibles llamadas su amor. Se encerraba, quanto le era posible; porque no lo era salir, y ocultar su fuego. Las tres Missas de aquel dia so-

lian

lian durar de tres à quatro horas, y tal vez fue necesario advertirle, donde iba, para que pudiesse continuar. En vna, despues de aver conlagrado, le le oyò dezir, *por què lloras, Niño mio?* De allí à vn buen rato de suspension dixo, *Niño mio, no llores mas.* Quando hablaba con otros de su Niño, se explicaba en otros terminos, que los de su soledad. si la Virgen (dezia à vno de los Nuestros) le diera à V. Reverencia el Niño, pudiera vivir? respondió el otro, que si; y el Padre admirado, è inmutado le dixo, *con què pudiera V. Reverencia vivir? no se muriera al instante?* Dezia, que se le solia ofrecer, si yo huviera vivido en tiempo de estos Señores Jesus, Maria, y Joseph, y me huvieran acogido en su casa para servir, y hazer algunos mandadicos! Pudiera ser, que huviera logrado, que la Señora quizàs alguna vez me diera, Manuel, toma vn poquito este Niño. Y diziendole, que la Señora no se cansaba de tenerlo, respondia, *essa es la gracia, que no se cansaba, es assi; pero quizàs mientras iba à servirlo en algo, me mandara tenerlo.* Con aquel espiritu, que le hazia tenerse por jumento, dezia, quando alguno lo notaba tan atento à su Niño en el pesebre, *què he de hazer, Padre? aqui me postro como vn jumento, y adoro al Niño en el pesebre, y le pido, que, de la stima siquiera, me dè vn picnso de sì mismo, que es el granico de el Cielo, y de aquella paja, que le sirve de cama.* Solia al acabar sus cartas, quando ponderaba su extrema necesidad, añadir, y finalmente pida V. Reverencia al Niño, que, siquiera à titulo de jumento, me dexé acercar al pesebre. Este pensamiento de que al nacer el Niño tan delicado hallò tanto, que padecer en pobreza, frios, y desamparos, le era vn poderolo motivo para los rigores de su penitencia, y para el consuelo en su padecer. Y con èl alentaba à otros, como lo indican las clausulas de vna carta, en que dize assi:

„No ay fino paciencia en essas afficciones, y apreturas de cora-
 „çon, que se padecen à tiempos; porque sin duda es vn linage
 „de tribulacion, que atormenta mucho, y con que bien tolera-
 „do se merece no poco, por ser aun mas difícil el sufrirse algu-
 „nas vezes en este padecer à sì mismo, que aun el sufrir à otros.
 „El Niño Dios viene, y nace padeciendo, y es muy buena co-
 „yuntura para hazerle compaña grata en sus ojos, el que nos o-
 „tros padezcamos quando èl padece. Deseo, no obstante, que
 „este Infante Dios dilate esse coraçon, y le llene de su celestial
 „dulcedumbre, como puede; para que con jubilos espirituales
 „le celebre recién nacido V. Rerencia, à quien el mismo Niño
 „tierno, y Dios eterno guarde, como yo deseo.

En otro language hablaba, quando à sus solas se recreaba

con

con su Dios Niño. Me contentaría yo, con que supiésemos cualquiera sus autores, y favores del Niño, que tenia pintado en la cuna y a su Madre adorandolo. Al verlo en aquel reclinatorio, se exhalaba su Alma en suavidades de amor Divino. Los que entienden de él, no estrañarán las ternuras, con que trataba a su Niño, de cuya sobre excelsa magestad por otra parte temblaba, y se estremecía. Llamabale *Esposo mio*, *Amor mio*, *vida de mi alma*, *Alma de mi vida*, *luz de mis ojos*, *único centro de mis ansias*, con otras mil cosas, a las quales, porque aun no explicaban sus tiernos afectos, añadia, *Esposico mio*, *Amorcico mio*, *Corderico mio*, *Amadico mio*, &c. y adorandolo en el pesebre dezia, *allí está en su camica florida el Esposico de Amor provocando a las Almas, a que lo amen hasta quemarse en su amor*. A vn amor tan tierno, correspondiente era lo que dixo al referir aquel caso de San Luis Rey de Francia, que avisado para ver vn Niño, que apareció visible en vna Hostia consagrada, dixo, que lo creia tan firmemente, que no necesitaba de verlo. Añadió el V. P. *mucha seriedad era esta del Santo: me parece, que yo no pudiera dexar de ir a darle muchos abrazos*. A este Niño tenia señalados los pies, manos, y costado con sus lagrimas, y sus osculos. Pero, si el saber esto es mucho, por aver sido por tantos años, y con las licencias de su retiro, contentariame, con que nos dixesse sus ternuras, y regalos otro Niño, que tenia en vna pequeña estampa del Breviario, y la hizo copiar en vna laminica, que tenia en la mesa de su estudio, en que se representaba vn hermosissimo Niño flechando vn coracon. Se le oyeron amorosissimos coloquios con este Niño, en que lo llamaba ya *Amorcico cazador*, ya *Amorcico valiente*, *que con la lança matas*. Quando avia gente, no le era libre el mirarlo; porque, como si le tirara a su coracon la flecha, así caía como muerto. Y si lo que le pasó con esta estampa, y lamina aun es mucho, yo me contentaria, con que siquiera vno de los muchos Niños, que le traian, nos dixesse el purissimo amor, con que lo amaba su Alma.

Esta devocion al Niño Dios era tan publica, que, no obstante todos los posibles esfuerzos de su humildad, le embiaban de varias partes las mas primorosas imagenes del Niño, así por cevar mas el amor del V. P. como porque estando algun tiempo en su poder, les hazia creer la veneracion, que le renian, que sobre lo adorable de la imagen llevaba tambien el ser reliquia de vn Santo. Lo vehemente de su amor lo arrebatava tanto, que no advertia, que el embiarfe los era, para que bolviessen tocados

dos de sus manos, y labios. Fue en tanto grado esta común persuasión, que todos juzgaron, se le debía poner al retrato de el V.P. el Niño Dios como divisa, y sello en sus brazos, y en su corazón, como de hecho se hizo en las laminas, que se le han abierto, para exprellar sus ternísimos afectos à aquel Señor, cuya amorosa beneficencia quiso aparecer en la atractiva forma de Niño hermoso sobre los hijos de los hombres. Derretido su espíritu con aquella dulce jaculatoria de la amarga myrra, *fasciculus myrrha dilectus meus mihi*, lo estrechaba entre sus brazos, y corazón de suerte, que le descomponia los vestidos, y solia maltratar la imagen, así como antes en los coloquios con el Santo Crucifijo solia afloxarle los clavos, y descomponerle la corona con los abrazos. Mostrando à vn Hermano nuestro vn bellissimo Niño, le dixo: *mire, qué belleza del Cielo! mire, qué hermosura esta! dele vn abraço*. El Hermano con grande encogimiento lo abrazò, y el V.P. *miren, que blandura*, le dixo, *demelo acá*, y lo abrazò de modo, que le quebrò la cuna. Por esto solian dezir por gracia, y como quien riendo riñe, que ya no le avian de embiar mas el Niño al Padre Padial; porque lo bolvia descompuesto, y maltratado. No obstante lo bolvian à embiar contentandose con prevenir, que no se lo dexassen à solas; pero nada bastaba. Este ternísimos afecto, *haz ecico de myrra es mi Amado para mi*, le arrebatava toda el Alma, y muchas vezes con la licencia de imaginarse solo lo vieron, y oyeron mil ternuras, hijas propias de quien avia bebido amor hasta la embriaguez de charíssima Esposa. Començaba llamandole manojito de myrra, que tomò para sí las amarguras, y me diò à mi los regalos. Añadía, haziendole mil caricias, *mi Amado para mi*, y *yo para él: yo para mi Amado*, y *mi Amado para mi*. Ya lo convidaba à su huerto para coger frutas, ya à que se saliesse al campo para divertirlo en las Granjas. Con estos afectos se encendia tanto su amor, que ya embriagado lo passeaba entre sus brazos, vnas vezes con el tiento de quien queria dormirlo, otras con la priessa, y movimientos de quien queria despertarlo. Parecia oírle aquel convite à que le canten, *fac me audire vocem tuam*, no solo predicando, no solo trabajando, sino es tambien *psallendo*, cantando. Cantabale varios Psalmos, y Hymnos, le componia varias coplas, ya como para que se durmiesse, ya como para que despertasse, y ya como para entretenerlo. Y tal vez con vna voz, cuya melodia no quiso parecer humana. Estas, y otras poesias à la Virgen, al Crucifijo, al Santísimo, y à varios Santos, muy

ajustadas al arte, tan llenas de cultura, y de ingenio, como de piedad, y de amor, supimos averlas hecho: pero, pues no han parecido, muchas serian sin duda parte de aquellos incienso, de que en sus sacrificios usaba su humildad. Así le cantaba esta dulce *Philomela*, como à San Basilio llamó el Nyseno, à imitacion de aquellos, que con modos musicos entonan *carmina Scripturarum*, sagrados versos, y canciones, cuyo numeroso metro respira con mas suavidad el amor à aquel Dios nuestro, que en su Encarnacion, como tiernamente pensò San Agustin, se hizo Plalterio, y Cithara, y tambien el Musico, que lo canta, y el Citharista, que la toca, para provocarnos à amarlo, y de ài, *ut carmen Deo nostro concinamus alacrius*, para que cantemos al Señor con mas gozo. Y para que se vea, que aquel Señor mismo, *qui dat carmina in nocte*, como se dize en Job, que en la noche de sus obscuridades hazia amanecer el dia de las visitas, era quien le inspiraba el numen, con que hazia los versos à su Amado, referiré vnos, que se libraron del sacrificio por la piedad de vn devoto, que logró hurrarcelos con disimulo; y los hizo con esta ocasion. Avianle traído vn hermoso Niño, cuyo amor lo traía delatinado. Passados algunos dias, le dieron de la casa este recatido, *mi Señor, que si puede V. Paternidad darme el Niño?* y como le era tan duro el darlo, le compuso estos versos.

*Apud Cornel.
Eccl. 44. 5.*

In Psal. 56. 6.

Darte, ò Dueño mio,
No puedo, porque
Solo puedo darte
A mas no poder.
Dime, tierno Infante,
Este ques, y ques:
Qué es dar lo q quiero,
Y dar sin querer?
Sin tu vista muero,
Con ella tambien,
Con ella por dulce,
Sin ella por hiel.
Dime algun remedio
En tal padecer:
No quieres? aguarda,
Yo te lo diré.
Lo amargo, y lo dulce
Mezclar será bien,

El irte, y quedarte
Mi remedio es.
Allà vá mi Alma
Robada, y no sé,
Como roba el Dueño
Lo que suyo es.
Quedate mi Niño,
O me enojaré:
En fin quieres irte?
Pues ya me enojé.
Vete en hora buena,
Si tu gusto es,
Vete, y acá buelvas
En passando ayer.
Vete, pero mira,
Yo me vengaré,
Antes que te vayas
Diziendore, que es

136.

Tu frente vn espejo,
Tu cara vn clavel,
Tus ojos dos rayos,
Tu boca vna miel.
Tus brazos cadenas,
Grilletes tus pies,
Tus manos esposas,
Et tu Sponsus es.

Enciendes, y abrasas,
Quanto quieres bi en:
Fuego de Dios, Niño,
Si das en querer.
A Dios, mi Querido,
Mi Dueño, mi Bien,
Mi centro, y descanso,
Que ya me vengue.

Pascerat. lib. 8.
Epigram. 72.

El culto en la Poesia hallará aqui ser verdad, *amorem ipsam esse Poetam, & Poetas facere*, que el amor es el Poeta, y que haze Poetas. El que buscare ingeniosidades, aqui las hallará bien sutiles, y bien abultadas. Y el que gustare de afectos, aqui hallará los mastiernos del fino amor.

Cornel. Prov. 8.
31.

En los singulares favores, que la sabiduria encarnada, el Niño Dios, hizo a este amante Siervo suyo, se explicò aquel especial sentido, en que dixo, como observan graves Interpretes, *alludens ad pueros, quorum proprium opus est ludere*, que estaba jugando en el mundo, y que tenia sus delicias con los hombres. Estos regalos del Niño lo traian como ebrio, y lo arrojaban a aquellos santos atrevimientos, de que el Señor San Francisco echaba la culpa al mismo Señor, *culpa tua est quidquid victus amore gero*, y aun santificaba sus amorosas locuras con el exemplo del mismo Señor hecho hombre, que *vencido de el amor jugaba, ceu ebrius per orbem*: y si pareció (dezia el Seraphico Padre al Señor) averte quitado a ti el juicio el amor, que mucho me haga a mi loco? *Qui me desipere impulit, hic mentem eripuit tibi*. Y para llenar mas el tierno significado de amor tan excesivo, *ludo ridens, & ridere faciens*, parecia, que el Niño se ponía a jugar con el V.P. ya riyendose con él, y ya haziendole reir, como se verá en algunos de los pocos sucesos, que se han podido descubrir.

Luc. Evading.
in opusc. S. Francis-
cis, lib. 3.

Vatab. ibi. Bay-
pus ibi.

Eran tan vehementes, y aun violentos estos afectos, que estando malo ordenò por remedio el Medico, se le quitasse vn Niño, con cuyo ardiente amor se le aumentaba la fiebre: y se viò el efecto en la pronta recuperacion de la salud. En vna ocasion començando a hablar de el amor Divino, se le encendió el rostro, se arrebatò, e inmobiles los ojos, abriendo los brazos dezia, *ven acá, Amor mio, Esposico mio, vente, vente acá*, y con algunas suspensiones alternaba la repeticion de estas ternezas. Quien lo viò, no dudò tenía al Niño presente. Otra vez oyò cantar vnas coplas, que pintaban al Niño llorando en el pesebre por la inclemencia del tiempo, y al oír, *ay Dios! que derraman perlas, ay Dios!*

Dios! quien las cogerà? se inflamò todo, y como si para apagar las llamas de la charidad bastàran las pocas aguas de sus lagrimas, que tambien ardian, se le bañaron los ojos, y se quedò, como estatua, mucho tiempo, sin atreverse nadie à despertarlo, hasta que quiso el que lo dormia. Mirando à vn Niño Jesus se quedò en pie del todo inmutable por mas de vna hora, y al bolver dixo, *ando muy salto de sueño, no ay que estrañar.* Pero, si de semejantes sucesos me huviera de hazer cargo, seria demasiadamente prolixa su narracion; porque casi siempre, que iba à algun ministerio, le traian algun Niño, con el qual vnas vezes extratico se le passaban las horas: otras languido, parecia morir-se: otras como loco ya se passeaba, ya se paraba, ya lo abraçaba, ya le dezia mil cariños, ya arrodillado le pedia gracias, y las repartia el Señor largamente en la devocion de los que veian este admirable espectáculo, como ellos mismos lo afirman. Passo pues à vno, ò otro mas notable.

Traxeronle vna Imagen de la Virgen, diziendole era mas hermosa, que la del V.P. Miròla, y dixo, *muy linda es, y con gran comitiva de Angeles: pero no ven alli aquel prodigio, aquel portentoso, aquel milagro de amor, aquel Niño tan grande, y que toma el pecho? Ay Amores mios! ay Amores mios, Jesus, y Maria!* y se quedò aborrito por tanto tiempo, y con accidentes tan estraños, que à no ser ya conocidos, huvieran puesto en mayor cuydado. Saliò vna tarde, desde luego reconociò el compañero en sus movimientos, y prietas, algun especial impulso: confirmòse al oirle ciertas palabras amorosas, y al verlo entrar por vnas calles, y salir por otras bolviendose à las primeras, y rodeando las ya andadas con mas gusto, que descanso de el V.P. y con mas res- pero, que queexas de el compañero. Así anduvo toda la tarde por calles, y plazuelas de la Ciudad, no sè, si como la otra, buscando à su Amado, ò siguiendolo arrastrado de sus fragancias; porque solo se le oyò al bolver à si, y à casa, *este Niño, este Niño.* Tenia licencia para ir à tomar sus sopas al Refectorio, despues que ya todos avian comido, en donde à sus solas hazia de la mesa Altar para varios sacrificios. En vna ocasion parece, quiso el Niño para si las sopas del V.P. pues no bien sentado, comen- çò à hablar así: *pues Niño mio, què ay aora? què te he hecho yo? por què te vas? pues me irè yo tambien,* y saliò como sin tino hablando entre si, y apresurado por seguir, ò alcançar à su Niño, y en esto parò la comida de aquel dia. Entre muchos abrazos, y ternezas à vn Niño se arrebatò por tantas horas, que por ser ya

tan tarde quisieron bolverlo en sí quitandole el Niño. Advirtiòlo en aquel modo, que suele vn ebrio, y exclamò quexandose de los que se lo quitaban. Al levantarse se cayò, fue necesario llevarlo muy de espacio, y arrimado à la pared: en el camino encontrò à vn muchacho, que de casa de su Amo solia traerle el Niño, y le dixo: *Juanico, dile al Niño, que què razon ay para ponerme assi?* Tan visible era la enfermedad de su amor, que no era menester embiarla à dezir, sino solo à preguntarle el motivo. Entrò en la Parroquial de la Magdalena à adorar (como solia) su bellissimo Niño. En su adoracion gastò arrodillado buena parte de la tarde, hasta que, dada ya la oracion, se llegó el Beneficiado con otro Ministro de aquella Iglesia, por ver en que paraba la extatica oracion del Padre Padiàl. Dixerónle, que era ya hora de cerrar la Iglesia, y levantandole el V.P. exclamò: *què Niño tan hermoso!* Y bolviendose à los presentes dixo: *con licencia de V. mds. me despedirè de mi querido.* Y sin aguardarla, porque ya debia de tenerla de su Amado, diziendo, y haziendo le diò vn osculo en la frente con tanto asombro de los circunstantes, que no les quedò sentido para advertir, si aquello avia sido baxandose el Niño al Padre, ò subiendose el Padre al Niño: porque segun la altura, en que estaba su Magestad, no era naturalmente possible alcançar à tocarle desde el suelo. Pero, como lo vieron, dicen, que estan prontos à jurar, que, ò baxò el Niño, ò subió el Padre, aunque su estupor, y lo imprevisto del calo no les dexò distinguir, de qual de los dos modos fue. Otro sugeto, que està tambien pronto à jurarlo asegura, que deséo ò de observar por sí algo de tanto, como oia del V.P. vino à nuestro Colegio, y puesto por donde solia ir à su aposento, lo viò à lo lexos venir solo hablando, ponerse la mano en el rostro como para ocultarlo (accion muy propria suya) sonriendose, ya como deteniendose, ya passandose de vna hazera à otra, como quien se encuentra con algo, que le impide el camino. Disculpa tuviera en dudar, si el V.P. avia perdido el juizio, hasta q̄ acercádose mas huviera visto, que podia dezir el V.P. lo del Señor San Francisco, *mentis inops sum? amor est qui facit esse inopem*, si estoy loco, el amor lo haze. Ya mas cerca pudo distinguir la risa del V.P. y oir que dezia, *apartate, Niño, no he de passar?* y proseguia sonriendose, *por donde he de ir, si no me dexas?* y otras semejantes expresiones, que no le dexaron duda, de que el Niño con la gracia de ponerse delante era la causa de detenerse el V.P. de retirarse ya à vn lado, ya à otro, y haziendo-

Vbi supra.

ziendole reir, se reiria tambien el Divino Niño, para que fuese verdad, que *juega riendose, y haziendo reir.*

Si en el lecho *umbroso* de la Cruz, y en el florido del pesebre, donde solo encontraba vna imagen muerta de su Amado, encontró su bendita Alma tales delicias de Esposa, qué seria en el blandísimo de la Eucharistia, donde encontraba al Esposo mismo? Aqui si, que pudo dezir, que su coraçon, y aun su misma carne se alegraron en Dios vivo. Aqui fue, donde gozó en sí mismo los datiles de la Palma, y los razimos de la Vid. Aqui, donde bebió en sí mismos los arroyos mas puros, y mas caudalosos Rios de las aguas vivas. Este pequeño lecho de Salomon rodeado de los fuertes de Israel los Angeles, y los hombres, que lo adoran, fue tambien el de su descanso. Esta dorada Carroza de la Eucharistia, en que respirando charidad se dexa ver el Esposo de las Almas, le robò del todo la fuya. Este real combite, prenda de que ya se acercan las nupcias del Cordero, fue, donde su feliz Alma preparandose como Esposa, comió de el Panal de miel hasta aquella hatura hambrienta, y bebió del vino mezclado con leche hasta la sedienta embriaguez. Aqui, donde su Esposo blanco, y rubio con los accidentes del pan, y el vino fue el emblema del amor, que lo transformò en su Amado. Y aqui finalmente, donde se derritiò su Alma al oirlo, que la llamaba escondido entre cancelles, y celojias, como quien al tiempo mismo que observa, se quiere hazer desear: hasta que rompiendo cancelles, y celojias se le descubrió, y la dexò entrar hasta la mas estrecha vnion, como iremos viendo.

Su amor à Christo Sacramentado, y favores de este Señor.

Si à los antecedentes mysterios tenia ciertos tiempos destinados para mayor exercicio de virtudes, su Sacramentado Corderico (que así lo llamaba) era el empleo de todo el año. *Vxor Agni preparavit se*, la practica de sus heroicas virtudes era vna continua preparacion para el castísimo desposorio con el Cordero. El Santo Sacrificio de la Misa era todo el consuelo de sus aflicciones. Las ansias, con que lo deseaba, se vieron bien, no tanto en no poderse reducir à omitirlo, ni aun por el titulo de reverencia, quanto en que algunos años lo ofreció indefectiblemente todos los dias, aun estando tan lleno de llagas en pies, y brazos, que ni andar podia, ni arrodillarse, ni alçar los brazos, ni apenas moverse. Pero todos estos imposibles lo vencía su amor, que à las vezes lo dexaba incapaz de sentir el martyrio de estar tanto tiempo en pie, sin fuerças, llagado, con vehementes dolores, que en lo delicado de las articulaciones ha-

hazian mas vivos sus sentimientos. Por no poderse ceñir al espacio de no mucho mas de media hora, pidió, hasta obtener dispensación de la Regla, para mas tiempo, que regularmente era cerca de vna hora, y muchos dias, y no pocas temporadas mucho mas, singularmente quando era en alguna capilla interior; y era siempre que podia. De las ternuras de su devocion eran fieles testigos sus frequentes lagrimas, por otra parte difíciles. Sus éxtasis no solo eran casi quotidianos, sino es muchas vezes repetidos. Quando bolvia en sí, necesitaba de especial reflexion para advertir en lo que estaba, y varias vezes fue necesario dezirselo. En estos éxtasis se le oyeron varios afectos, como, *Señor, te he de beber toda la sangre: Niño mio, esto ha de ser, no nos cansemos, que ha de ser*. Y aunque ordinariamente al hincar la rodilla era extraordinaria la profundidad, y detencion de su reverencia; pero muchas vezes pareció extático en aquella adoracion, que tal vez duró como vn quarto de hora. Al acabar de tomar el *sanguis* era frecuente quedarse del todo inmóvil como vn quarto de hora, y bolver luego sin saber como, ni que avia de hazer. Quando ya le fue imposible dezirla, baxaba à oír muchas, y comulgar todos los dias. Postrado ya en la cama, siempre, que pudo, logró algun sitio de la enfermeria, en que oír Missa, y comulgar todos los dias: en que se le observaban afectos, y raptos semejantes à los ya dichos. Por no perder este consuelo pidió con aquella humildad, que todo lo conseguia, que lo dexassen en el invierno en la enfermeria baxa, sin reparar ni en la destemplança del tiempo, ni en lo incommodo del sitio tan obscuro, qué muchas vezes, ni aun de dia pudo rezar sin candil. Pero todo era menos, que privarse de su *Sacramentado Corderico*. Quando salia de Casa, parecia dezirselo el Señor, segun luego se aparecia, donde estaba Dios manifestó. Allí en vn rincón de rodillas se le passaban las horas tan inmóvil, como ordinariamente extático. Varias vezes se bolvia à Casa sin aver atendido à otro negocio, sino es siendo muy urgente. Bolvia à continuar sus coloquios; pues al salir, y mas al bolver à Casa se arrodillaba por vn gran rato al Señor Sacramentado, à quien por Tribunas, Coro, y Sacristia pagaba tantas visitas, que bien se dexaba entender la frecuencia, con que las recibia de el mismo Señor. Pero extraordinariamente se aumentaba todo en obsequio de su Sacramentado Esposo desde Resurreccion hasta passada la Octava de el Corpus. En esta siempre, que sus ministerios lo permitian, se iba à la Cathedral,

porque la magnificencia, la magestad, y la devocion, con que veia alli adorado à su Señor, era tal, que el gozo lo inflamaba, y alli en su rincón extatico gozaba los estrechos abrazos de su Esposo. Ya se sabia, que en estas ocasiones eran mas vehementes sus cuerdas locuras. Aqui fue, donde logró la licencia para aquel inmediato osculo *oris sui* tan ansiado de las almas, que elcoge para esposas charissimas.

Aunque por ser tan continuos los favores, que de este Señor recibió, pudiera bastar lo dicho ya en general, tocaré no obstante algunos de los que nos fueron mas notorios. Saliendo con capa à encerrar el Santissimo, al ocultarlo con la cortina se le descubrió tanto, que se quedó extatico. Fuese la Comunidad, y advirtiendolo los de la Iglesia se acercaban con aquel recato de quien quiere ver, y lo detiene el respeto. Así estuvo mucho tiempo, hasta que no bien oyendo, que lo reparaba la gente, solo cayendose pudo levantar. En vna de las Missas de Navidad gastó media hora diziendo con breves interrupciones, *Amor mio, Amor mio*. Ya estaba observado, que despues de la Misa, ó Comunión eran mas vehementes sus suspiros, y tanto el fuego, que arrojaba de sí, que era perceptible à los que andaban por allí: tal vez lleno de este gozo saliendo à la Iglesia dixo à vna penitente suya, *vaya en todo caso, y comulgue*, orden muy nuevo en quien solo con dificultad, y especiales motivos daba licencia para extraordinarias Comuniones. Al revestirse para decir Misa fue muchas vezes necessario bolverlo à desnudar, hasta que bolviessse en sí. Era frecuente despues de alçar levantarse por delante la casulla, y con profundissimos suspiros repetir, *me abraço, Amada mio, Esposo mio*: lo que no pudo ocultar à los ayudantes. Avia predicado en el observantissimo Convento de Madres Capuchinas vn Sermon de la Gloria; en él se afervorizó tanto al acabar, diziendo, que este augustissimo Sacramento es prenda de essa Gloria, que fue menester baxarlo del Pulpito, y llevandolo à vn confessorio, estuvo mucho tiempo como muerto. Pero discurriendo la Madre Abadesa, que el mismo, que mata, vivifica, le dixo, *Padre, mire, osted, que lindo es aquel Señor, que está en el Sagrario!* Y el Padre al instante, *calla, osted, Madre, que esse es el que me mata*. Despues de algun tiempo con agua fria se templó algo. En este mismo Santuario avia platicado à la Comunidad. Despidióse brevemente; porque ya presentia la accession. Vinose con tal priessa, y modo, que bien se reconoció el accidente. Al entrar en Casa

dexòle en la Porteria el manteo, y corriendo se fue al Sagrario, y abrazandose de el, como pudo, començò à dezir sus afectos, ay! *Amado mio, Amor mio, Corderico mio, vida de mi alma*, y otras mil cosas, con que por mucho tiempo se estuvo desahogando del amor, en que se ardia. Le era ordinario irse à vn sitio de la Sacristia obscuro, donde tenia cerca, y à la vista à su Señor, y logrando la libertad de imaginarse solo, solia salir repentinamente corriendo, y como saltando à regalarle con su Esposo, ya cantandole, ya diziendole sus ordinarios afectos, en que algunas vezes fue visto, y oydo de algunos, que ocultos en vna Tribuna reprehendieron con su aprecio, y admiracion la ligeteza, con q̃ Michol desde su ventana se burlaba del fervoroso David, que baylaba delante del Arca del Señor. Era de sus mas frequentados sitios vna Tribuna muy inmediata à su aposento, y que dà vista al Sagrario, donde le eran muy dulces los coloquios, con que templaba las amarguras de vivir, y ordinariamente paraban en llevarsele su Amado. De las muchas vezes, que lo vimos, fueron mas observadas dos, en que ya bien entrada la noche lo viò vno de los Nuestros las rodillas en el suelo puestas ante el pecho las manos, el cuerpo sin arrimo alguno y yorán inmoble, que para parecerse mas à vna estatua, ni aun la respiracion observada se le percebia; porque, aunque estaba allí el Alma, estaba en el Sagrario su vida. Quatro horas lo dexò su piadosa curiosidad por ver el fin: pero pareciendole no tenerlo, se retirò. Bolviò la noche siguiente, encontró el mismo espectáculo, hizo las mismas experiencias, aguardò otras tantas horas, y finalmente se lo dexò en aquel soslegado sueño de sentidos, y sabrosa vigilia del Alma. Noticia fue esta para nosotros muy gustosa, pero no impensada; porque sabiamos, que en poco se diferenciaban estas noches de las otras, fuera de la fortuna de verlo. Diziendo Misa en la Capilla nuestra de Jesus Nazareno, lo vieron levantado del suelo despues de alçar. Sugero digno de toda fe assegura, que temeroso, no fuesse illusion de su vista, se acercò, quanto pudo, aplicò la vista, y por largo espacio estuvo distinguiendo claramente por debaxo de los pies del V.P. buena parte del frontal, y el Padre tan en alto, que sin bajar mucho no pudiera bien proseguir el Sacrificio. Bastante me he detenido (para dezirlo assi) en el Arrio, y en el Templo: sigámoslo ya al *Sancta sanctorum* de la Divinidad en si misma, à donde por estas puertas lo introducía su Amado.

*En ardentissimo
amor de Dios.*

Quiso el Señor hazer en el V.P. vna de sus sensibles de-
monf-

mostraciones, de que es *fuego abrasador*, y de que las lamparas de la Charidad son lamparas de fuego, y de llamas. Segun las *asquas*, que del Altar ponía el Señor en el incensario de su Alma, muy gratos le eran los perfumes, en que se exalaba su corazón. Segun las flechas, que à él le tiraba, grande era el gusto, que tenía en oirlo quexarse de sus heridas. Vimos en el V. P. muchos de aquellos intimos, finos, tiernos, y violentos efectos de amor Divino, que se leen de los Santos, y nos enseñan los Mysticos. No pocos he insinuado: más quedan: diré algunos.

Avianle prohibido los Medicos el agua de nieve por parecerles contraria al accidente de pecho; pero la experiencia enseñò, que ya bebiendola, ya aplicandola por defuera, se templaban aquellos incendios, con que se le ardia el corazón, y que salían por el rostro en llamas, y por la boca en suspiros, y ternezas de charidad. Hablando de el amor Divino con vno de los Nuestros, començò à passearse por el aposento, avivò el passo, echò à correr, y dezía, *me quemo, me abraço*, y algo reparado le dixo, *V. Reverencia perdone, que, sobre simple, aora he dado en loco*. Esta dulcissima hoguera le hazia, que allà en su retiro respirara con tan frequentes, y vivos suspiros, que se percebian acá fuera. Con las alas de este amor no solo su espíritu, tambien su cuerpo volaba. Por mas solemne me contentaré aora con lo que le sucedió delante del Illustrissimo Señor Don Martin de Ascargorta de santa, y tierna memoria, y que con otros Familiares de su Illustrissima lo depone, como testigo de vista, vno de los Señores Canonigos del Sacro Monte. Reparò la Familia, que la visita del V. P. duraba mas, que solia: observaron vn profundo silencio en ella: assomaronse à reconocer algo, y vieron à el V. P. en la misma forma, con que estaba antes sentado, elevado aora en medio del ayre algunas varas del suelo, en el Cielo los ojos, y todo inflamado: vieron al Señor Arçobispo atonito, y que con la vista iba siguiendo à *su Santo Padre Padial*, que se le iba al Cielo. Quando començasse aquel humilde dibujo de la Ascension, no lo supieron: pero si, que durò despues mucho, hasta que baxandose serenamente à la silla, y buelto en sí sin hablar palabra, como avergonçado se huyó. Los criados de su Illustrissima, aunque ocupados del pasino, advirtieron, que el rostro encendido de su Amo era la vnica lengua, que por entonces tenía desembargada, y con que les mandaba, lo dexassen solo con su admiracion, y su piedad. A vn gran ruydo, que se oyò en su aposento entraron algunos, y lo vieron tan inquie-

to como las llamas, que parecia arrojar por su rostro: tiraba de la ropa del pecho, como para descubrir el coraçon, y acordandole su modestia, respondiò: *ya estoy cansado de sufrir, y dissimular: no puedo mas, no puedo mas: me quemo, me abraço.* Con el pretexto de alguna vncion, ò de componerle la ropa observaba el Enfermero vna elevacion estraña sobre el sitio del coraçon, y tan ardiente, que aun por cima de la ropa quemaba. Esto le hazia dezir, *me quemo, me abraço, Amor de mi alma, Alma de mi vida, Señor mio, y Esposo mio, mirabiliter me crucias: si te vas, me muero por ti, si vienes, me quemo contigo. Qué he de hazer, Amor mio? qué he de hazer? vete, para que no viva, y vente, para que me muera.* Esta fineza de su charidad lo hizo como aquella hacha simbolo del amor, à quien hizieron dezir, *me procul ipse liquat, me propè corret amor.* Quando buuelto en sí sospechaba aver hecho algunas de estas santas locuras, dezia, *Hermano, perdone por Dios, que esta cabeça està mala, estoy como calamocano, y estos accidentes me tienen sin sentido.* Pero ya entendiamos el language, que estava ebrius planè, *sed vino novo.* Hallòlo extatico el Enfermero: llamòlo, y respondia, Amor: preguntòle, si queria algo? la respuesta era, Amor: añadiò el Enfermero, tenia, que hazer, y se iba: repetia el Padre, Amor. Hablòle varias cosas, y el V.P. en todo, menos en la lengua, inmoble, como estatua, à todo respondia, Amor, y Amor repetia, y con su Amor se quedò; porque el Enfermero se fue discurrendo, que, si el Amor era su enfermedad, tambien seria su Enfermero. Dexòselo diziendo Amor, y comprobando aquella verdad, *sicor Divino abundat amore, nil loquitur, nisi amorem.*

Apud Carnel.
Prov. 6. 27.

D. Bernard. 47.
Cant.

Puente, lib. 6.
Exhort. 4. §. 1.

79. in Cant.

Con algunos de sus Penitentes, de quienes hazia mayor confianza, en quienes veia mas fruto, y à quienes obligaba al silencio (como si con su natural Theologia no se saliesfen de la obligacion) solia desahogarse algo, pidiéndoles antes licencia, y perdon; porque ya no podia sufrir mas. Como ya la entendian, les hablaba en aquella lengua propia de el Amor, de la que dixo San Bernardo, *quæ barbara est non amanti*, que para el que no ama es estrangera, no la entiende, la tiene ya por rustica, ya por descortès, y ya por atrevida. De aqui nos vinieron, sin pensarlo el Padre, buenas centellas indicios de los rayos, que se fraguaban en su Alma. Solia pues todo tan inmutado, y con aquella especie de desatino de quien ya poco advierte, y no repara mucho, dezirles con impetuoso conato: *trae esse Alma consumida de amor de Dios? Siente derretirse en amor de mi Querido? Siente penetrarse hasta las medulas de este amor ya insufrible? Esta siem-*

pre, y actualmente amando à Dios? Siente, ò sueña, que vn Seraphin le està traspasando el coraçon con una flecha? Y solia cerrar sus preguntas con estos deseos, ò! si nos murieramos de amor de Dios! Como su capáz Alma estaba tan derretida, no le faltaba materia liquida, de que fundir en este molde otros bien parecidos afectos. No dudaban, que aquellas preguntas eran afirmaciones de lo que passaba en su Alma. Pero, para que la certeza fuesse mayor, permitió el Cielo, que tal vez atropellasse su Amor à su humildad. Al verlo suspenso solian preguntarle algo; alguna vez respondió, *dexeme amar, y ame al Amado de mi alma*. Preguntò el V.P. *tiene esse alma como endiosada?* y respondiendo, que no; replicò el Padre, *pues yo sí, pues yo sí*. Y no es nuevo, que estè *per unionem cum ipso quasi deificata*. Otras vezes dezia, *yo estoy loco, quiere dexarme dar gritos, para que todos lo amen?* No me diga nada, que todo me es intolerable, sino el amar. Todas las criaturas me embisten, y yo no quiero mas, que amar à mi Amado. O! exclamàra yo con San Bernardo, ò! *præceptum Amoris, quicatera fastidis, te contentus!* ò precipitado amor, tan pagado de ti mismo, que todo lo demás te enfada!

Puente suprà

79. in Cant.

Este le hazia à las vezes precipitarse; porque lo embestia con tan suave violencia, que sin reparar, ni donde estaba, ni quien lo oía, le obligaba à exclamar en aquel su idioma barbaro à quien no ama. Iba por vn quarto del Colegio à manera de loco, el rostro como vn volcan, y tirandose de la ropa, que tenia sobre el coraçon, daba voces, *este Dios, que està algunas vezes insufrible: este Amor, que se haze intolerable*. Otro dia de San Juan de Dios, de quien era muy devoto, dezia à gritos: *ay quien ame à Dios con toda su alma? ay quien ame al Amado con todas sus fuerzas!* Otra vez extraordinariamente alegre, se le oyò, *que he de ser Bienaventurado! que tengo de verte! que te he de gozar! que intimamente te he de amar! que abrazos tan estrechos tengo de darte!* De hoguera tan ardiente muy perceptible avia de ser el calor. Al desnudarse los ornamentos Sagrados parecian aver estado al fuego. Quando daba aquellos vehementes suspiros, salia la respiracion quemando. Sugeto de la primera authoridad asseguraba, que dandole el V.P. con vn placeme vn abrazo, diziendole, que lo agradeciesse à Dios, que le avia hecho aquella gracia, sintiò tanto ardor, que le parecia ser de fuego el V.P. y tanto mas se admirò, quanto reparò al abrazarlo, que no tocaba mas, que hueffos. Pero tambien à los hueffos sabe Dios embiar este fuego. Una Religiosa (y no sola) afirma, que diziendole el V.P. no

se abraza en amor de Dios? no se le quema el coraçon, y los huesos? diò vno de aquellos sus suspiros, y lintiò la Religiosa tanto calor en su alma, y aun en sus huesos, que no dudò del mucho, que arrojaba de sí el V.P.

Dexo el referir otros muchos semejantes sucesos; pues suplirá abundantemente por todos vna carta del mismo V.P. que no ha menester mas glosa, sino advertir, que, aunque la escribió à vn intimo confidente suyo, y de aquellos, en quienes está fin sústo el secreto, la escribió aquel, que con tan verdadero empeño quiso parecer no hombre, sino gusano de la tierra. Yo no sé, quien le cortò la pluma, ni en que tinta la mojò, ni quien le dictò la carta, lo que sé, es, que la escribió vn dia de la Pasqua „ del Espiritu Santo, y dize así: Yo me consumo vivo en inexplicables ansias de Dios con vn sentimiento tan delicado, y „ penetrante, que casi imperceptiblemente, pero con grande „ fuerça llega, y llega hasta las mas intimas medulas, y profun- „ do centro de mi alma con vn sosiego tan dulcemente penoso, „ y tan lastimosamente dulce, que al passo, y peso de lo intole- „ rable participa, y tiene lo apetecible. O Dios, Amor, Aman- „ te, y Amado de mi alma! qué hazes, que no me deshazes? O „ fuego todo Divino, todo puro, todo, todo, y sin el qual todo „ es nada, si eres en la verdad consumidor, porqué total, y en- „ teramente no me derrites? Si la razon es la sinrazon, con que „ mi coraçon no es de blanda cera, sino de duro bronce, te res- „ ponderè, mi insufrible Dueño, que tu actividad es infinita, „ y mi resistencia, aunque resistencia de bronce, es limitada. „ Ahora pues enseñame, porque no lo alcanço yo, si ay alguna „ instancia à esta mi respuesta: y en el interin, que lo ignoro, „ es precissamente forçoso, que te dè gritos en vn altísimo si- „ lencio, diziendote, que, pues tu actividad es toda infinita, „ atropelle sin falta, ni detencion alguna quanto huviere de „ impedimentos, y resistencia en mi coraçon; pues son impe- „ dimentos, y resistencia, aunque muchos, y mucha, limita- „ dos, y limitada. O N. tenga lastima grande de este pobre- „ cillo desterrado. Oyga al abrasado Agustino: *da amantem, & sensit, quod dico, da desiderantem, atque sitientem, & fontem aterna Patria suspirantem; da talem, & scit, quid dicam, si autem frigido loquor, nescit, quid loquor.*

Sus deseos de morir.

Este intimo amor Divino, que le hazia, no ya arder, sino es quemarse en ansias de no ofender, y en nada, en nada desagradar à su Amado, y de amarlo mas, y mas, era el motivo, que causaba las

las mismas ansias por morirle. Este deseo siempre mayor, que quanto yo pueda dezir, fue el que mas facilmente le podimos entender; porque tan frequente era en expresar estos deseos, como diligente en ocultar sus motivos. Sabiamos, que eran estos dos, *assegurarse de no ofenderlo, y saciarse con mayor hambre de amarlo*. Pero el los vestia de otro trage diziendo, que estaba cansado de vivir, que en este mundo no avia mas, que amarguras. Le era familiar el dezir, *què mundo tan immundo! què vida tan muerta! què muerte tan viva! à esto le llaman vida?* Oyendo el doble por vno de los Nuestros exclamò: *bendito sea Dios, que le concediò tal dicha: y aqui no ay forma*. Embiaron de fuera à saber de su salud, porque corriò estar oleado: y dixo el V. P. oleado? *ò utinam hic, & nunc!* Lamentabase de que muriendo tantos, no le alcançaba à el. *Que no aya para mi, dezia, un accidenton de aquellos, que en pocas horas despachan!* Para consolarlo foliamos dezirle, *Padre, poco puede durar esto: y al punto respondia, poco es? gracias à Dios*. Dezialo, porque cada dia le parecia vn figlo, y no acertaba à entender, como fuesse poco, si era vivir acá. Otras vezes diziendole, que finalmente *in domum Domini ibimus*: respondia, *no Padre, no ibimus, sino imus, camus statim, statim: no oyga yo, irèmos, sino es, vamos, ojalà sea al instante!* Mientras mas contagiosos eran los accidentes de los enfermos, à que asistia, mas se arrimaba, porque le parecia ser conveniente para el oydo, y consuelo del enfermo, y dezia, *no, no se me pegará, que hasta la muerte huye de mi: tal soy yo!* Ayudò hasta morir à vno de los Nuestros, à quien se pegò la misma especie de vn contagioso tabardillo de vn enfermo, à quien avia asistido: y viendolo tan cercano su rostro al de el moribundo, le dixo vno, mire V. Reverencia, que està recibiendo todo el vaho de el enfermo. A que el V. P. mirando al Cielo respondiò, *el alto quisiera yo*. Solia hablar de aquella quexa de el Apostol: *infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis huius?* y luego añadia, *què dirè? infelicissimus ego homunculus! infelicissimo homrecillo! quien me librarà de el cuerpo de esta muerte?* Y con su viveza añadia, y *quien me librarà tambien de la muerte de este cuerpo?* Algunas vezes reconvenido con el exemplo de los Santos San Martin, N. P. S. Ignacio, y otros, que preferian à sus deseos de morirle por gozarle el hazer à Dios algun obsequio, respondia: *ò! pues si yo tuviera aquel espiritu, què me faltaba?* Yo acá à mi modo me compongo. Otras le deziamos, que como se componian tantas ansias por morirle, y tantos temores de perderse? respondia, *Padre, ni yo me entiendo, yo soy vna chimera.*

Lo cierto es, que esta chimera es vno de los imposibles bien faciles al vehemente amor de Dios; porque este le hazia temblar entre los riesgos de perderlo, que ay en esta vida: y el mismo le hazia arder en ansias de asegurarse en amarlo. Todo lo expreso en varias cartas à sus Confidentes, y Directores, en que su ardiente amor fue el Apeles, que se pintò à sí mismo. En vna de siete de Agosto de 1714. dize: O Padre mio, que mundo este tan inmundo! que vida tan muerta! que muerte tan viva! *heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est. Infelix ego homo! quis me liberabit de corpore mortis huius, & de morte huius corporis?* Para no ser peor de lo que soy, para no ofender mas à Dios, para no estar cercado de tantos peligros de ofenderle. La fuerza de mi dolor me obliga à prorrumpir en estas lastimeras voces con quien estan de mi confianza, &c. Y en otra dize así: El suponer, como es cierto, que en este intolerable destierro no ay sino espinas, y malezas, conduce mucho para tolerar con resignacion sus molestias, aunque es verdad, que, siendo vna de ellas, y la mayor, el peligro de ofender à Dios, no es facil mirarlo como tolerable. Bien se ve en ellas, que le era intolerable la vida por los riesgos de ofender al que solo queria intensissimamente amar. Y aun està de tinta mas fina otra de doze de Mayo de 1705. en que dize: Yo quedo siempre con el tormento, que me causa la violencia grande, con que vivo en este destierro: y temiendo yo con no menor fundamento, que el de toda mi tibieza, que en estos entrañables deseos de acabar esta peregrinacion se mezcla mucho de amor proprio, me sirve de consuelo vn ofrecimiento, que algunas vezes he hecho à Dios estos dias, diciendole con las veras, que he podido: Señor, libradme de esta carcel, y estè yo libre de ofenderos aun con vn atomo de disgusto, aunque me tengais en el Purgatorio hasta el fin del mundo; porque si bien conozco, son terribles aquellas penas; pero tambien sè, que no he de contravenir en cosa alguna à vuestra santissima voluntad. Dirà V. Reverencia, porque no me ofrezco à carecer de la vista de Dios, con tal que estè libre de ofenderle? Padre mio, no puedo reducirme à estas hypotesis; porque està revoltando el Alma por ver à este summo Bien, y viendole, amarle con todas sus fuerças, y ardentissimas ansias. Y si fuera preciso escoger vno de estos dos extremos: ò vivir siempre sin ver à Dios, ò ser aniquilado, escogiera sin duda este segundo; porque conociendo à Dios, no fuera tolerable aver
de

„ de vivir sin jamás verle. Leyendo V. Reverencia esto hará
 „ juicio de que yo soy muy fervoroso. Vê aquí V. Reveren-
 „ cia vna de las causas de mis temores; porque cada dia parece,
 „ que voy descaecido mas, y teniendo mas faltas, negligencias,
 „ y culpas, distraído el coraçon, poniendo ningun cuydado
 „ en hazer bien las obras ordinarias. Pues què hemos de dezir
 „ de estos mis impetus, de estas ansias, de estos entrañables de-
 „ seos, à quien cada dia parece vn año, y cada año se le haze
 „ vn siglo de dilacion? Què sè yo? No tengo otro al presente,
 „ que à V. Reverencia, con quien tratar mis cosas con llaneza,
 „ y confiança, y así le pido licencia para vsar en el pecho vna
 „ cruz con punticas de hierro, que me ha venido à las manos,
 „ ya que no hago penitencia sino es *secundùm quid*. En esta se vê
 „ bien claro, que la fineza de su vehemente amor era quien le ha-
 „ zia arder en ansias de morirle. Y si cada año de dilacion le era
 „ vn siglo, cerca de veinte siglos tolerò estas violencias intoler-
 „ bles. Todavía me parece, que con mas vivos colores se retrata
 „ en otra de Diziembre de 1704. que dize así: No disgustará
 „ Dios, de que yo desahogue mis ansias con V. Reverencia. A
 „ mí me parece algunas vezes estos dias, que me consumo en
 „ mortales deseos de ver à Dios, en cuyo amor me abraço: y
 „ con la memoria del Niño dulcíssimo de mi alma se quemán
 „ las medulas. Deseo ardentísimamente darle millones de abra-
 „ zos, y estrecharle fuertemente con todo mi coraçon, y como
 „ no se me concede, muero de pena. Algunas vezes me parece,
 „ que estoy medio borracho de el amor de este amabilíssimo
 „ Dueño. Padre, no sè, que dezirme; porque con expresar
 „ aquí mi dulcíssimo tormento, se abraça mas mi Alma, y desea
 „ infinitamente desatarse. No es tolerable la pena excesiva de
 „ ver, que por mas, que la voluntad se esfuerçe, no puede
 „ llegar con la execucion, à donde llegan sus ansias; porque la
 „ execucion, à que aspira, es à amar infinitamente, si fuese pos-
 „ sible: y, ya que no lo es, desea intolerablemente vnirse con
 „ lazo tan estrecho con aquel vnico centro de mi coraçon, que
 „ nunca mas huviesse peligro de darle vn minimo disgusto. Y
 „ viendo, que esto no se me otorga, y mirandome tan lleno de
 „ abominaciones, y continuas ingraticudes, y cercado de con-
 „ tinuos riesgos de ofenderle, y de perderle, llora el coraçon la-
 „ grimas de sangre de pura opresion, y sentimiento. O! Padre
 „ mío, no sè, què ha de ser de mí, si no muero quanto antes de
 „ puro amor de Dios. Quisiera comer, y beber tanto de este
 „ amor.

„amor, que de puro harto reventàra. V. Reverencia me perdone, y pida à su Magestad, tenga misericordia de mi. Mas de veinte años antes de morirle escribiò esta carta, y ya le eran intolerables estas ansias: por los veinte años, (que se le hizieron otros tantos siglos) fueron siempre creciendo: yo no extraño, si finalmente ellas lo acabaron.

*Sobrenaturales
luces de su cõ-
templacion.*

No solo le comunicò el Señor en la contemplacion estos seraficos ardores, sino tambien aquellas luzes, que suelen manifestar à Dios admirable en sus Santos. No hablo aora de aquellas, que tanto perficionan las virtudes intelectuales, como la Fè, y la Prudencia, y que tanto acrysolan las de la voluntad; porque de estas algo he dicho, y no poco resta. Hablo de aquellas, con que el Señor para gloria suya, y bien nuestro suele descubrir à los suyos las cosas distantes de el conocimiento humano, ò por el tiempo, ò por el sitio, ò por lo oculto de ellas, à que suele reducirse el don de Profecia.

Pareciò averle descubierto Dios todo el interior de vna Penitente suya para encaminarla à la perfeccion. Tenia esta oculto para su consuelo vn retrato del V.P. quien dandole todas las señas de donde, y como lo tenia, se lo mandò traer, y con severidad la reprehendiò, añadiendo, que su sencillez la escusaba de la grave penitencia, que merecia por tener guardado vn retrato de vn pecador. Mostrando ella algun sentimiento en perder su retrato, le dixo el V.P. lo ofrecièsse con otras obras à Dios *por el alma, que estaba en el Purgatorio, de su sobrino N. que avia muerto aquella misma mañana.* Fue cierta la muerte, y la hora; pero tambien lo era, que, segun lo que distaba de Granada, no se podia naturalmente saber à aquellas horas. Reprehendiòla en otra ocasion por aver comido fuera de tiempo, aunque sin verla nadie, vna frutilla contra el orden de el V.P. Otra vez le riñò, porque llevada de su aperito estuvo ya en su interior determinada à coger fruta de vn arbol, aunque finalmente se contruvo por vn interior aviso de su immortificacion: y de este mismo aviso le hizo cargo el V.P. Deseò mucho, sin dezirlo à nadie, tener consigo cierta estampa de la Virgen: traxosela el Padre diziendole, *ai tiene la estampa, que desea.* Pidiòle licencia para comer cierta fruta, de que se avia privado, y dixole el Padre, que no; *pero mañana puede desayunarse con algunos higuillos.* Sonriyòse ella, porque no era tiempo de ellos. Bolviòle à dezir el Padre, que hiziera lo que le dezia. El dia siguiente bien temprano le dieron vna cesta de ellos, que le traian de su tierra mas tem-

temprana, y muchas leguas distante. Otra su Penitente solia con vanos, aunque no indecentes, gracejos divertir à los demás, y hazerle aplaudir. Sentia interiores avisos, y vna vez vna extraordinaria interior reprehension, y llamamiento à vida mas perfecta. Vino al V.P. quien para obligarla à seguir mas à Dios, le reprehendiò sus gracejos, que ella avia bien ocultado, y le hizo cargo de aquella interior especial vocacion con señas tan distintas, que convencida, de que Dios para su bien se lo avia revelado al Santo Padre, se resolvió à seguirlo mas de cerca. Otro dia al salir de su casa para venir à comulgar, acarició con demasiada vna perrilla, que todavia le llevaba la aficion. Recibiola el Padre, diziendole, que, si avia de comulgar, purificasse primero con el dolor, y proposito de la enmienda sus labios manchados con la reprehensible aficion à vna perra. Aduiròse, y cierta de la especial luz del Cielo, que tenia su Confessor, tratò con mas veras de ceñirse à la perfeccion, à que Dios por su medio la llamaba. Fatigado vno dos, ò tres vezes del exercicio, en que estaba, deseaba viniese alguien à ayudarle: y luego se aparecia alli el V.P. diziendole, *queria ayudarle, porque estaria cansado*. Oy vive, y ya Religioso vn fugero, que quando Niño ayudaba frequentemente à Missa al V.P. Vn dia por especial motivo (proprio de aquella edad; pero de aquellos, que hazen parecerle horas los instantes) deseaba mucho, se acabasse presto: y con pueril impaciencia dezia entre si, *no huviera aqui algo, con que picarle, para que despertara!* Al punto se bolvió el V.P. y le dixo lo que ninguna otra vez avia vñado: *N. ten paciencia, hijo, que no se puede mas*. Consultandolo por tres años vno de los Nuestros sobre sus deseos de ir à Indias, siempre le respondiò, que hazer las diligencias seria bueno; pero que se conformasse con lo que Dios dispusiese por medio de la santa obediencia. Pidiòlo à N. M. R. P. General, quien de hecho lo señaló para Indias: no obstante le dezia el V.P. que se conformasse con la voluntad de Dios. Y finalmente, revocada la assignacion, se quedó acá. Hizose esto mas notable al ver, que en su lugar fue señalado otro, à quien desde la primera vez, que habló en esto, le dixo, y repetia el V.P. que hiziesse aprieta sus diligencias, le alababa su resolucion; y lo instruia, como si ya estuviera para partir: y bien presto se partió. Con mas de dos años de frecuentes vomitos, que lo debilitaron mucho, vino vno de los Nuestros à leer Philosophia con casi cierta persuasion, que las aguas, y el trabajo lo acabarian de postrar. Alentòlo el V.P. y

248.
con notable eficacia le repetía, que confiaba en Dios, se avia de poner bueno, y así fue: como al contrario otro, que en la misma ocupacion se hallaba enfermo, y deseaba oír al V.P. algo, que lo consolase con esperanza de salud, siempre le decía, *trabajosa es la ocupacion; paciencia*. Y muy presto le fue forzoso dexarla por la falta de salud.

Vna Religiosa, à quien solia confesar el V.P. ofreció à Santo Thomàs de Villanueva leer su vida. Sola ella era testigo de su promessa: pero el V.P. la primera vez, que despues fue, le llevó el libro, diciendole, *por si acaso no lo huviere por acá, aqui tiene V. Reverencia la vida del Santo*. Predicando el V.P. dudò vno, sin dezirlo à nadie, sobre cierto punto doctrinal, que el Padre dixo. Encontròlo despues, y dixe, *aquello, que dixe, es esto*, y se le desvaneciò del todo la duda, quedandole la certeza de la especial luz del V.P. Entrò en cierto Convento à ayudar à vna Religiosa moribunda: otra, que deseaba, y no se atrevia à preguntarle, se puso en sitio muy distante, y con notable devocion dixo à sus solas: *Siervo de Dios, dime, si voy bien en el camino de el Cielo, ò si mudarè Confessor, porque no estoy satisfecha de el que tengo, y estoy llena de dudas*. Alegura, que el V.P. bolvió el rostro hazia donde ella estaba, aunque sin ser vista, y que oyò claramente, que le dezian: *buen Confessor es el que tienes, bien vàs, obedecelo, y prosigue*. Y desde entonces quedò quieta, y assegurada. Vn dia de Jubileo dixo à vn Penitente suyo, que si lo avia rezado? él no atreviendose à declarar, respondiò, que ya avia hecho la diligencia. *Mire usted bien*, le dixo el V.P. afirmòse él, y entonces con mayor severidad le dixo: *vaya usted, y rezelo, que aun es tiempo, y despues preguntará*. Su no buena conciencia fue buen testigo de la revelacion de el V.P. Con nueva, y vehemente afliccion de si estaria, ò no, en gracia de Dios, se venia à consolar con el V.P. vn Penitente: recibìolo con especial alegria, y dandole vn abrazo le dixo, *consuete se mucho, que està en gracia de Dios*. Predicando en la Novena de San Xavier el año de 1706. dixo, pidiessen todos mucho à Dios por nuestro Rey, y Señor Phelipe Quinto (que Dios guarde) porque avia ya salido à campaña. Causò notable estrañeza; porque aunque se avia dicho, que su Magestad saldria à mandar sus Exercitos à Cataluña; pero las cartas de aquel correo dezian, que no avia salido su Magestad. Entendiò el V.P. esta estrañeza, y los motivos de ella: y el dia siguiente con aquel genero de frases, con que solia ocultar sus cosas, dixo: *de lo que ayer dixe del Rey N. Señor, yo*
pada

Nada sabia tal venir á ser á predicarme lo dixeron en la Sacristia, quando me iba á poner la sobrepelliz. Causò esto mayor admiracion; porque le averiguò, que en la Sacristia en aquel tiempo nadie de por acá avia hablado con el V.P. Y quando el correo inmediato se supo, que su Magestad avia salido á campaña el dia mismo, que el V.P. lo dixo, todos lo tuvieron por revelacion. Saliò de este Colegio para las Misiones de Indias vno de los Nuestros muy ajustado Religioso, á quien el Padre dirigia. Muriò ahogado en el camino antes de embarcarse. Sintiólo mucho vn Condiscipulo suyo, que lo amaba por su virtud: yendo de passo el V.P. le llegó como al oydo, y le dixo: *consuelese, que despues de algunas horas del purgatorio, està ya en el Cielo.* Pero advirtiéndole la alfeveracion, con que lo avia dicho, añadió: *yo, Hermano, no sabia esso; pero me lo assegurò un sugeto digno de toda fe.* Y con esto se avivò mas la del oyente para creer fue revelacion. Por este mismo tiempo dixo vna persona de virtud á su Confessor, que era vno de los Nuestros de la Provincia de Castilla, que vn Jesuita Andaluz avia muerto desgraciadamente, y *que despues de algunas horas de Purgatorio, se fue al Cielo.* Para juzgar con mas acierto de lo segundo, se informó el Confessor por cartas de lo primero, y hallò ser cierto. Vn Religioso muy grave, de quien hablaré en el parrafo siguiente, salió de Granada bien mortificado por siniestros informes, que parecieron por entonces veridicos. El caso fue publico, por ser muy conocido el Religioso. Compadecíase de él con el V.P. vn confidente suyo, diciéndole, que vno de los convenidos contradicho Religioso blasonaba, de que ya no pisaria mas las piedras de Granada. A que el V.P. dixo: *el Religioso bolverà, y no lo verà esse sugeto.* Presto bolvió el Religioso con todos sus honores restituidos, y el otro avia ya muerto. Honró su Magestad á vn Ministro suyo con puesto mas honorifico. Este de acuerdo con su Confessor se resolvió á admitirlo, aunque sin gusto, por ciertos motivos. De acuerdo tambien con el mismo Confessor se vino al Padre determinado á hazer lo que le dixesse. Dixole el Padre, que no admitiessse, y hablandole al coraçon añadió: *y creo, que esto no es- sorvarà á V.S. para otros empleos.* De alli á tres años lo promovió su Magestad á otro mas gustoso, y honorifico. En carta suya, que tengo, refiere otras varias, que parecen, y este Cavallero las tuvo por cierras protecias.

Era tan notorio este don del V.P. que cierto sugeto oyendo dezir tantas cosas quiso por sí experimentar alguna. Con este

animo en la verdad, y con pretexto de confesar buscò al V.P. Luego que se arrodillò, lo reprehendiò severamente por atreverse a profanar aquel Sagrado con curiosidad tan inutil, descubriendosela toda con sus bien menudas circunstancias. Añadiò, que, pues avia venido, avia de confesar. Si mucho lo turbò el ver su interior patente al V.P. aora se perturbò mas, por no atreverse à descubrir su conciencia à quien miraba ya como Santo. Escusabale con no aver hecho examen; pero el V.P. le dixo, *de espacio estamos, y entre los dos lo harèmos*. El penitente ya tocado de Dios se acabò de compungir al ver, que el V.P. le iba diziendo todos sus pecados, y circunstancias. Concluyò con extraordinario dolor su confesion, y porque ya seria incredulo sin excusa, bolviò publicando, que avia encontrado vn hombre, que le avia dicho no solo quanto avia hecho, sino quanto avia pensado. Pero para semejantes casos seria necesario vn justo volumen. Creo, los dirè todos en estas dos publicas, y comunes persuasiones, à que dieron racional motivo muchos bien extraordinarios suceßos. Vna, que el V.P. sabia, quienes de los moribundos, à que auxiliaba, avian de morir, y quienes vivir. Le observaban ciertas acciones, y palabras, de que sin engañarse lo colegian. Sobre todo era observado, si quando iba al moribundo la primera vez, le dexaba, ò no, el Crucifixo: si lo dexaba, moria: si lo traia, vivia. Y assi lo avia probado la experiencia tanto, que oy viven sugeros, que aseguran el sobresalto, con que estaban estando enfermos, y yendo el Padre à auxiliarlos, hasta ver, si se llevaba el Crucifixo, y que al ver llevarse lo, se persuadieron, vivirian, y assi fue. Otra es, que todos creian, les penetraba el interior. Y assi al encontrarlo por las calles, no solo se componian todos, sino algunos, que tenian por què, en descubriendolo, huian por otra calle, y si ya no era possible, passaban como corridos, y sin atreverse à mirarlo, por el empacho de creer, les estaba viendo el coraçon. Assi lo aseguran muchos de si mismos, y de otros.

S. XIV.

Algunos de sus
Ministerios, y su
eficacia.

COMO buen Discipulo del Apostol tambien pudiera dezir, *sevē mente excedimus, Deo: sevē sobrii sumus, vobis*, aquellos excessos de su amor à Dios, que le hazian parecer ebrio, se reprimian à sus tiempos con sobriedad para atender à los proximos. En su regalada contemplacion se deliciaba tanto su Alma,

que

que parecia necesario, la llamassen sus Hermanos quatro vezes, como à la Sulamitis, para que se bolviessse à atenderlos: y en el consuelo de sus Hermanos se cebaba tanto su espiritu, que era menester lo llamasse el Señor otras quatro, para que se bolviessse à su Amado. Tan gustoso acompañaba à Moyses en el Monte para recebir de Dios la Ley, y tan gustoso lo seguia à sus faldas para darla à sus Hermanos. Tan gustoso subia la Escala para descansar con Dios en lo alto, y tan solícito baxaba hasta lo infimo por despertar à Jacob, que dormia. Aunque la oportunidad me ha ido sacando de la pluma tanto de sus Ministerios, todavia temo, han de quedar resentidas su multitud, y su eficacia, aun añadiendo aqui no poco. Pero, si siempre he de quedar Reo, me ceñiré à dezir poco, con que daré mas justa materia à sus quejas.

Aquel Señor mismo, que del fragoso Libano de el mundo lo llamaba à los descansos de el Cielo, y alli lo dexaba dormir mandando, le guardassen el sueño; esse mismo desde los hombres lo despertaba, *surgere, propera, veni*, levántate, date prisa, y ven tu, sin que sea menester traerle. Y assi era; porque él se venia muy gustoso no solo, porque *cogentior urget, instantiorque utilitas animarum*, se sentia obligado de el mayor bien de las Almas, sino es, porque en ellas hallaba tambien el descanso de la contemplacion. Aleguran sus mas especiales hijos de penitencia, que no solo era ordinario para quedarse extratico por mucho tiempo, y no rara vez media hora, al Acto de Contricion para absolverlos, sino que le era igualmente familiar quedarse con Dios, y por mucho tiempo, quando los instruia. Vna vez, que aguardaba à vna Religiosa para confesarla, lo vieron en el ayre por mas de media hora, y le oyeron hablar en latin, como quien responde, y pregunta à quien està presente: y al fin, como quien se despide, hizo vna profunda reverencia, y bolviendo el rostro al confessorario arrojaba en suspiros vna respiracion, que parecia quemar à la Penitente. Estas conversaciones, despedidas, y ardientes suspiros eran muy frequentes en estas ocasiones. Y, como los mismos aseguran, los efectos de reverencia, y de amor à la virtud no les dexaban arbitrio para buscar mas experiencias, de que Christo hablaba en el V.P. Y como este Señor *docens tanquam potestatem habens* lo llenaba tanto de este su espiritu, parecia tener en la mano el coraçon de los hombres para bolverlo à donde queria.

Cierta Religiosa notablemente afligida clamaba desde el

coro

D. Bernard. in
Cant. 58.

coro à Dios, que serenasse su Alma. Sintió, que el V. P. estaba en la Iglesia: ella en su interior dezia, que pidiessse à Dios por ella. Inmediatamente se levantò el P. para irse: mirò (lo que nunca le permitia su modestia) à la parte del coro, donde estaba la Religiosa. Y echandole vna bendicion se fue el V. P. y ella quedò tan repentinamente consolada, y quieta, que no dudò ser milagroso el suceso. Con no desemejante suceso otra Religiosa terriblemente turbada en su conciencia, pedia al Señor desde el coro serenidad. Sintió al V. P. en la Iglesia, y estorcò su oracion à Dios por los meritos de *aquel gran siervo suyo*. Repentinamente oyò la voz sensible, y natural del V. P. que le respondió à sus dudas con eficacia tan clara, que del todo se sossegò para siempre en aquella materia, y nada le quedò, que consultar à su Confessor. Otra Penitente del V. P. se hallò tan fatigada de no sè, que escrúpulos, que no atreviendose à comulgar clamaba à Dios por consuelo: quedòse suspensa, y pareciòle, que dos Jesuitas la llevaron à vna Heredad de este Colegio, donde à la sazón estaba el V. P. à quien vno de los dos dixo, que la consolasse. Ella nunca avia visto, ni oydo señas de la Heredad; pero las diò despues tales, que no dexò duda de el caso. Buelta en sí se hallò tan quieta, y tan desvanecidos sus temores con lo que le pareciò aver oydo al V. P. que prosiguiò muy sossegada. Despues refiriendo su imaginacion, ò sueño al V. P. le dixo este, aver sido realidad, y que N. P. S. Ignacio fue quien le mandò consolarla. Vna Sierva de Dios de probada virtud buscando alivio para su Alma, por no encontrarlo en su Confessor, aunque varon justo, resolviò hablar al V. P. à quien solo conocia por la fama de su santidad. Su inquieto deseo de hallar quietud la despertò, segund parecia, à la madrugada. Aguardando en la puerta de nuestra Iglesia oyò las doze de la noche. Resolviòse à estar ella tambien à la puerta, y llamar: gastò la noche en aquellos callados golpes, que suelen despertar al Señor, que à las vezes parece dormir, mientras padece sus tormentas el Alma. A la mañana dixo al Hermano Sacristan, que por Dios le llamasse al Padre Padial. No sè, si podrá venir, respondió, porque predica los nueve dias de la Novena de S. Xavier. Al entrar en la Sacristia para irlo à llamar, lo encontrò, y oyò, que le dixo, *donde está la muger, que me busca?* Dixole, que en la Iglesia, y sin hablarse mas palabra saliò, y la dixo: *si no fuera tonta, no huviera esperado tanto; pues la materia no lo pide*. Aclaròle sus dudas, serenò su turbacion, y la despidiò, diziendole: *si otra vez*

vez se ofreciere algo, acuda por la puerta, por donde se llama à los moribundos. Pero para esta tentacion no será menester, que venga otra vez. La muger vive oy, que asegura, que nunca mas ha sentido aquella congojosa tentacion. A vn sugeto de conocida authoridad reduxo al lance de morir vn grave accidente con tal delirio, que causò en todos el ordinario desconuelo de que moria sin Sacramentos. Llamaron al V.P. à quien recibió el enfermo con mil oprobrios dictados de su frenesi, que solo le dexò sentiendo para guardar vna bolsa con vnos doblones, que tenia debaxo de las almohadas. Retiròse el V.P. y despues de vn rato de devoto comercio con vn Crucifixo bolviò estrechando à vn criado, que se escusaba, à quitarle de alli la bolsa, como lo hizo à vista del ya paciente enfermo, y con admiracion de quantos avian visto la pronta furia, con que siempre la defendia. Buelto del todo en su juicio diò en prendas de su veneracion muchas gracias à Dios, y al V.P. por el consuelo de lograr su asistencia. Confessò muy à satisfaccion de ambos, recibió muy en su razon los Sacramentos, y murió en manos del V.P. quien entregò la bolsa à vn sugeto, à quien se debian los doblones. Este al contarlos en su casa echò menos vno de à ocho, y queriendo averiguar del V.P. por què manos avia pasado la bolsa, le dixo, *quietese osted, que sobre su mesa està*, con el credito del V.P. se diò por pagado de su deuda con la asseveraciò, con q lo dixo. Hallò el doblon en la mesa con tanto mayor asombro, quanto no avia omitido antes diligencia para hallarlo. A vn Cavallero con la enfermedad de la muerte entrò vn delirio, que obligò à buscar el remedio en el V.P. quien observandolo se retirò, y mirando al Cielo à manera de extatico, como por vn quarto de hora, bolviò al enfermo, y este en sí: explicò su gozo por tener alli al V.P. confessò, y recibió de espacio los Santos Sacramentos con consuelo de todos. Bolviòse el Padre à su Colegio, y luego el enfermo à su delirio. Entrò vn Religioso muy grave, que se ofreciò à asistirlo. *No es menester* (le dixeron) *porque el Padre Padiàl ha dexado aqui su Crucifixo, señal cierta de que no le faltará al morir.* Ni se engañaron; porque el dia siguiente sin ser llamado bolviò al enfermo, y al començar à exhortarlo bolviò del delirio con pasmo de los presentes: durò assi como media hora, y muy gozoso por tener alli à su Padre Padiàl, y aservorizado con sus tiernos coloquios entregò su Alma al que la criò. No fue tan feliz la que se sigue. Hallaron al V.P. en su aposento como sin sentido, bañado en lagrimas, y repitiendo entre suspi-

ros: *no quiero à Dios? ni à su Misericordia? quien tal dize!* El caso fue, que yendo à confesar vna enferma, esta, ò rebelde, ò furiosa despreciò tanto los coloquios, con que el V.P. hablando à su Crucifixo la alentaba à amarlo, y esperar en su Bondad, que bolviendose como loca al otro lado, diò al V.P. vna bofetada en su rostro, diziendole, *vayase, Padre, que ni quiero à Dios, ni à su Misericordia.* La bofetada se quedò muy por defuera; pero esta injuria de su Amado le hirio tanto el coraçon, que sacandolo de si le hazia repetir con lagrimas, y suspiros, *no quiero à Dios? ni à su Misericordia! quien tal dize! quien tal dize?* Passados dias, como si todos pensaran lo mismo, dixo à vno, que lo avia oydo antes: *estaria con delirio, no es possible otra cosa.*

Fueron mas solemnes los que se figuen. El año de 1716. en vn Lugar del Valle de Lecrin jurisdiccion de esta Ciudad, vn hombre desesperado, porque para sus violentos males no hallaba remedio en los hombres, dezia, que llamaria à los Diablos, y ya los veo (dixo) *que vienen à curar.* Confirmò su dicho la fea inmutacion de su semblante, y lo perturbado de sus voces, con que gritaba, *Jesus sea conmigo,* à cuyo nombre sobre todo nombre aora, en vez de arrodillarse, se arrojò por vna ventana el Demonio en forma de Medico vestido de horrores, y con tal estruendo al caer, que parecieron desplomarse los montes para allanar el Valle: siguiòle vn huracàn tan furioso, que causò grandes estragos en los contornos. Noticioso el Ilustrissimo Señor Ascargorta por vn sugeto ya Canonigo de esta Santa Iglesia, que con otros lo depone pronto à jurarlo, mandò se traxesse à Granada, y que su Santo Padre Padiàl lo fuesse à disponer. Hallòlo el Padre sin entendimiento, y sin voluntad de confesar. Instaban al Padre, porque no se bolviessse, y respondió: *dize, que aora tiene la cabeça mala: dexele osted, que se alivie, y en levantandose, embiémelo al Colegio.* A los dos dias, contra la esperança de todos, se levantò, vino, y encontró en la entrada al V.P. que quanto se húa à otros negocios, tanto se aparecia à estos. Venia tan sin gana de confesar, como antes. Pero el V.P. ocurriendo à sus escusas de cabeça mala, y perturbada memoria, fue diziendole todo el numero, y especies de sus pecados con tal distincion, que el buen hombre dezia despues, *si el Padre Padiàl estuviera en mi pellejo, no pudiera tener tanta noticia de mis pecados, y costumbres.* Bólvio, y vivió exemplar el que vino escandaloso. Quiso tambien confesar con el Padre la muger, que vino à ver à su marido: y aunque el confessorio estaba cercado de mugeres,

res, hizo diessen lugar à la que llegaba, y como si estuviera antes informado de quien era, la recibió, diziendole, *à su marido se le curará el alma, pero el cuerpo Dios dará*. Ambas cosas se cumplieron; porque él prosiguió bien hasta morir: sus enfermedades continuaron, y cegó. Descubrió tambien su interior à la muger, y bolvió, diziendo, *no es posible, sino es que este Padre es Santo*. En 13. de Março de 702. fue bien notorio en Granada el siguiente suceso. Vna muger, que por muchos años vivió mal con vn hombre, oyendo finalmente à Dios se resolvió tan de veras à la enmienda, que para ser constante en la mudança, sin que lo entendiese el complice, se mudó à donde no pudiesse hallarla. Para estar loco con el caso bastabale al mozo su passion; pero para estar frenetico se le aumentó la de los zelos, reñiria sobre el caso con el Demonio mismo. Repentinamente vió dos, que le dixeran, *pues si es hombre, en la haza de la escaramuza lo esperamos*. Esta dicha haza entre vna huerta, y el Convento de R.R. PP. Carmelitas Descalços. Aunque como hombre se asustó, como furioso se fue al sitio, y al llegar se vió cercado de tantas espantosas fugitivas sombras, que lo burlaban, de tanto humo, que lo ahogaba, y tanto fuego, que le embestia, que esforçando su desinayada voz con mas bien formados afectos, que palabras, invocó à su devota N. Señora de Belén. Oyó vna voz, que le dixo, *camina por ahí*, y andando sin saber por donde encontró dos, que por cima de las tapias lo entraron en la huerta de Belén, Convento de R.R. PP. Mercenarios Descalços, quienes informados del suceso lo entregaron à los suyos, que lo llevaron à su casa. En ella al boiver en sí perturbó la familia, y vezindad con tan escandalosas blasfemias, que acudieron por remedio à vn bien conocido Maestro, y respetable Religioso, que oy vive en Granada, quien aviendo empleado por mas de tres horas todo su grande espíritu, y celebrada eloquencia hasta hincarsele de rodillas, por reducirlo, viendo, que como frenetico se irritaba mas con la cura, se retiró à negociar con Dios en oraciones lo que con aquel furioso era intratable. Pidieron à nuestro Colegio vn Confessor, y fue señalado el V.P. à quien al llegar informó del caso vn Religioso Carmelita, que poco antes avia llegado. El Padre lastimado, confiado, y charitativo sabiendo gustaba el enfermo de la leccion del libro de la diferencia entre lo temporal, y eterno, que allí tenian, abrió, y se encontró el capitulo de la Encarnacion de el Hijo de Dios, que quilo en esta ocasion mostrar era sacra escogida, con que el

amor Divino hiere para sanar las Almas. Afirmò el V. P. que cada clausula parecia hecha de estudio para el caso. Interrumpia la leccion con reflexiones, que, como salian de su coraçon ya ardiendo en amor del Niño Dios, parecian valas, que batian aquella muralla, ò bombas, que se entraban allà dentro del recinto. Sintió el doliente la tierna violencia de la bateria, y temeroso ya del asalto, pidió treguas hasta la mañana. Pero el V. P. reconociendo ya en su sitiado joven aquella flaqueza, que dà victorias, lo apretò mas, porque alli, y entonces se rindiess. *Pues Padre (dixo) aqui estoy; vamos.* Començò su confesion, y con ella se renovaron el humo, que lo ahogaba, el fuego, que lo encendia, y nieve, que lo elaba. Vnas vezes temblaba de frio, otras se abrafaba, y afirmò el V. P. que varias vezes percibió distintamente el olor de ropa quemada: otras se detenia, porque efectivamente lo sufocaban. El V. P. alentandolo, y haziendo fuerça con Dios, concluyò felicissimamente la confesion. Si hasta aqui se dexò entender la Divina gracia, desde aqui se hizo visible. Concibió vn dolor de sus culpas tan vehemente, que sensiblemente parecia salirsele el coraçon, y el lo desahogaba en tan tiernos afectos, que era menester reprimirse los; porque le ocasionaron accidentes tan estraños, que parecian quitarle la vida. Y si el V. P. no fuera en ellos tan practico, huviera hecho, se le administrassen los Santos Sacramentos, como de hecho lo pensò. Su Padre, y familia al ver los efectos de tan extraordinaria contricion, y al oir los coloquios de quien tan presto aprendió à amar à Dios con ternura, explicaron su asombro con el silencio, y su alegria con las serenas lagrimas del gozo. Pidieron al V. P. que para consuelo de todos le repitiesse algunos actos de amor de Dios: començò el Padre, pero no pudo proseguir; porque el feliz mozo, à quien ya no bastaban para el desahogo, ni las avenidas de lagrimas, ni las de coloquios, parecia espirar. Buscó mas respiracion pidiendo perdon à su Padre, besandole la mano, y abrazandolo con la sossegada estrechez, con las lagrimas, y suspiros de quien estaba compensando los pesares passados con los gozos presentes. Pidiendoles tambien perdon, fue abrazando vno à vno à todos los de su familia, que con copiosas, y alegres lagrimas mostraron, que esta eloquencia de los ojos no es tan funebre, que solo sepa dezir dolores. Corria ya à las dos de la madrugada del dia 15. de Março, en que se vino el Padre à su Colegio, y el mozo mudando con la vida el trage, que sirviess de continuo recuerdo

do a su dolor, prosiguió, mientras pudo, confesando con el V. P. y siempre con el arreglado porte de exemplar Christiano. Pero si he de explicar mi sentir, en estos ministerios era arroyo, que de espacio, y con medida riega ciertas plantas por donde corre, ó lo encaminan. En el Pulpito si, que como celestial nube, desatandose en lluvias ya impetuosas, ya serenas, limpiaba de las malezas la tierra, y recalaba hasta las entrañas con igualdad las campiñas. Como lo escogió el Señor por tan especial instrumento de su gloria en el alto empleo de la Predicación Evangelica, lo dotó de aquellos talentos, que la hizieron verdaderamente Apostolica. Si aquellos aduladores de Perycles, a quíe llamaba *olympio*, ó celestial; *quia non tam perorare, quam fulgurare videbatur*, vieran, y oyeran al V. P. hallaran ser lisa verdad aquella su compuesta mentira; pues parece lo lleno el Cielo de aquel espíritu, con que hizo a San Juan, y Santiago *Hijos del trueno*, que es rayos en su activa eficacia para penetrar hasta lo mas intimo del coraçon. Servirá a la claridad la distincion de su predicacion, considerandola primero en si misma, despues en sus efectos.

Sacaba esta en primer lugar vna extraordinaria eficacia de la extraordinaria idea de la santidad del V. P. que ella misma avia impresso en todos. Bastaba al auditorio para compungirle lo que deseaban las otras, *bue! vete, bue! vete, para que te miremos*. Aun antes de oirlo hablar, con solo verlo salir al Pulpito, y dexarle ver en el aquella fiel copia de la modestia, de la penitencia, y de la santidad, pudiera dezir, *vine, fui visto, y venci*. Y cierto al verlo hecho espectáculo al mundo, a los Angeles, y a los hombres, solia dezir el auditorio con su admiracion, con sus suspiros, y aun con sus lagrimas, lo que dezian al ver, sin alcanzar a oír, a S. Borja, *que lloraban por ver en el Pulpito vn Duque santo*. Estaba habitualmente preparado con vn continuo estudio de las Sagradas Escrituras de *melle Dei melleas*, & de *Dei lumine luminosas*, en que hallaba para si tantas dulçuras, y luzes Divinas, que tenia para repartir con abundancia. Fue este estudio tan intento, y halló la Divina gracia en su entendimiento profundo, y peregrino ingenio tanta capacidad para difundir sus luzes, que pudieramos hazerlo compañero de aquellos, a quienes el Señor encendia el coraçon al explicarles en el camino las Escrituras. De aqui aquella admirable facilidad, a la qual no era predicar de repente predicar con preparacion de pocas horas. Y si fue prodigiosa la copia de esta sagrada erudicion,

Su predicacion.

*Quint. lib. 21
cap. 6.*

*D. Aug. 2. Co
fess. 4.*

aun fue mas admirable la ingeniosidad, con que descubria vnos nuevos Divinos sentidos, y realçes, en que la delicadeza, la piedad, y la eficacia pudieran reñir en la competencia, si no se finiera cada vna ayudada de las otras para el mismo fin de atraer à Dios con su hermosa variedad. No dudare yo contarle entre aquellos grandes hombres *studium pulchritudinis habentes*, que estudiaron no solo las Divinas Escrituras, sino la hermosura de ellas. Y como el Señor quiso echar à este su Nephthali la bédición, que Jacob al suyo, *cervus emissus dans eloquia pulchritudinis*, haziendolo agiler ciervo embiado à predicar con la hermosura, que tienen las Divinas letras, fue tambien admirable en el V.P. su estudio en las vidas de los Padres, en los Expositores clasicos, y Santos Padres. De estas fuentes sacaba el apoyo de aquellos sus ingeniosos reparos, por mas que el sentido fuese, como siempre era, connatural al texto, tanto, que debiera llamarse no nuevo, sino es nuevamente advertido; porque ni su humildad, ni su solidez le consentian fiarse de pensamiento suyo. Vnas veces en lo mas vivo de estos reparos, otras en lo mas ameno de su eloquencia solia pararse, como para toser, ò descansar, y luego proseguia, como quien ni encuentra tan prontos los conceptos, ni tan expeditas las frases. Pero en estas advertidas interrupciones resonaba mas la eloquencia de su humildad. Huyendo de ciertas flacas ideas, de que se queja la verdad, ò por verse desterrada, ò por no verse de elcondida, y tambien la piedad, por no encótrar jugo, que la enternezca: eran sus asuntos vnas notorias verdades de fe, ò evidentes à la razon, persuadido del Profeta, *principium verborum tuorum veritas*, que el principio, de donde toma su fuerça la Divina palabra, es la verdad. Dividia-lo en partes tan coordinadas, y tan aptas para convencer, y mover, que con maravillosa eficacia lo lograba. Aumentabase con la claridad, de que con rara especialidad lo dorò el Cielo. Sus pensamientos, por mas que fuesen delicados, eran verdaderos: y su especial eloquencia le sugeria vnas frases, vnos tonos, y acciones tan expresivas, que los hazia visibiles aun à los mas tardos, mostrando ser verdad, que la declaracion de las Divinas palabras ilumina, y dà entendimiento à los pequeñuelos. Este especialissimo don solo pareció excedido de aquella Divina fuerça de espíritu, que era como el vltimo impulso, que acababa de abrir la puerta para entrarse à dominar toda el alma de su auditorio.

Los que no lograron oirlo, algo concebiran de la fuerça de su

su espíritu, si advierten à su alta contemplacion, en que lo disponia el Señor para bien de tantas almas. Con aquella avenida de luzes se aclarò tanto su Fè, que parecia estar viendo con los ojos los mysterios, segun nos los mostraba con el dedo: se avivò tanto su esperança, que parecia estar viendo rota, y clavada en la Cruz aquella escritura de muerte, y tener ya en su mano assegurado el vale de la salvacion, segun la confiança, con que reconvenia al Señor con los meritos, y sangre de nuestro Redentor: en esta milina hoguera ardiò tanto su charidad, que salia en llamas para encenderlos à todos. En el cuerpo del Sermon, *ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebatur*, se dexaba llevar hazia donde le tiraba el espíritu: vnas vezes contra el vicio, y entonces se arrojaba, *in similitudinis fulguris coruscantis*, con el impetu de rayo resplandeciente, que manifestaba la maldad, y la consumia: otras hazia alguna virtud, y entonces se dexaba ir *sybilus aure tenuis*, como blando viento del Espíritu Santo, que recrea, y fomenta las plantas. Los coloquios, con que acababa, y que regularmente duraban como vn quarto de hora, y no pocas vezes mucho mas, eran como vn espejo, en que nos hazia casi ver su clarissima Fè, y los sagrados mysterios, su firme esperança, y la gloria, su ardiente charidad, y el summo Bien. Estos coloquios eran como el vltimo filo, con que la espada de la Divina palabra acababa de herir los coraçones, y dividir las almas de los espíritus. La santidad pues de su vida, la erudicion sagrada, la delicadeza de sus discursos, la solidez, con que los fundaba, la sustancia de sus asuntos, la superior claridad, con que los proponia, y la celestial fuerça de espíritu, con que los inspiraba, hizieron sin dificultad, que si de su patricio el Doctor Eximio Suárez se dixo tan oportunamente, que su lengua, para predicar, era la pluma veloz, con que escriuia: podamos de el V.P. dezir, que su pluma, para escribir, era la lengua ardiente, con que predicaba; porque sus palabras no parecian vozes formadas de ayre, sino es letras gravadas del buril, segun quedaban impressas, no solo en los coraçones para sus efectos, sino aun en la memoria por sus ecos, y sonidos. Y assi avia de ser para ser predicacion Apostolica parecida à aquella, cuya lengua se compara à la pluma del que escribe, *quod non transeat, sed maneat, scriptis maluit comparari, quam sonis*. Parece se quedaron estulpidas en bronce las impressiones, que dexò en los coraçones, que tanto con ellas se enternecian, y no solo las generales del bien; pero aun las particulares de ciertos sentimientos suyos.

Div. Aug. in
 Psal. 44.

vos, y aun de las mismas palabras, con que los dezia. En ciertos pasos parecian flechas, que con incurable herida passaban el coracon. Era esto muy frequente, quando al acabar algun texto claro de Fè, ò alguna evidente razon, se bolvia al auditorio preguntando: *no es verdad? no es esto assi? ay que responder à esto?* Y con vn breve intervalo, como de quien dexa pensar, bolvia: *no es verdad? tiene esto respuesta?* voces, que aun resuenan en nuestros oydos.

Debiera ya no dezir, sino es suponer los maravillosos efectos correspondientes à tan eficaz causa. Así lo harè con los mas, dando en tal, ò qual la idèa de todos. La ingeniosa hermosura de sus reparos tiraba toda la atencion del entendimiento: y luego con el solido peso de su erudicion, razones, y exemplos lo convencia. Tomada esta fortaleza, facilmente obligaba à que con vna libre violencia se rindiese la voluntad. De aqui aquella constante mocion tan singular en sí, y tan comun à quantos lo oian, de vn serio odio del pecado, y vn sincero amor à la virtud. Eran muy frequentes sus exhortaciones à nuestra Comunidad, y tambien à otras de Religiosas: parecianos necesario el atenderle, segun tiraban el arte, el ingenio, y la hermosura de sus discursos: seguia se casi sin poderla resistir vna como espontanea necesidad del aprecio, y deseos de la observancia, y virtudes religiosas. Nos diò el V. P. por muchos años los exercicios, que se hazen todos: y sin variar ni asuntos, ni discursos, ni aun casi palabras, era tal la viveza de Fè, con que nos ponía à la vista aquellas grandes verdades, y tales las retnuras de sus coloquios con el Señor crucificado, con la Santissima Virgen, que no rendirse pareciera obstinarse. Y mas al ver la frecuencia, con que lo heria, ò lo arrebatava su amor. Estos celestiales efectos en los Sermones al Pueblo eran si no mas intimos, mas sensibles, y si no mas admirables, mas ruidosos. El atento silencio del auditorio no se quietaba con las serenas lagrimas de los que à solo verlo se enternecian, y al oirlo les era preciso à las vezes retirarse (como lo afirman muchos) por no perturbar con sus voces, ò rebentar, si sufrían. Hazia se mas reparable este silencio con vnos interrumpidos, y como salpicados suspiros de los que ya desde el principio gemian con el autorizado peso de sus razones. En llegando à los coloquios, que ya dixè, las avenidas de lagrimas, sollozos, y aun gritos se convertian al acabar en bendiciones al Padre, y gracias al que tal criò. Y se explicaban diziendo, *no es posible oirlo sin tratar un*

hombre de ser bueno. Y de hecho; aunque los auditorios, que lo seguian, obligaban à prevenirse en buscar sitio; todos eran de los que querian entablar vida buena, ò mejor. A esta generalidad, aunque en esta Ciudad tan notoria, añadiré algunos sucesos particulares.

Sugeto de la primera authoridad en carta suya, que tengo en mi poder, de pone así: *Era tanto el fervor, y eficacia de sus palabras, y solidez de sus razones, que no vi Persona de las muchas, que siempre concurrían à oírle (que no cabían en el Templo por grande, que fuese) que no se enterneciera mucho, y diese señales de un verdadero dolor.* De mi puedo deponer, que siempre, que lo oí, me persuadí à que lo tuve. Y esto mismo me han dicho quantos lo oyeron, aunque fuese por curiosidad, como en una ocasión sucedió à un Religioso, que me lo refirió. Me consta de un sugeto, que vivia distraído, y tenia sus casas junto à donde solia predicar el V.P. y solo de oír el eco de su voz, se conturbaba, y estremecía tanto, que no pudiendo sufrirlo, se veía precisado à retirarse, pareciendo cosa incompatible oírlo predicar, y no mudar de vida. Hasta aquí este nuestro testimonio, y no dudo, lo firmarán quantos lo oyeron. Un noble Joven forastero vino à estas Escuelas à estudiar muy instruido de los suyos, en que no oyese predicar al V.P. temeroso, de que se entrasse Religioso, si lo oía. Oyolo un Domingo de Quaresma, y se resolvió, hasta lograr, pisar el mundo, y seguir à Christo con la cruz de la Religion. Deseoso un Cavallero de saber lo que el V.P. avia predicado, le refirió una Señora buena parte del Sermon. Tanta era la claridad, con que imprimia sus sentimientos! Fue tal su eficacia, que de allí salió el Cavallero resuelto à ser Religioso, y es vno de los grandes Minimos del Señor San Francisco de Paula. Entendió el V.P. que se procuraba justificar la perniciosa diversion de las comedias con dezir, que el Padre Padial no predicaba contra ellas! Esta voz era muy incierta; porque siempre en publico, y en secreto las abominó. No obstante el zelo de la Divina gloria, y de tantas almas, que en aquella dorada copa beben (aunque algunas casi sin perceberlo por entonces) aquel veneno, que eternamente las mata, le hizo (en esta ocasión sin réplica de su humildad) citarse primero para la Iglesia de la V. Congregacion de San Felipe Neri, allí para la Parroquial de San Gil, y en esta para nuestra Iglesia. En estos tres Sermones, y singularmente en el de Casa, levantandose sobre sí mismo, fue tan extraordinaria la copia de convincente erudicion, de celestial eloquencia, y de ardor de espíritu, que salían diziendose unos à otros, que poco

han de ganar los Comediantes de los que lo huvieren oydo! Si lo oyeran los que las mantienen, ya estuviera desterrada de la Republica esta contagiosa corrupcion de las costumbres. Despidiõse el V. P. diziendo, no se diga pues, que no predico contra las Comedias: ya lo hago, y hare cumpliendo con mi obligacion. Se intento imprimirle este Sermon; pero en la necesaria batalla con su humildad, salio esta, como solia, con la victoria.

Dire (porque no debo callarla, y callare, porque no es posible dezirla) la innumerable multitud de prodigiosas conversiones de malos en buenos, y de buenos en mejores, con solo el siguiente caso, sacado de vna carta, que tengo en mi poder, de vn Religioso muy habil, gran Maestro, muy erudito, y que en todas partes, singularmente en esta Ciudad, se merecio, y llevò los primeros aplausos. Siempre fue arreglado Religioso; pero desde este suceso muy exemplar. Hablando pues con otro Religioso, para informarse de los Predicadores celebres de Granada, que lo deseaba saber (dize) atendiendo mas a lo pulchro del estilo, que yo entonces viaba, que a lo solido de las verdades, y aprovechamiento de las almas, diome el dicho Religioso noticia de las prendas del V. P. Padial, y dixo ser vno de los mayores Oradores de Granada: y que al tiempo, que predicaba, parecian sus ojos vn crystal, en que cada vno miraba sus faltas. Movido de curiosidad fue a oirlo, y a las primeras clausulas explico a su companero poco aprecio de lo que oia. Abreuerato (profigue en su carta) mostro tanto caudal, energia, erudicion, y eficacia, que empezando a oirlo por curiosidad, acabe con admiracion, y dixe a los circunstantes, nunquam sic loquutus est homo. No es esto lo particular, y prodigioso, sino es lo que ahora dire, y no me parecio imaginacion, y es, que del rostro del V. P. salian visiblemente, como vnos rayos de luz, que terminaban en los oyentes, y en mi indigno pecador conoci tal mutacion, y arrepentimiento de mis culpas al tiempo del Aeto de Contricion, que por mucho tiempo quede bañado en lagrimas, e hize proposito de mudar estilo en el Pulpito, dexando el pulimento, que antes practicaba en mis Sermones. Hasta aqui en su carta este Varon docto, y Doctor no mas en letras, que en desengaño, retirado ya a vn desierto en la misma Religion, que lo jurara en forma, y que en caso necessario lo jura in verbo Sacerdotis. V. Reverencias perciben muy bien las notables circunstancias de este caso. Y yo, sin detenerme en el, solo digo, que segun la multitud de maravillosas mutaciones, no fue solo este

este auditorio el feliz, que pudo dezir con el Santo Job, que quando lo oia, entonces fue, *quando splendebat lucerna eius super caput meum*, quando se encendió en su Alma aquella luz, que despues les servia de farol para sus pies, y de hacha para sus caminos. Eran tan ordinarias estas sagradas transformaciones, que nosotros oimos sin novedad, lo que el Demonio dixo forçado por boca de vn Energumeno, vomitando antes, y despues furias, y oprobrios contra el V.P. *que en sola vna corta temporada de su predicacion en el Sagrario le avia quitado mas de 900. Almas.* Pero no dixo el infame quantas afirmó en la constancia, para que no fuesen suyas, ni quantas levantò à la perfeccion Christiana. Y se nos haze muy verisimil lo que vna persona de singular virtud depone, que al passar el V.P. por el altar de San Francisco Xavier, yendo à predicar su Novena, le echò la bendicion el Santo, con que se aumentaron las muchas, que echò Dios à su predicacion.

S. XV.

A Si navegaba sus mares serena entre las tormentas, y entre los rielgos feliz esta comerciante nave tan cargada de riquezas, quando al acercarse al puerto, doblandose los peligros, doblò tambien su preciosa carga. Su vltima enfermedad, que començò la Primavera de 720. fue vn reumatismo poco menos que vniversal, y de vn humor tan acre, con tan continua fluxion à las articulaciones de pies, rodillas, hombros, y brazos, que se conociò muy bien aver conseguido de su Señor crucificado, lo que tan instantemente le avia pedido con el espiritu del Santo Job, *Et hac mihi sit consolatio, ut affligens me dolore non parcat*, que repartiessse con el sus dolores; pues la vehemencia de su amor no tendria consuelo en esta vida, sino lo afligia con sus dolores hasta quitarsela. Sufrióla con la curacion de su paciencia hasta la Primavera del año de 22. Debo estar muy agradecido à la magestad de la historia, que no solo no me manda, pero ni aun me permite renovar aqui aquel inefable dolor, que ya dexo insinuado, con que por estos dos años quiso el Señor acrysolar en si, y ponernos por exemplar su invicta fortaleza, en quanto enseña à sufrir, que segun el Angelico Doctor es mas glorioso, que el emprender. Es verdad, que quando ya anciano lo ciñò otro, y con lazo tan estrecho, que parecia sufocarlo; pero no por esso cesò el V.P. de ceñirse tambien, y tan apretadamente, como ya apuntè en su pasmosa mortificacion. Aqui

Su enfermedad.

2. 2. 9. 124
artic. 6. ad 1.

solo me resta infinitar, que si en acometer contra si, y los eno-
migos todos del Alma fue tan heroyca su fortaleza, en que gra-
do la avrèmos de colocar al verla tan invicta en sufrir, que es
el supremo acto de esta virtud? Suspendan V. Reverencias el
resolver hasta que lean los principios para deliberar.

Su paciencia.

La inexorable severidad de su espiritu contra su cuerpo,
aunque tan extenuado, y herido, le hizo, que el mismo se sir-
viese à si de molestissima cama, obligándole à andar arrastran-
do con los dolores, que ya dixe, hasta el Abril de 22. en que
por mas que lo apuntalò su rigor, se vino à plomo el edificio
hasta el Sabado 28. de Abril de 1725. en que se acabò de arrui-
nar. En estos tres años de cama, en que à penas pocos meses re-
partidos en dias interpolados, se pudo vestir à padecer mas de
otro modo, quiso el Señor, que viessemos con nuestros ojos vna
buena imagen de el Santo Job. Lo que con animo bien diverso
explicò el V.P. quando al condolerse vn grande amigo suyo
de tanto dolor, y tanta necesidad, de que le ayudassen para
todo, exclamò: *miseremini mei*, &c. continuando otras varias
sentencias de el pacientissimo exemplar, en que nos mostrò,
quanto atendia à imitar la paciencia de aquel, à cuyo padecer
imitaba tanto el suyo. Nosotros lo vimos, y sin verlo ninguno
concebirà quanto compitiò con los insufribles dolores de su
llagado cuerpo la afliccion de su humilde espiritu, por verse
obligado à que otros lo huviessen de servir. Por escusarlo,
quanto le fue posible, el mismo se levantaba à aquellas neces-
sarias acciones de nuestra miserable vida: y con esso no tenia,
que quejarse de que otros añadieron sobre el dolor de sus lla-
gas; porque el mismo al levantarse se añadia tanto, que à las
vezes se desmayaba.

De onze apostemas, que se le supuraron, todas se las abrie-
ron con hierro, sino aquella, que el sufridissimo Padre ocultò
hasta que rebentò por si misma. Regularmente se le estaban cu-
rando à vn tiempo quatro, ò cinco bocas; porque quando pa-
recia aver sanado de vna, se aparecia otra: y siempre, aun las
que ya se contaban por curadas, le causaban agudos dolores, si
bien no tan vehementes. Las que se apoderaron de las articu-
laciones, fueron las mas rebeldes: y con lo mordicante del hu-
mor, y sensitivo de la parte eran tan agudos los dolores, que le
causaban mortales congoxas, sudores frios, temblores, pali-
dezes, desmayos, y tal vez pareció espirar. Aumentabase sobre
toda explicacion este martyrio al curarlo, y singularmente al

sacar, y entrar tantas mechas bien gruesas, y mas largas, por
 fer en cada llaga bien anchas, y mas profundas las bocas. Aun-
 que à las vezes parecia en el sufrimiento averlo hecho insensi-
 ble la valentia de su espiritu, como finalmente ni era piedra, ni
 metal su carne, solian los dolores sacarle à su tolerancia algun
 quexido tan agudo, y lastimero, que informando el mismo à
 los Cirujanos de los muchos, que reprimia su paciencia, le or-
 denaban, los dexasse salir, para quitar siquiera esta ligera parte
 à lo intolerable de su tormento. Yo sè, que tuve compañeros
 en los sudores, y delinayos, que nos obligaron à vn forçoso des-
 tierro mientras lo curaban, por no poder asistir à tan doloroso
 sacrificio. Contestan Medicos, y Cirujanos, que tan continuo
 violento padecer bastaba naturalmente para averle consumido
 mucho antes los espiritus, aun quando no fuesen tan pocos. Y
 con esto se confirmaban en que esta enfermedad era superior à
 su medicina; porque, aunque la causa material les era visible
 en los humores; pero nunca pudieron encontrar causa eficien-
 te proporcionada à tanta copia en vn sugeto tan consumpto en
 si, y tan mas que parco en su alimento. Todavia los admiraba
 mas la calidad de los humores tan irregularmente calcinados,
 que como en otra incognita especie, ni con tantas consultas, ni
 en tanta diversidad de medicamentos se encontrò alguno, que
 si no bastasse à la cura, bastasse siquiera à algun alivio. Aunque
 la ciencia de los Medicos, y la pericia de los Cirujanos, que lo
 curaron, no fuesse tan notoria en esta Ciudad, pudieran bastar
 las experiencias de tanto tiempo, para que en su multitud de-
 bièsemos siquiera à la casualidad aver encontrado alguna, que
 lo aliviasse, sino fuera cierto lo que el V.P. à otro proposito de-
 zia, *manus Domini tetigit me*, que andaba allí con mucha especia-
 lidad la mano de Dios. Estamos bien persuadidos, que tuvo
 particular noticia de lo incurable de su enfermedad; y no solo
 no la dixo, pero ni aun se governò por ella: y así los dexò ha-
 zer su oficio, en que su probada destreza, y deseos de sanarlo no
 ruvieron mas efecto, que el pretendido de el Señor con aquel
 cruento sacrificio de la curacion de tres años. Solo se le oia tal
 vez, *si ya Dios ha mostrado, que no quiere mi salud*, para que hemos no-
 sotros de, y callando, acababa la clausula con ciertas acciones
 del rostro, que dezian claro, *perder tiempo en lo que Dios no quiere*.
 Ni la justa causa, que tanto padecer ofrecia, bastò para que dis-
 pensasse en la severidad de sus rigores, y ayunos. Quando po-
 dia sin ser visto comia cò su acostumbrada parcimonia aquellas

insufis sopas, y alquerosos gazpachos, que eran el regalo de sano, quando le obligaban à que fuesen de la olla comun, en siendo Viernes, ò Vigilia, avian de ser de pescado, ò preceder la dispensa. Y para regalarle mas à su modo, mascaba muy de espacio las pildoras; porque puedan (dezia) passar mejor, y actuarle mas presto.

Si hasta aqui pareció à todos fuera de lo natural la tolerancia de aquella naturaleza, y sobre humana la paciencia de aquel espiritu, que nos pareceria lo que aora se sigue? Quatro meses antes de morir lo puso la mano del Señor tal, que recostado de espaldas para nada pudo moverse. El vn brazo tan vivamente llagado, y dolorido, que era mas intolerable el moverlo, que el dexarlo siempre en vn sitio. El otro tan vivo al dolor, como muerto al movimiento, de suerte, que era preciso atarselo sobre el pecho, para que no se le cayesse à vn lado, como tal vez sucedió, con terribles dolores sin poderlo socorrer, ni con el mismo, ni con el otro. De las piernas, la vna con dos, y tres apofemas de la malignidad ya dicha: y à la otra se le encojieron, ò secaron los nervios, de suerte, que era forçoso tenerla levantada sin poder, ni à vn lado, ni à otro reclinarla bien, ni à lo largo podia extenderla. Lo restante del cuerpo por la parte, que estrivaba en el colchoncillo (porque aunque contra su resistencia se le pusieron mas; pero sus siempre victoriosas instancias los quitaron) todo estaba llagado. Si queriamos subirlo vn poco hazia la cabeçera, ni avia por donde asirlo sin lastimarle llagas, ni avia de que asirlo; porque no tocando mas que huesos con piel, parecian tan descoyuntados, como si ya desunidos los huviesen metido en aquel saco. Y ciertamente nos detenia el miedo, ò la aprehension, de que se le acabasse de arrancar el hombro, ò brazo. Entre tanto nada remitia la agudeza de sus dolores, de suerte, que con sola la aprehension, de que la ropa iba à tocarle en la llaga, se estremecia aquella naturaleza ya acobardada de tan agudos dolores. No será difícil inferir, que desconuelo causaria à vn genio tan asseado, y à vn espiritu tan honesto, quanto necessariamente se sigue à este lastimoso estado. Algo explicaba el V. P. quando dezia, *aquí me tiene Dios en dos muladares, vno que soy yo, y otro que hago yo.* Y luego se acogia à aquella su frequente jaculatoria, *bendito sea el que me tiene assi, y aquí.* Pedia con rara humildad à todos, que le alcançassen de Dios paciencia, *que la necesito mucho, mucho,* dezia. Verdad era; pero el Señor se la daba tal, que no se le po-

dian

dian oír sin lágrimas los heroycos actos, con que no solo se conformaba, sino agradecia al Señor tanto padecer, y solia terminarlos con aquel, *bendito el que me tiene assi, y aqui*. Otras vezes dezia, *pobre hombre, qual, y como estás aqui! pero que se me da á mi, si mi Jhesus*, y allá en su interior proseguia la clausula. A todos nos contristaba su padecer: y no obstante, quando el dolor lo obligaba á algun furtivo quexido, dezia, *como soy tan para nada, me parece, que padezco mucho: poco mal, y bien quexado*.

Despues de tan heroyca paciencia, y tan severa mortificación, quexandose de si mismo, porque no sabia llevar sus trabajos, dezia, *si yo los llevara como esse Angel, esso si*. Hablaba de el Padre Bartholomé Altamirano, á quien tiernamente amaba, y á quien para ser ilustre no hiziera falta su esclarecida sangre (aunque si para el merito de olvidarla) porque sus reliuias virtudes nos hizieron tenerlo por Varon Claro, digno de ilustrar con su vida nuestras historias, por cuyos meritos no estrañariamos, que Dios hiziesse milagros. El V.P. aunque tan circunspecto, lo llamaba *varon justo, y Angel*: quien pocos meses despues lo siguiò al Cielo con la gracia baptismal, y los meritos de nueve años de rara paciencia en vna molestissima, è igualmente incognita enfermedad.

No faltaron al V.P. verdugos, que de otro modo hiziesen mas insufrible su tormento. Lograban los Demonios, aunque sin fruto, la oportunidad de intentar provocarlo á impaciencia en tal padecer. Sus batallas con ellos no fueron menos porfiadas, que largas, ni mas cortas, que su vida. Pero porque las de su enfermedad nos fueron mas perceptibles, juntaré á estas algunas, que sean indicio de todas. Quando vieron, que sus sugestiones al mal ser vian solaméte al V.P. de mas gloriosas victorias, valiendose de la permission Divina en sus desamparos lo afligian con aquellos temores, en que padeciò tanto, que ciertamente quanto se dixere es poco. Pero no contentos con esso visiblemente se aparecian, y en el cuerpo tambien lo atormentaban. Se oían en su aposento con frecuencia tales ruidos, que parecian venirse al suelo de muy alto muchas tablas juntas. Otras vezes resonaban recios golpes, y assombrosos quexidos del V.P. Observòse ser esto mas regular, quando avia predicado. Iba á confessar á vn enfermo, y al subir la escalera bien comoda, y bueno el Padre, lo vieron caer, y rodarla toda, diziendo, *que? me derribas? no saldrás con la tuya: la confession se ha de hazer*. Levantòse con vna herida bien grande, que despues curò

Sus batallas con el Demonio.

curò el Cirujano, y por entonces atandose vn pañuelo, que no pudo embarazar corriese mucho la sangre, concluyò la confesion. En visibiles, y horrorosas figuras lo cercaban en la cama para assombrarlo. Pero despues de vna humilde consulta, que hizo à su Confessor, los veia en el aposento, que assomandose al alcoba no se atrevian à llegar. En este tiempo de enfermo se oyeron de noche recios golpes, y que el V.P. quexandose dezia, *Jesus sea conmigo, Madre mia, amparame*. Y en vna ocasion duraron desde la vna de la noche hasta el dia los golpes, y las suplicas del V.P. Otras vezes, que regularmente era quando lo alto de la noche le hazia creer, que todos dormian, se le solia oir, *anda vete de aqui, infame, que mientes, que yo no*; y prosiguiendo en su interior añadia, *quita, quita, que yo no*. Luego se acogia à su seguro refugio: *Madre mia, que me ahogo, amparame tu, que yo no puedo: Jesus mio, defiendeme tu, que yo no puedo*. Otras vezes, *señor mio, paciencia, paciencia*, aunque yo rebiente à pesar de estos infames rabones rabudos. Fueron en este genero bien raros dos lucellos, que, dexados otros, dirè. Vn dia de aquellos quatro meses, en que estubo sin moverse de vn sitio, reconociò el V.P. que no estaba sobre el pecho, donde se lo ataban, aquel brazo, que solo en sentir mostraba vida: dixole à vn Sacerdore de los Nuestrs, Padre, quiere V. Reverencia ver, si me halla *este brazo perdido*? Reconociò el Padre, que estaba totalmente debaxo de la espalda, y que tirando de el con gran fuerça, y sosteniendo al V.P. la espalda, ni lo podia sacar, ni el V.P. sufrir los dolores. Como todos sabiamos ser naturalmente imposible aquella violenta postura por el ningun movimiento del brazo, y casi ninguno del cuerpo, todos creimos, fue obra del Demonio, que intentando robarle la paciencia, le daba ocasion de merecer mas gloria. El otro fue, que curandole los Cirujanos la llaga de vn pie, dexaron puesto vn genero de parche, que por si solo pudiera tenerse. No obstante por lo peligroso de la herida lo aseguraron con ven las quãto la providencia humana alcanza. Aquella noche fue vna de las que se oyeron mas ruidos, golpes, sentimientos, y clamores à Dios de el V.P. Por la mañana al descubrir los Cirujanos el pie lo hallaron sin vendas, ni parche: la ylcera sumamente irritada, y todo, que causaba lastima, y horror. Las vendas parecieron medio caidas de la cama; pero el parche, ni aun despues de exquisitas diligencias pareciò. Despues, ya no buscado, se encontrò oculto en la cabecera de la cama. Al ver este natural imposible assi por la precaucion en asse-

assegurar las vendas, como por la impossibilidad de moverse por sí el Padre, cō el sentiēto de ver tan destēplada la llaga, y tan atrassada la curacion, dixo vno de los Cirujanos con gracioso enojo, *por estas cosas quisiera un hombre curar antes à un vandolero, que à un Santo.*

Solo es seguro, y decente trono, en que se sienta como Reyna la charidad, aquel, que guarnecieren las solidas virtudes Christianas. Y si no solo ha de estar en él de asiento, sino es que (para dezirlo así) se ha de dexar ver en publico, ha de adornarse con aquellos primorosos bordados, en que el precio de la materia parece ceder à lo palido del dibujo, y la naturaleza suele quedar como invidiosa del arte. Por esto sobre lo solido de tantas Christianas, y Religiosas virtudes, llamó el Señor à este su Siervo à aquel primor, delicadeza, y apices propios de vna heroyca santidad, como ya vimos. Aora en la oficina de su invieta paciencia diò la vltima mano à este trono, no solo para que en él viviesse la charidad, y se dexasse à las vezes ver como de passo: sino es para que estuviessse ya de asiento en publico, no solo dexandose admirar mas, sino haziendose mas obedecer aun de aquella profundissima humildad, que solo en esto parecia porfiada, ò de mala gana obediente. Mientras pudo el V.P. andar, aunque no pudo prevenir tal, ò qual llamada de algun imprevisto incendio, en lo demás se escondia para dexar arder aquel fuego, que tan suavemente lo quemaba. Y si tal vez forçado le dexò algun desahogo, fue con tal, ò tal persona, cuyo secreto lo alentaba à la confiança. Pero ya rendido à la cama, ni le era posible su amado retiro, ni le era ya tolerable la dulce violencia de su amor: con que ni podia contener en su seno el fuego, ni saliendo à fuera, podia esconderse para ocultarlo. De lo mucho, que en su enfermedad vimos, poco nos diò, que agradecerle su humilde recato; porque solo nos dexò, lo que no pudo quitarnos. En lo palido, y consumido del rostro, en lo quebrado, y cardeno de los ojos, en lo apresurado, y violento de la respiracion, y en lo inquieto de coraçon, y pecho, à las vezes parecia agonizar: y ni aun las experiencias asseguraban à los Medicos. Otras vezes se encendia tanto el semblante, como si arrojàra llamas, se avivaban tanto los ojos, que parecian disparar centellas, y respiraba con tan imperceptible quietud, que parecia morirse de otro modo. De estos languores, deliquios, y raptos, solo en la duracion se diferenciaban otros ya tan frequentes, que ya no se extrañaban. Vnas ve-

*su preciosa
muerte.*

zes comiendo, se suspendia, otras hablando, se arrebatava, y otras mirando al lienço de sus dos Amores, Jesus, y Maria, lo dexaba por buenos ratos como estatua la pintura. Varias noches se le oyeron canciones de Hymnos, Psalmos, Salve Regina, y otras, con melodia tan suave, como si anunciaran la cercana muerte de este dulce cisne. Quando estaba para hablar con los hombres, apenas se le oia otra cosa, que desprecios de si, sentimientos de parecerse molesto à todos, vehementes deseos de morirle, y ardentissimas ansias de abrazarse intimamente con su Esposo, vnico centro de su amor. Y como estaba tan caldeada su alma, qualquiera de estas chispas la encendia. Era esto tanto, que viniendo vn Siervo de Dios su aficionado à verlo, y advirtiendolo, que el V.P. ni estaba en si, ni podia bolver, y que al començar à hablar se suspendia, que ardia el rostro, que el coraçon saltaba, que se anudaba la lengua, y que se morian los sentidos: despues de admirar tan celestial objecto, y alabar à Dios en sus obras, se levantò, y sin despedirse, saliò diziendo: *dexemoslo, que ya no està para tratar con los hombres, ni aun lo poco, que solia: ya està endiosado, y tiene su conversacion en el Cielo.* Siendo ya tan comunes, no debo detenerme mas en casos particulares.

Hasta aqui la estrañeza de ver ya à su humildad rendida à la fuerza de su amor, nos hazia dezir, que ya ardia tanto su charidad, que ni las muchas aguas de su recato, ni los rios de sus dissimulos bastaban para encubrirla. Pero algunos dias antes de su dichosa muerte nos sentimos obligados à mayores expresiones, diziendonos, *ya esto es cosa perdida, ya se huyò su vergonzoso empacho, ya no puede reparar en nada.* Y ello era assi; porque no solo se hizo casi continua la accesion de esta dulcissima fiebre, sino que passò à vn crecimiento tan sensible, que sin mas pulso, que el semblante, reconociamos, que este accidente no tenia mas curacion, que la del Cielo: que estas ansias no tenian mas alivio, que su logro: y que este bolcan solo podia apagarse quemandose en otro mas puro, y mas activo. No ignoraba el V.P. que tantas llagas eran como otras tantas puertas, que se iban abriendo, para que se fuesse de la prision su alma. Y cierto para vn alma tan grande no sobraban para su salida tantas puertas juntas, y abiertas. Esta alegre esperança le endulçaba, no los humores para templar el dolor, pues cada dia eran mas acres: sino el dolor mismo hasta desearlo con ansias tan agudas, que acabasse ya de romper, y abrirle las puertas. Pero estos ultimos dias, como sentia ya à su Esposo, que lo llamaba, mas cer-

cano

cano à la puerta, sensiblemente se avivaban sus ansias, y se aumentaba el incendio tanto, que temerosos los Medicos de que sin mas calentura, que la del Amor Divino, se avia de escapar su alma huyendo à su deseada soledad de mundo, y compaña de Cielo, le ordenaron los Santos Sacramentos. Receta, con que no ignoraban, quanto se aumentaria su apetecible dolencia: pero lo deseaban por clara disculpa de su medicina en el V.P. infructuosa.

Si como embio à VV. RR. estos borrones, pudiera averlos traído acá à que con sus ojos lo vieran, y lo oyeran con sus oydos, no me quedara tan vivo el dolor de conocer, sin poderlo remediar, quanto dista de la verdad esta figura, y quan poco se parece à su original esta ruda estampa. Pero es muy pulida la grandeza del objecto, y muy basto buril mi pluma. Como à las ansias de el V.P. por acabar su camino eran tardança las postas, y pereza las alas, oyò con tal gozo la disposicion de su Viatico, como si huviesse entendido, que con la tortaleza de este alimento avia, no ya de andar, sino volar sobre las plumas de los vientos al monte de Dios. Explicò con reperidos agradecimientos el gusto de la noticia, y, como si pidiera los parabienes, la iba celebrando con los que entraban, con vnos afectos tan de lo intimo del coraçon, que parecia irsele ya saliendo el alma. Poco tuvo, que hazer en prepararse, quien siempre, y tanto lo estuvo. Su confesion fue tan ligera, como dolorosa, propia de quien tan sin modo ansiaba por morir de amor. Como se dexaria aora dirigir, y consolar aquella alma tan humilde, y desconfiada de si, que se explicò con su Director diciendo: *Padre voy bien? V. Reverencia alla se lo aya: yo me fio de V. Reverencia?* Entrò finalmente en su apolento su Sacramentado Señor, y pareciò entrar ya cogiendo las frutas de su huerto, segun lo regalaba, tirandole flechas, segun lo heria, y disparandole rayos, segun lo consumia, y lo quemaba. Pero el V.P. para herirle tambien el coraçon à su amado con los dos ojos, los clavò en èl tan encendidos, que tambien pareciò tirarle flechas, con vn gozo tan reverente, y con vn desatino tan sossegado, como quien gustoso està viendo lo que desea, y desea ver mas, haziendonos tambien ver aquella verdad, *amor, quod amat, non potest non videre*, que ni distancias ay, ni disfrazes, que basten à esconder al amado, si lo miran los linceos ojos del amor Divino. Con la publicidad de el acto le anudò su humildad la lengua; pero se la desatò vn tanto su charidad, que le hizo dezir con

Y

el

Div. Chrysol.
Ser. 137.

Div. Ambr. de
obit. frat. §. ult.

el recato de quien quisiera callar, tal qual desunida palabra, como esposo, dueño, amor, en que le embiaba el alma, para que él se vinielle à ser su vida. Aquel venerable rostro, assiento de vna reverencia tan profunda, que intentò poner modo al amor, que se sentaba con ella: aquellos ojos tan tiernos, que parecian querer avivar con sus recatadas lagrimas el ardor de sus mexillas: aquella alegria tan seria, como si quisiera hazer ya gloriosa à la devocion, hizieron, que no faltassen compañeros à los muchos, que dando nuevo apoyo à aquella sentencia, *ipse dulces lachrymæ sunt, quibus quasi relaxatus evaporat affectus*, sintieron serles dulces aquellas lagrimas, que destilaba de su amargura el amor, con que todos lo venerabamos. Aumentòse nuestra ternura al verle el coraçon en la lengua, con que pidió à todos perdon de su mala vida (dezia) de sus muchas faltas, de su mal exemplo, y de aver sido tan molesto à todos: como si su prodigiosa vida no huviesse sido viva reprehension de la tibieza, y vn poderoso aliento à la mas delicada observancia: y como si à su amable, gracioso, y obsequioso genio no huviera añadido tanto su virtud. Corrida despues la cortina de su alcoba, Dios sabe lo que alli passò. Y yo passo à dezir lo que desde entonces huvo, mientras V. Reverencias coligen lo que avria en este retiro con su Esposo, segun la idèa, que ya tienen de su feliz alma, que alli sin duda con intensísimos actos de profunda humildad, de viva fee, de firme esperança, de ardentissima charidad, de insufribles ansias de acabar ya de vnirse con su Amado, se despertaria à si misma hasta dormirse en sus brazos.

Lo que nosotros sabemos, porque lo vimos, es, que de este sueño, que se siguiò al Santo Viatico, despertò tan tarde, como si fuesse perezoso, y tan dormitando, que pareciò no aver buelto bien en si. Desde aqui mas, que hasta aqui, tuvo su conversacion en el Cielo. Tuvimos todos por cierto, y lo asseguraràn los sucesos, que oyò de su Amado aquel amoroso combite, ò semejante, *ven del Libano, esposa mia, ven del Libano, ven, y seràs coronada*. Aquellos temores de perderse, y perder à su Señor, con que refinaba el Cielo su humildad entre tan soberanos favores, y que sin duda fueron los mas duros instrumentos, con que lo martirizò su amor, trocados ya en aquellas humildes seguridades, que son las anclas de la esperança, todo era ansias, y mas ansias, sin la ardiente frialdad de los temores, por abrazarse de su Esposo con la mayor intimidad. Hallòlo vno de los Nuestros con-

conversando en el Cielo dentro de sí, como solia, y reparò, que el V.P. poniendo en él los ojos enternecidos con las lagrimas, que le sacaba su alegre confianza, le dixo con tono, à que echò el compàs su humildad, *Padre, todavia confio en Dios, que me he de salvar*, y con este recebimiento lo saludò. Claro està, que advirtiendo la gran santidad del V.P. no es preciso referir, ni oir esto, sin que la ternura de el coraçon llegue à los ojos. No se como dezir à V. Reverencias lo que vimos en estos dias no pocos, y malos, sino muchos, y buenos. Quanto se avivaria su hambre al ver, que ya lo llamaban para sentarse à la mesa? Quanto su sed al oir, que ya le brindaba su Esposo con aquella copa de dulçuras, que como vn torrente de lus deleytes embriaga? Quanto sus amorosas ansias al sentir ya à su Amado con los brazos abiertos para aquel intimo abrazo de el Divino, y eterno desposorio? Quanto sus languores al dolerse ya de la vltima mortal herida de la charidad? En lostiempos, que el desmayo de esta herida se lo permitia, entretenia su hambre de la cena grande con ternissimos coloquios, que la excitaban: divertia su sed de los deleytes de Dios con agudissimas jaculatorias, que la encendian: acallaba sus ansias con vnos intimos suspiros, que las provocaban: y le curaba de su herida con aquellos vnguentos aromaticos, que se la renovaban.

Para esto deseoso de la soledad possible hazia, que le echasen la cortina, y encargò à vno de los Padres, que solia acompañarlo mas, que cumplielle, con los q̄ venian; *porque yo no estoy para esso, (dixo) y soy vn rustico bozal, que no tengo palabras*. Y era, que ya no sabia hablar mas, que amor. Allí pagò su humildad algo de lo mucho, que nos robò con sus piadosos engaños; porque sus intolerables ansias la engañaban à ella haziendole creer, que no lo oían: y quando no les era possible este santo ardid, usaban de aquel imperio, à que no sabe resistirse la liberrad. Oíanse pues en aquel retiro devotissimos coloquios: vnos, que dictaba su humildad, como aquel, *tu scis insipientiam meam*, y añadia, *bien sabes tu, Señor mio, que soy vn pobreton, y vn pobre tonto, y vn pobre tonton. Pues enseñame tu, que yo no sé. Madre mia, enseñame tu, que yo no sé*. Otros, à que lo impelian sus ansias de morir, como aquel, *dissolvi, & esse cum Christo multò magis melius*. Quanto mejor me està el morir, y estar con Christo. Y luego añadia: *aquel grande hombre, Apostol de las Gentes podia dezir, lo que se sigue, que el vivir es necessario para el bien de las almas: pero yo pobre hombrécillo miserable, è inutil, de qué sirvo, sino de estorvo, y molestia? ¿qué he de dezir.*

fino que me es mucho mas mejor el morir? Y ya como quien admira aquel espiritu de el Apostol, ya como quien se saborea con el, repetia haziendo fuerza con la tonada milina, mucho mas mejor, si, mucho mas mejor. Con este lenguaje rustico, y barbaro, a quien no ama, como con la mas fina eloquencia del amor Divino se suspendiò. Otros, a que lo arrojaba la atrevida reverencia de el amor con mas frecuencia, como aquellos: Amores mios, Amores amantes, Amores amados, vamos, vamos ya. Hablaba con sus dos amores Jesus, y Maria. Y solia añadir, fiat voluntas tua, non mea, non mea, sed tua fiat. Otras vezes, Esposo mio, y enterneciendose mas, Esposico mio, Corderico mio, Amado mio, unico centro de mi amor, vida de mi alma, alma de mi vida, alma, y vida de mi vida, y alma, vamos, vamos ya: quando ha de ser esto? quando has de acabar de llegar? Abrazame tu, para que yo te abrace. Interrumpianse estos coloquios con largas suspensiones, en que extatico el V.P. parecia ya vivo, que se muere, y ya muerto, que resucita. En vna de ellas estando en su aposento vn sugeto, padeciò vna vehemente tentacion: y el V.P. con voz extraordinariamente corpulenta, y en tono de quien alienta con el aviso dixo: Padre: y asegura el sugeto, que se desvaneciò del todo la sugestion. De quando en quando resonaba alguno de aquellos profundos suspiros, que parecen salir embueltos en pedazos de coraçon. Dexabanse oir aquellas truncadas clausulas, que no tienen mas sentido, que el mucho, que les dà el no tenerlo, quien las dize, por averse lo quitado aquel afecto Vero, nõ mero ingurgitans, que perfectamente embriaga de puro Dios. Sonaban mal pronunciadas, como de quien desmayado se esfuerça à dezirlas, tal qual palabra sola, que diziendo vna cosa, haze oir, y entender, no solo dos, sino es muchas. Recibiò la noticia de la Extrema-Vncion con tal alegria, como si quisiera probar la verdad, con que al juzgarlo antes ya oleado dixo, oleado? O utinam hic, & nunc! Lo gozoso, y placentero de su rostro nos hazia à nosotros alegrarnos de pesadumbre, y reir de dolor. Reparò, que el Padre, que la avia de administrar, traia Sobrepelliz, y Estola no ordinarias, y mirandolo, como quien lo observa, sonriendose dixo, muy guapo viene el Padre N. Sirviènos à todos de bien oportuno consuelo el ver en esto la serenidad de aquella alma, antes tan humillada con sus temores, y el gozo, con que esperaba su dicha, ò con que ya començaba à poseerla.

*Div. Bern. de
diligendo Deo.*

Entre esta hermosa variedad de tiernos coloquios, de amorosas ansias, y de ardentísimos amores, se llegó el Jueves 26.

de Abril. Ya que he corrido tanto por los otros dias de su enfermedad; razon será descansar vn poco en estos dos, Jueves, y Viernes; que precedieron à su dichosa muerte. Començò la madrugada del Jueves con vno de aquellos favores tan singulares, que suelen hazer suspenderse aun à la bien fundada piedad, mas pronta para creer, que amiga de disputar. Aquella mañana no quiso el V. P. comulgar. Para novedad tan estraña, en quien todos los dias, y con tales ansias recebia a su Sacramentado Corderico, alguna vrgentissima razon avria: y todos, sin quierarnos con otra, la aguardabamos tal, que hiziesse imposible el recibir la Sagrada Comunión. Pero el V. P. no diò mas, que vna muy fria para sus ardientes deseos, muy debil para su solido entendimiento, y muy desatada en si misma, y en las experiencias. Esta fue la razon, *que avia menester confessar, y que no era tiempo de prepararse.* Que dixelle, avia menester confessar, no lo estrañamos; porque sabiamos todos, quanto tiraba del delicado equilibrio de su conciencia aun la vana sombra de alguna ligera falta. *Pero que no era tiempo de prepararse,* si era para confessar, quien podrá creerlo? pues era esto al salir de el Sol, sin vrgencia de medicamento alguno, y con las frequentes experiencias, de que varias mañanas (aun aviendo confessado, como solia, de noche) reconciliaba con el mismo Padre, que le ofrecia aora reconciliarlo, y comulgarlo, como otras vezes. Pero el V. P. solo respondia, *no Padre, no, no,* y pidiendo al enfermero agua, con que apagar las disputas, se la bebió. Estas convincentes razones ayudadas de averlo oydo hablar con notable devocion del favor, que Dios avia hecho à algunos Santos, à quienes los Angeles dieron la Sagrada Comunión, hizo, que sugeros de gran juicio no tuviessemos por temerario el creer, que aquella madrugada huviesse logrado el V. P. semejante gracia. Yo confieso de mi, que cotejando lo flaco de aquella escusa con lo fuerte de su santo desatino por recibir à su Señor Sacramentado, no dudè, que era pretexto, con que ocultaba algun motivo tan poderoso, que le hiziesse del todo imposible el comulgar. Y aunq̃ tuve por muy verisimil el de este favor, no obstante por asegurarme, me arrojè à entrar en batalla cò su humildad rã seguro, de q̃ ella no cederia, como de que, si, dexada la fuerza de razones claras, se acogia à sus ardides, aunque ella cantasse la victoria, cogieramos nosotros el fruto. Y assi fue; porque quedandome solo con el V. P. le instè, à que me diese el motivo de no aver comulgado. Esto,

nunca lo contestó: y viendo, que la excusa, que avia dado, se desbarataba con evidencia, se explicó algo mas, diciendo: *me propuso el enemigo, que avia murmurado, y aunque yo estaba cierto, que no; pero no me atreví a comulgar.* Como ya entendiámos el lenguaje precísivo de su humildad, con que diciendo, lo que no importaba, ocultaba, lo que queria, bien colegí de esta mysteriosa clausula (en que ni afirmaba, ni negaba aver comulgado ya) que nuestra credulidad no era ligera. Instéle mas: pues si V. Reverencia estaba cierto, que no avia murmurado, porqué no comulgó? Y aunque huviesse menester confessar, como lo ha hecho otras muchas mañanas, no estaba ài el Padre? A que nunca dió mas salida, que dezir, *no me atreví, no estaba dispuesto.* Claro está, que si avia ya comulgado, no se podia atrever, ni estaba dispuesto para bolver à comulgar aquel dia. Yo salí muy confirmado en la comun persuasión, à que dió nuevo apoyo el dezir, que *estaba cierto de no aver murmurado* aquel, que siempre vivió martyr con las dudas de sus escrupulosos temores. Quedó el V.P. tan dado à Dios, que sin ser ya lúyo para otras cosas, pidió con su acostumbrada humildad, le echassen la cortina, y dexassen; *porque deseo (dixo) dormir, y no estoy para otra cosa, ni mi ruin cabeça puede atender à nada de esto.* Ya entendiamos el significado de su *dormir*. Para qué he de repetir sus coloquios, sus ternezas, sus veheméntissimas ansias por el *unico centro de su alma*? Todo este dia se gastó en vigilantes sueños de tan profundo dormir, y en concertados delirios de la ardentissima fiebre de la charidad. Quando era forçoso hablarle, lo veíamostan como extático, que solo daba muestras de oír, quando diciendole, tomalle algun alimento, respondia: *Padre, todo lo de esta vida es una droga, y una pura trampa, Dios me saque de ella.* Y como siguiendole el genio le dixessemos, tambien V. Reverencia nos va *trampeando la comida*, sonriendose dixo, *pues, Padre, en este estado qué he de comer?* Y sola agua muy fria fue este dia su alimento. Otras vezes, diciendole, lo que tanto gustaba, *in domum Domini ibimus*, daba la respuesta de su especialissimo devoto el B. Luis Gonçaga, *latantes imus, latantes imus*. Otras vezes se le oía, *ibi, ubi*, aludiendo à aquella Oracion, que dize, *alli esten fixos nuestros corazones, donde estan los verdaderos gozos*. Llegó la noche, y queriendose quedar algunos para acompañarlo, no lo consintió, diciendo, *no, no es menester: quando sea, yo avisaré.* Por entonces no hizimos especial reparo en estas palabras, hasta que el suceso mismo nos hizo advertirlas. Y así se quedaron los Hermanos

Enfermeros, que observaron, pasó, como solia, la noche en ternísimos coloquios, interrumpidos con suspensiones con sus dos Amores Jesus, y Maria.

Amaneciò el Viernes 27. en que este bolcàn por tantos años rodeado de tantas aguas, y nieves, pero sin apagarle ni vn asqua, si estos dias ardiò desembarazado, oy pareciò exhalar se todo buscando pasto mas puro en otra esphera: en que este Jardin del Esposo antes tan azorado de Aquilones; pero sin secar sus raizes, ni aun ajar sus mas delicadas flores, si estos dias sintiò los blandos influxos del Austro, que dieron nuevo verdor, y hermosura à sus plantas, oy rotos los capullos de sus flores, corrieron sus aromas en suavidades: en que esta nave por casi toda su navegacion tan combatida de tormentas, como cargada de preciosidades, si estos dias navegaba igualmente veloz, que serena, oy pareciò estar ya en el puerto assegurada. Todo es corta explicacion à lo que nuestros ojos vieron. A la hora regular recibì el V.P. la Sagrada Comunión, y dixo: *Padre, la cortinica, la cortinica, que yo he menester dormir, y si me buscaren, al Monte Santo, al Monte Santo.* El suceso nos diò en la noche de este dia la inteligencia de estas palabras, que sin duda fue lo que en Moyses nos significò el Señor, *ascende in montem::: vide terram Canaan::: & morere in monte*, sube al monte, alli veràs la tierra de promission, y muerete en esse monte. Alli, echada su cortinica, subiò mandado, y llevado à lo mas alto de la contemplacion de afectos, de ansias, y de extasis, que en buena parte se nos fueron mostrando. Si solo con gustar el Espiritu, se hazen insipidos todos los regalos de la carne, à què sabrian aquellas sus sopas al que començaba ya à llenarse con la hartura hambrienta de mas Dios, que sacia de delicias, quando aparece su Gloria? A las instancias, de que tomase algun alimento, respondia: *Padre, sueño, sueño he menester: esto es lo que mejor me mantiene.* Claro està, que à tanto comer regalos de el Cielo, y beber delicias de Dios en tan esplendido combite, era muy correspondiente tanto dormir de aquel sueño, en que se dispierta el alma. Conseguì, finalmente, que tomase dos cucharadillas de aquellas sopas, que tambien en este lance por mas insulas le fueron menos ingratas, que otro alimento. Preguntandole despues, si avia de dormir mucho, respondiò con tonada de quien lo supone, si, *Padre, todo quanto pudiere: pues què he de hazer?* Corrida despues su cortina, como para guardarle el sueño, nos quedamos escondidos en el silencio, hasta que las ansias por su dor-

dormir le sacassen aquellos coloquios, que eran los mas efectivos halagos de su mysterioso, dulce, y desvelado sueño. Alternando la humildad con la adoracion, la Fè con la Esperança, las confianças con la reverencia, y el violentissimo amor con las ternezas, se quedaba ido al Señor, que se lo llevaba. Ya entrada la tarde de este Viernes intentè, que tomasse algun alimento, y viendo, que ni estaba dentro, ni fuera de sì, que ni era suyo, ni estaba enagenado, le preguntè, què sentia? *No sè, Padre, (respondiò) no sè, que es esto: estoy como calamocano, y como borracho: esta ruin cabeça està muy flaca.* Y que serà esso, le dixe? *Que sè yo (añadiò) seran mis pecados: què ha de ser?* Y parandose vn poco, como quien quiere, y no puede contenerse, prorrumpiò en gritos bien estraños à su circunspeccion: *me quemo, me quemo, me abraço en ansias de aquel unico centro de mi alma.* Y se quedò suspenso. Yo crei, que como esto avia sido en presencia de tantos, se lo estaba riñendo su humildad, y que el Padre le pedia perdon de su arrojò, y que ya advertido pensaba el modo de deslumbrarnos de tanta luz, como arrojò aquella llamarada. Pero me engañè; porque su humildad no estaba ya para esas riñas, por estar en esta parte muy vencida de la violencia de su charidad. Aquella breve suspension fue como la del fuego, que repentinamente se recoge para arrojar mayores llamas: allí subitamente gritò con la misma desulada voz, *Padre, deseo infinitamente morirme.* Este es aquel tan advertido en sus palabras, que aun quando en secreto se sentia forçado à llamar *infinitas* à sus ansias, despues reparado añadia, *si fueran posibles*; pero aora, aunque en publico, no estaba ya para reparar, que tambien era imposible *infinito deseo*. Yo si debo advertir, quan bien corresponde à este intolerable incendio lo que vna persona bien probada, y aprobada de quien puede, dixo: *Padre, alguna vez me ha manifestado Dios al Padre Padial azia lo interior de su espiritu, y lo he visto à la manera de un Toro, que braveando en la fogosidad de su proprio ardimiento, no puede contenerse en sì mismo.* Al explicar estos deseos, se lo llevó Dios poco antes de morirse, para que antes de llegar à ella, descubriessè la tierra de promission, y se muriessè en el monte. En este rapto pareciò començar el logro de lo que por tanto tiempo fue el blanco de sus ansias, comer, y beber tanto de este amor, que de puro hartò rebentàra. Vnas expresiones sobre todas las dichas especiales se le oyeron tal qual vez; pero aora pudieran parecer comunes à vista de el particular conato, con que arrojaba los afectos; porque no ya con tonada tierna, como solia, propia de

de quien con ellos se regala: sino esforçando, y endureciendo la voz en tono de quien relentido se queja, y aun parecido à quien riñe, le oíamos repetir à sus solas con largas interrupciones, *Niño infufrible, Niño intolerable*, y despues como recogiendo sus amorosas quejas repetia con blandura, *Niño amabilissimo, Amor amantissimo, Niño amadissimo*, y aqui se le iba cayendo la voz al compás de las fuerças, que se caian con la intolerable dulçura, è infufrible terneza de Dios Niño, à quien el Venerable Padre llamaba, *Amorcico cazador, que con las flechas hiere, y Amorcito valiente, que con la lança mata*. Tan bien nerido lo tenia con sus flechas, que no hiziera falta la lança para acabarlo de matar. Acafo sería esta la ocasion, en que vn alma de pocas palabras, muchas obras, y mucho recato, estando en su retiro viò sobre nuestro Colegio unos apacibles resplandores: despues una hermosa multitud de Angeles: y luego, sin saber como, dentro de el aposento del Padre al Niño Dios, alternando requiebros, finezas, y caricias con el Padre. Repitiòse la vision con la circunstancia de acompañar Maria Santissima à su querida prenda. La vltima palabra, que le oi, con mal pronunciadas letras, como à quien sin faltar la vida, falta el aliento, fue *Esposo*. Es muy firme nuestra piadosa persuasion, que la presencia de su Amado con la cercania del intimo abraço, y eterno osculo encendieron sus anhas hasta consumirse en ellas. Así se quedò en la cumbre del Monte, mirando, aunque todavia sin ver, la tierra de Promission, hasta las doze, y media de esta misma noche, en que en esse Monte se murió de esta manera.

El modo de su dichosa muerte fue vno de los mas admirables suceffos de su humildad. Esta le hizo sentir tanto el ser molesto (como dezia) quanto ni el V. P. acertaba à explicar, ni nosotros à comprehender. Y este fue vno de los motivos de aquel su repetido deseo de morir de *vn calenturòn de aquellos, que en pocas horas despachan*. Aunque su enfermedad fue tan larga, y grave; pero estando casi siempre sin calentura, y con vna especie de vigor en los pulsos, que fue enigma de los Medicos, y sin accidente especial, fuera de los de su amor, y los dolores de las llagas; ni el V. P. lo consentia, ni ello era necessario, que se quedassen de noche Sacerdotes de los Nuestros. Y aun para que se quedassen vno, ò dos Hermanos, fue preciso ordenarle, que los consintiesse. Entrada pues esta noche lo registraron tres Medicos, y hallando, que vna ligera destemplança reconocida en estos dos dias (y fue la vnica calentura de toda su enfermedad)

P. Janin. in
eius vita lib. 4.

ya casi no se distinguia, como de nuestro Padre San Ignacio se dize, *febri levi adeo, ut ex arteria vix discerneretur*: y que, aunque lo tenian tan debil sus accidentes, nada avia de nuevo, antes reconociendo en los pulsos aquel parvo especial vigor, que le era ordinario, ni temieron, ni nos dexaron temer, que muriese aquella noche, como sucediò à los Nuestros en la muerte de nuestro Santo Padre, *id tamen cum prater solitum nihil esset, nullam nobis suspicionem faciebat*. Tanto, que aviendo concurrido casi todos los Sacerdotes por si se tocasse à la recomendacion de el alma, se difiriò esta devota diligencia: y yo, como entonces el Padre Blanco, *ut securus, nihilque hinc periculi veritus ad somnum concederem*, previne, nos retirásemos todos, menos vn Sacerdote, que era mas frequente en acompañar al V.P. y ayudar à los Enfermeros; pero con repetidos avisos, de que à qualquiera novedad llamasse.

Mientras procurè moderar los deseos de los que no acertaban à dividirse de aquel extratido objeto de la devociò, y amor: y mientras el V.P. respirando intenos suspiros, soplabá las asquas del Altar, sentimos de improvísò, como que ya en ellas se quemaban los inciensos de sus virtudes, vna suavidad de olor tan estraña, que recreando à tantos, ninguno la conocia. Causò mayor novedad la observacion, de que mientras mas cerca del V.P. era la suavidad mas intensa: llegò à la admiracion con la experiencia del no buen olor, que avia antes en la alcova, y aun en el aposento, como era necessario con vn enfermo tan llagado, y sin poder moverse, ni ser movido de vn sitio en tantos meses. El olor tan grato, como desconocido, de vnguentos de otra materia nos hizo à todos correr tras si. Yo debo assegurar, que me acerquè muy de proposito, como para hablarle en secreto, y que despues de vn buen rato de experiencia, quedè sin duda, de que aquel repentino, y nuevo olor salia de el V.P. No obstante, el amor de la verdad siempre escrupuloso en las pruebas, y mas quando las tiene sobradas para su intento, hizo, que alguno buscasse causa natural al olor en cierto medicamento. Pero no siempre el que busca, halla: y assi nos pareciò à los demás, que no avia parecido la causa natural buscada; porque el especial olor, que durò como media hora, de repente se finitiò, y de repente se acabò: y el medicamento se estuvo alli antes, y despues, sin hazerse perceber: y la especie de su olor no era comparable con la incognita suavidad de aquella forastera fragancia. Razones, à que no hiziera falta el apoyo, que algo despues daré.

Vien-

Viendo al V. P. extático, y su alma tan metida en sí misma, que no parecía sino en aquellas cortadas clausulas de quien hablando con otro le responde, y le pregunta, para desahogar (como las demás noches) regalarse mas à solas, y de espacio con su Amado, idos ya los demás, se recostò sobre vn colchoncillo el Padre ya fatigado del sueño; pero no le fue posible dormir. Oia, sin entenderla, aquella conversacion, que como tan parecida à la que ordinariamente tenia el V. P. en el Cielo, no le causò novedad, aunque tenia la prodigiosa, que vn Siervo de Dios de especial virtud declarò à su Sabio director (que asegura, ser muy debido el credito à este dicho) con estas palabras: estando en mi recogimiento la noche antes, que muriera el Padre Manuel (que segun los efectos en el V. P. seria à estas mismas horas de diez à doze de la noche del Viernes) me pareció, como que sin dexas mi sitio estaba en una casa de muchos quartos, y me hallé en uno, que entendí, era del Padre, y me dixo mi Santo Angel: miralo. Hízelo assi, y lo ví en su cama tan lleno de alegría. Y ví, que de algunos sitios de su cuerpo salian muchas luzes, y conocí, eran las llagas, y que en cada una avia una piedra preciosa de tanto resplandor, que arrojaba mas luz, que la del sol. Vi mas, porque vi, que estaba à la siniestra de la cama el Señor San Ignacio de Loyola, y à la diestra vi à la Reyna de los Angeles Maria Santissima, acompañada de innumerables Angeles, animando al Padre, y diciendo: ya se ha llegado el tiempo, en que digan los Angeles contigo, Manuel, dichosos trabajos, bien empleadas mortificaciones, felices negaciones à sentidos, y potencias. Satome de alli el Santo Angel, como à la calle, y vi como vn exercicio de espiritus malignos, y percibí estas voces: no podremos, que lo defiende la sin culpa. Halléme otra vez en el quarto, donde hallé à la Señora de todo guardado à su amado. Recobréme à mis sentidos, y halléme en mi proprio sitio. Hasta aqui este dicho. Esta Señora, que ama à los que la aman, como no avia de mirar como à su Amado à este Siervo, è hijo suyo, que tanto la sirvió, y amò, y pues lo començò à matar con la fabrosa herida, que le diò en el Sermon de la Assumpcion, que ya dixé; por qué no avia de hallarse aora à cumplirle aquellos deseos, que le hazian entonces dezir, Señora, ya que començaste, por qué no acabaste. Y N. P. S. Ignacio, por qué no avia de hallarse à recoger su espíritu en la muerte de este su hijo, que vivió con él. Quien tenia esta compania, poco necesitaba de la nuestraxantes su falta lo dexò gozar con mas sosiego esta dicha. Si el fuego de su violenta charidad ardió tanto, aun quando estaba mas distante de su esphera, que volcanes despediria

Div. Chrysol.
Serm. 147.

aora avivado con la presencia de Maria Santissima, y de el que todo es fuego de Amor Divino: Aplauden los Mysticos, y Medicos la comun persuasion, que cumpliò su Amado al V. P. aquellas entrañables ansias de morir quemado de su amor: y que le diò de comer, y beber tanto de el, que de puro harto reventò: con que se hizo visible en el V. P. la verdad del que dixo, que el Amor Divino, *nisi ad desiderata pervaserit, necat amantem*, si no logra sus deseos, mata al amante.

A las doze pues de la noche se acercò el Padre, que se quedó alli, à la cama de el V. P. sin mas cuydado, que el divertirse; pues no le era posible dormir. Dixole lo que solia, *ea, Padre, in Domum Domini ibimus*, y advirtiendolo, no le daba su ordinaria respuesta, *latantes imus*, y que los extraordinarios saltos del coracon indicaban, que ya se ahogaba felizmente anegado en el gozo de su Señor: y creyendo, que, si se detenia à llamarnos, llegaríamos tarde todos; porque el V. P. muy de priessa abria la puerta al Esposo, que llamaba, y à quien aguardaba alegre con infinitas ansias de abrazarlo; le dixo la Recomendacion del alma, y despues diziendo, *en tus manos, Señor, encomiendo mi Espiritu*, cerrò los ojos, inclinò la cabeça, y sin mas movimiento, que bolverlos à abrir, y cerrar blandamente, entregò su dicha alma à su Amado Esposo por las manos purissimas de su querida Madre, y Señora, por las quales se avian derramado en su Espiritu tan heroycas virtudes, y soberanos favores, que segun confiamos en la Divina misericordia, nos confirman en la verdad de varias visiones de almas justas, abonadas de testigos fieles por sugetos, que saben bien examinarlos. Y ninguna de ellas padece la que acaso pudiera parecer excepcion, de ser gobernada por los Nuestrs: como ni la de averse comunicado, pues contestan lo mismo muchas sin saber vnas de otras.

Vna Sierva del Señor, aunque se avia recogido à dormir como otras noches, esta no pudo; porque oia con frecuencia vna voz clara, que le dezia, *vela, y ora, que no es tiempo de dormir*. En esta forçada vigilia estuvo hasta las doze y media (hora, en que murió el V. P.) y entonces oyò sensiblemente la voz clara propia, y natural (que la conocia muy bién) del V. P. q le dixo, *¡Dios!* al modo, que N. S. P. al punto de su muerte en Roma, se despidió en Bononia de la Sierva de Dios Margarita Gilia. A la misma hora se manifestó à otro sugeto, que lo viò con semblante tan gozoso, y con alegria tan de otra esphera, que no podia *mi alma* (dize) *aguantar aquel inexplicable gozo, que mostraba. y ya*

nese como sea, que sin hablar, parece, que el mismo semblante me dezia
 aquello de Santa Inés: *ecce, quod concupivi, iam video, quod desideravi,*
iam teneo. &c. así empezó a elevarse al Empíreo con tanto acompaña-
 miento de Cortesanos Celestiales, &c. Y por que no avia de ser tan
 pronto en cumplirle sus ansias, el que fue tan largo en encen-
 derlo con ellas? Como a la misma hora vió otro al V. P. que con
 summo resplandor, y alegría caminaba al Cielo, llevando consigo para
 mayor gloria de su triumpho muchas almas del Purgatorio. Este acom-
 pañamiento de almas sacadas de el Purgatorio se mostrò a tres
 personas distintas, y distantes. Este es aquel tan puro, y fino
 amante de Dios, que por verse libre de los riesgos de ofenderlo,
 y por allegarse en amarlo escogia los insufribles tormentos de el
 Purgatorio hasta el fin de el mundo: y aora desde su camilla sube
 glorioso al Cielo, y se lleva para celebrar su entrada muchas
 almas, que acaso serian no pocas de las muchas, que le ganò a
 Dios. Otra alma vió toda la Corte Celestial llena de una gozosiísima
 aclamacion, cordialísimos placemes, congratulaciones, y parabienes de
 inefable gozo, y alegría por la entrada del alma del Padre Padial: aña-
 de, que lo adornaban de joyas, y lucidísimas vestiduras nup-
 ciales, que le ponian quatro vestidos distintos, que sin impedir-
 se lucian todos, correspondientes a los quatro empleos de Reli-
 gioso, de Sacerdote, de Predicador, y de Confessor: y que an-
 daban como mas interesados, y como Agentes de la Fiesta su
 Bendito Patriarca, y Santos de su Sagrada Religion. Debidos
 eran tan ricos vestidos al que con tan pobres, y remendados tra-
 pos cubria sus carnes. Dos de estos sugeros vieron, que le po-
 nian varias coronas: y vno advirtió, que lo combidaban a su
 gremio algunas almas de vn especial choro, que no distinguí,
 qual era. Acaso, porque sus muchas virtudes, cada vna tan he-
 royca, lo hizieron pertenecer a muchos. Quatro personas, sin
 faltar vna de otra, lo vieron colocado entre los Seraphines. Ni
 debe estrañarse, que su seraphico amor volasse hasta el choro
 mas alto. Y para que la Gloria de el que vivió para tantos no
 fuesse toda para el solo, se lo mostrò el Señor a otra alma como
 vn luminoso Astro, cuyos benignos influxos caian sobre Gra-
 nada. Haze a esto correspondencia no mala, lo que con los
 ojos del cuerpo vieron despues de su muerte varios Religiosos,
 y otros, que alli concurrieron, y fue vn Lucero de estraña gran-
 deza, y claridad, que apareció sobre nuestro Colegio, y avien-
 dolo visto como media hora, repentinamente desapareció. El
 diaz, inmediato al de la muerte del V. P. en la Fiesta, que el
 San-

Santo Tribunal haze à San Pedro Martyr en la Iglesia de las Madres Capuchinas, viò vna devota alma muy glorioso al V.P. acompañado del Santo, y de otro Jesuita mozo como de 20. años (leia su aficionado el Beato Luis Gonçaga) tan gloriosos, *que quisiera entonces (dize) averme muerto; porque lo mas hermoso de este mundo me embestia despues.* Dia de la Santa Cruz tuvo vn sugeto vna vision, que explica assi: Fue el Señor servido de „ recogerme como de improviso, y aclararme los ojos del alma „ con tanta luz, que, sin saber como, me hallé mirando la solem- „ nidad, con q se celebraba aquella Fiesta en el Cielo. Diré algo „ de lo que vi. Era el Santo Padre Padial como el celebrante de „ la Fiesta, y le avia puesto para la funcion vna capa preciosíssi- „ ma, no puedo yo dezir los matizes, y resplandores, y pedreria, „ y transparencias de aquella capa, ni la alegria, que causaba, ni „ que tela era: despues de otros adornos, y insignias, le pusieron „ en las manos vna cruz sumamente hermosa toda de filigranas „ de oro muy resplandeciente, y piedras preciosísimas mas „ brillantes, que las estrellas. Toda la cruz era de plata, oro, „ diamantes, esmeraldas, rubies: y no era esto, sino muchíssi- „ mo mas que esto, ni yo puedo explicar lo que la cruz dei- „ pedia de sí, y el gozo, que causaba el mirarla. En todo „ esto se mostraba Maria Santísima muy solícita, y muy apa- „ cible, y muy complacida hazia el Bendito Padre, y como „ que la funcion corria de su cuenta: y ello me parece, que era „ assi; porque, no sé como, enrendí ciertamente, que aquella „ cruz correspondia à la que el Santo Padre avia tenido vi- „ viendo, y que las filigranas, labores, y piedras preciosas eran „ sus virtudes, su amor, su charidad, sus aflicciones, dolores, „ penas, y trabajos. Y porque el Padre se avia resignado en „ manos de Maria Santísima con ternísimo afecto de su cora- „ con humilde, al passar por tan buenas manos avia cobrado „ todo mas subido precio, y realçe. Y como los dos tenian par- „ te en la hermosura de la cruz, era como premio del Padre, y „ gloria de la Reyna de los Angeles. No puede negarse, que esta brillante cruz corresponde con admirable proporcion à aquella negra, que viò el V.P. en las manos de la Santísima Virgen, con que le fueron significadas sus aflicciones, sus dolores, y trabajos.

Aunque es verdad, que las personas, que assi deponen, tienen el autorizado abono, que ya dixe, y que de casi todas se explica vn gran Maestro de Espiritu muy sabio, è igualmente

piadoso, diciendo, *que las conoce ya algunos años por sujetos de solida virtud, aplicacion à su aprovechamiento, y mucha verdad*: no obstante dexandolas en el grado de prudente credibilidad, que no dexando de ser humana, no llega à ser infalible, debo yo dezir aqui, lo que en bien parecida ocasion dixo el V.P. en el Pulpito de esta Santa Iglesia Cathedral, *habemus firmiorem propheticum sermonem*, tenemos otras mas firmes prophecias, y visiones de la gloria del V.P. y que pueden dar à estas nueva firmeza, quales son sus heroycas virtudes, que por comun, constante, è indubitado consentimiento le adquirieron entre todos el renombre de Santo. Sobre tan firmes fundamentos bien pueden sin mucho riesgo de ruina elevarse estas visiones para fabricar vn Templo de varia labor à la fama del V.P.

Con la noticia de su anticipado transito concurrimos à su aposento: y cierto no eran necessarios los vestigios de su gloria, que se nos representaban en su cuerpo inmutado con vna nueva hermosa magestad alegre; porque nos sobraba mucho del tierno respeto, y serio amor, con que lo venerabamos, para aquellas gratas expresiones de religiosos afectos, que en sus pies, y manos dexaron nuestros labios impressas. Era gustoso espectaculo vernos mirar vnos à otros, y todos à aquel hermoso cadaver, con la suspension de lengua, que teniamos en el animo; porque, aunque sentiamos pena, y gozo, ni la pena nos entristecia, ni el gozo nos alegraba. Ello era vn sentimiento sin dolor, y vn gusto sin placer. Aflozabanse por su gusto las lagrimas à nuestros ojos; porque tambien queria ver el coracon à aquella su amada prenda; pero sin duda eran aquellas, à que llamó San Ambrosio, *Religionis lachrymas, non doloris*, lagrimas de religiosa piedad, no de dolor; porque à este le quitò sus fuerças la confiança, de que ya gozaba de Dios. Esta se infinuò tanto en el alma de cada vno, que en vez de ofrecer por el sacrificios, cada qual se sentia como obligado à pedir à Dios por sus meritos. No estrañen V. Reverencias esta nuestra piedad privada; porque tantos años de su apetecible, y rico comercio nos hizieron tantee bien los fondos de sus caudales: quanto la razon puramente humana puede, otro tanto nos convenció à su insigne santidad, y quanto la luz natural alcança, otro tanto nos hizo ver à la Divina Bondad muy de asiento, y muy liberal en su dichosa alma. Luego que sin victoria, pero con orden, se retiraron estos contrarios afectos, se siguiò el de admiracion semejante à aquella, *mirati sumus beati senis humilitatem*

De obi. Fr. S. ultim.

Sane

sanctam, qui certus de proximo discessu, &c. que sintieron los Nuestrros en el feliz transito de N. S. P. Ignacio : Nosotros tambien renovamos nuestra admiracion de la santa humildad de N. V. Anciano, que sabiendo la hora de su muerte, ni quiso llamarnos para consolarnos con sus consejos, ni para darnos el gusto de asistirle. Ciertas medias clausulas obscuras, que mirabamos como claros anuncios en su recatadissima humildad, nos tenian persuadidos, que el V. P. como lo incurable de su enfermedad, assi tambien supo la hora cierta de su muerte: y aora la oportuna conferencia de varias cosas nos assegurò mas. Algunos dias antes avia dicho à vn Sacerdote de los Nuestrros con mas viveza, lo que otras vezes se le avia oydo: *ya que yo por instinto, y meo pondere soy molesto, y pesado, no quiero serlo de estudio: antes lo pondre en no serlo, ni aun al morir. Solo el P. N. avrà de tener paciencia conmigo.* Este Padre (que es el que esta noche se quedò con el V. P.) le avia pedido varias vezes, le dexasse antes de morir algunos documentos para su consuelo, y siempre le respondia, *yo, Padre, que he de dezir, que siempre en virtud, y letras he sido un aguachirle? que entiendo yo de esso?* Pero la tarde vltima de su vida, que fuè la del Viernes, lo llamò, diòle algunos avisos, y despues le dixo: *esta noche no se vaya V. Reverencia, aqui se puede quedar.* Con esto se persuadiò tanto à que el V. P. se moria aquella noche, que viendolo luego divertido con sus dos Amores Jesus, y Maria, recogió los papeles, y trafillos de el V. P. y los llevò à mi aposento. Sin embargo de todo esto, como hizo estudio de no ser molesto, ni aun al morir, quiso el Señor, que ninguno, ni aun el mismo Padre, que se quedò alli, advirtiesse en nada de esto, sino solo en que no avia indicios de su cercana muerte: la qual no obstante sucedió en la forma dicha à la primera media hora del Sabado 28. de Abril de 1725. à los 64. años, y 14. dias de su edad, 44. menos siete dias de su entrada en la Compania, y à los 30. y casi 8. meses de su Profesion de quatro votos.

La estatura de su cuerpo, ni fue pequeña, ni grande, sin desproporcion alguna, que lo afeasse: no tenia el molesto estorvo de grueso, ni en su estado natural lo desfiguraba lo delgado: si bien sus extremos rigores lo tuvieron la mayor parte de su vida bien consumido: y en el vltimo tercio de ella fue tanto, que se dezia del Padre Padiàl lo que del Padre Luis de la Puente, que era Angel no en carne, porque parecia no tenerla, sino en huesos; porque à ellos parecia pegada inmediatamente.

te la piel. Su cabeça proporcionada al cuerpo, y el pelo hacia la frente levantado: en estos últimos años se dexaron ver no pocas, pero si desvnidas las canas, como que para hazerlo venerable no era menester su fuerça. Su rostro fue vn fiel índice, en que estaba manifesto el semblante de su animo. Tenia en él vna nativa magestad, à que no estorvaba la alegría para cobrar de todos el respeto. En su natural disposicion sobrefalian los indicios de alegre, à que inclinaba su genio; pero los terribles desamparos de su espíritu le inmutaban tambien el semblante. Sobrefalian tambien los de blandura, y amor, que sin duda predominaban en su animo; pero las austeridades, y retiros de su espíritu lo hazian parecer severo. En vna palabra su rostro todo fue vn descubierta balcon, à donde se asomaba, como visible, toda su alma en el trage de aquel afecto, de que se vestia. Su color inclinaba à moreno: su frente ancha, y hacia las sienes se entraba tanto à la cabeça, como si buscara mas sitio à su grande entendimiento. Sus ojos notablemente vivos; pero con modestia; y alegres con seriedad: su nariz hacia las cejas algo corva: proporcionada la boca, y poco pelo en la barba. Varios devotos hizieron, que lo copiasen en vida; pero todas las copias distaron mucho de el vivo original; porque el V.P. como si lo supiese, assi huia, ò cortaba las buscadas ocasiones de pintarlo. Despues de muerto se han hecho algunas para representarlo vivo; pero estaba en los pintores muy muerta su imagen. Vna sobrina del V.P. diestra en el arte, y que de espacio, y con este animo lo observò en vida, ha sacado aora la copia, que todos tenemos por bastante mente propria, y sin duda es la mas parecida.

S. XVI.

Mientras dura la contienda entre la comun piedad, que nos pedia su cadaver para el publico consuelo, y nuestro debido recato por mantenerlo en el regular retiro, dirè (como por prologo al de su muerte) algo del aprecio, que se hizo del V.P. en vida; pues fue este tal, que solo pudieron excederlo las casi increíbles demonstraciones, con que en su muerte lo honraron todos los Ordenes, y Gremios. Seguramente podemos dezir del V.P. lo que de si el Santo Job: *videbant me iuvenes, & abscondebantur, & senes assurgentes stabant*: aquellos, à quienes remordia su conciencia, se escondian al verlo, *reverentia pietatis, & sancti timoris*, mostrando en esto la reverencia à su santidad,

Aprecio, que se hizo de el V.P. vivo.

Apud Pineda in Job 29. 8.

dad, y el santo temor, que los ocupaba, ò de que sola su vista reprehendia sus desordenes, ò de que les veia sus conciencias. Y aquellos, à quienes el juicio, y costumbres conciliaban la auctoridad de ancianos, lo veneraban en publico, y en secreto con tales muestras de reverencia, que parecia cierta especie de piadosa adoracion.

No es licito repetir las consultas de particulares, assi payfanos, como forasteros, Religiosos, Seculares, doctos, è indoctos, à quienes todos era deudor, y à que parecia no bastar vn hombre grande, aun sin atender à otra cosa: ni los que solicitaban su ordinaria direccion en el confessorio: ni los que se contentaban, por no ser posible mas, con solo hablarle, ò siquiera verlo: ni los muchos, que à solo esto vinieron de muchas leguas, como vn Dignidad de vna Cathedral de Andaluzia, que solo por verlo, oirlo, y hazer con su direccion vnos exercicios, hizo viage à Granada: ni los enfermos, que deseaban hazer con él su vltima confession, y lograr su asistencia al morir. Tanta era la persuasion de todos, à que en sus respuestas estaba la verdad, en sus instrucciones la doctrina, en sus consejos la eficacia, y en su asistencia vn poderoso medio de la beneficencia especial de Dios para el logro de su salvacion! Fue este vn consentimiento tan vniversal, que para no mostrar tanto aprecio, ò poner en duda alguna respuesta, ò dictamen, era comun frasse dezir, *à bien, que, quien lo dixo, no es ningun Padre Padiel*. Todos deseaban, como reliquia, alguna cosa suya. Los Barberos, para que el pelo de su cabeça no pereziese, lo guardaban, y reparten agora como cosa sagrada. Iba por las calles avergonçado, y como huyendo, porque de todas classes, y espheras se arrodillaban à besarle la mano, y no raras vezes los pies, ò siquiera la ropa. Quando no les era posible mas, le hazian reverencia tan profunda, como pudieran à vn Santo canonizado. Solian salir à sus puertas los oficiales avisandose, *que passa el Santo: por aqui va el Santo*, solo por estarlo mirando hasta perderlo de vista, y para lo mismo se paraban los que siguiendo encontrado viage dezian con los ojos, que es Dios admirable en sus Santos, y con la lengua, *bendito sea el Señor, que te criò: dichosa Granada, que te tiene!* con otras bien especiales expresiones del altissimo concepto de su santidad.

Aunque la voz del Pueblo sea la de Dios, quiso el Señor dezirnos tambien, à lo que parece, la santidad de su Siervo por el concepto, y lengua de aquellos, que saben por sí juzgar de las

Las cosas, distinguiendo entre los no bien pesados motivos, que
 fueren tirar de la multitud. Los mas authorizados sujetos, y
 mas habiles para formar dictamen, fueron los que dieron mas
 prendas de su mayor aprecio. N. Señor el Santísimo Padre
 Clemente XI. preguntó en Roma, *donde, y como estaba el Padre*
Padial? y mandó su Santidad, le dixessen, *encomendasse à Dios à su*
Santidad, y los negocios de la Iglesia. Bien templado tenia su clarin
 la fama; pues resonó tanto en Roma, y sonó tambien à aquellos
 oydos, que sabian distinguir sus acordes voces de los confusos
 ruidos. El Eminentísimo Señor Cardenal Belluga, que para
 apacentar ovejas, y mandar tropas al mismo tiempo, supo re-
 ner bien firmes en vna misma mano el baculo, y el baston, el
 cañon, y la pluma, sin embarazarle para las victorias su retiro,
 agradece como especial favor del Cielo, aver sido Condiscipu-
 lo de el V. P. con quien mantuvo su Eminencia vna amitola
 correspondencia por cartas, en que lo consultaba sobre los gra-
 ves negocios de los altos empleos, à que lo elevó su merito. Mu-
 cho veneraba à Dios en el Padre Padial este excelentísimo Pre-
 lado, que aplaudido por tan gran Maestro no dudó hazerse su
 Discipulo. Aflegura su Eminencia, que la direccion de el V. P.
 lo confortó para cargarse con el summo honor de la Sagrada
 Purpura. Y aviendo llegado à sus manos, no se que alhajuelas
 del V. P. las agradeció su Eminencia, apreciandolas como quien
 veia en ellas el rico espiritu de la pobreza. Desde Roma, con la
 esperanza de su proteccion, nos alienta à lo exacto, y pronto
 de los Procesos, para que quando à la Divina Bondad pluguie-
 re, solemnizase por su Vicario la Santidad, de que no duda la pri-
 vada, y particular devoción de su Eminencia. Con testimonio
 tan libre toda excepcion, no debo ya aumentar el numero, que
 fuera demasiado, con los muchos, à quienes informò de la santi-
 dad del V. P. la fama, pagandoles con esto, como grata deudora,
 el merecido honor, que à ella le hizieron, distinguiendo bien
 su eloquente lengua de los rumores vanos. Temiera ser muy
 prolixo, aunque me ciñera à solo referir los muchos, que le es-
 crivian, no solo por ver el espiritu de sus letras, sino por tener
 letras de su espiritu; porque respetandolo como Santo, guarda-
 ban como reliquias las letras, que aora veneran con mas gozo.
 Pero no debo del todo omitir el dictamen de los que con
 su familiar trato hallaron en las experiencias aquellas seguri-
 dades, que suele desear el discurso, y que no sobran à la fama.

Aquel esclarecido Prelado, cuyo nombre no es posible oír sin amorosa ternura, y piadosa reverencia, el Ilustrísimo Señor Don Martin de Ascargorta solia dezir, *yo no sé explicar lo que acóncibo de mi Santo Padre Padial*, y yo lifamente assevero, que no sé dezir lo que todos concebimos de el aprecio, que este hombre grande hizo de el V. P. Conociendo su Ilustrísima, que, si lo trataba con el Padre, venceria su humildad, mandò à su Secretario, le hiziesse el titulo de Examinador Synodal: nunca le sirviò, porque entendiendolo, se fue à su Ilustrísima, y le hablò en aquel humilde idioma, à que era necesario rendirse, y dexarlo. El nombre, con que su Ilustrísima lo apellidaba, regularmente era *mi Santo Padre Padial*. Lenguaje, que aprendiò sin dificultad su familia, y si alguno al avilar, como tal vez sucediò, dezia, *Señor, aquí està el Padre Padial*, lo reprehendia su Ilustrísima, diciendole, *el Santo Padre Padial se dice*. Todos tenían orden de avisar siempre sin atender ni à tiempos, ni ocupaciones, ni à visitas. Sus idas eran tan frecuentes, quanto estrechos los mandatos de su Ilustrísima al Padre, para que las repitiesse sin contar aquellas, à que tan continuamente era llamado de quien apenas tendria negocio de alguna substancia, en que no interviniesse la consulta, y dictamen del V. P. que era como ley para su Ilustrísima. Quando se escusaba, ò de darlo, ò de executar alguna importante comission, con los pretextos, que solia, de que era *un idiota, un jumento, &c.* replicaba su Ilustrísima, *pues assi idiota, y jumento lo ha de hazer V. P.* Tal vez que xandose su Ilustrísima, de que se avia tardado en ir, se escusaba el Padre, con que lo hazia por no ser tan molesto. Y bolviendose su Ilustrísima al compañero, dixo: *que no quiera creer este Santo Padre, que hasta los ladrillos de mi casa se alegran, quando los pisa!* Supo su Ilustrísima, que vn lacayo suyo avia dado al V. P., flores, y dixo: *mi mayor gusto es, que hasta mis lacayos amen, y veneren à mi Santo Padre Padial*. Otras vezes, sin poder mas, exclamaba despues de averse ido el Padre, *dichosos ladrillos, que han merecido los pise este Santo!*

Dirèlo todo de vna vez. Aunque los sujetos capaces de contener su veneracion solian en su presencia, por no afligirlo, no dexarla salir sola, sino bien acompañada del recato; pero la multitud quando reconociò moderacion en la piedad: Por librarse pues de tan obsequiosos, quanto irremediabiles aplausos, como si el cuerpo herido del Sol pudiesse huir de su sombra, solicitò con veras irse à Trigueros, pareciendole, que la corrección,

y sencillez del Pueblo le ayudarian à vivir desconocido entre sus ya acà conocidos disfraces de humildad. Y si esto no, si-
quiera elirse à nuestro Noviciado de Sevilla, como si fuera facil
hallar rincòn bastante à esconder vna hacha en sì tan grande, y
ya tan encendida. Conseguiò finalmente de N.M.R.P. General
licencia para el Noviciado. La piedad Sevillana, que no sabe
dexarse exceder de otra, discutiendo por las noticias el dia, en
que podria llegar el V.P. le prevenia vn recebimiento tal, que
podiamos esperar, se nos bolviessse espantado de mas obsequiosas,
y mas inevitables veneraciones. No llegò el caso; porque ape-
nas lo supo Granada, quando los clamores de todos, que so-
brando para el desconuelo comun, no bastaban para el reme-
dio, lo hallaron pronto en muchas personas de el primer ca-
racter, que arrojandose al Padre Rector, instaron por la deten-
cion del V.P. Hizieron especial fuerza los Señores Inquisido-
res, que con ternura lo amaban, como à justo lo veneraban, y
lo consultaban como à Doctor, en quien creian hallar el acierto
para sus arduos negocios. Pero sobre todos el Illustrissimo Se-
ñor Ascargorta mandò al instante al Padre Rector, se suspen-
diessse el viage hasta nuevo orden, que nunca llegò, por averse
explicado su Illustrissima, *que no debiò darle la Compania esse que-
branto en los ultimos años de su vida, quando mas necesitaba de su Santo
Padre, no solo para los graves cuydados de su Dignidad, sino para el par-
ticular consuelo de su persona, y para el de tenerlo à su cabecera al morir.*
No necesitaba de tan vrgentes motivos vn Principe, à quien
para cobrar nuestra debida obediencia bastaba el caracter de
Prelado, y para cobrarla agradecida sobraba mucho en los es-
peciales favores, con que honrò à su amada Compania, que assi la
llamaba. Fue este vno de los lançes, en que mas necesitò el
V.P. de toda su obediencia para assegurar à su humildad, aun-
que no pudo del todo acallarla, porque solia dezir con gracia
para nosotros, y con dolor para si: *la culpa tuve yo en despedirme:
la he perdido de puro cortesano.* Y su Illustrissima lleno de gozo le
solia dezir: *con que se nos queria huir V. P. ? Pues aora en mi ma-
yor vejez me avia de dexar ?* Y como el V.P. luego se acogia à sus
escusas, q̃ avia hecho mucho gasto en este Colegio sin servir de
nada: y que pues la Provincia avia de tener esta invtil carga,
seria razon repartirla entre otros Colegios. Replicòle su Illus-
trissima, *que pagaria sus alimentos;* pero, como no podia recibir
paga este Colegio de quien era acreedor à todo el, daba su Illus-
trissima la limosna, para que el V.P. por su mano la repartiessse.

á pobres. Desde que se reconoció lo grave de la enfermedad víctima de su Ilustrísima, gustó tener consigo á su Santo Padre Padiál; y mostrando, como que lo sobrelataba el verlo comantando, que le parecia trage de quien está de paillo, mandó su Ilustrísima, le llevassen, y se pudiesse, como tambien su compañero, la sobrerropa, y entonces dixo: *aora, Padre, aora estamos bien.* Allí se mantuvo con indecible gozo de tan exemplar Prelado, hasta que entre devotissimos coloquios entregó su grande, y bendita alma en manos de el Señor, que para tanta gloria fuya, y bien de este Arçobispado la crió. Todavía me queda vna expresion tan ponderosa, que aun sobre todo lo dicho puede aumentar. Antes de morir su Ilustrísima, en prendas de quanto amaba á su rebaño, y quanto deseaba el mas puro, y mas abundante pasto á sus ovejas, dixo: *ya muero con el consuelo de aver conseguido dos grandes bienes, que avia mucho deseado para mi Ciudad de Granada: uno el Jubileo de las 40. horas (en que todo el año repartido en dias por correspondientes Iglesias está el Señor manifestado) y otro, que tenga en sí á mi Santo Padre Padiál.* Quien assi habló, qué juzgaba del V. Padre?

Bastar debieran tan privilegiados testimonios de vn Principe, cuya fama se riera de mi, si quisiessé yo dezir lo juizioso de sus dictámenes, lo zeloso de sus emprellas, y lo santo de su exemplar vida. No obstante, aunque me exponga á las piadosas queexas de muchos, no me atrevo á las de todos. Aun aquellos personajes, á quienes su especial Dignidad libra de la urbana deuda de las visitas, las hazian al V. P. por el consuelo de consultarlo, ó de oirlo: tal vez repitió alguno de estos Señores sus venidas á nuestro Colegio, por no irse de Granada sin aquella última prenda de su amor, y de su aprecio: y estando el V. P. malo, se entraban hasta su alcova, sentandose en vna sillera para estar mas cercanos al que veneraban por tan especial amigo de Dios. Del Ilustrísimo Señor Don Rodrigo Marin y Rubio, Obispo de Jaen, ya dixe algo. El Ilustrísimo Señor Don Thomàs Joseph de Montes, Obispo de Cartagena, no acertaba á nombrarlo sin dezir, *mi amadissimo, y veneradissimo V. P. Padiál:* para solos los successos bien raros, que aumentaron á este Ilustrísimo Prelado su aprecio, fueran menester muchas hojas. La V. Sierva de Dios Madre Sor Francisca de la Concepcion, por tantos años Abadesa en este Jardin de Dios, el Observantissimo Convento de Madres Capuchinas, que vivió, y murió con comun opinion de Santa, quien como tal fue honrada en sus exequias,

quias, en que el V.P. predicò con singular aprecio de esta mu-
ger fuerte: siempre que lo oia predicar, ò hablar, quedaba tan
confusa, y como humillada, que acusando su tibieza, exclama-
ba, bendito sea el Señor, que lo criò! Se le observò, que entre las cria-
turas de acá el V.P. era la vnica, de cuyo trato gustaba, por salir
de él, dezia, con grandes ansias de estrechez de vida, y amor de Dios.
Estaba reparado, que al hablar de el V.P. le faltaban palabras,
que explicassen su alto concepto, y solo se oian admiraciones.
Le era frecuente esta expresion, *el Padre Padiál no està ya en este
mundo: no ay mas diferencia de él à los Santos de los Altares, que estar
vivo.* Vn Cavallero Ministro, cuyo merito ha premiado su
Magestad con vno de los grandes empleos de su carrera, que lo
tratò con intimidad, dize en carta suya, que tengo en mi poder:
*todos los que tratamos à tan singular Varon, le tuvimos especial amor
junto con tal veneracion, y respeto, que siempre que lo veíamos, nos enter-
neciamos, besabamos las manos, y en algunas ocasiones nos arrodillaba-
mos, sin quedarnos arbitrio para executar estas, y otras demostraciones,
sin embargo de la mucha mortificacion, y rubor del V.P. De solo hablarle,
y aun verle nos componiamos interior, y exteriormente, y nos moviamos à
arrepentimiento de nuestras culpas, y amor de Dios.* Despues de referir
varios sucessos particulares, dize, *que todos en Granada, y el Reyno
lo llamaban el Santo Padre.* Y finalmente despues de citar vna per-
sona de muy especial virtud, que no acertaba con mas palabras,
que admiraciones, para explicar su aprecio del V.P. concluye
assi: *lo mismo, he advertido, nos sucede à todos, y parece es concebir una
cosa tan grande, que no se hallan palabras, con que declararla adequada-
mente. Solo celebrara, que N. M. S. P. y Señores, que han de conocer de la
causa de su Beatificacion, y Canonizacion, lo huvieran conocido, visto, y
tratado, como nosotros, que nos disculparan en nuestra devocion piadosa,
y creo, nos dieran el consuelo, que esperamos, de verlo en los Altares.*
Empressa fuera dificil hallar entre los que lo trataron quien no
firmasse muy gustoso esta carta. El Religioso, de quien ya ha-
blè, que al predicar el V.P. viò salir de su rostro como rayos
de luzes sobre el auditorio, dize assi en su misma carta: despues
entrè solo en su quarto, y arrojandome à sus pies le contè lo que llevo refe-
rido (el suceso de los rayos en el Sermon.) *Humillòse mucho, y pro-
curò disuadirme; pero en vano, porque desde entonces lo venerè por
Santo, y amado de Dios, y de los hombres, y en mi estimacion lo fue toda
su vida, y murió como tal. X tuve à particular merced de Dios hallarme
en essa Ciudad al tiempo de su muerte, y averido dos vezes à venerar su
Santo cuerpo:: Referilo al Señor Bruna Oydor, quien me dixo, este Padre*

Padial solo se distingue de los demás Santos en no estar declarado por la Iglesia. Seguro parece estar, de que llegará esta declaración, aquel Venerable Religioso, y celebrado Maestro, que comienza su primer Sermon en exequias de el V.P. suponiendo, que la Paloma Divina ha de mover al Pontífice Summo, para que desde el supremo solio exclame, *Sancte Emmanuel Padial, Sancte Emmanuel Granatensis, ora pro nobis*, y entre tanto se consuela, con que N. Santa Madre Iglesia no le suspende el discurso, para que de unas virtudes, que tiene por heroicas, no infiera una gran santidad. Otro graduado Maestro Religioso de la primera autoridad cuenta por especial dicha suya, y favor del Cielo, aver traído estrivando en su brazo al V.P. que herido en la calle de su charidad, necesitó de este religioso socorro para venir. Como no es factible numerar quantos lo trataron, tampoco lo es el referir los singulares aprecio de su santidad. Buelvome pues à aquella comun idèa, que obligando à todos à tratarlo como à Santo, y à llamarle *el Santo*, hizo tambien, que, quando entraba en alguna casa, solicitasse la devocion, que el V.P. tomase algun dulceillo, que procuraban, fuesse de hueso, y guardandolos con dissimulo, los muestran aora, y veneran como vna gran reliquia. Tenialo su humildad tan lexos de imaginar de si tal cosa, que, no obstante su vivo discurso, tardò algun tiempo en sospechar tan piadoso engaño; pero no tardò mas en prevenirlo. Si bien quando será facil tomarle à la piedad todos los passos? Instabanle, à que bebiesse en vn vaso tan grande, que no pudiesse apurarlo, y guardando el agua, que le sobraba, con devocion opuesta à los que beben, como agua la maldad, bebian despues los enfermos, como la salud aquel agua, como la prevencion los sanos, y todos, como si bebieran espiritu. Muchos, y admirables sucesos se refieren de este agua, y en buena parte se han probado.

Y si tambien entran al mar con los caudalosos rios los pobres arroyuelos, vaya tambien con el comun consentimiento de todos, y con el particular de tantos, que como rios de otra esphera hazen, que redunde el mar, el dictamen de los nuestros, à quienes las noticias de la vida espiritual, la vniformidad del estado, el quotidiano, continuo, e intimo trato dentro de unas mismas paredes, no hazen menos habiles para discernir, y acaso no mas desapasionados en el juzgar de aquel, à quien en lo demás miran como su igual, y compañero. No parece muy dudoso, que suele ser mas critico el examen, que precede à esta domestica sentencia. No obstante, aunque es verdad,

dad, que hazia fuera hizimos estudio de hablar siempre con gran recato, y moderacion en las cosas del V.P. y así lo conocí, y vozean los sujetos de mas juicio, sacando de aqui con prudente ilacion, que la santidad de el Padre fue tal, que ella por si imprimió en todos la idea grande, que tienen: pero entre nosotros, como no fuese en su presencia, no era facil contentar nuestro aprecio de su virtud, y maravillas. No sabré distinguir entre estraños, y domesticos, quales imprimieron las huellas, que siguieron los otros en este aprecio: Santo lo llamaban los estraños, y gran Santo los domesticos: como a Santo lo veneraban aquellos, y tambien estos. Aumenta la veneracion a la imagen aquel velo, que no dexa verla con tanta frecuencia: y en nosotros la mayor frecuencia de ver esta imagen viva de la virtud aumentaba el respeto. No pienso, avrá demostracion de aprecio en los estraños, que no aya sido excedida por otro termino de los Nuestros. Por no detenerme baste dezir, que guardabamos sus cosas, como alguna alhajilla, alguna estampa de su Breviario, algunas muelas, que le sacaron, la sangre en sus sangrias, sus cabellos, sus cartas, &c. anotando ser del Padre Padial con vna segura confianza, que ha de disponer Dios, llegue el tiempo, en que como calificadas reliquias se expongan a la publica veneracion.

§. XVII.

S La cordial devocion aun contenida de el respeto a aquella ley, *ante mortem ne laudes hominem quemquam*, usando o de la benigna exposicion, que ella le dió, o de la excepcion, que creia en el V.P. soltandose a si misma sus riendas, corrió todo el campo de la piedad hasta el termino de la licencia; que haria, quando, ya difunto, se vió absuelta del escrúpulo, que pudiera causarle aquel respeto? Responderé a esta pregunta con vna simple narracion de algo, porque no espero poderlo dezir todo.

Vimos en su venerable cadaver vna mutacion tan singular, como ya esperada de el concepto comun de todos. Quedó, se mantuvo, y así lo dexamos en la sepultura, tan a lo natural flexible, que parecia no faltarle ni el alma, ni la natural temperie. Aquella pierna con violencia tan encogida, aora con naturalidad rara se dexó estender. Aquel cutis antes con sus rigores tan aspero, recreaba aora con la suavidad el tacto.

*Aprecio de el
V.P. ya difun-
to.*

Aquel rostro antes tan desfigurado, se llevaba aora los ojos con su hermosa inageltad. Al color por su natural moreno, y por sus severidades palido, sucedió vna apacible blancura, no la estraña de la nieve, sino la nativa de vn cuerpo humano muy blanco. Hizieronse sobre todo admirar aquellas benditas manos, antes por tan maltratadas tan asperas, tan llagadas, y denegridas, y aora tan sanas, tan suaves, y tan blancas, que, quanto causaban antes piadoso horror, tanto atraían aora con la hermosa suavidad de su blancura. Quantos pudieron lograrlo, no se cansaban de besarlas, tocarlas, y enseñarlas à los que solo de lexos podian verlas. Allí los que antes las conocieron, hazian con pasmo el cotejo de como estaban antes, y aora. Crecia la admiracion advirtiendole, que ni lo largo de la enfermedad bastò à quitarles la violenta intemperie, que introduxo en ellas el yelo, el fuego, y los otros rigores. Como en aquella parte de la hoguera, à donde se amontona el fuego, es mas activo, y durable el calor, assi el coraçon del V.P. se mantuvo tan ardiente desde las 12. y media de la noche hasta despues de las 12. del dia, que caldeo toda la ropa, haziendose tan sensible al tacto, que se dudò, si vivia. Revestido segun costumbre el cadaver, lo pusimos en el feretro, y sitio comun à nuestros difuntos.

*De lo sucedido
hasta el Entier-
ro.*

Pero el Señor mismo, que mandò à los Angeles celebrar con celestial aparato las ocultas exequias de Moyse, pareçe, mandò à los hombres hazer publicas, y celebrar con pompa rara vez oida las de el V.P. A las 4. y quarto hizo eco nuestro dolor en el de nuestras campanas, cuyas lenguas parecieron aquellas empharicas, con que suele el Cielo dezir sus cosas grandes, segun la inaudita commocion, que causaron en Granada, y sus comarcas. Como alternando con las campanas, resonaban por las calles aquellas voces alegres por mas que quiso el dolor enlutarlas, *ya murió el Santo, el Santo ha muerto. Si querrà Dios castigar à Granada, y por esso nos lo quita? pero que mayor castigo* (añadian) *que quitarnos este Santo?* A los ecos de estas voces corriò à nuestra Casa, è Iglesia à venerar su cadaver tal avenida de piedad, que no hubo mas diques para contenerla, que la esperanza de franquearselo. Con espíritu de el todo opuesto al de aquel, que altercaba con San Miguel sobre que se expusiesse al publico el cadaver de Moyse, pedian todos el de su Santo Padre Padiàl, bien seguros, que ya como Pueblo no animal, que no entiende las cosas de Dios, como el Judayco, sino espiritual,

Debían bien distinguir el obsequio correspondiente al que tenían
 por Santo, de la adoracion debida al que haze los Santos. Como
 quien dá lo que le quitan, huvimos de poner el cuerpo en la
 Capilla de nuestra Iglesia, en que se venera la Soberana Imagen
 de la Soledad. Para sostener la continuacion de el violento im-
 pulso, que anunciaban estos arrojados principios, se afianzaron
 sus rejas con puntales, que, si bien parecieron de bastante ro-
 bustos, el suceso mostrò no sobrarles nada; pues comenzaron
 finalmente à rendirse à la sagrada porfia de la muchedumbre
 por verlo, y tocarlo. Es comun queja en esta Ciudad, que no
 huviesse visto todo el mundo el admirable tenor de vida de
 este hombre Justo; pues solo viendolo, puede formarse algun
 concepto de sus cosas. Y asseguro à V. Reverencias, que entre
 las que mas necesitan de vista de ojos para dar sentencia, es la
 prodigiosa multitud con su misma piedad atropellada, y no
 impedida, que volò à manera de Aguilas congregadas à rodear
 este cuerpo. Para vn devoto irremediable del orden bastara el
 innumerable gentio de esta populosa Ciudad, como vida to-
 da con aquella desconcertada intrepidez, de que suele hazer su
 affustada gala la piedad. Para que este llanto grande, que ha-
 zian sobre el sus Ciudadanos, fuesse mayor, pareció aver des-
 pachado el Cielo sus postas, aquellas, que dan en el ayre sus
 avisos, segun no solo los vezinos villages, sino es Ciudades, y
 Villas bien distantes, hizieron calles de los caminos, y merca-
 do de nuestra Iglesia, y sus contornos para este seguro comer-
 cio. Casi todo el dia estava tan embarazada la Iglesia, que à
 los de afuera era forçoso detenerse en las cercanias con aquella
 sollicita impaciencia de quien desea, y le retardan su vez; por-
 que los que la lograban, ni acertaban à desprenderse de la vis-
 ta de aquel objecto amado, ni les era facil (y muchas vezes ni
 posible) la retirada. Por estar la Capilla en lo vltimo de la
 Iglesia logró el Presbyterio algun desahogo para las Missas; pe-
 ro al salir era necessario avisar con campanillas, para que dies-
 sen algun sosiego à tan inquieta devocion. Asseguraban perso-
 nas de mucha edad, y mas juicio, no aver memoria de seme-
 jante commocion, y concurso: y para explicar mas su concep-
 to añadian, que segun lo avian leído, y oydo à los que la vie-
 ron, ni ann fue igual en la muerte de aquel fuego de charidad,
 à quien no quemaron las llamas de el fuego, el Señor San Juan
 de Dios.

Sirvió la prevencion de las rejas, para que ellas quebras-
 sen

fen las olas , pero nō para reservar la Capilla ; porque al abrir la puerta la asfaltaban hasta ganarla , y entrarse por fuerza. Aqui cobraban en gozos lo que antes se avian deshecho en deleos. Aunque estaban alli los Nuestros para guardar aquel tesoro , y mirar por su decencia , nada bastò. Al entrar , el primer movimiento era suspension , ya de quien admira , y venera la santidad , ya de quien se pasma con la hermosa magestad de vn difunto , que les parecia hablarles al coraçon. Seguiafe luego aquel como indeliberado impulso de arrojarfe à dar mil osculos à aquellas bellissimas manos , de cuyo contacto creian sacar salud , dolor de pecados , y amor à la virtud. Ni se engañaron ; pues fue constante , que sola su vista causò en muchos ardientes propósitos de mas perfeccion , y à otros hizo , que se bolviessen hiriendo sus pechos con el dolor de sus pecados , y confesiones generales. Para dar mas à basto à la devocion le desunieron las manos , y à cada vna por su lado aplicaban este à los ojos , aquel al oydo , el otro à la cabeça , y todos à la boca , besandola , y tocandola tan lexos de aquel natural horror de vn cadaver , que sentian particular recreo con la suavidad de su tacto , à que daba nuevo , y respetoso gusto el concepto de su santidad. Fue esto en tanto grado , que efectivamente le desvnieron la piel de la carne , ò hueslos de sus manos. Observòse mucho , que entrando muchas Señoras , cuyo natural asco à vn muerto solo puede hallar compañero en el horror de las mismas , y que (como à algunas oymos) venian arrastradas de la devocion por lo mucho , que las retraia el pensar , que ni aun mirarlo podrian ; y no obstante al verlo , parecian vivir de mirar aquel venerable objecto : como muchas avian conocido aquellas benditas manos tan llenas de piadoso horror por su aspereza , y llagas , aora no cessaban de alabar al Señor , de cuya diestra reconocian la mutacion , que admiraban en su candor , suavidad , y hermosura : y como antes avian deseado , sin concederfeles , el besarlas , aora con repetidos piadosos osculos , se hazian à su favor pago de los que les parecian serles debidos , por averfeles antes el V. P. quitado. Les era tan sabrosa esta ternura , que con ella probaban la verdad de lo que dixo San Ambrosio , *mollis , & tenera species est forma pietatis* , que la piedad es blanda , y cariñosa. Lo que mas admira , es , que estas mismas Señoras mojaban sus pañuelos blancos en la sangre liquida , que corria de las llagas de los hermosos pies de aquel Evangelizador de la paz. Y que podrian aqui remediar los Nuestros ya antes

*De fide resur-
rectionis in obit.
Frat.*

acobardados de la multitud, y aora sujetos con el dominio de la que sobre los fueros de piedad traia sin ocultar los de Señora? Si esto escapaz de aumento, lo dieron sin duda varios niños desde dos à cinco años, tan lexos de espantarse con la vista de vn difunto, que lo miraban, tocaban, y besaban con la entretenida rifa, que suelen en sus amadas diversiones. Quitaronle varios bonetes, y zapatos, y no se, què huviera sido de sus pobres vestidos, si la devocion no tuviera el desahogo de mojar pañuelos en la sangre. Por ser ya tantos, le descubrieron el pie, de que por mas llagado corria en mayor copia: y con esta ocasion le sacaban aquellas partecillas, que se dexaban arrancar, le cortaban pedazos de las vñas, y hubo quien alentado de su devocion, y confiado en su dissimulo, tenia ya aplicado vn buen instrumento para cortarle vn dedo.

No es dificil de entender, quan agitada estaria de su santa embidia aquella multitud, que à la parte de afuera de la reja ansiaba por ser complice en el piadoso delito de aquellos hurtos, que como impaciente estaba viendo. Pedian à gritos *alguna reliquia del Santo*. Ya la reja, aunque segunda vez afiançada, comenzaba à hazer nuevo sentimiento con la constante, y violenta bateria de la piedad. Los de adentro por vna parte temerosos de que, si acababan de rendirle, seria tan irremediable la confusion, como ciertos los desordenes; y por otra, ò no pudiendo, ò no queriendo ser ellos mas duros, que la reja, ni resistir mas que sus puntales, eligieron el medio, que al principio los puso en mayor consternacion, aunque despues sirviò para algun sosiego. Personas pues de la primera distincion, y caracter se hizieron cargo de ir tomando, y bolviendo por la reja lienços mojados en sangre, algunos, que no lo tenian, lo buscaban, y no pocos se partieron para repartirlos. Pero como todos querian, y no era posible dar à todos, se avançaban como para ganar vez, y sacar su reliquia: y aquí temiendo los de adentro alguna irreparable irrupcion, que se lo llevase todo, se arrimaron à sostener la reja, y ayudar los puntales, que ya cedian à tan violentos impulsos. Pero nada bastara, si no huvieran discurrido emplearse muchos en tomar, y bolver rosarios, y otras alhajas tocadas al cadaver, y como estaba tan à lo natural flexible, le levantaban el rostro, y manos, porque los de afuera lo viesse; pero no contentandose con esso, lo sentaban, y arrimado à alguno lo veian desde à fuera realmente senado. Y aviendo sido estos contactos, y movimientos tan frequent-

*De obit. Frat.
S. & quidem.*

quentes, y espaciosos, no hubo ni el mas leve indicio de mal olor en la sesenta horas, que estuvo sin enterrar. Con esto se fue sossegando aquel alterado mar, à que ya no bastaban para contenerlo en sus playas los terminos, que la providencia le puso. Dicho se està, que en tal confusion se avian de trocar varias alhajas: pero no se reparaba esto, si se lograba vna tocada al Santo, como dezian. De varias Comunidades Religiosas embiaron en manojos sus Rosarios, encargando no solo, que los viesse tocar, sino es que los dexassen mucho tiempo sobre el venerable cadaver, como que de el contacto mas moroso sacarian mayor santidad las prendas. Lo que no condenaria San Ambrosio, que se juzgaba mas grato à Dios, *quòd suprà sancti corporis ossa requiescam*, por descansar mas de espacio sobre los huesos del santo cuerpo de su V. Hermano. Esta bien ordenada confusion fue tan constante en la alternacion misma de irse vnos, y venir otros, y aun los mismos, que al medio dia no pudieron cerrarse las puertas. En la noche, aunque de mala gana, se reducian à dexarlas cerrar con la esperança de que al ser de dia las hallarian abiertas. Pero como los que salian iban al passo, de quien no quiere andar, y los que entraban al de quien quifiera volar, à los que iban saliendo sucedian tantos, que nos obligò à cerrar las puertas, dexando vn postigo por donde pudiesen salir sin dexar entrar. Pareciò bueno, pero fue infeliz el discurso; porque para hazer mas venial su descortesia, no querian conocer el respeto, que avian de atropellar, en las personas, que lo guardaban: con que el postigo sirviò solo de ir entrando por el quantos cabian, sin dexar, por donde saliessen los de adentro. Discurriòse cerrar el postigo, y echarlos improvisamente por otra puerta retirada; pero al verse como burlados los de afuera, dieron à las puertas tal avance, que doblandoles el cerrojo, fue necessario para evitar mayor desgracia bolver à dexarles la entrada. Durò esta especie de batalla la primera noche hasta las diez, ò mas: y la segunda, que ya miraban como la vltima, hasta las doze y media: y como era necessaria la victoria, si se avian de disponer el cuerpo, y el sitio para el entierro, desconfiados ya de la fuerça nos acogimos à los ardides, en que logramos el favor de algunas personas de distincion, que en recompensa de su trabajo se tomaron el de quedarse hasta la mañana del Lunes 30. con nosotros, en que logró su devocion el espacio, y quietud, que deseaba para observar, y venerar mas el cadaver.

1 Temiera, que esta muerta relacion padeciese entre los que no vieron su objecto la nota de hiperbolica, si no estuviera bien seguro, que quantos lograron verlo, la acusaràn con razon de diminuta, y floxa. Despues de vna estraña admiracion exclamaban los hombres mas prudẽtes con vna gustosa quexa, de que no era posible referir esta commocion, para que el mundo la supiese: y que, siendo quanto se dixesse mucho menos, que la verdad, pareceria ponderacion à los que no lo vieron. Vn Cavallero de la primera Nobleza de Granada, à quien sus oportunas noticias bien colocadas en su gran capacidad suelen no dexar correr por aquellas opiniones mas comunes, que examinadas, observò la belicosa no vlada concordia, con que competian entre si, sin esperar vencer, la Nobleza con la plebe, la piedad con la confusion, el sentimiento con la alegria, y la multitud con el desorden: y tuvo esta opinion por tan del Cielo, que sin mas examen corriò con todos hasta entrarse en la Capilla à la cabeça de el V.P. tan admirado en si, como admirando à otros, por verlo alli tantas horas con el silencio de quien se pasina, y en el semblante de quien venera lo mismo, que su razon natural escrupulosa supiera disputar mucho. Pero cediendo esta à la demonstracion de el Cielo, que veia con sus ojos, se sintiò forçado à dezir, que commocion tan vniversal, tan constante, y tan piadosa, no puede ser efecto, ni del dominio de la naturaleza, ni del artificio de los hombres: y que era preciso confessar ser de Dios. Y sin dificultad se vendrà la verdad con la estrañeza, si se advierte, que al gran concepto de su santidad se añadieron tales prodigios, que pareciò repicar el Cielo para convocar la piedad. La idea de *gran Santo*, que formaron de su estupenda vida, ya se ha dexado ver algo, y aora les hazia mirar à nuestras paredes, y exclamar: *dichosa Casa, y Colegio, que tal ha criado! dichosa Ciudad, que te ha tenido!* Y al encontrarnos dezian, *dichosos vosotros, que tal hermano, y compañero averis logrado!* Pero viniendo à los prodigios, que en estas sesenta horas sirvieron de lengua al Cielo, ni es justo omitirlos todos, ni dezirlos todos oportuno.

Padecia vna muger tales dolores de cabeça, que no sabia explicarlos, sino es diziendo, que le parecia estarle arrancando à vn tiempo todo el pelo de la cabeça. Vinose al cadaver de el V.P. y logrando aplicarse vna mano, quedò instantanea, y perfectamente sana, y lo està hasta oy. Otra, à quien vn paño, ò nube tenia impedido vn ojo, dolorido, y con demasiada hincha-

do, aplicandose la bendita mano del cadaver, sanò del todo. La especialissima hermolura, con que pareció sellar el Cielo sus manos para obradoras de prodigios, era iman de la devocion. Vna doncella de diez y ocho años avia padecido desde la edad de tres meses vna violentissima alferesia, que hasta la muerte del V.P. le assaltò sin falta todos los dias, y no pocos muchas vezes, derribandola con tan violento impulso, que comunmente estaba herida, ò lastimada. A este molesto accidente acompañaba el de vna infaciable hambre. Traxola su confiada devocion à venerar el cadaver, que parecia tener en su mano la salud, y aplicandose la al coraçon, donde sentia su enfermedad, pidió con gran fe el remedio, y lo hallò tan pronto, que nunca mas ha sentido ni el accidente de la alferesia, ni el de la molesta hambre. Vna Señora muy principal padeciò por muchos años vn gran dolor en vna arteria relaxada en la muñeca, que le ocasionò vn tumor bien extraño. Alentaronla, à que buscasse en el V.P. el remedio, que no avia hallado en la medicina: estando ya para venir à nuestra Iglesia, le apretò tanto el dolor, que, como la misma señora dixo, solo por no dar à su hija ya consentida, y dispuesta à venir, el de privarla de esse consuelo, se alentò. Puso la mano del V.P. sobre el tumor, y enteramente se quitaron dolor, y tumor à vn tiempo, y hasta oy duran quitados. Padeciò vn hombre por tiempo de vn año y medio vn desbarato de vientre tan precipitado, que lo reduxo al estremo peligro, y tan rebelde, que no cedió à muchas curaciones. Oyendo tales prodigios del V.P. ya que no pudo venir para lograr su contacto, logró el de vn pañico, que avia servido de defensivo en la frente del V.P. Aplicòsele al estomago, è instantaneamente se sintiò sano, no bolvió mas el desconcierto, y convaleció hasta sus ordinarias fuerças. Vna muger con mas fe, que oportunidad de venir à venerar el cadaver por vna recia calentura, y dolor vehemente de espaldas, y que aun la afligia mas, el que estando por ama para criar vn niño, le faltò la leche, y le sobraron los ordinarios motivos de sentimiento; clamò à Dios por los meritos del Santo Padre Padiàl, y echandose al cuello vn Rosario de los tocados à su cadaver, se fue la calentura, huyó el dolor, bolvió la leche, y su alegría. Vn niño de vn año con dos quebracias, cuya salud avian sus Padres buscado sin efecto con varias curaciones, la logró agora perfecta, è instantanea con la aplicacion de vna reliquia (dizen) del V.P. Y, para que sea mayor, y mas claro el prodigio, añade su madre,

que

que viendolo tan sano, que ya le pareció, no le serviría vna venda, con que lo ligaban, quiso, para guardarla, lavarla: y asegura, que, siendo de lienço nuevo, y fuerte, se le deshazia entre las manos, y admirada de esto no menos, que de la salud de su hijo, entendió, que le dezian, que ya no era menester la venda, por ser permanente la salud alcançada por los meritos de aquel Santo, y así medio deshecha, y a medio lavar la guatada. Vna donçella de diez y nueve años padecia en vn pecho vehementes dolores por vn malicioso grano, que ella no sabe explicar, y que con vn irritado tumor le causaba otros varios accidentes. Mas intolerable era a su virginal recato el descubrir su mal, que el sufrir sus dolores: quiso pues exponerse antes al riesgo de la vida, que a la vista de los hombres. Razon era, premiasse el Señor su honestidad por medio del que tanto la zeló. En vna pues de estas noches fueron los dolores tan agudos, que le hizieron trocar el sueño en clamores al V.P. y alla a sus solas se aplicó vn solo cabello suyo, que avia podido adquirir para curarse. Al instante se durmieron el dolor, y ella. Al despertar se halló sana, natural el pecho, ningún dolor, y sin mas señal del grano, que vna mancha como dorada en el mismo sitio. Halló entre su misma ropa *vna durezilla (dize) que no sabe, si seria raiz, y era del tamaño, y figura de vn garvanço.*

Añadiré otros, en que acaso son mayores las maravillas, y sin duda lo son las notoriedades. La vltima de estas dos noches, que fue la de el Domingo 29. duró como hasta las nueve el discurrir, y aplicar medios casi sin fruto para desembarazar la Iglesia. El Señor, que pareció querer hazer el prodigio, inspiró el remedio de apagar las luces de la Capilla, y cerrar su puerta: que pareció cerrarla a la esperanza de verlo. Solo se consiguió, que de espacio, como de mala gana, y quexandose, se esparciesen por la Iglesia los que cercaban la rexa, y Capilla. Y ni aun esto se logró de todos; porque, entre otras, vna conocida familia se quedó con piedad constante a la rexa, diciendo: *no se cansassen los Padres, porque no se avian de ir hasta verlo: y añadió vna de las señoras, como quien se lamenta, que despues de tanto trabajo, y tanto aguardar, aora, que ya avian logrado ocasion, les apagaban las luces.* Aunque se consolaban diciendose, que para encomendarse al Santo no era necessario verlo; pero este consuelo mas era para quietar la razon, que para faciar la piedad. Ya avia pasado desde que se apagaron las luces, segun vnos mas de media hora, segun otros media hora, y segun todos mas de vn

el 29. Cg. guar-

quarto, quando, para que su devota constancia viesse el logro de sus deseos, se iluminò toda la Capilla con vna luz tan repentina, y extraordinaria, que, aunque descubrió à todos el cuerpo, no dexò à todos el reposo, que à algunos, para advertir, como fuesse esto. Observò sugeto de mucha autoridad, que de hazia el cadaver salió vn globo de estraña luz, que dando por aquel sitio algunas bueltas, las que no siendo necessarias para iluminarlo todo, ferian como buscando, donde prender, se aplicò à vno de los quatro cirios, y se reduxo la luz ya permanente à la que corresponde à vn cirio de algunas libras. Como ya estaban tan conmovidos los animos con aver visto aquella misma noche alli en su presencia recobrar vista vna ciega, y despues vieron correr sin embarazo vna niña, como de seis años, que enferma de vna rodilla, solo ayudada podia andar poco, y con dolor: aora al oir las repetidas voces de *milagro*, y ver la nueva luz en la Capilla, todos corrimos à verlo, y muchos à averiguarlo. Vimos cerrada la Capilla: con que no hazia falta la asseveracion del Padre, que la cerrò, y tenia, y mostraba en su poder la llave: se abrió para reconocer, si se avia quedado alguno, y se hallò, que no. Reconocimos el cirio, por si acaso se avia corrido, ò tenia alguna pavesa, que aun despues de tanto tiempo fuesse capaz de aver conservado el fuego. Pero viendo con nuestros ojos, que ni el mas leve indicio se hallaba de causa natural para aquella luz, bien persuadidos al prodigio, se renovaron con las admiraciones las alabanzas del Autor de ellos. Quiso vna Señora con su piedad ilustrar mas su muy ilustre sangre, y así avia mandado poner los quatro cirios, que ardiessen, mientras durasse alli el cadaver. Hallòse la Señora presente al suceso, y pidiendo por su devocion su cirio, nos convenimos en partirlo, y despues de varias pequeñas partes, que como reliquias nos han sacado de la nuestra, todavia se conserva en casa para memoria vn buen pedazo. Vn Cavallero de el Orden de Santiago avia estado aquella tarde en casa de vnas Señoras parientas suyas mostrando no demasado aprecio de la que tenia por demasada credulidad, diziendo, que tenia al Padre Padial por Justo, y Santo; pero, que en esto de milagros aumentaba mucho el vulgo. La piedad de el devoto sexo de las Señoras mantenía su partido, y en esta disputa llegó la noche. Vino à nuestra Iglesia acompañandolas, y es vno de los mas abonados testigos del suceso; pues viò la luz, y encenderse el cirio: despues, ya de otro distamen, lo reconvenian con gracia las Señoras.

Solo tenemos noticia de aver sido incredulos de estos prodigios aquellos pocos, à quienes, para que no lo fuesen, parece quiso el Señor convencer con ellos mismos. Por dislocados en vn hombro los huesos tanto, que en ellos caben dos dedos, avia mas de doze años, que vn hombre no tenia mas movimiento en el brazo, que el lento, y corto de la cintura à la barba sin poderlo ni subir, ni baxar mas, ni bolver hazia otra parte. Avia fervido este hombre à aquel Cavallero, de quien ya dixe, que atonito con tan vniversal comocion se estuvo algunas horas junto al feretro dando con su singular piedad solemne testimonio de la veneracion comun. Viendo alli à su antiguo criado, sabiendo la enfermedad de su brazo, y movido de los prodigios, que se avian visto, lo llamó à que buscasse su remedio, donde tantos lo hallaban. Pero él, que pareció venir mas curioso, que devoto, queriendo ocultar con no piadosas resistencias algunas que desconfiança, hizo, que su Amo con otros Cavalleros ya indignados lo forçassen à descubrir el brazo, sobre el qual pusieron la mano del V.P. con tanta fè de aquellos Señores, que venció las enfadosas, y desconfiadas burlas de el manco. Despues le instaron, à que probasse, si avia surtido efecto el remedio; pero él siempre incredulo, como quien mofa, dezia, *mañana lo veremos*. Entadados todos, lo asió vno diciendole, *saca este brazo, que esta curacion no es de emplasto, que necesite de este tiempo*: alli à vista de todos comenzó à mover el brazo con la agilidad de sano: levantólo sobre la cabeça, recogióse el pelo por detras, baxólo hasta las rodillas, y bolviólo hasta las espaldas, y salió saltando, y alabando à Dios con la admiracion, y clamores, que se dexan entender de vna piadosa multitud, que alli oyó à diez, ò doze autorizadas personas confesar la enfermedad, y alli vió con sus ojos de repente la salud. Vn Medico, y dos Cirujanos reconocieron alli el brazo, y hallaron otro mayor prodigio, y es, que manteniendose dislocados los huesos, fue, y duraron natural el movimiento, como si estuviesen bien puestos en su lugar. Despues lo han visto para observar, y deponerlo otros Medicos, y Cirujanos (y aun alguno vino de fuera à solo ver el prodigio) contestes en que aun tienen por mayor milagro esto, que si se le huviesen restituido los huesos à su lugar.

Maravillas parecen estas grandes; pero de aquellas, con que frequentemente se haze Dios admirar en sus Santos. Me queda vna de las q̄ tienen pocas cōpañeras. Vn Sacerdote nue-

tro, Professo, y que estaba, y està leyendo Theologia en este Colegio, con especial impulso, como parece, deseò recoger alguna sangre de el V.P. Con tanta sollicitud lo procurò, quanta interior segura confiança, que avian de suceder con ella algunas maravillas, à que siempre estuvo persuadido. Passado el mes de Septiembre de 1720. sangraron del brazo al V.P. por su renmatismo. Despues que el Medico reconociò la sangre, la recogió el Padre ya tan quaxada, que para echarla en vna redoma fue preciso dividirla en pequeños pedazos. Passado como vn año, bolvieron à sangrar al V. P. y con la misma confiança, y circunstancias echò à pedazos la sangre de vna escudilla en otra redoma. Registrò de alli à algunos meses sus redomas, y hallò liquida la sangre. Las pocas vezes, que en este tiempo las viò, y fue la vltima como cinco meses antes de morir el V.P. siempre hallò la sangre liquida. Vn Sacerdote de los nuestros movido de su devocion, avivada con la de todos, le pidió el dia 28. de Abril de 25. en que murió el V. P. unas gotas de aquella sangre, y sacando sus redomas, vieron ambos la sangre no ya quaxada, sino endurecida, y tan pegada entre si, y al vidrio, que ninguna diligencia bastò para sacar vna gota, ni vna parte. Registròlas varias vezes aquel dia, y el siguiente, y siempre la hallò igualmente seca, dura, y pegada. Pero al empezar el dia Lunes, en que se enterrò el V.P. aviendo visto los prodigios, que aquella vltima noche avian sucedido en nuestra Iglesia, fue se à registrar sus redomas, porque con rara seguridad siempre esperò maravillas de aquella sangre: hallò la que avia recogido primero, espesa; pero ya suelta, que corría por el vidrio. Como à las dos de la mañana llamó quatro Sacerdotes de los nuestros, vno de ellos el que la avia visto tan dura, y pegada al vidrio, y con ellos vno de los estraños, que se avian quedado con el cuerpo: vieronla todos con la correspondiente admiracion, que creció, quanto se dexa entender, viendola poco despues ya tan del todo suelta, y liquida, que corría por el vidrio, y se echò alguna en otras pequeñas redomas, en que caía à la manera de qualquier otro licor. Hasta oy seis de Julio de 26. en que la heinos registrado, se mantiene liquida. En vn pequeño vidrio tengo en mi poder para prenda de este Colegio vna pequeña porcion, que he podido con dificultad re'ervar, y desde entonces se mantiene liquida. Vn Señor Dignidad de esta Santa Iglesia sentia el desconuelo de que se le avia condensado la poca, que llevó liquida; pero ya ha-

tenido el gozo de que se bolvió à liquidar. La de la posterior sangria, aunque ha mudado algunas vezes el color, y se ha puesto como que ya començaba à liquidarse, no ha acabado. Esta segunda està destinada para este Colegio, y con la otra se ha alçado la esclarecida familia de este Padre, que la ha pedido, è instado por ella con tal piedad, que, à no ser Sevillana, fuera muy singular, para conservarla vinculada con la decencia correspondiente al esplendor de tan ilustre Casa: y con clausula, que, si por disposicion Divina faltassen sus descendientes, buelva à la Compañia la sangre.

De su Entierro:

Si hasta aqui este verdaderamente humilde de coraçon recibió tanta gloria de la comun piedad, como se ha visto: desde aqui creció tanto, que ya la gloria lo recibió à él conforme à la promessa de el Señor, que humilla à los que se exaltan, y exalta à los que se humillan, *humilem spiritu suscipiet gloria*. Fue muy aplaudido de todos el vivo pensamiento de algunos, que cotejando su humilde espiritu con tan extraordinaria exaltacion, dezian: *si resuscitara aora el Padre Padial, aora sin duda se bolviern à morir, ahogado en su misma confusion*. Y porque no se dixo al ayre, fino à la humildad, *demisso humilitas honores multiplicat*, que multiplica al humilde los honores, se los multiplicò al V.P. en las personas de el primer caracter, en los Ordenes de la suprema autoridad, y en las Sagradas Familias, que hizieron solemne Profesion de su religiosa piedad. Y para que su rara exaltacion diesse lleno sentido à las mas enfaticas versiones de este lugar sagrado, vimos en la experiencia la verdad de aquella, *qui submissus est spiritu, dividet gloriam*: tanta gloria recibe al humilde, que tiene este para dividirla con otros. Tanta fue, y de tal hierarchia la que dividió con nosotros, que, aunque por nosotros al vernos tan confundidos, solo tuvimos la advertencia, de que no la teniamos, fino es para reconocerla incomparablemente mayor à nuestros meritos; pero despues no hemos dudado, debe gravarla la Compañia en los mas firmes monumentos de su gratitud. Dexo pues lo que parece menos, aun siendo tanto, esto es, que nada tuvimos que embidiar à Maria, y Marta en quanto al consuelo, que en la muerte de su Hermano recibieron de los principales de Jerusalem, y Bethania; pues si à consolarlas fueron muchos, à nosotros vinieron casi todos: ò suplieron su necessaria ausencia con afectuosos recaudos, que, à no ser todos tan hijos de el respetoso amor al V.P. pudieran parecer copias de los papeles, con que los Sagra-

Syrus:

Chald:

doss

D. Amb. S. Ita.

dos Monasterios de Religiosas, yo no sé, si alegraban nuestra pena, o entristecían nuestro gozo: porque ciertamente en tan cordiales demostraciones de piedad, no sabían, si darnos pena, o parabien, hasta que consultado su propio corazón les sugería un parabien, en no pocos enternecido, con aquellas mas nobles lagrimas, que no llegan á salir corridas; pero salen como avergonçadas, de que alguno las tenga por hijas de el dolor, teniendo mas alto origen; pues *habet & letitia lachrymas suas*, tiene tambien la alegría sus propias lagrimas. Con su misma indecision era mas grata á nuestros oydos esta religiola política, que nos hablaba al corazón ocupado tambien de aquella misma gozosa pena, en cuya expresion todos nos hallabamos embarazados, experimentando ser verdad, que tiene el alma ciertos afectos tan delicadamente mysteriosos, que no tiene la lengua moldes para imprimirlos. Era nuestra comun respuesta la de el Señor San Ambrosio en semejante caso: *ingrati de Fratris morte esse non possumus*, en que sin confesar el gozo por no parecer insensibles, negabamos el dolor, porque lo sentiamos ahogado en la confianza de la gloria de nuestro querido, y venerado Hermano. Ya infiné las parridas, para que, quien conoce á Granada, saque la suma de los funebres parabienes, de que será eterna deudora nuestra gratitud. Passo adelante.

Las experiencias nos avian ya mostrado, que la Divina Bondad para exaltar á este tan humilde Siervo suyo, que tanto, y por todos modos se anonadó por su amor, avia especialmente escogido dos instrumentos de su providencia tan grandes como ellos mismos, los Ilustrísimos Señores D. Martín de Ascargorta, y Don Francisco de Perea y Porras, ambos exemplares Arçobispos de Granada, ambos tan Padres de sus hijos, como Pastores de su Rebaño, y ambos tan protectores de su minima muy amada Compañia, como apreciadores de la santidad del V. P. Aquel, para que con las honras, que le hizo en vida, anunciase las que rendiría en su preciosa muerte; y este, para que con las que hizo en su muerte, promoviese las que se debieron á su admirable vida. Fui pues (como debia) la misma mañana del Sabado lo mas temprano, que me pareció oportuno, á dar á este incomparable Principe la noticia de aver ya muerto el que amaba, y á quien (para honrar al mismo título, como su Ilustrísima dixo) avia dado el de Examinador Synodal, aunque su Ilustrísima no conoció al V. P. sino ya casi muerto en lo impedido de su dilatada enfermedad; porque lo

traxo Dios, para que lo exaltasse en la muerte; quando el amor fuele ser mas puro, las finezas mas delicadas, y las honras mas limpias. Y como este Ilustrissimo Prelado siempre fue primero en amar à su minima Compania, quando yo lleguè con la noticia, ya con la que avian llevado los ecos de aquellas voces, ya *muriò el Santo*, avia resuelto su Ilustrissima combidar à su Ilustrissimo V. Cabildo, para repartir el honor de el Entierro (que assi lo dezia su Ilustrissima), reservando para si solo todo el gasto. Y siendo esta honra tan nuestra, y tan grande, creció à lo summo con tenerla por suya los que tanto veneraron, y amaron al V. P. Parecióme este honor cotejado con nuestros meritos exorbitante; pero no indebido al V. P. y muy proprio de tal Pastor dar esta pella al que como fiel mastin le avia guardado su ganado, y este salario al que como su substituto se lo avia cuydado con tantos trabajos, y engordado con la substancia de su doctrina, y de el exemplo de su vida. Estando yo pues (si he de dezir la verdad) como quien de puro respeto no se atreve à aceptar, y tiene buena gana de que le den, no sabiendo como explicar este humilde, y deseoso agradecimiento, me librò con gran gusto mio de este embarazoso lance vna diputacion del Ilustrissimo Cabildo, que llegó à este mismo tiempo à participar à su Ilustrissima el animo, en que estaba el Cabildo, de hazer el Entierro del V. P. Lo que antes ni avia sabido, ni podido explicar mi lengua, quisieron aora (que yo no queria) significar mis ojos, que allà en su consulta resolvieron seguir no à mi, sino à San Ambrosio, *solvamus bono Principi stipendiaras lachrymas*, ofreciendo con silencio à tan buenos Principes aquella tierna paga, que no es recompensa. Con la licencia pues, que los mismos ojos me lagaron, me retirè à nuestro Colegio, mientras los dos Ilustrissimos Señores resolvieron hazer entre ambos el Entierro (afiançando de nuevo el Sr. Arçobispo, que todos los gastos avian de ser ofrenda de sola su Ilustrissima piedad) y que desde entonces doblassen las Campanas de la Cathedral sin cessar, ni de noche, con la solemnidad correspondiente. Mandò el Señor Arçobispo, que al doble de su Cathedral siguiessen todas las Parroquias, y Monasterios de su Filiacion, à que acompañaron tantas otras Religiones con sola la deuda impuesta à nuestro agradecimiento, que con nueva consonancia no se alternaban, si no se confundian los clamores en el ayre, y los jubilos en la tierra. Parecian repicar las Campanas, segun entre sus dobles se alegraba la Ciudad: y esta parecia, que doblaba, se-

gna

In obit. Valentini, §. I.

gun lloraban al son de sus alegrías las Campanas. Resolvieron tambien los Señores, que para acreditar de mas suya la función, y porque lo era, se hiziese especial combite en nombre de los Ilustrísimos Señores Arçobispo, y Cabildo à las Sagradas Familias, que con Religiola Hermandad se dan el reciproco apreciable consuelo de asistirse en sus mas solemnes Entierros. Y como los grandes Señores no saben dar, si no dan mas que mucho, dadas estas providencias, se vino su Ilustrísima aquella misma mañana del Sabado, o lo traxo su amorosa devocion al V.P. y su benignidad para consuelo de este su Colegio, o para nuevo motivo de mayor gozo, y ofreciendo su Ilustrísima por el difunto aquel genero de sufragio, que la interior privada confianza de su gloria quisiera trocarle en hazerle oracion, y pedir à Dios por sus meritos, como le sucedia à S. Ambrosio, que llama à su Hermano *hostiam meam, hostiam incontaminatam, hostiam Deo placentem*, su oblacion incontaminada, y agradable à Dios, ofreció despues à su santidad (sin tocar al sagrado del culto publico) aquellas prendas de mayor veneracion, que à la privada piedad permiren, y aun alaban los Decretos Pontificios, que no prohiben à su Ilustrísima seguir las altas huellas de otro Arçobispo, el Grande, y Santo de Milàn, cuya piedad se recreaba con el santo cadaver presente de su Hermano, diziendo, *habeo, quas complectar, reliquias, habeo tumulum, quem corpore regam*. Tambien llamaba su Ilustrísima su Hermano al V.P. pues su bien probado amor à nuestra Compañia le hizo desear (y claro esta, que debió ser lo mismo, que conseguir) carta, que nos diese el honor de contarnos por sus Hermanos.

*In obit. Frat.
S. & quidem.*

Llegò la mañana del Lunes treinta, y como fueran atrevi-
do el respeto, con que la piedad blanda avia tocado, y besado
tan de espacio el bendito cuerpo, estaba tan desaliñado todo,
que para ponerlo en el sitio, y modo regular, fue preciso com-
ponerlo de nuevo. Tuvimos orden de los Ilustrísimos Señores
Arçobispo, y Cabildo, para que aquella mañana no se abries-
sen (y así se hizo) las puertas, ni de la Iglesia, ni del Colegio.
Como ya nos avia mostrado la experiencia, que hasta los cer-
ros se doblan al impulso de la piedad, se aseguraron las puer-
tas, y nada sobró. Mostrò el sacesso lo necesario de este orden;
pues tambien este dia muy de mañana vinieron al monumen-
to, y, salido ya el Sol, pareció estar el Colegio sitiado de vn nu-
meroso exercito, cuyas voluntarias reclusas lo aumentaron
pres-

presto hasta no caber ya en los contornos. Como los respetos de la piedad miran otros terminos, ni aun las Señoras reparaban, al entrarse en aquella tan espesa, como desgobernada multitud, que no les sería facil cobrar la atencion debida a sus personas; y que aun las obligarian a pagar con mil indecorosos atropellamientos el sitio, que a tanto precio queria comprar su devocion. Pero no les parecia muy caro el logro muy amado de sus deseos. Iban llegando a las cercanías de el Colegio las Religiosas Comunidades para los ordinarios sufragios de nuestro difunto, y para tanta honra, y consuelo nuestro; pero ninguna pudo entrar formada, porque mucho antes les fue preciso ceder a la instable multitud, que se impelia a si misma, y a todos. Por vn postigo de nuestra puerta bien defendido (y no obstante de algunos ganado) iban entrando vno a vno los muy Reverendos Padres, llegando cada qual quando, y como podia: y a no pocos fue imposible el llegar. Cantaron todas su resposse con tanta solemnidad, y tan acorde melodia, que obligò a muchos de los circunstantes a dezir, *los Padres tienen oy otras voces, las tonadas de oy son de otra musica*. Mucho ayudaria tambien lo bien, que sonaba a todos quanto cedia en obsequio del que fue tan amado de todos. Pero lo que no nos fue posible ver sin lagrimas de devocion, de agradecimiento, y de ternura, fue, que en varios de los Reverendissimos Padres corrían las lagrimas, como si fueran buscando la voz para enternecerla mas. Despues acercandose todos al feretro, entre los afectos de admiracion resonaban los de alabanzas a Dios, y al V. P. a que se seguian los de congratulacion a la Madre de tal Hijo. Arrojabanse a besarlo, a tocarle Rosarios, o otras prendas, y muchos como atados de su devocion no podian apartarse de aquel venerado, y sabroso objecto. Y no siendoles posible mas, se llevaban por prenda de su veneracion alguna hojilla, o flor de las que estaban sobre el cuerpo. Son dignos de especial memoria dos graciosos arrojos de esta religiosa piedad. Estaban seis de los Nuestros rodeando el feretro; pero no obstante vn Reverendo Religioso, en quien el salado genio hizo mas graciosa la piedad, se acercò a la cabeza del V. P. como que queria observar mas de cerca sus facciones, y luego que assegurò el lance, le quitò el bonete. Los Nuestros cansados ya de traer bonetes por los muchos, que le avian quitado, y viendo tan cercana la funcion, clamaban por el bonete. Pero el Religioso no se hazia mas cargo, q de su bonete. Vno de los Nuestros mas zeloso lo re-

convenia con mas fuerça ; pero el Religioso lo atajò, diziendo: *Padre, V. Paternidad no se canse, mas q̃ me diga, que soy un ruin, descortes, ò lo que quisiere: yo me he de llevar el bonete, y en viendolo en la urna, que le he de hazer, no regañará osted tanto. Quiteme osted à mi la capilla, ò vaya, y quitelo à mi Santo Patriarca el baculo, y la diadema, que son de plata, y no aya miedo, que yo le diga nada.* Otro Reverendo Padre consintió en prenda mas preciola, que el bonete, y tanto, que desconfió lograr el hurto, si no se escondia para hazer lo en los ardides de la piedad. Aplicóse pues con gran devocion à besarle vna mano con aquella morosa quietud de quien està regalando à su religion, y entrandose con dissimulo vn dedo en la boca lo apretò como quien queria despedazarlo con los dientes. Pero no pudo conseguir mas, que dexarnos alli en el dedo señalado vn evidente testimonio, de que el V. P. fue con modo tan especial venerado de todos, que aun, quien le mordía, lo amaba.

Ya el ruido de las confusas voces del innumerable Pueblo avia llegado hasta el retrete del Señor Arçobispo, quien con los Señores Diputados del Cabildo discurria medios para la practica del Entierro, que se hazia tan dificultoso por la confusion inseparable de tanta multitud, que parecia imposible. Discurrió su Ilustrissima el de alguna, ò algunas Compañias de Soldados, que hiziessen calle, y asegurassen el cuerpo; pero aunque se intentò, no fue factible juntarlas en tan poco tiempo. Discurrióse el de que viniessen ambas Justicias Eclesiastica, y Real, y de hecho vinieron los Señores Provisor, y Alcalde Mayor, cada qual con sus Ministros, quantos pudieron recoger. Pero la multitud exceptuada con los privilegios de la piedad, facilmente declinaba jurisdiccion, y acudiendo al tribunal de sus deseos (porque no es facil hallar otro competente en esta causa) sacaban amplias facultades para hazer quanto quisiessen, que es lo mismo, que quanto pudiesen, en obsequiosa veneracion de su amado difunto. Sirvieron pues los Señores Justicias solo para declararse Juezes incompetentes en esta causa de piedad. Vinieron los Ilustrissimos Señores Arçobispo, y Cabildo procesionalmente hasta las cercanias de nuestro Colegio, en que los alegres repiques de nuestras Campanas dieron nuevas licencias al inmenso Pueblo para nuevos gritos, tan acordes, como destemplados, y para nuevas aclamaciones, tan mal ordenadas, como bien dirigidas. *Este* (dezian gritando en el tono, que suele la extraordinaria alegria de el Pueblo junto) *este es el*
do.

Abbe, que merece este Santo: quiebrense essas Campanas, que para este dia son. Vitor nuestro Arçobispo, y Cabildo, que asì honran al Santo. El gustoso desorden, que aqui avria, mas bien se entiende, que se dize. Nuestra Comunidad, que salio como en dos filas para traer en medio à estos Señores sirviendoles como de valla, solo sirviò de aumentar con su numero la confusion. Fueron llegando los Señores cada vno quando podia: pero tan gozosos todos de verse como atropellados, que todos nos mirabamos, como para hazer cada vno lo que hiziessen los otros; porque ninguno sabia, si reir, ò llorar: pero finalmente la multitud festiva nos hizo à todos acompañarla, y nos sacaba en la risa el gozo del coraçon. Solos los ojos al mismo tiempo, como si lo sintieran, querian aguar nos tanta alegria. Muchos lo observaron antes, y despues; pero en este dia, y ocasion fue mas plausible, que entre tanta gente, de que cada qual explicaba por tan varios modos tan varios afectos, no se le oyese à alguno, si quiera por habito, como parecia natural, *Dios te perdone*, *Dios te aya dado la Gloria*, ni otra semejante expresion. Antes al oir este reparo dezian algunos: *para que lo hemos de dezir, si ya Dios se la ha dado?* Lo que hemos de dezir es, que Dios nos perdone, y nos la de a nosotros por sus meritos, è intercession.

Llegò finalmente la Santa Cruz à la magnifica, y primorosa portada de las Escuelas de este Colegio, por cuyas puertas entre abiertas, y prevenidas con quanto se discurrió oportuno para el resguardo, fueron entrando los Señores à costa de vna fatigosa resistencia sostenida de la autoridad, y respeto para detener los avanges de la muchedumbre, que varias vezes parecia averlas ya ganado mas obsequiosa, que cortès. Quanto iba sucediendo parecia sin exemplar, y fue lo sin duda lo ya antes pensado, y aora resuelto por el Illustrissimo Señor Arçobispo cò su Illustrissimo Cabildo, bien seguros, que la summa dificultad, ò exceptuaba, ò dispensaba las comunes leyes, ò estulos. El ver pues, que parecia imposible poder formar el Entierro con tanta multitud alli toda cargada, y que aunque quisiera (y no querria) detenerse, no podria, porque ella misma se avia de violentar; lo que fundaba vn prudente temor de inevitables tropelias; obligò à estos Señores à mandar, fuesse el Entierro por la calle de la Compania, luego a la Piedad, y por la calle de la Duquesa à San Geronimo, a San Juan de Dios, y por la calle de S. Geronimo à la puerta del costado de nuestra Iglesia; para que con esto, esparcida la gente, diessè lugar, y tuviessen

tiempo, y ocasion de ver, y venerar el santo cuerpo, que era todo el motivo de su ansiosa inquietud. Desde las puertas se di-
xo à voces el rumbo del Entierro: pero no fue posible dexar su
puesto; porque al principio creyeron, que era pretexto para
quitarlos de alli, y entrarse luego de repente con el cuerpo en la
Iglesia. Fue forçoso, que con gran trabajo començasse à salir la
Cruz, y à formarse el Entierro. Nuestra Comunidad iba repar-
tida por los dos lados para servir de algun resguardo: pero
que vallas podian bastar al impetu de aquellas avenidas? Lue-
go que vieron andar hazia donde se avia dicho, el Entierro,
corrieron cada qual por la calle, que hallaba menos embara-
za, y aqui con la nueva alegria de poderlo gozar mas, bolvie-
ron à resonar los alegres gritos, y nuevas aclamaciones. *Por don-
de va la Proceßion?* preguntaban los que por estar lexos no lo
avian oido: otros, *à donde llevan al Santo?* y porque se oyò vna
voz de que lo llevaban à la Cathedral, començaron à correr
hazia allà. Otros, *repiquen essas Campanas, que ya anda la Proceßion.*
Corrian à tomar los sitios, y calles, por donde avia de passar *la
Proceßion con el Santo*, que así dezian. Y no faciendo de verlo,
corrian por las calles de atraviessa para bolverlo à ver; pero
como no se facian los ojos con la vista, quisieron dar algo mas
à su devocion. Se arrojaban à tocar los Rosarios al cuerpo, y
aunque la conveniente resistencia de algunos Señores Canoni-
gos, à quienes servian de ayuda los Nuestros, quisieron embara-
zarlo remiendo, que si dexaban à algunos, se avançarian tantos,
q lo acabassen de desordenar todo; pero no bastò: tocaron por
el camino muchos Rosarios, y sugiriendole à vno su devocion,
que ayuda la fortuna à los atrevidos, echò vn niño enfermo en
el feretro sobre el cuerpo del V. P. Fueron casi continuas estas
embestidas: pero especialmente en dos ocasiones fueron tan in-
petuosas, que viendo el feretro no tanto ladeado, quanto vol-
cado, dixeron sugeròs de primera graduacion, *que no se cayò, por-
que no quiso.* Las mugeres, que pudieron, se bolvian à sus casas,
por donde avia de passar el Entierro, y assomadas à sus venta-
nas dezian con su alegria el gozo, con que mas cerca, y con
mas sosiego lo miraban. Se oian devotas quejas de que no se
huviesse dicho algun tiempo antes, que avia de salir por las
calles *la Proceßion*, allegutando, que huvieran colgado sus ven-
tanasy paredes, no de tristes vayetas, sino de sus mas alegres
galas. Y en prueba de la verdad, con que se dezia, hubo quien
noticioso desde el principio, aunque en tan breve tiempo, diò
tan

tan prontas providencias, que con tarimas, y tablas cubiertas de aquellas yervas, y flores, que pudo hallar à la mano, compuso vn passo cercano à la puerta de su casa con las aguas, y los lodos embarazoso. Y como entendia mas de piedad, que de ceremonias, puso enfrente de su puerta vna mesa bien adornada (que se le mandò quitar) para que hiziesse parada *la Proceßion, y el Santo*, dezia la gente. Ni aun querian mesa para descansar los que aun instados no quisieron dexar su amada, y piadosa carga, si bien por el cuerpo ligera, por el feretro bien pesada. Pero de la flaqueza, y aun de la enfermedad misma facò fuerças la devocion para llevarla hasta el tumulto. Seguramente fue esta vna exaltacion, de que llenamente se pudo dezir lo que pensaba de si el soberbio Amán engañado: *así será honrado aquel, à quien el Principe quisiere honrar*. Aqui con mayor ternura se renovaba el frequentado corejo de su humillacion passada con la exaltacion presente. *Este es (dezian) aquel, que tanto huyó de las gentes por huir la estimacion! este es el que huyendo aun de sí mismo, se quisiera aniquilar! este el yumento, que servia à todos de carga, y no servia de llevar la carga, como creia, y dezia de sí, y que teniendose por tal, se escondia en un rincón de la cavalleriza! este el que se juzgaba peor, que Judas, y el Demonio!* Semejantes reflexiones, à vista de tanta gloria, alegraban à todos el coraçon con ternura, y à muchos enternecian los ojos.

Ibase ya acercando el Entierro à nuestra Iglesia; pero antes se agolpò la muchedumbre à ganar la puerta, porque cada vno quisiera ser el primero, que al abrirla se entrasse. Este fue vno de los mas peligrosos esfuerzos de la piedad. Aqui ya à manera de precipitado torrente todo se lo llevaba: se desordenò el Entierro, y aquellos Señores iban entrando por el postigo bien resguardado con el espacio, y la gustosa molestia, que se dexa perceber. Pusonos en notable cuydado el Señor Arçobispo, à quien era preciso sostener no solo contra las comunes avenidas, que todo lo arrollaban, sino contra las especiales, que corrian derechas à su Ilustrissima, expuesto à ellas por su carácter mismo, y por la respetosa amabilidad de su persona; porque quantos se veian cerca (y eran quantos arrimaba, y apartaba la continua inquietud de tantas olas) querian besarle la mano, y aùn abrazarlo cò el titulo de defenderlo. Casi en los braços fue menester arrimar à su Ilustrissima à la puerta, y hazer como valla con el mismo feretro, para que tuviesse entrada. Yo iba sirviendo à los Reverendissimos Padres Prelados, y todos con

mucha gloria aumentando el numero de Capellanes: pero no pudimos servirle en esto, pues ninguno podia valerse a si mismo. Desunidos pues, y sin mas orden, que el que podia dar esta atropellada multitud, que no lo tenia, fuimos entrando, cada vno quando pudo. Estaba ya en nuestra Iglesia dispuesto todo con la magnificencia, que sin salir de las Ordenanças correspondia á tales Principes, empeñados en honrar al V. difunto, y en él á toda nuestra minima Compañia. Como la Iglesia estaba desembarazada, pudieron aquellos Señores desahogarse algo, formarse, tomar sus sitios, y colocar el cuerpo en el tumulo. Empezada la Vigilia con la solemnidad misma, que á los Señores Reyes, y Arçobispos, se fueron abriendo las puertas con precaucion, que evitasse las caídas, y atropellamientos, que amenazaba tal multitud tan ansiosa por la entrada. Presto sin desgracia se llenò con demasia la Iglesia. Dixo la Misa el Señor Don Joseph Vivero, Canonigo Doctoral de esta Santa Iglesia, y Juez de Cruzada, quien (como su Merced dixo) para lograr esta honra alegò el titulo de Discipulo de el V.P. Acabada la funcion se puso el cuerpo en vna caxa, que la amistosa devocion del Señor Don Joseph de Villota y del Hoyo, Inquisidor Antiquo de este Santo Tribunal, le mandò hazer con religiosa moderacion; pero tan fuerte, que pudiesse á su tiempo con el seguro de dos llaves restituir el tesoro, que por aora se le confiaba; porque sien todos se fixò tan altamente el concepto de la gran santidad de este Siervo del Señor, qué seria en este Cavallero, que tan de espacio, y con tanta confiança lo tratò? Quando se lo llevó el Señor para si, como de su misericordia esperamos, aquel mismo año dia de la Purissima Concepcion dexò la cantidad, que le pareció competente, y ya en vida tenia entregada para los gastos de esta impression. Está la entrada de la bobeda para los Nuestros en el cuerpo de la Iglesia: y pareciendo impracticable abrirla sin algunas desgracias por la imperuosa devocion de tanto Pueblo, se depositò por aora en la bobeda de los Señores de la Casa Esquarçafigo, y Franquis Lafo de Castilla, que está al pie de el Altar de N. P. San Ignacio, y resguardada con la varanda, que rodea el Presbyterio: para ello pedimos, y nos dieron la licencia tan gustosos, que expresaron, y repiten *tenerlo por especial favor del Cielo, y nueva honra de su Casa*, que está tan colmada de ellas, que solo parecia caber de nuevo la que fuesse tan de otra esfera como esta. Ha causado grande admiracion, que estando la caxa perpendicularmente debaxo de la

la lapida; porque lo ocupado de la bobeda no dexò otro sitio, y aviendo estado siempre abiertos los quatro agujeros de las quatro esquinas de la losa, cada vno capaz de vn grueso perno, no obstante en mas de vn año no se ha percebido algun mal olor, aunque repetidas vezes se han aplicado varios sugetos à oler por los agujeros mismos: pero no se perciben mas indicios, que los de no querer el Señor, que este bendito cuerpo vea la corrupcion. Ello se verá mas claro, quando llegue la conveniente ocasion de registrarlo.

No es posible referir los varios afectos amigos, y contrarios, que causaba en los animos la solemnissima magnificencia de esta lugubre, y festiva funciõ, en que à los artificiosos puntos, con q̃ la solfa queria cõover tristezas, echaban otro contrapunto cõirregular compàs las interiores seguridades de su santidad, y de su gloria, que inspiraban, y respiraban alegrías. Me contentaré con dezir algo de vno solo, que muy cumplidamente baste por todos, el Illustrissimo Señor Arçobispo, en quien animados del amor reñian, porque estaban amigos, como que no quisieran estarlo, el dolor, y el consuelo, la esperanza, y el gozo, la eloquencia, y la humildad. Oí entonces à su Illustrissima dezir algo de esto con aquella natural dulcissima eloquencia, de que lo dotò el Cielo, y con que debe no envanecerse la de Grecia. Para hablar mas fundado supliqué aora à su Illustrissima, se dignasse dezirmelo, y esta fue su pronta respuesta, que me libera del bochorno de dezirlo yo mal, y me dà el gusto de tener, con que dezirlo mas que bien. Lo que insinué à V. Reverendissima en el dia, que se diò sepultura al Reverendissimo, y V. P. Manuel Padial, es lo que repetiré aora preguntado por V. Reverendissima: y se reduce, à que en vez de encomendar à Dios (ò encomendarme yo) con oraciones al difunto, por todo el tiempo que duraron los funebres Oficios, y solemnissima Missa, que se celebraron con mi asistencia, y la de mi Illustrissimo Cabildo, me asaltaban incessantemente à la memoria aquellas muy dulces palabras del cultissimo Isaias, *vo-*
cabitur nomen eius Emmanuel: butyrum, & mel comedet, ut sciat re-
probare malum, & eligere bonum, que ciertamente entendidas de aquel Manuel, y nuestro Divino Maestro Jesus, podian apropiarse sin violencia, y con la debida proporcion à nuestro Granadino Manuel, insigne Maestro, y Apostolico Jesuita. Con ellas se divertia mi respetosa imaginacion, y sin poder apartarlas de su sentido, llegué à dudar, si dexaria, finaliza-

Orat. 21. in
princip.

S. Proclus Pa-
neg. Div. Ioan.
Chrysof.

Orat. II.

do tan autorizable sufragio, las Arçobispaes infulas de mi-
sical, permutandolas no baxando, sino subiendo a las sagra-
das magestades de el Pulpito, ansioso yo de ser Panegyrista
del V.P. ò por mejor dezir (como de San Athanasio dixo el
Nacianceno) de la misma virtud, *Athanasium laudans virtu-
tem laudabo*. Empero reflexionando, en que aquel su admi-
rable cumulo, con que lo enriqueciò el Cielo, no necesi-
taba mendigar alabanças tan debiles como las mias, por ser la
virtud el mas cabal elogio, y alabança de si misma, *nil indiga
laudis, divitijs animosa suis*, ò en que, por mas que se lisongealle
mi tierno amor à nuestra Compañia con lo que acontece
siempre, *facundum faciebat amor*, debiera yo ser otro Padiál pa-
ra desempeñar dignamente mi concebida idèa en obsequio de
vn Varon admirable por sus virtudes, y el Chrysostomo de
nuestro siglo por sus severas reprehensiones contra las ofen-
sas de Dios, y los vicios, *nullus dignè laudabit Ioannem, dum non
est alius Ioannes*, que escrivia San Proclo de este gran Padre
de la Iglesia; me dexè en tan contrarios afectos vencer de
mi cobardia, y conocimiento proprio, creyendo muy bien,
fiaria la Divina providencia este mi premeditado conato
à Oradores ventajosamente sabios, y llenos de mas espiritua-
les talentos, y suficiencia, que la mia: y cuya apetecida espe-
rança passò muy en breve à ser feliz, y cumplida possession;
pues vi::: que en la primera de sus Exequias, y Oraciones tu-
nebres, sirviò de norte el mismo reina, y vaticinio de Isaías,
aplicandose:: al V. Siervo de Dios Padre Manuel Padiál, en
quien hasta el mismo nombre no solo fue lustroso caracter,
sino glorioso empeño, è incentivo de las mas heroicas, y
muy excelsas virtudes, *nè nomina quidem ipsa praterireunda sunt,
ut quæ ad virtutem exhortentur*, que dezia el Nacianceno en
ocasion muy parecida. Así lo senti, y lo siento aora, &c.
Hasta aqui este Granadino grande entre los mayores Hijos de
aquella Madre, la Vniversidad de Salamanca, que los da à luz
tantos à vn tiempo, successivamente tan innumerables, y de
estatura tan agigantada, que antes debiera llamarse monstruo-
sa, que fecunda, si no supiessemos, que à sus capacissimos senos
son muy connaturales estos partos: y si no me huvieran de re-
ñir por lo aspero del vocablo (aunque mas explique grande-
zas) los Tribunales, Audiencias, Chancillerias, Consejos, Ca-
mara, Gabinete, Iglesias, Mitras, y Capelos, tan deudores à
esta gran Madre, en cuyos hijos mucho mejor, que en los do-
seles,

seles, se venera autorizada la magestad. No me son licitas las reflexiones, aunque por otra parte tan debidas, à cada letra de este papel, que tanto aprecio respira (en quien lo sabe tener) del V.P. y tantas repetidas expresiones de benevolencia à nuestra Compañia. Si bien no puedo dexar de quejarme de la humildad de su Ilustrissima, que se salió con quitarnos el honroso gusto de oir en Honras de el V.P. aquel tan bien apropiado lugar, que le sugirió su vivo ingenio, tratado con la oportuna erudicion, y suave eloquencia, que celebra el mundo en tan famoso Prelado. Es verdad, que otro (à quien yo conozco de experiencia, y puedo allegarlo sin agraviar à alguien) se valió de esse lugar para vn Sermon de Honras al V. P. pero fue solo, para que fuese verdad, que començo à ser suyo, luego que lo tratò mal. Su Ilustrissima con gran loòr suyo creyò à su humildad; pero yo (y no soy solo) creerè en esto à su Ilustrissima, quando lo crea el Vizconde de Fonte-Arcada, General de aquel Exercito Portuguès, que con su innata vizarria vino el año de seis à castigar à Salamanca con la muerte de sus hijos, y ruinas de sus edificios *por sus enormes delitos*, dezian: y no siendo otros, que vn fidelissimo amor, acaso sin exemplar, à su Rey, y Señor natural Don Felipe V. (que Dios guarde) no negaria San Ambrosio à Salamanca aquel su elogio aun mas grande, que breve en semejante lance, *hec mortis causa, sed plena laudis*, estos son sus delitos; pero muy gloriosos. Su Ilustrissima, que entonces enlazaba con la excelsa Beca de Cuenca el Doctorado de aquella Vniversidad, la Cathedra de Durando, la Canon-gia Penitenciaria de aquella Santa Iglesia, la Judicatura de Cruzada, la Comissaria Tirular del Santo Oficio, y el dulcissimo Magisterio del Pulpito, electo por todos los Ordenes de la Ciudad por su Embaxador al Vizconde, le pintò *las enormes delitos de Salamanca* tan veniales, y aun tan gloriosos con los vivos colores, que le preparaba su fidelissimo amor à su Rey, y Salamanca, y le disponia su eloquencia, que le hizo trocar los pensamientos de afliccion en los de paz, las amenazas en cortesias, los enojos en amistades, y en no sé quantos doblones los incendios, y inuertes, de que ya à las iras Portuguesas parecia ver en los lagos la sangre, y en los edificios las llamas hasta dexar solo el campo, donde estuvo Salamanca. Esta feliz eloquencia affombrò tanto al Vizconde, que al ver vn animo Portuguès, y suyo, y empeñado en la vengança, y con sobradas fuerças para ella, tan trocado, y aun vencido, se viò obligado

In obit. Valent.
§. I.

à dezir, que, *si huviera de saquear à Salamanca, no saqueara otra cosa, que la persuasiva de Don Francisco de Perea.* Quien aviendo hecho entonces en repetidas lèsiones tantos, tan largos, y tan repentinios Sermones, con eloquencia tan feliz, como aplaudida, dize aora no hallarse capáz de predicar de repente vn Sermon, que tanto *ansiaba.* Crea à su Illustrissima su humildad, que yo lo creerè, quando el Vizconde. Y porque es verdad, que los favores de tan generoso Principe à nuestra Compania no contentos con el tiempo aspiran à la eternidad, despues de aver elevado à otro Granadino el Doctor Eximio V.P. Francisco Suarez à las Cathedras de Salamanca, fundandole con tanto honor de nuestra Escuela vna, en que para leer se ayan de tomar los puntos por los opusculos del Doctor Eximio: y despues de aver subido al Pulpito de la Catholica Athenas aquella Vniversidad à N. P. S. Ignacio, y à San Francisco Xavier, dotandoles fiesta annual: aora à peticion de esta siempre excelente Ciudad de Granada, que tanto desea, y espera ver (quando la Divina Bondad lo disponga) al V.P. su venerado hijo sobre las aras, y à humildes suplicas de nuestra Provincia, ha comenzado su Illustrissima el Proceso de *no culto* con forma bien arreglada à las sagradas leyes, y estilos de la Curia Romana, aumentando à los de su Mirra el prolixo trabajo, en que tanto tiempo se consume, por servir à la Iglesia, por obsequiar à su V. Hermano el Padre Padiàl, por complacer à su amada Ciudad, y por honrar à su minima Compania, cuya cabeça N. M. R. P. General por prendas de agradecimiento ha mandado, que en toda la vniversal Compania diga cada Sacerdote vna Missa, y cada Hermano vna Corona, y en toda la Asistencia de España cada Sacerdote dos Missas, y cada Hermano dos Coronas por su Illustrissima *insigne benefactor de la Compania.* Por ausencia de su Illustrissima (quien bolverà à continuar el Proceso hasta concluirlo, como tambien el de virtudes, y milagros) lo vàn profiguendo por especial comission suya el Señor Don Gabriel de Rus, Colegial de Cuenca, y Provisor de este Arçobispado, el Señor Doctor Don Joseph Franquis Laso de Castilla, Abad de Santa Fè, Canonigo Dignidad, y el Señor Doctor Don Joseph Gomez, Canonigo de esta Santa Iglesia. Ni debo omitir, que aviendose presentado por testigos sujetos de los primeros de esta gran Republica, respiran agradecimientos, y gozos, de que les alcançasse esta dicha (que así la llaman) de que están religiosa, y noblemente embidiosos los demás, que con devoto

amoz

amor se quejan, de que no pueda estenderse à todos. Tan venerado, y tan amado de todos es este gran Siervo del Señor, y tan seguros están de la verdad, con que pueden deponer muy à satisfaccion de la piedad!

Despues del especial combite, que en su nombre hizieron para el Entierro los Ilustrísimos Señores Arçobispo, y Cabildo à todas, y solas las Sagradas Religiones, que por convenio escrito reciprocamente se asisten en semejantes Entierros; porque aunque sus Ilustrísimas deliberaron, finalmente resolvieron no estenderlo à todas, por no permitirlo tan exorbitante concurso; nosotros tambien hizimos nuestro concordado combite à las mismas todas, y solas Sagradas Familias para la funcion del Entierro, segun la ley establecida en la Concordia. Pero no se contentaron con esta piedad, que miraba su religiosa atencion, como debida à la reciproca correspondencia: como suele no contentarse el mayor fervor con solo lo que manda la ley, sino se estiende à otros loables obsequios, aunque no mandados. Añadieron pues por sola su benignidad (sin aver ley, ni Concordia, que lo mande, como ni la ay, que lo prohiba) los especialísimos aprecio de nuestro V. difunto, que ciertamente renovaron las lagrimas de ternura, y de consuelo, y siempre serán acreedores de nuestro agradecimiento, aunque mas quiera este desempeñarse. Vinieron tambien, aumentando extraordinariamente las deudas de nuestra gratitud, las Sagradas Familias Descalças, y otras, que diré, por sola aquella generosa deuda, que les impuso su piedad, y el deseo de honrar à este Colegio. Claro está, que con mucha gloria nuestra pudieramos aver solicitado con nuestras suplicas tan singulares aprecio de nuestro V. Hermano, y tan relevantes honras nuestras; pero ni aun nos dexó pensarlo el mismo ser tan grandes, y tan nunca usadas. Despues, que por sola su religiosa liberalidad las recibimos de algunas de estas santísimas Familias, se ofreció la duda, de si haríamos nuestra suplica à las restantes; pero nos detuvo así el que, no aviendolo hecho con unas, no parecia correspondiente hazerlo con otras, como tambien la irregular grandeza de la cosa misma, que nos traxo à la memoria aver peticiones tan inconsideradas, que merecen (aun quando no se les dà) por respuesta, no sabeis lo que os pedis. Por esto nos resolvimos à dexar crecer nuestra deuda con lo mas voluntario, y puro de tanta dadiva. Escogiendo pues los dias convenientes al Oficio, y trayendo de sus casas los aparatos de mayor solem-

*De Honras sin
Sermón.*

nidad, cera, incensarios, y quanto convenia à tan festivas Honras, fueron viniendo estas exemplarissimas Familias, no menos edificando, que enterneciendo; porque precedia aquella modesta visible compostura, indice de la del animo, que inspiran los Santos Noviciados, tanto mas tiernamente admirable, quanto suele parecer mas estraña en los años juveniles: seguiafe aquella seriedad religiosa, à que el juicio sirve de respetos canas, y terminaba aquella venerabilissima ancianidad, que elevada con el religioso caracter de los puestos, y los grados se concilia otra nueva especie de veneracion. En todas cantaron las Mifas los Reverendissimos Padres Prelados, ò alguno de aquellos sujetos, à quienes la antigüedad misma de sus muchos, y grandes titulos pudieran justamente escusar, si no fueran por esto mismo buscados para autorizar mas las honras à nuestro difunto, que tan vivas estarán siempre en nuestra agradecida memoria. Fueron pues llegando à nuestra Iglesia con el orden, que se sigue, que es el que diò la mayor oportunidad, y en que nada reparò su religioso amor al V. difunto, y su muy apreciable dignacion en favorecernos.

El mismo Sabado 28. en que murió el V. P. para que sirviese à nuestro coraçon el consuelo, como al gusto la temprana, y bien sazónada fruta, vino entre siete, y ocho de la mañana la siempre Ilustre, Venerable, y Operaria Congregacion de Señor San Felipe Neri, y con la Musica de la Cathedral hizo al V. P. sus Honras. El dia dos de Mayo las hizo la Seraphica Comunidad, cuyo Reverendissimo Padre Guardian, promoviendo la especial religiosa correspondencia de ambas Familias, ya el Sabado 28. nos avia ofrecido la singular honra de hazer con su Comunidad el Entierro. Pero como ya no era nuestra la función, no teniamos arbitrio para admitirla, ni nos lo dexò para agradecerla. Tanta necesidad nos impuso este previo favor! Por esta misma razon no nos fue libre admitir la especial honra, con que los Reverendissimos Padres Basilios, tan sobre sus Monasticos estilos, nos ofrecieron sus eficaces deseos de alguna parte siquiera de tan piadosa función. El dia quatro los Reverendissimos Padres Capuchinos de ambos Conventos de esta Ciudad. Este mismo dia quatro hizieron despues sus Honras los Reverendissimos Padres Terceros de la Religion Seraphica. El dia cinco la Religiosissima Comunidad de Padres Agustinos Calçados. Y este mismo dia cinco despues la Observantissima Comunidad de Señor San Pedro de Alcantara. El dia siete los

Re-

Reverendísimos Padres Carmelitas Calçados. El día ocho los Reverendísimos Padres Trinitarios Descalços, que traxeron la Música de la Capilla Real. El día nueve la muy Religiosa Trinitaria Familia Calçada. El día onze la Real Calçada Familia de N. Señora de la Merced. El día doze los Reverendísimos Padres Agustinos Descalços. El día catorze la autorizada Iglesia Parroquial de los dos Santos Niños, grandes Martyres San Justo, y Pastor, à quien la immediacion del sitio, y de afectos, hizo mas propios estos obsequios à nuestro V. difunto. El día diez, y siete la Religiosísima Comunidad del grande Minimo el Señor San Francisco de Paula. Las dos Religiosísimas Comunidades de Padres Clerigos Menores, y Mercenarios Descalços, que por racionales causas no vinieron, celebraron cada vna en su Iglesia la funcion de Honras al V.P. con la mas solemne ostentacion, que admiten sus sagrados estilos. Las fieles copias de tan autorizados testimonios de apreciativo, y tierno amor à la santidad de el V.P. y de tanto honor nuestro, se hallarán en los archivos de nuestra eterna gratitud.

*De Honras con
Sermones.*

Aun no bastò tanta gloria para llenar el vacío, que en la dichosa alma de este gran Siervo del Señor dexò su admirable humildad. Siguiéronse pues tantas, y tales Honras, que podemos abiertamente dezir, no han tenido exemplar. Así es honrado aquel, à quien quiere Dios honrar. El día diez, y seis de Mayo, estando ya con el tumulto todas las cosas preparadas en nuestra Iglesia con el magnifico aparato, que à tan gran Señor corresponde, para hazer Honras al V.P. en que cantò la Misa el Señor Don Gabriel de Rus, Colegial de Cuenca, Provisor, y Vicario General de este Arçobispado, oficiada por la Capilla de Música de la Cathedral, que en todas las que se figuen, llorò por todos con la acorde consonancia de sus mas solemnes puntos, vino el Real Acuerdo dando al publico tan autorizado testimonio, de que sus altos doseles no son asiento de sola la justicia; tambien se venera en ellos el Tribunal de la Gracia: fino es ya, que su integridad numère entre las provisiones de justicia aquellas providencias, que dà la equidad para premiar la virtud, y coronar la santidad. Se avia pensado no abrir las puertas, hasta que su Alteza llegasse; pero los temores de mayor confusion en los contornos, y de mayores desordenes al entrar tanta multitud, como acudiria, obligaron à abrirlas à la hora regular, y bien temprano, y en poco tiempo se llenò tanto la Iglesia, se quedò fuera tal gentio, y se bolvió tanto de todas

esferas, que asseguraban, aver sido muy semejante al de el Entierro. Llegò a su hora el Real Acuerdo, y aunque se avian dado providencias, para que quedasse entrada por la puerta de el costado, que sale al Patio de los Ministerios, todas las frustrò el concurso. Viendo imposible por alli la entrada, la buscamos con menor, aunque mucha dificultad, por la Sacristia, y Presbyterio. Mandòme su Alteza, hiziesse vna Oracion funebre, o Sermon (que mandò imprimir) sino adecuado, no indigno de la grandeza del objecto, ni de la magestad de el Theatre: pero el Orador fue vn desobediente en esta parte sin culpa; porque aunque el mandato fue tan superior, ditta no obstante infinito de aquel, que dà con el mandato los talentos para ser obedecido: y asi no hubo mas, que vno como Sermon, que fue el infavor vnico de esta felicidad. El dia diez, y ocho con el mismo aparato hizo sus Honras à su venerado, y amado hijo esta Excelentissima Ciudad, à quien sus mismas armas dieron las coronas. Cantò la Milla el Señor Don Joseph Franquis Lazo de Castilla; Colegial de Cuenca, entonces Canonigo Magistral, y ya Abad de Santa Fe, Dignidad de esta Santa Iglesia. Predicò el Padre Martin Garcia, Professo de nuestra Compania, Rector entonces del Colegio de los Santos Apostoles, y aora Maestro de Theologia en este: y pues la Ciudad mandò imprimir el Sermon, el me librará de la nota de apasionado, y dirá lo que yo no sé dezir, porque entiendo poco de esto. El dia ocho de Junio hizo sus nuevas Honras à su V. Calificador el Santo Tribunal, que tuvo en el vn Ministro, que con tanto zelo, acierto, y satisfaccion lo sirvió en sus mas arduos negocios. Y sin duda merece reflexion particular, que, aunque las justas leyes, y severos estilos de vn Tribunal tan circunspecto no le avian consentido exemplar de semejante funcion, aora los poderosos motivos de la extraordinaria fama de la santidad de su Calificador, y de las nunca vistas demonstraciones, con que lo honraban los altos Tribunales, Ordenes, Comunidades, è inmenso pueblo de esta Ciudad, y sus comarcas, excitaron duda, de si necesitaba de exemplar, el que en ser de todos honrado, parecia no averlo tenido. Duda, que ella sola bastà para especial exaltacion del V.P. Y como pareció estar declarado à favor de su humilde Siervo aquel Señor, que tiene en su mano los corazones de todos; para exaltar à su Siervo propuso tan vivamente a aquellos Señores con las frases de su eficacia la ley, *singuli quique Indices sciunt, et sioribus viris, & ijs, quorum nonnunquam iudi-*

dicio provehantur, honorificentiam debitam esse prestandam, que manda à los Señores Juezes tratar con la debida honorificencia à aquellos mas sublimes varones, de cuyos dictámenes se han servido para sus aciertos, que salió la honorífica decission, de que se le hiziessen Honras con toda la plena formalidad de Tribunal, y Ministros. Cantò la Missa el Señor Don Joseph de Luque, Colegial del de Santa Catalina de esta Ciudad, Arcipreste Dignidad de esta Santa Iglesia, y Comissario del mismo Santo Oficio. Predicò el Reverendissimo P. M. Fray Thomas Tamayo de la Trinitaria Redentora Religion Calçada, Calificador del Santo Tribunal, y dignissimo Ministro de este su Convento, cuyos grandestalentos de ingenio, erudicion, y piedad, con razon se dedignàran de mis elogios, quando tienen por Panegyristas à los que lo saben fer. El dia nueve la Real Capilla con toda la Magestad, que suele en sus mas Reales funciones, vino, y celebrò Honras en nuestra Iglesia al V.P. en que por especial titulo de particular devocion cantò la Missa su Capitular el Señor Don Fernando de Ayala, y predicò su Capitular el Señor Doctor Don Pedro Lazaro de Valdès su Magistral, Colegial que fue de el Real de Santa Cruz de la Fè de esta Ciudad, Discipulo del V.P. y emparentado con su Familia. El Sermón impresso de orden de la Real Capilla es la mas sincera alabanza de su Autor, como su Autor lo es de los muchos, que con tantos aplausos ha predicado en las mas classicas funciones. El dia 21. de Junio con la misma ostentacion, y asistencia de la Cavalleria hizo Honras al V. P. la nobilissima Casa de los Señores Marqués, y Marquesa de Lugros, en que predicò el Reverendissimo Padre Jubilado Fray Joseph de Contreras, Dignissimo Guardian de la Casa Grande de la Seraphica Familia, cuya aplaudida eloquencia, viveza, y espiritu dieron à las censuras, con que se imprimiò el Sermón, el privilegio de que sus discretas clausulas hallassen la verdad en tan sabio Autor. El dia 22. las celebrò con la misma pompa, y asistencia de Cavalleria vn Discipulo, è hijo espiritual de el V.P. que, aunque muy conocido en esta Ciudad, no quiere se eseriva su nombre, como si le faltàran plumas al amor, ò imprentas à la fama. Predicò el Reverendissimo P. M. Fray Juan de San Estevan, Monge Geronimo, muchas vezes Prior, y Visitador, y Definidor General de su esclarecida Religion; y si el respeto, y veneracion, con que lo nombro, no me embargàran la pluma, yo me entendiera cò su humildad, y acà à solas altercaràmos fin

feñir, sobre si eran, ò no adulaciones, los elogios. Agradezca à mi respeto verse libre de los mios: pero quando se librará de los que con verdad mas resuelta le dieron (aunque no los quiere tomar) los muy eruditos censores de su Sermón impreso, à que me remito. El dia 23. con el mismo solemne aparato las hizo la Religiosissima Comunidad de aquel Emblema de amor Divino, que la fundò para tanta vtilidad del publico, como consuelo de tantos pobres, que en las maternas entrañas de su admirable charidad mas dilatadas, que las capaces salas de sus Enfermerías, hallan amor, asistencia, y regalo, aun buscandolo de puerta en puerta con tan gloriosos afanes. Predicò el Reverendissimo Padre Maestro Fray Juan Licardo, Dignissimo Prior en este Convento de Señor San Agustín: y segun el mucho, delicado, y sabroso espiritu, que derramò en su Sermón, q tambien se diò à la estampa, en q vimos impreso el espiritu, bien mostrò, quanto avia bebido del de su Augusto Padre. Por cabo de año bolviò à hazerle Honras en todo iguales à las primeras, y con el mismo Predicador, aquel Discipulo, à quien amaba el V.P. y cuyo nòbre callo por fuerça; pero qualquiera lo dirá. Ni aun lo imposible del agradecimiento adequado sirve de desahogo à la gratitud cargada de beneficios; porque con la misma imposibilidad se affige. Dexo pues, por no abochornar mas la nuestra, las naturales reflexiones (aunque ellas mismas se hazen) sobre quanto de aqui se infiere de publico singularissimo amor, y aprecio de nuestro V. Hermano, è incompensables honras à nuestra Compania.

No repetirè las demonstraciones de aprecio à la santidad del V.P. en las que aora dirè. Y aun por esso aviendolas ya insinuado, aunque en general, no dirè aqui el despojo, que hizo la devocion, entrando à saco hasta su pobre ropa; y rasgandola, para que alcançasse à mas, se enriquecieron con su pobreza aun Ciudades, y Provincias muy distantes, de donde han solicitado, y logrado algunos pedacillos, que aprecian como Reliquias de vn gran Santo. Ni aun el colchón, en que padeciò, y murió, pudo escaparse de estos desgarros de la piedad. Vn cobertorcillo, que le sirviò en su enfermedad, llegò por sus devotos engaños à manos de vna principalissima Señora de esta Ciudad, quien, sin querer dividirlo, ni sortearlo lo guarda entero, y en sus enfermedades, ò de su marido, ò hijos, lo echa en lugar de rica colcha con la devota confianza, de que vâ en el la salud. Aquellos pañizuelos, que le sirvieron de defensivos en la frente,

y sobre todos los que sirvieron de curarle las llagas, y los parches de ellas han sido los mas apreciados, y con que ha obrado el Señor mas, y mayores maravillas. Las alhajas de otra especie han tenido la misma de veneracion, con o cartas del V.P. que se han puesto entre vidrios con preciosos marcos, como algunos trapillos, y papeles, respuestas del V.P. que en vna Comunidad muy observante se guardan en el Archivo, anotando, son del V.P. Padiál, para quando llegue el caso (de que no duda su devocion) en que puedan exponerlas al culto publico: como la Cruz de puntas, que se ponía en el pecho, y con que se han visto varios prodigios, à que está haziendo vna vrna de plata vn sugeto, à quien su empleo dió oportunidad para tan grande hurto: como vna muela del V.P. que logró vna Señora principalissima de esta Ciudad empeñada en tener tal alhaja, que agregar como riquissima possession à sus Mayorazgos: y finalmente (por no detenerme à todas) como vn pobre tene-dorcillo de hierro, con que el V.P. tomaba sus comidas, ò se las daban, quando ya no pudo moverse, el qual tiene, y de él usa este Illustrissimo Señor Arçobispo con gran gusto de su piedad. Las muchas estampas (aunque no es muy parecida la copia) que se han sacado del V.P. las hizo pocas la devocion, que de todas partes las pedia. Corrieron la misma fortuna los Sermones, y para las noticias de su vida ay tantos encargos de prevencion, que ciertamente no se podrá atender à todos. Le han hecho varios retratos, aunque con el desconuelo de no salir parecidos: y agora, que anda vno mas conforme, andan tambien con los deseos mas vivos las sollicitudes de tenerlo copiado.

Aun quedan otras expresiones de aquellas, sobre que suelen altercar algunos, q sin aver saludado la Theologia, se juzgan con bastantes principios para disputarlas. Si bien, entre tanto que disputan, sigue sus loables exercicios la piedad Christiana, y se divierten los Maestros de ella, que distinguiendo el culto publico del privado, no hallan en este, yendo (como suele ir entre los Catholicos) bien dirigido, mas motivos que de alabanza; porque así lo han aprendido del Santissimo Arçobispo de Milán, tan allegado de la gloria de su buen Hermano por la santidad de su vida, que primero haze oracion pidiendo por sí à su Santo Hermano difunto, y aun no enterrado, despues le pide por su buena Hermana, à quien la mayor ternura del sexo tenia mas afligida: *consolare ergò, &c.* y finalmente el piadosissi-

*In Obit. Frat.
§. fin.*

mo Arçobispo haze à Dios devota oracion por los meritos de su buen Hermano, *omnipotens Deus, innoxiam commendo animam, tibi hostiam meam offero, cape propitius, ac serenus fraternum munus, Sacrificium Sacerdotis, hæc iam mei liba præmitto, in hoc ad te pignore venio.* Con este espíritu de privada piedad, vna devota muger hizo vna Novena al V. P. y como ella dezia, *al Santo recién muerto.* Otra le rezaba varias oraciones: y ofreciendole alguna duda, de si esto seria malo, *al punto, que bolvi en mi (dize) reconocí esta duda como tentacion del Demonio, y por señal de mi arrepentimiento hice voto de rezar todos los dias de mi vida vn Padre nuestro, y vn Ave Maria al Santo.* Despues de enterrado se oia de noche gente, que passaba, y despues de varias exclamaciones, como, *Santo mio de mi alma: Virgen Santissima, que nos llevaste à este Santo, que nos estaba favoreciendo à todos!* se hincaban de rodillas à las puertas de nuestra Iglesia, y le rezaban. Otras vinieron quexandose de no aver podido lograr alguna Reliquia de el Santo, y suplian esta falta hincandole de rodillas sobre la losa de su enterramiento, haziendo alli espaciosa oracion, besandola con gran ternura, y luego con rara piedad sacaron algunos espartos de la estera, que estaba encima, y se los llevaron como Reliquia. Otros diversos sugetos frequentan el arrodillarse sobre la losa, besarla, y meter los Rosarios por los agujeros de la piedra, cõtentandose con que los toque aquel ambiente, que està cercano à la caxa: y aplicandose à oler, sin perceber mal olor, se despiden dando mil gracias al Señor, que lo criò. Otros varios (ya con exceso, aunque disculpable, de piedad) han venido con su limosna à mandarle dezir Missas, al modo, que se suele à los Santos, vnos porque se las ofrecieron, y otros de agradecidos por los milagros, que dicen aver hecho el Santo con ellos. Y para que en este genero se estendiesse mas el aprecio, han traído por ofrenda al V. P. tanto trigo, quanto pesò vn Niño, porque su Padre con el sentimiento de verlo muy quebrado, y dolorido, y con la devocion, que le avia causado el oir tantas maravillas de el Santo, que avia muerto, levantò los ojos al Cielo, y haziendo oracion con aquel fervor, que dãn los deseos, y las confianças, ofreciò al V. P. que, si le sanaba su hijo, se lo avia de pesar à trigo. Al bolver de su oracion, à mirar à su hijo, inmediatamente lo hallò, y lo vieron todos perfectamente sano, y lo està aora despues de vn año, y meses, que es, quando traxo su ofrenda, por no averla tenido antes. Muchissimos son los que dicen, lo han tomado por Santo de su especial devocion, y le rezan todos los dias, o

hazen algun otro obsequio. Y para singularizar algo, vn Medico de los primeros de Sevilla, declaradas por milagrosas dos sanidades de dos enfermedades, que no pudo curar, dize: desde que lei vn Sermón de honras del V.P. Manuel Padial, me causò tanta admiracion su vida, como devocion, y envidia, eligiendolo desde luego por Santo de mi devocion. Y concluye exhortando, que nos valgamos de su intercession, que es mas segura medicina. Otro Medico muy conocido en Granada, y no el Discipulo del V.P. despues de dar por milagrosa la sanidad de vn enfermo, à quien no pudo curar, dize: antes de este successo era mucha mi se; pero desde entonces, quando tenia, y tengo algun enfermo de mucho cuydado, imploraba, è imploro interiormente el patrocinio del V.P. y otras vezes preuengo en las casas, pidan à Dios por intercession de su Siervo el V.P. Padial, y he visto muchos buenos successos.

S. XVIII.

Si lo que ha exaltado por medio de los hombres el fidelissimo Señor à este humildissimo Siervo suyo fue tanto, como hemos visto; creo, ha sido mucho mas lo que se ha dignado de publicar su santidad por tantos, y tã abonados testigos, quantas son las maravillas, q por su medio ha obrado. Resuelto estuve à no dezir antes alguno de sus prodigios, por jutarlos aqui todos: pero quien pintò à Cesar sin armas, ò à Alexandro sin victorias, ò paseò el Nilo sin probar sus aguas? Dexo pues esparcidos tantos, que pareciera ocioso recoger otros. Pero si ellos son muchos, y todos los piden, y el Señor los haze, para que se divulguen à gloria suya, estimacion de su Siervo, y devocion nuestra, que he de hazer? Dire algunos, ya que no es oportuno dezirlos todos. No me detendré en muchos, que hizo en vida, parecidos à los que en sus lugares dexo dichos, ò incluidos en las generalidades, que alli insinué: como quando fue à confessar para morir (porque assi lo creian Medicos, y Enferma) à vna de las primeras Señoras de esta Ciudad, que explicò su sentimiento no tanto por morir, quanto por dexar sus hijos por criar; pero el V.P. la consolò, diziendo, pues ni yo tampoco quiero, que usted se muera; no, no se morirá de esta enfermedad. Desde aquel instante començò tan acelerada mejoría hasta vna cabal salud, que todos la tuvieron por milagrosa, y mas que todos la Señora misma. Y como lo que sucediò à vn sugeto de esta Ciudad, oy Prebendado de Malaga, cuya familia amada

Algunos otros de sus prodigios.

del V.P. conserva con gran piedad algunos guellos de la frutilla, que le hizieron tal vez tomar. Dióle pues vna apostema en la garganta, q̄ sobre los vehementes dolores lo molestaba con el temor de averiela de abrir; porque sin poderla resolver, se supuraba. Visitòlo el V.P. y con gracia le dixo, *tu mas querrás (era entonces niño) que se resuelva, porque Clerigo, y con las botanas de apostema abierta no parecerá bien.* Puesta la mano sobre ella le dixo vn Evangelio: pasó la noche aun con mayor molestias; pero à la mañana vino el Cirujano, y hechas todas las prevençiones para abrirla con el susto, y desconfuego, que es regular, de sus Padres, y familia, llegó à quitarle los parches para abrirla, y hallò, que ni avia, que abrir, ni que curar; porque perfectamente se avia resuelto, y el enfermo estaba del todo sano. Ni el, ni sus Padres, ni el Cirujano dudaron del milagro. Vengo pues à otros despues de muerto.

Vn sugeto de esta Ciudad sobre vivos dolores, y varias llagas, padecia dos tan estrañas supercrescencias de carne à los dos lados de la vbulà, ò campanilla, y tan formadas, que parecian tres. Por mas de dos años se emplearon varios Medicos en su curacion, que tuvo algun efecto en los dolores, y llagas; pero ninguno en la violenta figura de la campanilla, que con molestia continua le impedia el hablar, el comer, y aun el respirar. El Medico, que ya à lo vltimo lo curaba, y cuya es esta relacion, viendolo ya sano en todo, menos en aquellas superfluïdades molestisimas, y peligrosas, se despidiò diziendo, no tenia ya, que hazer; porque solo Dios podia curarlas, y à lo summo avia alguna remota esperança, de que estando muy templados los humores, con el espacio de larguísimo tiempo podria ser consumiessse algo la naturaleza misma. Con la fama de los prodigios, que Dios obraba por el Santo de la Compañia (à quien el comun no sabia dar otra voz, dize en su relacion) solicitò vna Reliquia (que no se dezia de otra suerte hasta de los mas prudentes, y sabios, dize el mismo) del Santo de la Compañia el Padre Padiàl, y logró vn pedacillo de la sabana. Con rara fè aviyada de su necesidad dixo, *Santo mio Padre Padiàl, quitadme este mal:* aplicòse su Reliquia, y bolyendo el Medico (porque no lo dexaron despedirse) entrò à ser tan fidedigno testigo de la perfecta, è instantanea salud; porque hallando al Enfermo con el gozo, que se dexa perceber, reconociò la parte antes enferma, y hallò *la campanilla naturalissima, sin lesion alguna, ni muestra de tal enfermedad.* Y aunque el Medico assevera ser patente milagro, no
avia

avia menester el Enfermo esse testimonio para creer, y publicar, *que el Santo de la Cõpañia lo ha hecho.* A vna Enferma ya casi agonizando, y sin aver confesado, aplicaron vnos cabellos del V.P. y al instante se restaurò, confesò, y bolviò à su antigua salud. Vna Religiosa afligida con vn estrecho aprieto de garganta se aplicò con gran fè, y suplicas al V.P. vna Reliquia suya, y subitamente sintiò el alivio, y luego la entera salud. Vn hombre, à quien vnos vehementissimos dolores colicos hazian (dizen) dar berridos como toro, sanò instantaneamente, aplicandose vn trapillo del V.P. Otro, que estaba resuelto à tomar las vnciones por los intolerables dolores de cuerpo, especialmente de vn braço, con cuya mano no podia llegar à la boca, con sola la aplicacion de vn Rosario tocado al V. cada ver sanò perfectamente. Otro sugeto principal padeciò vn repentino insulto colico, que con vivissimos dolores, sin ceder à ninguno de muchos medicamentos, lo reduxo à tal debilidad con vn sudor vniversal frio, que temiendo ya la muerte, llamò Confessor. Entre tanto se aplicò vn pañuelo mojado en sangre del V.P. (que guarda como vn tesoro) y al punto mismo se hallò tan enteramente sano, que, siendo esto como à las doze del dia, se vistiò, y fue à oir Misa, por ser dia de San Felipe, y Santiago. Vna muger casi impedida con vn violento reumatismo, que no le dexaba movimiento, se aplicò vna poquilla de lana del colchon del V.P. y al instante se hallò expedida para todo. Vna hija de vn Labrador, que con sus Padres vivia en vn cortijo, padecia vnas molestissimas tercianas: aplicòse vn Rosario tocado al V.P. y nunca mas le han buuelto. Otro, que tenia inutil, y molesto vn braço con vna fistula, que desde el hombro correspondia hasta debaxo del mismo braço, y en cuya curacion avian trabajado mucho sin provecho del Enfermo los mejores Cirujanos de Cadiz, aplicandose (dize) vna Reliquia del Santo Padre, se hallò de repente bueno, y lo està. Vn Sacerdote, Beneficiado, y Vicario de vno de los Partidos de este Arçobispado, assegura, que su compañero Beneficiado padeciò por mucho tiempo vnas molestas llagas en la garganta, à que se avian aplicado sin fruto muchos medicamentos, y que, dexados todos, se aplicò vn pañico, que avia servido al V.P. y sanò totalmente con admiracion de quantos avian visto la rebeldia de las llagas. Vna calentura lenta, pero que ya passaba de quarenta dias sin intermision, puso à vna doncella tan consumpra, y rabida, que ya la lloraban sus Padres como à etica, à quien los remedios

dios debilitan , y no sanan. Acudieron al V.P. y echando en el agua , que avia de beber la Enferma , vnas hilas de la ropa de el V.P. desde el dia mismo , en que la començò à beber , començò vna visible mejoría , y en breve tiempo se hallò , y està enteramente sana. Vna Religiosa Descalça demasadamente fatigada de vn vehementissimo dolor , que ni moverse , ni aun alimentarse la dexaba , no queria aplicarle vn papel de el V.P. que le daban ; porque dezia , que los Santos no quieren hazer milagros , para que no padezcan las Religiosas. Pero se lo aplicò otra , y *apenas me puso el papel (dize) quando quedè totalmente libre del dolor , como si no lo huviera tenido , y assi estuve cerca de dos dias , aunque despues me bolviò.* Otra Religiosa del mismo Monasterio quedò tan lastimada de vna caída , que avia dado nueve años antes , que casi no podia moverse , y afligida de no poder servir en los officios domesticos de su Comunidad , se lo representaba assi al V.P. aplicandose al lado de los mayores dolores vn papel de el V.P. asegura , que se puso buena sin mas remedio. Vn niño de ocho años tenia en la garganta vna apostema fria , que ya llevaba tres meses de curacion ; pero tan cruda , que el dia antes del succello asseguraron los Cirujanos , seria menester mucho tiempo para disponerla , y despues seria forzoso abrirla. No avia en sus Padres valor para curacion tan dolorosa. Adquiriò su madre vn pedacillo de la ropa del V.P. pusoelo , y despues de vn rato se lo quitò , diziendo , *si Dios quiere hazer vn milagro por los ruegos de este santo , ya lo ha tenido bastante.* Passado vn breve rato , dixo el niño , *que es esto ? que yo estoy ya bueno ,* y assi fue ; porque la hallaron reventada , y muy en breve se cerrò. Vna Religiosa , à quien el virginal rubor no dexò manifestar cierto accidente peligroso , molesto , y oculto , se aplicò vn pedacillo de el emplastro , que sirviò à las llagas del V.P. en el mismo instante començò la mejoría , y al tercer dia se perficionò la cabal salud. Vna Señora principal , que padecia vn grave afecto de pecho , y garganta , que à las vezes parecia ahogarla , se viò vna noche en gravissimo riesgo ; pero aplicandose vno de estos fragmentos , se quedò con gran sosiego dormida , y à la mañana despertò sana : aquel mismo dia vino à confellar à nuestra Iglesia , dando à Dios , y al V.P. las gracias. Vna Religiosa avia padecido por espacio de mas de diez años vn tumor grande en vn pecho , que continuamente le molestaba mucho , sin sentir alivio con quantos medicamentos le permitiò su recato : aplicòse vn pedacillo de ropa del V.P. y diziendole , *Padre mio , bien pudierais sanarme*

de este mal, se lo dexò en el pecho, y sin perceber como, se hallò sano, y lo està.

Vn niño de quatro años con vna muy violenta caída se hirió de tal suerte la frente, que corria muy copiosa la sangre, sin bastar quanto se discurrió para detenerla, y de que Medicos, y Cirujanos temian graves accidentes por los humores ya experimentados del niño: pusole su madre vn trapico de el V.P. y al instante se atajò la sangre. Fue esto como à las nueve de la noche, y por la mañana inmediata bolvió el Medico con cuydado (*que confieso ingenuamente lo tuve*, dize el Medico) y hallò, avia dormido muy bien, no avia ya, que curar, y el niño se levantò aquel mismo dia, comió, y jugò, como solia; porque estaba totalmente sano. Y ya passados algunos meses nada le ha sobrevenido. Pondera mucho su madre, que siendo muy devota de San Antonio de Padua, solo se acordò en su afliccion del Santo Padre Padial. Otro de vn año, que estaba en el que llaman *pollero*, inmediato à vna escalera bien alta, hizo vn movimiento con tal impulso, que pollero, y niño fueron saltando à buelcos las escaleras hasta encontrarse con la pared. El Padre del niño, que es Medico muy afamado en esta Ciudad, asegura, no puede entender, como sin milagro no se matò, ò à lo menos no se quebrò braço, ò pierna, &c. atendiendo la ternura del niño, y la violencia, con que era forçoso, fuesse saltando, y bolteando de cabeça encerrado en aquella pequeña prision tan à proposito para dar mas impulso à los buelcos, como inepto para defender al niño. Pero no se hallò mas que alguna sangre de las narizes algo lastimadas, y vn cardenal en la frente. El dia antes avia llevado à su casa vn retrato de el V.P. y aquel mismo dia estaba escribiendo varios sucesos, que tenia observados del V.P. para embiarlos à vno de los Predicadores de las Honras. Por esto lo atribuye à milagro del V.P. Pero para que constasse mas, al dia octavo de la caída se le viò al niño vna apostema junto à las comisuras coronales mayor que vna nuez, con todas las señales de perfecta supuracion. El prudente temor, de que se entrasse, causando alferesia, ò muerte al niño, obligò à llamar al Cirujano, para que al instante la abriese. Pero entre tanto su madre con menos medicina acertò la cura, porque le puso vn pedacillo de la almohada de el V.P. y comenzó à resolverse: el dia siguiente apenas se conocia, y al otro estuvo del todo sano. Nada le ha sobrevenido, y ya han pasado algunos meses. Vna Señora, cuyos humores le hazian

rebeldes todas sus enfermedades, se viò vna noche tan fatigada del vehemente dolor de vn reumatismo, que, aunque la noche era horrorosa, buscaron sin logro con repetidas diligencias al Medico. La madre de la Señora hallò mas pronta receta; porque sacando de su gaveta vna Reliquia (dize) de el Padre Padiàl, se la aplicò: se durmiò al instante, amaneciò buena, y ya van passados meses, sin que le aya repetido el dolor. Assegura vna Religiosa, que por tiempo de diez y ocho años padeciò vnos flatos tan estrañamente violentos, que acometiendole al coraçon, y cabeça, le parecia arrancarsele las entrañas, y morirle los braços, y manos, sobreviniendole vn sudor de muerte (dize) y quedaba tan sin fuerças, que ni podia socorrerse, ni llamar: si la cogia abiertos los ojos, así se quedaban, y si cerrados, se quedaban cerrados. Durabale regularmente como tres horas. Los nueve primeros años no eran tan frequentes; pero los nueve vltimos todos los días, y regularmente de noche. Intentò con grande empeño curarla vn Medico bien famoso, que ya murió; pero finalmente le recetò la paciencia, porque no hallò mas curacion su Medicina. Hallòla la Religiosa en vnas Reliquias (dize) del Santo Padre Padiàl; porque vna noche al removerle el flato, se las puso diziendo à vn retrato de el V.P. que tenia: *Padre mio, por amor de Dios me quiteis este mal, si es voluntad del Señor.* Al instante sintiò, que esparciendole por el cuerpo el humor, estaba, y prosigue buena, no solo de este accidente, sino es de otros, que padecia en el estomago. Otra Religiosa de el mismo Convento demasadamente fatigada con vn fortissimo dolor colico, à que ninguna medicina bastò, se aplicò vnas cosillas de el V.P. diziendole: *Padre mio Padiàl, que me muero, sed mi Intercessor,* è instantaneamente quedò del todo buena. A otra Religiosa del mismo Convento, comiendo pescado se le clayò en la garganta vna grande espina, que con su corpulencia, el dolor, la mucha sangre, que arrojaba, y la continuòs la tenia ya como ahogada, tanto, que por si no podia atender à buscar remedio, ni de la tierra, ni de el Cielo: pero las compañeras, à quienes llenò de confiança la afliccion, clamaron tan de veras al V.P. que al acabar su oracion arrojò la espina, que parecia (dizen) en tamaño, y figura vna pequeña alcayata, que ensangrètada se traxo algunos pedacillos de carne. Despues mandò el Medico varios curativos, y preservativos: pero la Religiosa segura del pleno favor del V.P. nada hizo, ni lo hubo menester; porque quedò del todo sana. Otra del mismo

mo Convento comió por ser de Comunidad no sé que cosilla, cuyas calidades juntas con la ordinaria, y grande debilidad de su estomago, le causaron tales accidentes con vn sudor frio, que como fuera de si parecia ya morirle: aplicòle, como pudo, vna estampa del V.P. diciendole, *Padre mio, que me muero!* Sintió al instante en el estomago vn benignissimo calor, que en aquel punto le quitò todo su mal.

Vna enferma de tercianas, que le repitieron casi por tres años con pertinâz regularidad, hasta parar en vn recio tabardillo, se viò en los vltimos lançes por su debilidad, por sesenta y seis años de edad, y por lo pernicioso del accidente. Mientras el Medico, sin esperanças de vida, avivaba en la enferma las del Cielo, ordenandole recebir prontamente los Santos Sacramentos, acudiò vn hijo suyo al V.P. pidiendole la salud de su madre, y aplicandole vn Rosario tocado à su cuerpo, vn lienço mojado en la sangre de sus llagas, y vn retrato de el V.P. sanò perfectamente con pasmo de todos. Pero à los tres dias ya levantada le entrò vna terciana tan recia, y tan perniciosa, que assegurò el Medico, no averla hallado jamás tan apretada: y se despidiò, diciendo, *Dios es vida, y podrá darsela; pero no yo.* Avia no obstante ordenado algunas cosillas, y entre tanto el pulso llegó à las intercadencias de mortal, y lo seguian los demás indicios. Acudiò el buen hijo al V.P. rezòle algunas oraciones, y le pidió por la vida de su madre. Valióse de otras personas, para que viniessen à nuestra Iglesia à pedirle lo mismo, y le ofreciessen algunas Missas. Acabada la oracion, y oferra, aquella misma mañana sanò perfectamente, y sana la hallò el Medico, y sana prosigue. Quedò tan confiada, y devota al V.P. que logró otros prodigios. Padecia à temporadas vna sordera total, que le solia durar como tres meses. Repitiòle, quando ya comenzaban los Sermones de Honras del V.P. y su deseo de oirlos le hizo que xarse, y pedirle, le alcançasse el gusto de oir algo de su vida. Vino à nuestra Iglesia sorda; pero en ella oyò clara, y distintamente todo el Sermon, el qual acabado se bolvió à su sordera, hasta que bolviendo à otro Sermon bolvió à oir, y lo percibió claramente todo. Acabado, bolvió à ponerse sorda, como solia. Vn niño de nueve años padecia vn vehementissimo dolor de muelas, à cuyo alivio se hizieron sin efecto muchos remedios. Pero el se acogió al de vnos trapicos del V.P. y aplicados, se le quitò al instante el dolor, y se quedò dormido. A poco tiempo lo despertò llorando el dolor: registraronlo, y

hallaron (dizen) que las Reliquias no parecian. Pero halladas se las bolvieron à aplicar ; se bolviò à quitar el dolor , y el niño à dormir. Passado algun tiempo lo bolviò à despertar el dolor , y vieron , que las Reliquias se avian caído : tercera vez se las aplicaron , tercera vez se le quitò al instante el dolor , y no ha buuelto. Vn Sacerdote, Beneficiado de vna Parroquial de este Arçobispado , afirma , que desde los siete años de su edad hasta los 34. avia padecido vn dolor colico , que casi todos los dias le daba con tales accidentes de jaquecas , vomitos , y sudores , que *las mas vezes (dize) me quedaba en los ultimos periodos de la vida* , y las repetidas curaciones, que se le hizieron, parecian servir solo de agravarse mas. Pero entrando en la casa , donde guardan con gran decencia , y piedad la Cruz de puntas , que se ponía el V.P. en el pecho , se la aplicaron con gran fè de todos , y *desde aquella hora (dize) no me ha buuelto ninguno de los accidentes*. Y ya van passados vn año , y tres meses , sièndo así , que antes los padecia casi todos los dias. A vna niña de tres años , y medio reduxo vn pernicioso tabardillo , que ya avia durado mas de treinta dias , à estado de no serle posible alimentarse. Quinze dias avia , que solos algunos traguillos de caldo le podian dar , abriendole la boca con tal violencia , por tener labios , y dientes como pegados , que era forçoso lastimarla hasta correr mucha sangre. Ya parecia , que se dexaba ver la muerte con su especial palidèz , con los labios cardenos , la nariz afilada , quebrados , y llorosos los ojos con todos los demás indicios mortales. Pero aviendo logrado su madre vn clavel seco , que avian puesto entre vnos parches , y hilas , que sirvieron al V.P. se lo entrò en el pecho à la enferma , clamando por ella al V.P. y sin mas medicamento pidiò la niña de comer , como sana que ya estaba , y en pocos dias convaleciò. Dexo otros muchos semejantes , y singularmente en quitar dolores , que , como los que el V.P. padeciò fueron tan agudos , continuos , y dilatados , que ciertamente no caben en mi explicacion , parece , que se ha hecho especial abogado contra ellos , y que el Señor se digna de oirlo con mas benignidad. Tengo varios sucessos raros de tormentas , que se han deshecho con algunas prendas del V.P. invocando su intercession : y vn Cavallero de los primeros de Granada del Orden de Santiago , ha tenido , y tiene tal confianza en la intercession de este Siervo de el Señor para serenar tormentas , que en viendolas (dize) saca vn papel , que tiene todo de mano de el V.P. y poniendolo à su vista , y diziendo , *Padre*

Padiál, libradnos de tempestad, ò cosa semejante, páran en agua no ruïnosa, ò se desvanescen. Pero no puedo omitir vn suceso por lo gracioso de él. Pariò vna gata, y vno de sus hijuelos nació, y estuvo muchos dias sin uso de pies, ni manos por tenerlos encogidos, ò doblados con tal figura, que parecian no tener guellos: estaba como inmoble, sin mas habilidad, que la de molestos maullidos, mientras sus hermanillos saltaban, y jugaban, como suelen. Mandò el amo de la casa matarlo por inútil; pero vna niña hija suya, que avia cuydado, y regalado mucho à su tullido gatillo, con vivos deseos de que sanasse, no pudo oír sin lagrimas la sentència de su Padre, que pareció cruel à la compasiva lastima, que su edad, su sexo, y su cariño al gatillo le inspiraban. Sacò pues vn lienço tocado al V.P. y embolvió en él su enfermo: hizole vna breve oracion; pero tan devota, que estando todos con risa, mientras ella lloraba, esperando el fin de aquella demasiada piedad, vieron con sus ojos, que allí al instante començò el gatillo à sacudir el lienço, en que estaba embuelto, y bregò, hasta que soltandose de la prision corrió, y saltò como los otros, con no menor pasino de los circunstantes, que alegria, y risa de la niña por la sanidad de su gato, que prosiguió, y prosigue entera.

Tengo ya insinñado, que por muchas Ciudades, y Provincias bien distantes se ha estendido tanto la obsequiosa devocion à la santidad del V.P. que de varias partes han escrito, no les parece, será mayor la de Granada. Ahora referiré algunos sucesos, con que tambien por allá parece ha querido el Señor testificarla. Vn Cavallero Sevillano, Titulo de Castilla, y Canonigo de aquella Santa Iglesia, dize en carta suya los dos siguientes sucesos. Vn sobrino de este Cavallero, tambien Titulo, y Dignidad de la Santa Iglesia de Sevilla, padeciò por mas de dos años tales accidentes de cabeça, y estomago, *que ya daba mucho cuydado*, sin otro efecto de las muchas curaciones, que irie postrando mas. Diòle su Tio vn poquillo de tabaco de el mismo, y de la misma caxilla, que servia al V.P. (à quien llama *gran Santo*, y pide lo encomienden à Dios, *poniendo por intercessor à nuestro V.P.*) Desde la primera vez, que lo tomó el enfermo, reconoció el mismo, y todos la visible mejoría, y prosiguiendo el remedio, prosiguió el *favor del Santo* de fuerte, que asegura, *se puso de repente bueno; lo que en mas de dos años no avia conseguido. Y ambos Señores, Tio, y Sobrino dizen, lo tienen por milagro de el V.P.* Añade, que de las Reliquias, que avia adquirido, embió

vna Señora su hermanita *vna à vn enfermo*, que tambien logró inmediatamente la salud; que el Santo Padre tambien por acá quiere hazer sus milagros. En la misma Ciudad padeció vna Señora vna fluxion de materia crasa à la articulacion de vn brazo, que tuvo manco por espacio de dos años, aviendose formado en la articulacion aquella *podagra nodosa*, que no sabe curar la Medicina. Pero la curò instantanea, y perfectamente vn fragmento del vestido del V.P. que aplicado con rara devocion, en el mismo punto dexò el brazo expedito para todas sus naturales funciones. Algunos meses despues fatigò à la misma Señora vna molestissima fluxion à las muelas, y tan pertinaz, que nada cedió à quanto recetò el diestro Medico. Pero recetandole su experiencia, y devocion su ya probada Reliquia, instantaneamente sanò. Ambos casos examina segun principios Medicos (que no suelen ser los mas benignos à favor de los milagros en la salud) y atendida la naturaleza, y accidentes de las enfermedades, y modo de la sanidad, afirma sin duda vn Medico de los primeros de Sevilla, que ambas saludes *fueron milagrosas*. Vna Religiosa Dominica del Convento de Madre de Dios de la Ciudad de Ronda, noticiosa de los sucessos raros en la muerte del V.P. pidió con gran piedad, le buscasen, y embiasen algunas Reliquias suyas. Logró vnas tiras de los pañizuelos, que sirvieron de defensivos en su enfermedad. Y en carta suya de tres de Octubre de 25. dize à vn Abogado de esta Ciudad, por cuya sollicitud las huvo, que estando *vn enfermo ya desauiciado del Medico*, le embiò vn pedacico, diziendole, se encomendara de veras al V.P. y à los dos dias estaba ya bueno. *De que estoy (dize) muy gustosa*: y encarga, le embien lo que se escriviere, y otras cosas de el V.P. Vn Cavallero Canonigo de oposicion en Coria escribe, que vn maligno tabardillo puso à vn page suyo tan en lo vltimo de la vida, que apurada ya la medicina, y casi acabada la esperança del Medico, y acabada del todo la suya, y la del enfermo, le puso como à las onze de la noche *vna Reliquia del Santo Padre Padiàl*, à quien pidió con tales veras, que en su oracion le sobrevino vn sudor tan copioso, y vtil, que *à la mañana (dize) que aviamos concebido, moriria, lo hallamos limpio de calentura, la que no le ha buuelto*. Sea Dios por todo alabado. Amen. Vn Cavallero de la primera nobleza de esta Ciudad en carta suya, con fecha de Caravaca, dize à su señora madre, que vna niña hija suya como de año, y medio, llegó à estado de morir por vn recio dolor de costado: pero que aplicandole *las Reliquias del V.P.* y ofreciendo ponerle abi-

to de San Ignacio, se limpiò de calentura, y prosigue sana. Y añade, lo han tenido por milagro de el V. P. Padiàl. Aunque de otras muchas partes han escrito, que el Señor ha obrado, y continuà raras maravillas por medio de el V. P. no obstante las dexo así por la semejança con las ya referidas, como porque, aviendo tanto en este genero, ni me ha parecido necessaria la mas exacta averiguacion, ni he tenido oportunidad para hazerla.

No se detuvo en los cuerpos; parece, que passò hasta los animos el poder de obrar maravillas, que comunicò el Señor à su Siervo. Vn sugeto, que avia confesado por seis años con el V. P. se hallaba fuertemente instado de vn su acreedor con vale de mayor cantidad, que la que sufria por entonces su caudal. En la vltima de las instancias se acabò de destemplan el acreedor, y partiò à executar lo con el vale. Pero el se partiò derecho à nuestra Iglesia, y acercandose al cuerpo de su V. P. le propuso con ternura de hijo, y con afectos de necesitado su buen animo de pagar, y la imposibilidad de hazerlo aora. Luego pidió à Maria Santissima por los meritos de su amante Hijo el Padre Padiàl, lo facalle de este ahogo. Saliò tan asegurado de el buen suceso, que se fue derecho à su acreedor, à quien sin otra alguna interposicion hallò tan trocado, que no solo lo aguardò, sino le diò de nuevo otra porcion de caudal mayor, que la deuda. Mucha mudança es esta, en quien ya suponia quiebra en su deudor. Lloraba vna muger honesta la desnudèz de vn hijo suyo por no tener, con que vestirlo. Vino-se al Sepulcro del V. P. y representandole su necesidad, le pidió, la socorriessse. El suceso fue, que vn hombre rico sin dezirle, ni pedirle nada, diò al niño vn entero, y decente vestido. Vino vna piadosa muger à venerar el cuerpo de el V. P. y despues de averle clamado, y conseguido su entera salud en vnos vehementes dolores, que padecia, alentada con esta experiencia estendiò su peticion por la paz entre dos casados, con quienes tenia amistad, y vivian tan desunidos, que el marido avia ya seis meses, que no dormia en su casa, y las pocas vezes, que entraba en ella, era para alborotarla, y maltratar tanto à su pobre, è inocente muger, que la tenia hecha vn compasivo objeto de quantos la conocian. Pero à la zelosa, y confiada suplica de su amiga al V. P. se siguiò, que aquel mismo dia, sin alguna otra diligencia, se vino el marido à su casa tan trocado el enojo en agrado, el furor en mansedumbre, y el odio en amor.

que

que con rara humildad le pidió perdon de su mala vida, y de los malos tratos, con que la avia ofendido: y desde el mismo punto vivió con tal paz, y amor con su mager, que mostró bien, aspiraba de veras à la perfeccion de aquel, con que manda Dios, se traten los casados. Dos personas bien fidedignas afirman, que viendose en summa afliccion por la molestissima continua vehemencia de ciertas tentaciones, pidieron con grande instancia consuelo al V.P. y resolviendo traer consigo como Reliquias algunas de las cosas del V.P. desde entonces se libraron de ellas. Vna persona Religiosa padecia cierto oculto accidente, y con él gravissimas tentaciones: adquirió vn poco de aquel emplasto, que sirvió à las llagas del V.P. y se lo aplicò clamandole por remedio de ambos males: y con efecto de ambos se librò. Otro por mas de dos meses se viò en terribles peligros, en que lo ponía vna violentissima tentacion, y en que no hallaba consuelo con quantos piadosos medios le aconsejaban, ò discurria su fatigado espiritu, hasta que oyendo las maravillas del V.P. tambien en este genero, le clamò, y se puso vn retacillo de su ropa como Reliquia, y desde aquel instante se apagò aquel incendio, y no ha buuelto à arder. Dexo otros muchos semejantes sucesos, y cierro este punto con lo que en su carta, jurandolo, dize vn Sacerdote, Vicario de Alhama. Refiere el summo desconuelo, dolor; y lagrimas de aquella Ciudad, por el sacrilego robo del Sagrado Capillo con las Formas Consecradas, que sucedió el año pasado de 25. algo despues de la muerte del V.P. de cuya santidad tiene tal veneracion, que solicitò, y logró por mano de vn Cavallero de esta Ciudad una Reliquia (dize) del V. y Santo Padre Padiàl, persuadido, que en ella lograba la salud de ciertos molestos accidentes, que padecia. Pero el dolor mas vivo de su fiel coraçon por el sacrilego hurto, y desconuelo de todo aquel Pueblo, no le dexò acordarse por „ entonces de sus males. Tomè (dize) dicha Reliquia, y con mi mayor veneracion, y respeto la coloqué en mi Oratorio el Jueves „ inmediato dia de la Ascension de N. Señor: dixe Missa sin poder quitar los ojos de dicha Reliquia, ni acordarme de pedir „ otra cosa, que el consuelo para todo este desdichado Pueblo „ (que así lo llamo, aviéndole faltado el bien de los bienes) restituyendonos à su Divina Magestad, y sus alhajas. Yo no me „ acordè de interponer otro Santo alguno, que à mi V. P. con „ aquella fè, que me permite la Iglesia. Feneci el Santo Sacrificio tan gustoso, y alegre, como si ya tuviera en mis manos el „ Di-

„ Divino Tesoro perdido, tanto, tanto, que salí diciendo, que
 „ nos alegrásemos, y tuviésemos cōfiança, que antes de la Pas-
 „ qua avíamos de aver hallado à nuestro Dios, y Señor: de lo
 „ qual avrá mas de cien testigos. Y el Viernes inmediato como
 „ à las tres de la tarde entrò vn Religioso à todo correr en vna
 „ mula dando voces, diciendo, como ya se avia hallado lo que
 „ con tantas lagrimas, y *penitencias buscamos, &c.* Y finalmente
 concluye atribuyendo al V.P. el hallazgo, que fue el consuelo
 de aquel Pueblo afligido. En que solo debo advertir, que ni el
 mas leve indicio avia entonces para este anuncio; pero, como si
 el V.P. fuera Profeta, que haze Profetas, le hizo anunciar el
 dia antes lo que el dia siguiente se descubrió en Granada con
 la prodigiosa casualidad, que es notoria, y que al discurso hu-
 mano pareció en su origen tan improporcionada al fin de hallar
 las Sagradas Formas.

Ni debo separar de estas maravillas el suavísimo olor,
 que como prodigioso ha sido admirado en varias cosas del V.P.
 singularmente en aquellos parches, hilas, y trapos, que sirvie-
 ron à sus llagas: y no pudiendo ser de los emplastos, pues es
 cierto, fueron todos de los regulares, que antes fattedian el olfa-
 to; ni hallando origen natural à la especialidad de esta fragran-
 cia, ha sido comun, y firme persuasion aver querido el Señor,
 que el que fue en su vida tan buen olor de Jesu Christo, no ne-
 cessitasse en su muerte de que, como al Rey Asà, le perfumasen
 su ropa con aromaticos vnguentos, *que combusserunt super eum*
ambitione nimia, para que el olor de sus pobres trapos fuesse como
 el mysterioso olor de vn campo lleno, ò jardin florido: y que
 pues sus heridas manos distilaron tanta myrrha quando vivo,
 exhalassen sus llagados pies, como de evangelizador de la paz,
 tantas fragancias quando muerto. Es verdad, que al passo, que
 el V.P. se afanò, sin poderlo conseguir, por dar vna idèa de si,
 en que apareciesse vn hombre inutil, y estorvoso, y vn pecador
 abominable, à esse passo ha impresso el Señor en todos vn con-
 cepto tan grande, tan especial, y tan firme de su heroyca santi-
 dad, que yo no puedo negar, estàn con èl muy dispuestos los
 animos para persuadirse à quanto sea, ò parezca maravilla obra-
 da por medio del V.P. Hagome pues cargo de esto, y todavia
 insisto, en que la comun piedad, no obstante este especial con-
 cepto, que la preocupa, tiene poderosos motivos para la per-
 suasion, en que està, de que este singular buen olor, que de he-
 cho se experimenta, es sobre todos los naturales, que conocee-
 mos. Doy pues à V. Reverencias los motivos. **Al**

Al percibirse la primera vez este olor, la novedad misma hizo, que averiguásemos, si aquellos parches, ò trapos avian estado donde pudiesen tomar algun olor, ò mezcla de varios, ò si se les avia echado de proposito. Pero todos ofrecen jurar, que ni lo pudieron tomar del sitio, ni por casualidad, ò industria humana. Y esto se haze tanto mas verisimil, quanto ha sido mas constante, assi en el grado de su intensiõ, como en su delicada suavidad; pues aviendo pasado ya vn año, y meses, se experimentan las mismas sin disminucion alguna. Es mas admirable esta permanencia à vista de la oposicion, no se, si la llame piadosa, ò indiscreta, con que para alleguarse mas, han lavado los trapos con sola agua puramente elemental, y los han puesto de proposito en sitios, donde se pudiesse evaporar del todo aquel olor, si fuesse capáz. A que servirá de vigorosa prueba, que vn vaso de los que servian al V.P. para sus menores necesidades naturales, sirviò despues, sin advertirlo, à otro sugeto por bastante tiempo; y reparandolo el Hermano Enfermero, movido de su veneracion al Padre lo recogió, y lavò con sola el agua natural, con que se lavan todos. Despues lo pidió con especial devocion vno de los Nuestros, y percibiò en el la dicha fragancia: y porque padecia frecuentes dolores de cabeça, se lo aplicaba por remedio, en que hallaba su alivio. Luego que yo lo oí, lo averiguè, y recogí en mi aposento el vaso, percebi, y percibieron otros muchos el mismo olor, que oy se conserva. Y no obstante estas demasiadas experiencias, se mantiene en las dichas alhajas el olor con su primitiva intensiõ, y suavidad. No poco se corrobora este motivo con la calidad del olor; pues es tan especial su fragancia, que no es parecida, sino superior à todas las que conocemos naturales. Con la singularidad de estar tan lexos de ofender, como suelen los olores, las cabeças, que aun las más delicadas experimentan confortarse con este. Vno de los Nuestros, à quien la continuada experiencia ha mostrado fatigarle la cabeça con qualquier otra especie de olor intenso, aunq lo es el de vn escarpi, y otros varios parches, que guarda, y los ha tenido mucho tiempo exhalandos incessantemente fragancias junto al sitio de su estudio, nunca ha sentido molestia alguna, sino antes especial consuelo. Experiencia es esta, que la contestan muchas personas. Ni es menor prueba de lo prodigioso de este olor, que se percibe de vna misma especie en todas las alhajas del V.P. que lo tienen: y de la misma especie es el que sale de vnos guesos de azerolas, fruta, que le hizie-

ron tomar en vna casa al V.P. para recoger los guesos, que oy guardan como Reliquias. Y siendo estas alhajas, parches, trapos, y hilas tantas, y tan repartidas en lugares, y casas tan distintas, no parece verisimil, que la casualidad, ò el estudio huviesen comunicado à todas vna misma especie de fragancia con la misma benigna suavidad, y con la misma permanencia, que ha resistido à tantas diligencias por quitarla para asegurarse mas en la experiencia. Ni es despreciable la circunstancia de aver al principio contestado este fragante olor à vn mismo tiempo tantas, y tan distintas personas assi de los Nuestros, como de los estraños, sin saber vnos de otros. Tengo pues por cierto, que no necesitaba la piedad de aquel gran concepto de santidad, que la preocupa, para tener por prodigioso, y de otra classe este suave, y benigno olor.

S. XIX.

Tengo ya dado, aunque no en el todo, lo que à V. Reverencias ofreci, que fue estender con rusticas pinceladas el breve diseño de este hombre admirable, que dexo al principio mal dibujado. En esta parte, que contiene dos puntos, la extension de el diseño, y lo tosco de las lineas, pienso he estado cumplidamente à mi promessa. Aquel pequeño dibujo es fecundo de tanto espiritu, que aun no cabe en muchas delicadas grandezas, y aun assombrosas lineas; pero el que queda esparcido en esta copia es tanto, que no significa mas el diseño, aunque significa mucho. He estado tambien à mi promessa en lo rudo de las lineas, en lo muerto de los colores, y en el temblor del pincel: harto he descado no cumplirlo; porque ay cosas, que el ofrecerlas molesta, y el cumplirlas fastidia. Y aun yo à mi mismo me he fastidiado tanto con este basto cumplimiento, que me ha hecho discurrir no poco, para encontrarle la verdad à aquella sentencia, *unum quemque fallunt sua scripta, atque filij etiam deformes delectant, sic etiam scriptorem indecores sermones sui palpant*, en que tambien pintado està el ciego amor aun à la fealdad misma de los proprios partos. No obstante digo sinceramente con San Bernardo, *valde gratum habemus, si nostra vobis fortè in aliquo esse possit officiosa rusticitas*, me será muy gustoso este fastidio, que me causa, si sirviere mi rusticidad de algun honesto vtil.

Conclusion.

*D. Amb. Epist.
lib. 8. Ep. 63.*

Epist. 63.

Pero no lo he cumplido en el todo; porque infinuè ser mas

Hh

bre-

D. Bern. Ep. 7.
fin.

breve, que lo que he sido. Si bien no me pesa de contarme, si-
quiera en esto, entre aquellos sabios, que mudan consejo, quan-
do las cosas lo piden. Ni me han arredrado para mudarlo las
leyes de el orden, brevedad, y estilo de vna carta; porque nun-
ca pude contarlas entre las pocas privilegiadas, que no admi-
ten excepcion. Si el objeto por si mismo se salio de estas co-
munes leyes, no soy yo el que lo ha sacado. Me ha sucedido en
mi Carta lo que à San Bernardo en vna de las suyas, *licet specia-*
liter quidem ad te, non tamen tam multa propter te scribenda putavi.
Aunque la Carta va especialmente dirigida à V. Reverencias,
no ha sido este el motivo de averla estendido tanto. Para V. Re-
verencias, que conocieron, y aun trataron al V. P. bastaran sin
duda los perfiles para tener muy presente toda la copia. Otros
pues han sido los motivos, que tuvieron para desearla mas ex-
tensa aquellos sujetos, cuyos dictámenes debieron ser regla del
mio, aunque por las mismas razones ya determinado à lo mis-
mo. Ni era facil, ni oportuno hazer à todos presentes las raz o-
nes, que han hecho inculpable la detencion de vn año, y algu-
nos meses en darla à luz: y de aqui ni avia otra satisfaccion à
tan vivos, y vniversales deseos, que compensarles la dilacion
con materia mas copiosa, en que hallassen sus logros mas cum-
plidos. Añadese, que si al principio fue grande la expectacion,
en que puso al Orbe Christiano la vida, y muerte de este gran
siervo de el Señor; despues estendiendose mas, como sueltas,
otras mas especiales noticias, causaron vna especie de expecta-
cion, à que no pudiera corresponder la brevedad ideada en el
principio. Ni han tenido menor parte en esta nueva extension
las nuevas noticias, que han ido llegando, y llegan, de sus vir-
tudes, de los favores de el Cielo, del aprecio de su santidad, y
de los prodigios, que se digna el Señor ir obrando por su medio.
Reservarlas para vn libro de su vida, no se, si lo llevara en pa-
ciencia la devocion; y se, que el tiempo, que tiene por seno el
olvido, es vn voraz tragador aun de las mas dignas memorias,
que el mismo suele hazer incautas por cogerlas desprevenidas.
Aqui las hallará (ojalà, como ellas, se libren tambien del tiempo
las que con frecuencia van llegando; y las que yo de industria
he omitido) aunque como en vn montòn sin orden, el que es-
criviere despues la vida. En todas encontrará materia propor-
cionada à aquella no trivial mezcla de utilidad, y dulçura, que
regalando el oydo, conveçe al entendimiento para atraer la
voluntad al amor de la virtud.

Con

Con corazon contrito, humillado, y gozoso debemos dar mil gracias à aquel Señor, que haziendole por su bondad tan admirable en este su Siervo, se dignò darnos tal Hermano, y con tan fundadas esperanças, de que en él se ha de mostrar todavia mas benefica su bondad para nueva gloria de su Iglesia, nuevo esplendor de España, nuevo lustre de nuestra Compañia, nuevo timbre de Granada, y nueva exaltacion de este Colegio, à quien diò el Señor la singular gracia de ofrecerle vn Siervo, que tan fielmente lo sirviò, vn Hijo, que con tan fino amor le obedeciò, vn Religioso viva norma de la observancia, vn Hombre Apostolico, en quien el amor Divino formò vno de aquellos Angeles, à quienes el mismo hizo espiritus, y vno de aquellos Ministros, à quienes hizo fuego abrazador, que avivado de el que vino à esparcir por el mundo, pareciò quererlo encender todo, dando en tan gran parte feliz logro à sus deseos de verlo arder. Suplico humilmente al benignissimo Señor, que con tan largas bendiciones de dulçuras lo previno, lo acompañò, y lo siguiò, y que tanto lo tuvo, lo ayudò, y lo exaltò con aquella diestra, en que estàn las eternas delectaciones, estienda tambien sobre nosotros esta mano tan llena de especiales beneficencias, para que admirando à gloria suya tanto como ay admirable en este su Siervo, imitémos tanto como ay en él imitable de virtudes Christianas, y religiosas, hasta la perfeccion de aquel puro amor, y ardentissima charidad, à que tiene Dios preparada aquella felicidad eterna, que ni los oydos oyeron, ni el entendimiento humano alcançò à entender como es en sí: pues este es el fin de mi Carta, y el de proponer sus virtudes, despues de la mayor gloria de Dios, que guarde en su santa gracia à V. Reverencias, en cuyas oraciones, y sacrificios mucho me encomiendo, y ya encomendè el alma de nuestro V. Hermano, aunque juzgo no necesitaba de ellos. Granada, y Agosto 20. de 1726.

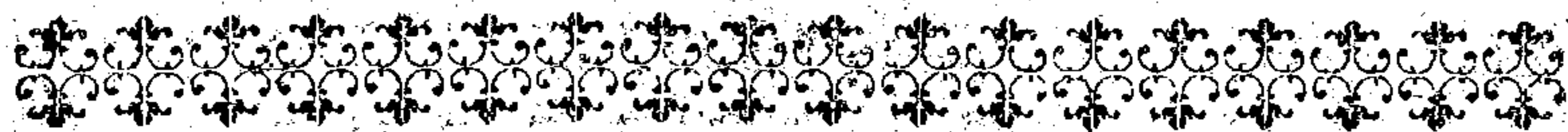
PROTESTA.

A Si concluye el Señor San Bernardo vnà Carta, en que avia tratado delicados puntos de los favores Divinos: *que autem dixi, absque præiudicio dicta sint sanius sapientis. Epist. 174. fin.*
Romana præsertim Ecclesie authoritati, atque examini totum hoc sicut
& cetera, quæ eiusmodi sunt, universa reservor ipsius, siquid aliter sa-
 pio,

pio, paratus iudicio emendare. Con la misma sumisión concluyo la mia, expreſſando tambien, que no pretendo mas fè para las virtudes, favores, y prodigios de el V. P. que la que es debida à vna prudente ſolicitud humana, que pura, y ſinceramente ha deſeado la verdad.

Muy Siervo de V. Reverencias.

Marcelino Gozalvo.



En Granada en la Imprenta de Andrès Sanchez con todas las licencias neceſſarias, y à expenſas de la devocion de el ſeñor Don Joſeph de Villota, y del Hoyo, Colegial de el del Arçobispo, è Inquiſidor mas antiguo en eſte Santo Tribunal, à quien Dios tenga en ſu Gloria.



